ANTONIO PAMPLIEGA

# EL QUINTO NOMBRE

EL VIAJE A UN PASADO INCÓMODO



PENÍNSULA

# Índice

# Sinopsis

Durante los primeros meses de la Guerra Civil, cuando los ánimos estaban más caldeados que nunca entre la juventud revolucionaria, Tomás Martínez Negro, padre de familia y sacristán, fue asesinado a sangre fría a manos de cinco de sus vecinos en Mejorada del Campo. En los documentos pertenecientes a un juicio sumarísimo de las tropas franquistas se atestiguaba la condena de cuatro de sus verdugos, pero el quinto figuraba como huido: era Eladio Pampliega.

En este emotivo testimonio, el periodista Antonio Pampliega emprende un viaje por su propia historia familiar para descubrir la verdad sobre el asesinato de Tomás Martínez Negro. Un relato conmovedor que narra la historia de muchos de los asesinados de la Guerra Civil y que aspira a descubrir la verdad por incómoda que sea.

«La de Eladio Pampliega es una de las muchas historias que pueblan la España que no ha olvidado la guerra. Pero además es la mía. Y al desvelarla sé que voy a aprender mucho más que una nueva historia sobre mi familia. Voy a aprender algo más sobre mí mismo.»

# El quinto nombre

## El viaje a un pasado incómodo

Antonio Pampliega

*ediciones península*

*A mi abuelo, Moro*

Españolito que vienes
al mundo te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

ANTONIO MACHADO

De todas las historias de la Historia
la más triste sin duda es la de España,
porque termina mal.

JAIME GIL DE BIEDMA

# Parte I

# EL ASESINATO DE TOMÁS MARTÍNEZ NEGRO

# 1

# El paseo

Tomás Martínez Negro iba a morir. Sus días estaban contados y él, mejor que nadie, lo sabía. Era solo cuestión de tiempo que los miembros del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo se presentasen en su casa de madrugada para invitarlo, por las buenas o por las malas —eso ya dependía solo de él—, a acompañarlos en lo que se conocía, popularmente, como *el paseo*. En la cabeza de este profesor de música y antiguo sacristán de la iglesia parroquial solo había una incógnita a despejar: ¿cuándo iban a asesinarlo?

En aquella España del 36, inmersa en pleno aquelarre guerracivilista, la orgía de sangre y sed de venganza en la retaguardia se convirtió en el pan nuestro de cada día. Las patadas en las puertas de las casas, a altas horas de la madrugada, en busca de ciudadanos sospechosos de ser izquierdistas o derechistas —enemigos, todos ellos, del orden establecido—, se saldaban con docenas de cadáveres abandonados en cunetas, descampados o tapias de cementerios, y encontrados por sus propios vecinos al despuntar el alba.

Esa España cainita, la del ajuste de cuentas y la puñalada por la espalda, encontró un resquicio perfecto para dirimir rencillas a golpe de tiro en la nuca. En aquel país caótico, los comités revolucionarios y los consejos dependientes de sindicatos y partidos políticos se convirtieron en el poder *de facto*, diluyendo la autoridad del Gobierno legítimo de la Segunda República. La sensación de impunidad total se apoderó de miles de españoles que, creyéndose la autoridad pertinente, y con el aplomo que otorgaban sus armas de fuego, se erigieron en jueces y verdugos de sus antiguos vecinos, amigos y camaradas.

El libre albedrío campaba a sus anchas. Vecinos denunciando a vecinos por problemas con las lindes de las tierras o por pura envidia. El motivo era lo de menos. No era más que una excusa para justificar un asesinato a sangre fría amparado, en ocasiones, en la ideología política —muchas veces inexistente— de la víctima. Haber votado a uno u otro partido, en aquella España de 1936, podía suponer una condena a muerte. La palabra, por ejemplo, de un labrador semianalfabeto, afiliado a tal o a cual sindicato, o la de un falangista, tenía más peso que la de un profesor de música y padre de tres hijos sin afiliación política conocida, pero que se veía abocado al cadalso por el odio que despertaba en el otro. En esta España no bastaba con vencer, era necesario perseguir a los enemigos hasta exterminarlos por completo. Por eso no es de extrañar que muriesen más españoles en la retaguardia que en primera línea de combate.

Tomás Martínez Negro era consciente, como todos los vecinos de Mejorada del Campo, de la animadversión que sentían hacia él varios miembros del Comité Revolucionario. Sabía que ese odio irracional que le profesaban le iba a acabar costando la vida. Por eso, no le cogió por sorpresa cuando, aquella madrugada del 5 de octubre de 1936, varios mozos del pueblo se personaron en su casa y, a la fuerza, lo sacaron de su cama, donde dormía junto a María Cruz Bermejo San José, su mujer. Al antiguo sacristán, mientras lo sacaban a empellones a la calle, solo le dio tiempo a quitarse la alianza y dársela a su esposa. «Ten, querida, mi anillo, porque me van a matar», fueron las últimas palabras que dedicó a su esposa antes de que se lo llevaran.

Incluso en aquellos instantes, los que iban a ser los últimos de su vida, el porqué de aquel odio visceral era algo que el profesor de música, que iba sentado en el asiento trasero del coche del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo camino de una checa situada en Madrid, se seguía preguntando. No entendía, por más que trataba de encontrar una respuesta coherente a lo absurdo de aquella situación, qué demonios había hecho para merecer aquel final.

Llevaba varios años viviendo en aquel pueblo, al que se había

mudado desde Mota del Marqués, Valladolid —su localidad natal—, para enseñar música en el colegio de la pedanía madrileña que nunca había oído ni siquiera mencionar. Jamás, debido a su carácter pacífico y bonachón, había tenido el más mínimo encontronazo con ninguno de sus vecinos. Al contrario: las puertas de su casa siempre estaban abiertas para los hijos de sus vecinos, en su mayoría labradores, quienes se sentaban alrededor de su mesa para aprender a leer y a escribir. Tomás Martínez Negro, a pesar de la insistencia de los padres de aquellos chiquillos, siempre se negó a aceptar dinero por aquellas clases particulares. Había tratado de integrarse en la vida de aquel pueblo que no llegaba a los 1.200 habitantes, pero estaba claro que no lo había conseguido.

Suspiró, resignado, aceptando un final tan inminente como trágico. Se reclinó sobre el asiento trasero del coche, apoyando la cabeza sobre el incómodo cabecero. Buscó, a través del retrovisor, la mirada del chófer, en un intento desesperado por encontrar un ápice de compasión. Lo conocía de haberlo visto en el pueblo. Habían intercambiado un par de saludos. «Buenos días.» «Buenas tardes.» «¿Cómo está usted?» Nada más. No eran, desde luego, amigos. Las miradas de ambos hombres se cruzaron. Fue solo un instante. Lo justo para que Tomás pudiese ver la vergüenza reflejada en los ojos del otro. Trató de decir algo, pero no le salieron las palabras.

A su lado, en el asiento del copiloto, iban dos milicianos. Uno de ellos era el presidente del Comité Revolucionario. El hombre fumaba tranquilamente un cigarrillo. Parecía ajeno a cuanto sucedía a su alrededor. El antiguo sacristán lo tenía en muy alta estima. En los primeros días, tras el golpe militar contra el Gobierno de la Segunda República, salvó la vida a don Patricio Rodríguez, el párroco de Mejorada del Campo. En un momento en que los religiosos eran ajusticiados por turbas incontrolables, aquel hombre decidió ayudarle a escapar del pueblo.

Por lo tanto, de un hombre de tamaña altura moral esperaba, al menos, que le dispensara a él el mismo trato. De hecho, aquella misma madrugada lo había salvado de morir fusilado junto a la

tapia de la iglesia. «Este hombre tendrá que ser juzgado en Madrid», había ordenado, pistola en mano y poniéndose delante del improvisado pelotón de ejecución, a los miembros del comité, que, fusiles en alto, se disponían a despachar al sacristán por la vía rápida.

Pero aquel hombre, otrora secretario de las Juventudes Socialistas de Mejorada del Campo, no tenía la más mínima intención de salvarle la vida. Solo quería evitar testigos incómodos. Hacerlo lejos del pueblo. «Tomás va para no volver más», sentenció aquel hombre que fumaba con total parsimonia en el asiento delantero del coche.

Tomás miró por la ventanilla del vehículo. Estaba amaneciendo. Las siluetas de las últimas casas del pueblo se iban difuminando en el horizonte, convertidas ahora en minúsculos puntitos negros. Siguió mirando hasta que desaparecieron por completo. Cerró los ojos, afligido por un dolor que lo carcomía por dentro. Dejaba atrás a María Cruz, su mujer, y a sus tres hijos: María (16), Leonisa (14) y Emiliano (10). Nunca los volvería a ver.

El coche atravesó el puente de hierro en dirección a San Fernando de Henares para, una vez allí, tomar la carretera que los llevaría a Madrid, donde Tomás sería interrogado en una de las checas que había repartidas por la capital, acusado de ser simpatizante de las derechas. Junto a él, en el asiento trasero de aquel coche incautado por el Comité Revolucionario, iban otros dos milicianos —cinco en total— a los que conocía perfectamente. Sobre todo, a uno de ellos.

Los ojos de aquel hombre, al que en el pueblo apodaban el Coleta, se clavaron en los suyos. Creyó intuir una mueca de satisfacción que se dibujaba en la comisura de los labios. Se relamía de puro placer. Estaba disfrutando de aquel momento y no trataba de disimularlo. Si de él hubiese dependido, el sacristán llevaría meses muerto.

El Coleta era el mismo energúmeno que, cada vez que lo veía paseando por el pueblo, no dudaba en darle unos pases con el capote, ante las risas entusiastas de sus camaradas, quienes no intervenían en poner fin a aquel esperpento. La faena siempre

terminaba de la misma manera: con la muerte del antiguo sacristán. El Coleta, estoque en alto, simulaba entrar a matar a un desvalido Tomás que se dejaba hacer, temeroso de la ira que podía despertar en los miembros del comité su negativa a participar en aquel lamentable espectáculo. Ahora, tiempo después, aquella imagen le pareció un presagio de lo que estaba a punto de ocurrir.

El sacristán cerró los ojos, tratando de conciliar un sueño que le habían robado unas horas antes. Se tocaba el dedo anular de la mano derecha, donde debería haber estado su anillo de casado. Pensó en María Cruz, y en sus tres hijos. Una lágrima corrió por su mejilla.

El coche fue perdiendo velocidad hasta detenerse por completo. El chófer paró el motor. Una de las puertas se abrió y el hombre que tenía a su izquierda bajó del vehículo. Tomás Martínez Negro sintió como el cañón de una pistola se le clavaba a la altura de las costillas. Abrió los ojos. Miró a su derecha. El Coleta, todavía sentado a su lado, levantó el mentón invitándole a abandonar el coche por la puerta que permanecía abierta.

La mañana amaneció relativamente fresca, no llegaba a los 13 grados. Las temperaturas daban un poco de tregua después del horrible verano —con escasas precipitaciones— que había azotado España en julio, agosto y septiembre. El sudor, por culpa de los nervios, le resbalaba por la parte trasera de la espalda, erizándole la piel. Se quitó la chaqueta y la sostuvo con las manos. El sol le molestaba, pero no se quejó. Caminó un centenar de metros, hasta un olivar cercano conocido como la Yesería de Cuenca, en el término municipal de San Fernando de Henares. De haberse puesto de puntillas habría alcanzado a ver, muy a lo lejos, la silueta de Mejorada del Campo.

Se dio la vuelta. Miró el cañón del arma que le apuntaba directamente al corazón, a un palmo de distancia. A solo unos pasos, cuatro miembros del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo contemplaban la escena en absoluto silencio, mientras el quinto sostenía el arma de fuego. Unos metros atrás, unos milicianos, que viajaban en el segundo coche que debía trasladarlo a la checa de Madrid que ahora sabía a ciencia cierta que nunca

llegaría a pisar, también guardaban silencio. Esperaban el fatal desenlace para regresar al pueblo.

El hombre que sostenía el arma echó el seguro hacia atrás y apretó el gatillo. Tomás Martínez Negro cayó muerto.

# 2

# El quinto nombre

Debo ser sincero con ustedes. Me llevó muchísimo tiempo decidirme a escribir *El quinto nombre*. La historia que están a punto de leer pasó dos años metida en un cajón, bajo llave, hasta que me animé a sacarla a la luz. Sabía de su potencial, pero tardó bastante tiempo en prender en mí esa chispa necesaria que toda buena historia debe tener para seducir a un escritor y hacerle caer rendido a sus pies.

Como periodista, he narrado conflictos bélicos en tres continentes y documentado los horrores de la guerra en países como Siria, Afganistán, Somalia, Ucrania o Irak. Pero nunca, desde que ejerzo mi profesión, se me había pasado por la cabeza escribir sobre la guerra civil española.

¿Qué sentido tenía remover un pasado que seguía levantando sentimientos encontrados? Porque, no nos engañemos, las heridas de la guerra civil continúan supurando. Durante tres años, antes de sentarme a escribir este libro, realicé medio centenar de entrevistas a supervivientes de la guerra civil, a hijos y a nietos de aquellos que la vivieron en primera persona. Y, en muchos casos, choqué con algo que me desconcertó: el odio irracional contra *el otro*. La izquierda contra la derecha, y viceversa. Las dos Españas. En ese preciso instante me di cuenta de una realidad dolorosa: todas las guerras se libran dos veces. La primera, en las trincheras del campo de batalla, y la segunda, en los recuerdos.

La primera vez que oí hablar de Tomás Martínez Negro fue en marzo de 2018. Ildefonso González, buen amigo, me envió un correo electrónico un tanto críptico y atípico, que leí con gran curiosidad y, por qué negarlo, con sorpresa, por los hechos que en

él relataba, desconocidos para mí hasta ese momento.

Al parecer, según había podido descubrir, un tal Eladio Pampliega, vecino de Mejorada del Campo, había sido acusado, junto con otros cuatro mejoreños, de haber participado en el asesinato de Tomás Martínez Negro, el sacristán del pueblo, en octubre del 36, meses después del inicio de la guerra civil. «Al ver "Mejorada" y "Pampliega" me acordé inmediatamente de ti. Es cierto que allí el apellido Pampliega no es extraño, más bien lo contrario, y puede que ni siquiera sea familiar tuyo. Te adjunto el documento, con toda la información al respecto. Estoy seguro de que sabrás sacarle partido», me escribió Ildefonso.

Tardé un poco en reaccionar, y tuve que releerlo varias veces para hacerme una composición de lugar. Descargué el archivo adjunto y lo abrí en mi teléfono. Efectivamente, el documento pertenecía a un juicio sumarísimo de un tribunal franquista donde se relataban los hechos que Ildefonso me había diseccionado escuetamente en su correo electrónico. Tres nombres. Justo Basanta Ropero, Anastasio Castell y Victoriano Basanta Ropero. Todos ellos fusilados. El cuarto, Santiago Cebolla Gallego, pendiente de sentencia. Y el quinto nombre, Eladio Pampliega, huido.

Todo aquel misterio me intrigaba. ¿Quién sería? Cierto es, como apuntaba Ildefonso, que el apellido Pampliega es muy común en Mejorada del Campo. La prueba fehaciente es mi padre: se apellida Pampliega Pampliega. Sus padres (mis abuelos) eran primos segundos. El caso es que, en toda España, solo hay diez personas que se apelliden como él. Y tres están en mi pueblo.

Comencé a hacerme preguntas. ¿Quién demonios sería este Pampliega? Huido, ¿eh? Pero ¿a dónde? Quizás se escondió en la bodega de un carguero y viajó a Argentina, donde hizo fortuna. Puede que acabase siendo un integrante de la Nueve, la famosa división compuesta por 150 republicanos que, bajo el mando del general Leclerc, liberó París de la ocupación nazi. ¿Acabaría en algún campo de concentración? ¿Quizás en Mauthausen o en Auschwitz? Cuando me llegó aquel correo, yo acababa de terminar, hacía un par de semanas, *Soldados de Salamina*, el libro de Javier

Cercas, y, obviamente, mi imaginación voló demasiado alto y muy deprisa, quizás demasiado deprisa. Quería que aquel Pampliega, al igual que el protagonista de la novela de Cercas, hubiese hecho algo en su vida, más allá de estar implicado en el asesinato, a sangre fría, de un pobre sacristán.

La historia era más que jugosa, pero entrañaba una dificultad prácticamente insalvable: los hechos que se recogían en la sentencia databan de 1936. Es decir, hacía ochenta años. Acceder a las fuentes primarias era, simplemente, una utopía. Los testigos directos, de quedar alguno con vida, tendrían en torno a los cien años. Por lo tanto, debía tratar de reconstruir una historia, ocurrida hacía casi un siglo, con recuerdos de personas que, en el mejor de los casos, podrían ofrecerme una versión somera de los hechos o que habían escuchado el relato por boca de terceras personas, con el riesgo que eso conlleva.

«Mi padre apenas me contó nada sobre la guerra civil. No le gustaba hablar sobre ello. Prefería guardar silencio. Al fin y al cabo, perteneció al bando perdedor. Estuvo combatiendo en la Sierra de Guadarrama, en lo que se conoció como «frente del agua». Se pasó casi toda la guerra allí. Puede que, en algún momento, coincidiera con alguno de los nombres que aparecen en esta sentencia. Muchos mejoreños fueron a luchar allí al comienzo de la guerra para defender la República», me confesó mi padre mientras releía cada uno de los cinco nombres que aparecían en la sentencia cuando acudí a él en busca de ayuda. «Justo Basanta, este tiene una calle en Mejorada del Campo, la calle del cuartel de la Guardia Civil —dijo devolviéndome el teléfono móvil y dejando las gafas sobre la mesa—. ¿Qué piensas hacer con todo esto?»

Esa era la pregunta del millón, para la cual aún no tenía respuesta. Así que tomé una decisión salomónica: descarté la historia porque no sabía por dónde empezar. Hasta que ocurrió una de esas casualidades que hacen que todo comience a fluir.

En febrero de 2019, la Casa de la Cultura de Mejorada del Campo organizó una exposición de fotografías sobre las Brigadas Internacionales. Se trataba de una pequeña muestra que reunía cerca de un centenar de instantáneas tomadas por el general

polaco Karol Swierczewski (1897-1947). Me acerqué movido por la curiosidad. En mi cabeza continuaba el runrún de aquella historia de la guerra civil que se escondía detrás del asesinato de Tomás Martínez Negro y que tenía a un Pampliega como implicado.

Las imágenes de la exposición, todas en blanco y negro, pero excelentemente conservadas, contaban la historia de Walter, como era conocido aquel general polaco encargado de organizar en 1936, en París, las Brigadas Internacionales que desembarcarían en España para luchar contra el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán. «A finales del 36, Walter, al mando de la XIV Brigada Internacional, participó activamente en las batallas de Lopera y del Jarama. Posteriormente asumió la dirección de diversas divisiones del Ejército republicano, con las que combatió en La Granja y en Brunete. Y antes de ser reclamado por la Unión Soviética, en abril del 38, luchó en Belchite y en Teruel», me contó el organizador de aquella pequeña muestra sobre la guerra civil.

Se trataba de Pepe Osorio, vecino de Mejorada del Campo y miembro de la Asociación Amigos de las Brigadas Internacionales. «No se puede pasar una página de la historia sin haberla leído previamente», afirmaba este jubilado ante un reducido grupo de alumnos de un instituto que, obligados por sus profesores, se habían acercado a ver la exposición con evidente desgana.

«Durante diez años he tratado de esclarecer el asesinato de Tomás Martínez Negro, pero ha sido imposible —me contó después de la visita guiada a los adolescentes—. La gente no quiere hablar del tema, y menos con alguien que no es del pueblo. “No lo recuerdo. No lo sé”... siempre eran las mismas manidas frases. Viendo la reticencia, dejé de preguntar y, simplemente, me rendí. La historia de Mejorada la tiene que escribir un mejoreño. Quizás tú tengas más suerte y a ti te la quieran contar», sentenció Osorio al despedirnos.

Aquella conversación me dejó más dudas de las que tenía. ¿Qué necesidad tenía de sumergirme en una historia que iba a ser casi imposible de contar? Pero la historia que se escondía tras aquel asesinato comenzaba a intrigarme. Me sorprendí a mí mismo googleando el nombre de uno de los fusilados: Justo Basanta

Ropero. Y, como por arte de magia, di con la web de Memoria Histórica de Torrejón de Ardoz. Basanta fue fusilado en Alcalá de Henares el 28 de abril de 1939, a las 16 h, y enterrado en la fosa común número 304-8 del cementerio municipal de esta localidad madrileña, donde encontré el siguiente testimonio familiar: «Justo era mi abuelo paterno. Terminó la guerra como capitán, tengo copias de los boletines de ascenso del Ministerio de Guerra de la República, conseguidas a través del archivo de Salamanca. [...] Victoriano, que era su hermano, llegó a ser nombrado teniente. [...] A ambos, según mi padre, los fusilaron junto con otros compañeros. Fueron de los primeros fusilados en Alcalá de Henares. Sé que mi abuelo, antes de la guerra, era secretario de las Juventudes Socialistas Unificadas de Mejorada del Campo [...]. Era una gran persona y creo que muy inteligente».

Había logrado localizar a dos de los cinco nombres que aparecían en aquella lista que me facilitó, un año antes, Ildefonso: los hermanos Justo y Victoriano. Pero ¿y los otros tres? ¿Cómo iba a dar con ellos? Y, lo más importante, ¿iba a ser capaz de esclarecer el asesinato del sacristán? Volvía a estar en un callejón sin salida. No me veía capaz de ir tirando del hilo hasta deshacer por completo la madeja. Soy periodista. Cubro zonas de guerra. Y esto era trabajo para un historiador.

Además, por lo que me había contado Pepe Osorio, en Mejorada el asesinato de Tomás Martínez Negro parecía un tema tabú. Los vecinos que conocían la historia preferían guardar silencio u obviar el asunto. Visité la antigua iglesia parroquial y el nuevo cura, ajeno a lo que le estaba contando, me despachó con muy buenas palabras y con la promesa de que se pondría en contacto conmigo si encontraba a algún vecino dispuesto a hablar de ello. Esa llamada jamás se produjo, y no me quedó más remedio que buscar otras fuentes de información para ir tejiendo esta historia.

Desesperado, volví a recurrir a mi padre en busca de consejo. «Tu abuelo, durante la guerra civil, formó parte del llamado Comité Revolucionario de Mejorada del Campo. Imagino que, en algún archivo histórico, deberá quedar algún tipo de constancia de

las personas que integraron ese comité. Durante la guerra los miembros del comité se convirtieron en lo más parecido a la autoridad competente. Solo tienes que dar con esa lista e ir investigando cada uno de esos nombres para reconstruir la historia del pueblo. Quizás ellos, si es que alguno sigue vivo, puedan ir guiándote en la investigación. Es posible que nunca sepas quién mató al sacristán ni qué fue de ese Pampliega, pero, por el camino, quizás descubras quién fue tu abuelo. Y puedas escribir sobre él.»

¿Escribir sobre mi abuelo? ¿Para qué? ¿Cómo habíamos pasado de la historia de Eladio Pampliega a la del padre de mi padre? Yo mismo me iba poniendo piedras en el camino. Pero no era más que una simple excusa, porque había una cosa que me aterraba. ¿Y si descubría que Gregorio, o Moro, como le conocían en Mejorada, no era en realidad ese ancianito carismático, combativo e idealista? ¿Y si descubría que él también estuvo implicado en el asesinato del sacristán? O si, incluso, lo llegó a matar él mismo cargándole el muerto a otro. «No sé si el abuelo mató o no. Imagino que sí. En una guerra, y tú lo sabes mejor que nadie, o matas o te matan. Sé, porque me lo contó él, que sacaba el fusil por la trinchera y disparaba cerrando los ojos. Pero la pregunta que debes hacerte es: si acabas descubriendo que es un asesino, ¿serías capaz de contarlo?», añadió mi padre.

Visité el archivo municipal del pueblo. Obviamente, no encontré casi nada relacionado con los años de la guerra civil y, mucho menos, esa famosa lista con los nombres de los que pertenecieron al Comité Revolucionario. «Los archivos municipales en España están en condiciones de abandono. Dependemos del Ayuntamiento y de la sensibilidad de los políticos de turno. Entiendo que el archivo no da votos, pero es una seña de identidad para los mejoreños. Algo de lo que puedan sentirse orgullosos. Para tu historia necesitas un punto de partida, y eso no lo vas a encontrar aquí», me confesó Concepción Díaz, responsable del Archivo Municipal de Mejorada del Campo.

Volví a recurrir a internet. Pero en esta ocasión con poco éxito. «Durante la guerra civil española la iglesia quedó devastada, con especial daño a sus elementos de mayor valor artístico y

religioso, la mayoría de los cuales nunca han llegado a localizarse y recuperarse.» Este párrafo, extraído de la web de la Parroquia Natividad de Nuestra Señora, es la única mención que logré encontrar sobre la guerra civil en Mejorada que tuviese relación con el sacristán o con la iglesia.

Antes de tirar la toalla, tenía una última opción: Pepe Osorio. «Verdad. Justicia. Reparación», fue todo lo que me dijo antes de entregarme un sobre que contenía un listado con 50 nombres. Los miembros del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo. Instintivamente busqué uno: Gregorio Pampliega Carrasco. Moro. Mi abuelo. Y, justo debajo, Eladio Pampliega. Me senté delante del portátil. Releí el correo que un año antes me había mandado Ildefonso González. Por fin tenía algo para ir tirando del hilo. Así comenzó a escribirse este libro, *El quinto nombre*.

# 3

# La iglesia

Rufino Pérez Maroto estaba intranquilo. Puede que, incluso, hasta abatido. Los acontecimientos de los últimos días tenían la culpa. Siempre había sido un hombre parco en palabras. Reservado, dirían algunos. Tímido, añadirían otros. Pero aquel caluroso lunes de julio se mostraba más apocado de lo normal. Las noticias que llegaban desde Madrid, y desde otras ciudades de España, le habían conferido aquella desazón. La palabra *guerra* le producía escalofríos. Y lo que se avecinaba le daba miedo. Mucho.

Terminó de vestirse aprisa. Cruzó el comedor, sin hacer el más mínimo caso al frugal desayuno que Felisa Adán Balcones, su esposa y madre de sus hijos, le había puesto sobre la mesa, como cada mañana, antes de que él se fuera a trabajar a la herrería. Bebió el café de un sorbo, sin caer en la cuenta de que estaba frío, y se encaminó hacia la puerta. «No vayas a ningún lado. Quédate en casa con nosotros», le advirtió Felisa saliéndole al paso, en un intento desesperado por evitar que Rufino se metiese en líos.

Felisa era una mujer de la República. Roja. Muy de izquierdas. De fuertes ideales políticos. Todo lo contrario que su marido. Rufino, herrero de profesión, siempre mostró un evidente desinterés por todo lo referente a cuestiones políticas. Tiraba más hacia la derecha, porque su madre, muy beata, así lo educó. En otras circunstancias hubiera sido Rufino quien se habría visto obligado a ponerse delante de la puerta de casa para impedir que su mujer saliese a la calle. Pero aquel día no.

Los ánimos en Mejorada del Campo, como en otras tantas localidades de toda España, estaban muy caldeados. Solo hacía falta un pequeño chispazo que acabase por prender la mecha. El

pueblo comenzaba a movilizarse. Las noticias sobre la guerra civil, que había empezado tres días antes, el 18 de julio, se extendían como la pólvora. Los rumores, que llegaban a cuentagotas, no auguraban un feliz desenlace: disturbios, revueltas, detenciones arbitrarias, asesinatos, ajustes de cuentas… En definitiva, el caos. Además, la llegada al pueblo de foráneos, sedientos de sangre ajena, fue determinante para que los acontecimientos se precipitasen. Se comenzó a buscar a falangistas o a derechistas para darles el paseo, como estaba ocurriendo en otros municipios.

En aquel ambiente guerracivilista no fueron pocos los vecinos que, incitados por la situación, se apresuraron a salir a la calle para ajustar cuentas pendientes. Hacía dos días, unas horas después del Alzamiento Nacional, Anastasio Castell, junto con otros mozos del pueblo, se había dirigido hacia la finca que María Rosario Salamanca y Ramírez de Haro, marquesa de Hinojares, tenía a las afueras del pueblo con intención de tomar la finca por la fuerza. Pablo, el guardés, salió al paso de Anastasio tratando de defender las propiedades de su señora. Fue, primero, apaleado y, antes de huir del pueblo, recibió una puñalada en la espalda.

La marquesa de Hinojares, semanas antes, había abandonado Mejorada del Campo para refugiarse en Biarritz, ciudad situada en el suroeste de Francia. Aquella acertada decisión le acabó salvando la vida. Doña Rosario se marchó por miedo. De haberse quedado habría sido violada y asesinada por los mismos mozos que asaltaron su finca.

En la zona republicana no fueron pocas las propiedades de aristócratas que, durante la guerra civil, serían ocupadas por familias afines a las izquierdas. Anastasio Castell, junto con su mujer, Carmen Martínez Huertas, y sus hijos, se había instalado en la finca de los marqueses de Hinojares, donde permanecería hasta el final de la guerra civil, pero no fue el único vecino de Mejorada del Campo que decidió ocupar el antiguo palacete.

El Gobierno de la República optó por confiar la seguridad a las diferentes milicias de corte izquierdista que surgieron de manera espontánea en diversas localidades de toda la geografía española. Solo en Madrid, el Gobierno repartió el 19 de julio

25.000 fusiles y una veintena de ametralladoras. Las armas no solo caerían en manos de milicianos idealistas y comprometidos con el orden constitucional, sino que armaron también a delincuentes habituales y a chusma varia, que se vieron endiosados gracias a aquellos instrumentos de muerte, con los que sembraron el terror allá por donde fueron.

El bando nacional también incitó a la violencia. El domingo 19 de julio, Emilio Mola se había dirigido a un grupo de alcaldes de la provincia de Pamplona en los siguientes términos, como recogió Félix Maíz, su hombre de confianza y ayudante civil: «Hay que sembrar el terror. [...] Hay que dar la sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros. Nada de cobardías. Si vacilamos un momento y no procedemos con la máxima energía, no ganaremos la partida. Todo aquel que ampare u oculte a un sujeto comunista o del Frente Popular será pasado por las armas».

En esta atmósfera, donde la sangre se podía oler en el aire, Felisa, preocupada por la integridad de su marido, se parapetó delante de la puerta de la casa para impedir que saliese, pero Rufino era un hombre de ideas fijas, y su mujer no le iba a frenar en su empeño de salir a la calle. El herrero, cada dos semanas, tenía programada una cita en la barbería del pueblo. Le gustaba darse ese pequeño capricho de tanto en cuanto. Era, junto con las dos tabernas que había en Mejorada del Campo, lugar de reunión para los hombres. Las tertulias políticas estaban a la orden del día, al igual que las discusiones. Era habitual que los partidarios de las izquierdas y de las derechas se enzarzasen en calurosas broncas, sin que la sangre llegase nunca al río, pero él, muy comedido, siempre se mantenía al margen de polémicas. Todo el valor que le sobraba a Felisa le faltaba a Rufino.

Los vecinos de Mejorada sabían que había estallado una sublevación por el boca a boca. En el pueblo no había radio, y se tenían que juntar para saber qué estaba ocurriendo en el resto de España. Fue precisamente en la barbería donde Rufino Pérez se enteraría del alzamiento militar en Melilla.

Aquel 20 de julio de 1936, los ruegos de Felisa no surtieron el

menor efecto en su marido. Rufino apartó a su mujer, que le obstaculizaba el paso, y salió dirección a la barbería, donde le estaban esperando. Llegaba tarde.

Una vez en la barbería, Rufino oyó unos cánticos que procedían de la calle:

*Si los curas y frailes supieran,*
*la de hostias que se van a llevar,*
*subirían al coro cantando:*
*¡Libertad, libertad, libertad!*

*Si los curas y monjas supieran,*
*la paliza que les vamos a dar,*
*subirían al coro cantando:*
*¡Libertad, libertad, libertad!*

Felicidad García Camaño, Natividad Sebastián Rueda, Clara Ayala Álvarez, José Moreno Torres, Mauricio Franco del Castillo, Francisco Fuertes Santui y Úrsula Daganzo Martínez, quien encabezaba aquella singular marcha, cantaban a viva voz la peculiar versión inspirada, por lo menos en lo que a la melodía se refería, en el himno de la República.

Aquellos miembros del autoproclamado Comité Revolucionario, puño en alto, recorrieron las polvorientas calles de Mejorada del Campo. El calor comenzaba a apretar. Los vecinos, asomados a las puertas de sus casas o semiocultos tras los visillos de las ventanas, miraban con temor aquel piquete que, por sus cánticos, no presagiaba nada bueno. Tras el asalto a la finca de la marquesa de Hinojares no sorprendió a nadie que aquella turba de radicales tomase el camino que llevaba, sin posibilidad de pérdida, a las mismísimas puertas de la Parroquia Natividad de Nuestra Señora.

En muchos pueblos y ciudades, la Iglesia y el clero se convirtieron en objetivo prioritario de las masas exaltadas que, gracias al desgobierno que reinaba en buena parte de España, durante los primeros meses de guerra, regaron el suelo con la

sangre de miles de religiosos. La caza clerical fue especialmente sangrienta entre los meses de julio y agosto de 1936. Trece obispos, 4.184 sacerdotes seculares (uno de cada siete), 2.365 frailes (uno de cada cinco) y 283 monjas fueron pasados a cuchillo. Los bienes de la Iglesia tampoco corrieron mejor suerte: 20.000 templos, conventos y residencias fueron saqueados e incendiados durante los primeros meses de las revueltas. «Había muchos problemas en España [...]. El primer problema era la Iglesia [...]. Nosotros lo hemos resuelto totalmente, yendo a la raíz. Hemos suprimido los sacerdotes, las iglesias y el culto», afirmó, el 8 de agosto de 1936, en un discurso en Barcelona, Andrés Nin, líder del POUM y *conseller* de Justicia de la Generalitat. Por su parte, Joan García Oliver, líder de la CNT y ministro de la República, a través de Radio Barcelona, también alentó a las masas: «¡Matad, destruid, incendiad! ¡Hay que destruir la Iglesia!».

Rufino salió a la puerta de la barbería. El herrero observaba temeroso aquella caterva de izquierdistas. En un rápido vistazo se fijó en Francisco Fuertes Santui, quien portaba un martillo con el que golpeaba, desafiante, la palma de su mano izquierda. Rufino lo miró en silencio y se acordó inmediatamente de don Patricio Rodríguez, el cura de Mejorada del Campo. Si encontraban en el interior de la iglesia a don Patricio, no lo iba a salvar ni Dios. Puede que doña Rosario, la marquesa, se hubiese librado de milagro, pero el cura seguía estando en el pueblo. Era imposible que hubiese podido huir. Así que solo era cuestión de tiempo que dieran con él para matarlo.

En aquella España no había medias tintas. ¿Blanco o negro? ¿Con nosotros o contra nosotros? ¿Izquierda o derecha? La guerra civil, en tiempo récord, había levantado fronteras invisibles entre vecinos, familiares y amigos. El odio y la sinrazón se habían apoderado de aquellos que, días antes de la sublevación militar, se saludaban afablemente. Y ahora se mostraban dispuestos a matar a quien se les pusiera por delante.

Úrsula Daganzo llevaba la voz cantante de aquel grupo. Mujer aguerrida y enérgica, se ganó en el pueblo el sobrenombre de la Pasionaria de Mejorada. Iba por las calles del pueblo enfundada en

un mono azul de hombre, con una pistola aferrada al cinturón y el puño en alto. No dudó, ni un segundo, en acudir en defensa del Gobierno de la República. Durante toda la guerra estaría en primera línea de combate. Hombro con hombro con brigadistas internacionales, profesores, jornaleros, labradores y demás antifascistas que se dejaron la vida, la juventud y la inocencia en las trincheras del Jarama tratando de defender la capital de España del avance de los nacionales. Úrsula era una mujer muy adelantada a su tiempo. De fuertes ideas revolucionarias. Antes de que estallara la guerra pasó muchísimas penurias. Su marido tuvo un accidente doméstico —se desnucó con el cabecero de la cama— y falleció. La dejó viuda y con cuatro hijos a su cargo, pero eso no fue impedimento alguno para que Úrsula se alistase en las milicias para combatir. Dejaba a sus críos al cuidado de su hijo mayor, de su madre o de algunas de sus hermanas, quienes no veían con buenos ojos su actitud irresponsable.

Rufino miró a la Pasionaria de Mejorada. La congoja se apoderó de él. Se le presentaron dos opciones: acompañar a los miembros del Comité Revolucionario hasta la iglesia o tomar las de Villadiego, como había hecho el pobre Pablo, guardés de la marquesa, puñalada mediante. Eso si no le daban el paseo antes. Por eso decidió unirse —forzado por las circunstancias— a los izquierdistas, a la turba que se dirigía a la iglesia. Rufino se acabaría arrepintiendo el resto de su vida de no haber hecho caso a Felisa, su esposa. Debería haberse quedado en casa aquel 20 de julio de 1936. Pero ya era demasiado tarde.

Las puertas de la iglesia parroquial de Mejorada no resistieron los envites del piquete anticlerical. El portón cedió dejando vía libre a la orgía de vandalismo. Las benditeras fueron hechas añicos a martillazos, la pila bautismal acabó desparramada por el suelo del templo, las imágenes que decoraban las paredes de la iglesia fueron reducidas a poco menos que astillas... Los mozos fueron sacando al exterior del templo bancos e imágenes, con los que acabaron haciendo una enorme pira. También sacaron los confesionarios a la calle. Se sospechaba que el cura, don Patricio Rodríguez, se masturbaba mientras escuchaba las confesiones de

las feligresas.

El retablo del altar mayor tampoco resistió a los destrozos. Ahora quedaba lo más sagrado: la imagen de la Virgen que presidía el templo. Mejorada fue siempre un pueblo muy de izquierdas, pero la Virgen era sagrada. Muchos solo acudían a la iglesia cuando tocaba sacar a hombros a la Virgen. Francisco Fuertes Santui, martillo en mano, con paso decidido se acercó a la imagen y comenzó a golpearla con todas sus fuerzas, hasta decapitarla por completo. Se escribía así un epílogo siniestro en una iglesia que había sido construida en 1667 y que había resistido a los saqueos de la Guerra de Sucesión (1710) y a la Guerra de la Independencia contra los franceses (1808).

Rufino miró a su alrededor, consciente, por primera vez, de lo que había hecho. A su lado estaba Víctor Izquierdo, quien, al igual que él, tampoco tuvo muchas opciones a las que acogerse cuando los miembros del comité lo pararon por la calle. La única diferencia entre ambos fue que Víctor Izquierdo, una vez acabada la guerra, se presentaría en el cuartelillo de la Guardia Civil de Mejorada del Campo y denunciaría a todos y cada uno de los vecinos que habían participado en la destrucción de la iglesia. Así logró salvarse de la cárcel, aunque con ello condenó al resto.

Pero volvamos al 20 de julio de 1936. Rufino, presa del pánico, salió corriendo del templo hacia su casa. Por el camino se topó de frente con Tomás Martínez Negro, el sacristán, quien, sin dar crédito a los rumores que corrían por el pueblo sobre la destrucción de la iglesia, quería comprobar *in situ* su veracidad. Ambos hombres cruzaron la mirada un segundo. El tiempo justo para que Rufino negase con la cabeza.

Felisa le preparó una manzanilla a su marido. Este, incapaz de hablar, solo podía mover la cabeza con gesto de pesar mientras balbuceaba palabras inconexas. Finalmente, acabó confesando lo que había hecho. Pero había una pregunta que reconcomía a Rufino Pérez Maroto: ¿qué suerte habría corrido don Patricio Rodríguez, el cura de Mejorada del Campo?

# 4

# El cura

A Tomás Martínez Negro el corazón y el alma iban a salírsele por la boca de un momento a otro. Había llegado prácticamente sin aliento a casa de Anastasio Ropero —conocido en Mejorada del Campo con el sobrenombre de Tío Maleta—, espoleado por la orgía de odio anticlerical que había presenciado, minutos antes, delante de la iglesia del pueblo donde miembros del autoproclamado Comité Revolucionario todavía celebraban, puño en alto, la quema de bancos, tallas de madera y confesionarios. Una vez en casa de Anastasio, Tomás tomó el porrón de vino peleón que estaba sobre la mesa y, sin pensárselo dos veces, echó un trago hasta casi atragantarse. Se limpió la comisura de la boca con el reverso de la mano.

Don Patricio Rodríguez, párroco de Mejorada del Campo, estaba sentado frente a él. Mirándolo de hito en hito. No lograba disimular su sorpresa al ver al profesor de música perdiendo los papeles de aquella manera. Bebía del porrón como si se tratase de un vulgar borracho. ¿Qué le había pasado a aquel hombre recto y decente con el que había oficiado misa durante los últimos años? ¿Cómo pueden cambiar así las personas, de la noche a la mañana, sin transición? Su aspecto era lamentable.

Tomás sudaba profusamente, y el intenso calor de aquel día no ayudaba a atemperar su cuerpo. El sacristán, sintiéndose observado, intentó recuperar la compostura que siempre le había caracterizado y se sentó. Se miró las manos. Aún le temblaban. Frente a él, don Patricio, el religioso, lo estudiaba con detenimiento. Escrutándolo. Tomás llevaba cinco minutos allí sentado y, en todo ese tiempo, había sido incapaz de articular

palabra. El miedo le atenazaba. Por el contrario, el rostro del cura era pétreo. Ni un gesto denotaba su estado de ánimo. ¿No temía por su vida? ¿No era consciente de que estaba en peligro? ¿Acaso no sabía lo que estaba ocurriendo en Mejorada del Campo y, por extensión, en toda España?

Trató de explicarle la situación actual. La profanación de la parroquia. El destrozo de la imagen de la Virgen, pero don Patricio seguía impertérrito, como si todo aquello no fuese con él. El cura le tendió la mano, para tratar de moderar un discurso en el que las palabras se iban atropellando unas a otras. Estaba al corriente de todo lo que ocurría fuera de aquellos muros. ¿Por quién le había tomado? Había huido de la parroquia cuando vio a Úrsula Daganzo, *la Pasionaria de Mejorada*, comandando una turba de exaltados. Por ese motivo se había refugiado en casa de Anastasio Ropero.

Tomás lo pensó racionalmente unos segundos mientras, de reojo, miraba a Tío Maleta, quien, en ese preciso momento, tomaba el porrón de vino y se servía un culín en uno de los dos vasos de cristal que estaban sobre la mesa, y de los que había prescindido el sacristán instantes antes para calmar una sed que le impedía articular palabra alguna. Don Patricio no daba puntada sin hilo. Eso estaba fuera de toda duda. De entre todas las casas que había en Mejorada del Campo en las que podía haber encontrado cobijo, había ido a guarecerse precisamente a la de Anastasio Ropero. La decisión, desde luego, no había sido baladí.

Tío Maleta, más allá de un curioso apodo que podría inducir a error, era uno de los hombres más respetados y reverenciados de todo el pueblo. Terrateniente y hombre de negocios, amasó una pequeña fortuna vendiendo productos de la vega mejoreña en diferentes mercados de Madrid, transportando la mercancía en sus propios carros. Buen cristiano, y temeroso de Dios, era de misa diaria y votante confeso de las derechas, tendencia política que no ocultaba a nadie. Y, además —y aquí estaba el quid de la cuestión y el verdadero motivo por el cual el párroco se había refugiado en su casa—, tres de sus sobrinos formaban parte del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo. Don Patricio jugaba con

las cartas marcadas.

¿De verdad pensaba que escondiéndose en aquella casa los miembros del comité iban a respetar su vida? ¿Que allí era intocable? ¿Era un iluso o un completo estúpido? Tomás no sabía la respuesta, pero era consciente de que, quedándose en Mejorada, el cura estaba tentando a la suerte. Y mucho. Lo que estaba claro era que don Patricio había lanzado los dados al aire esperando que el resultado le fuera favorable, pero de no ser así... se arrepentiría toda la vida. Y quizás ya era tarde para huir. Tomás llegó a la conclusión, observando el empecinamiento de don Patricio a quedarse en el pueblo, que, si él había sido capaz de atar cabos y dar con su paradero, era solo cuestión de tiempo que los milicianos derribasen la puerta y se lo llevasen de allí a la fuerza, y así lo dijo.

Ante aquella insinuación don Patricio se levantó de la mesa derribando la silla, que cayó al suelo con estrépito. Rebuscó en el interior de su sotana y sacó un revólver. Blandiéndolo de manera desafiante, increpó a Tomás, quien miraba al párroco muerto de miedo. El cura no tenía intención de dejarse conducir al paredón por las buenas. Ni mucho menos. Vendería cara su vida, eso lo tenía claro. El religioso zanjó cualquier tipo de discusión al respecto dando un fuerte golpe en la mesa con el revólver. Se volvió a sentar.

El sacristán se había quedado atónito ante la actitud del religioso. Sabía que don Patricio era un hombre de fuerte carácter, pero jamás lo había imaginado capaz de empuñar un arma de fuego y, mucho menos, apuntar a otro hombre con aquella pistola. ¿Dónde había quedado aquello de *no matarás*? Por cierto, ¿de dónde había sacado el arma? En aquella época era normal que algunos miembros del clero portasen armas para defender su vida de la ola anticlerical que asolaba España. Sobre todo, después de lo que había ocurrido cinco años antes.

Aún seguían muy presentes los incidentes acaecidos en mayo de 1931, un mes después de la proclamación de la Segunda República. En Madrid, varios grupos, movidos por su animadversión a la Iglesia, asaltaron varios templos y conventos.

La revuelta duró apenas unas horas, pero la chispa que prendió en la capital de España rápidamente se propagó por ciudades como Málaga, Valencia o Sevilla.

Este incidente no fue más que el prólogo de la relación entre la Iglesia católica española y el Gobierno de la Segunda República. Además, en los años venideros, no faltaron pirómanos que, a la mínima oportunidad, trataron de alimentar los rescoldos que aún humeaban en el corazón de muchos españoles. «Se ha dicho mucho sobre la quema de conventos, pero la verdad es que en Madrid no se quemaron más que cuatro birrias que no tenían ningún valor. Lo que faltó ese 14 de abril de 1931 [día de la proclamación de la Segunda República], y ya lo dije ese primer día, es coraje en el pueblo, que no debió dejar en pie ni un monumento», afirmó con rotundidad Ramón María del Valle-Inclán, autor de la obra de teatro *Luces de bohemia*, en unas declaraciones al diario *La Luz* en enero de 1934.

Unos fuertes golpes en la puerta de entrada de la casa de Tío Maleta eliminaron de un plumazo toda la valentía que, instantes antes, había mostrado don Patricio, pistola en mano, y en la que el vino había jugado un papel determinante. El cura cayó derrengado sobre la silla, y tomó del brazo a Tío Maleta, negando con la cabeza antes de clavar los ojos en la puerta. Nuevamente, volvieron a sonar varios golpes. Ninguno de los tres hombres, sentados alrededor de la mesa, hizo el menor amago de levantarse.

Desde el exterior comenzaron a escucharse unas voces que apremiaban a abrir la puerta, a riesgo de acabar derribándola a patadas. Anastasio trató de levantarse, pero los dedos de don Patricio, blancos como la nieve por la presión que ejercían sobre su antebrazo, se lo impedían. El terrateniente golpeó con complicidad la mano del cura para que aflojase y le dejase abrir. Intercambiaron miradas. Finalmente, el otro accedió de mala gana, resignado.

Anastasio se perdió en el interior de la casa. Ruido de cerraduras al descorrerse. Puerta que chirría al abrirse. Rumor de voces, mezclado con algún que otro reproche. Nada de gritos ni insultos. Calma. Con disimulo, sin perder de vista la puerta de

entrada, que se veía desde la habitación, don Patricio colocó la mano sobre la empuñadura del revólver. Esperando. Si Dios quería convertirlo en un mártir, estaba listo, pero primero se llevaría a algún rojo por delante.

Tres hombres jóvenes, precedidos por Anastasio Ropero, entraron en la habitación donde se encontraban Tomás Martínez Negro y don Patricio Rodríguez, cuyas facciones se tensaron al verlos. Los reconoció al instante: Justo Basanta Ropero, secretario de las Juventudes Socialistas Unificadas de Mejorada del Campo; y Victoriano y Salvador, sus hermanos menores, miembros del Comité Revolucionario del pueblo. Los tres, sobrinos de Tío Maleta. Don Patricio sabía, de sobra, a qué venían.

Justo ocupó el asiento que había quedado libre al lado del párroco. Con toda la parsimonia del mundo se sirvió un buen vaso de vino y se refrescó la garganta. Era una mañana calurosa de verano. Volvió a dejar el vaso sobre la mesa, al lado del cañón del revólver que el cura seguía empuñando. El recién llegado negó con la cabeza, en clara señal de desaprobación, pero en ningún momento amagó con desarmarlo.

Don Patricio, muerto de miedo, preguntó qué le iban a hacer. Temía que lo fuesen a matar a sangre fría. Aquellos tres hombres, por muy sobrinos que fuesen de Anastasio, no dejaban de ser miembros del comité. Y, después de la iglesia, él podía ser el siguiente en arder.

El miliciano miraba con atención a don Patricio, estudiándolo. El sudor resbalaba por la frente del sacerdote. Estaba nervioso, sin duda. Justo buscó con la mirada a su tío, quien permanecía de pie, escoltado por Victoriano y Salvador. Sonrió quedamente para volver a mirar al cura. Finalmente negó con la cabeza y le explicó que habían venido a salvarle la vida, que no iba a permitir que le ocurriese absolutamente nada mientras él estuviese al frente del comité.

Don Patricio miraba ahora con curiosidad a Justo Basanta sin llegar a comprender del todo qué quería decirle exactamente. Si no habían venido a matarle, ¿qué pintaban aquellos tres allí? Trató de decir algo, pero las palabras se le atropellaron en la boca, sin llegar

a salir. Apartó la mirada. Encontró, de frente, a Anastasio, que observaba en silencio la escena, con los brazos cruzados sobre el pecho. El terrateniente parecía divertirse. Estaba tranquilo. Normal: su vida no era la que corría peligro, precisamente. Es lo bueno que tiene que sean tus sobrinos los encargados de dar el paseo. «Sabes de sobra que nunca te va a tocar a ti», reflexionaba el cura para sí mismo. Aquella actitud de total indiferencia le hervía la sangre. ¿Por qué no trataba de mediar en aquella incómoda situación?

Justo Basanta hizo un gesto con la cabeza a sus hermanos, que se metieron en otra estancia de la casa, seguidos por Anastasio, su tío. Los tres hombres se quedaron, por primera vez solos. Ninguno dijo palabra. Tomás Martínez Negro miró con curiosidad al presidente del Comité Revolucionario, quien le aguantó la mirada, desafiante. Don Patricio siguió sin poder articular sílaba alguna. Aferrado a las cachas del revólver, pero ya sin valor para usar el arma de fuego.

Pasados cinco minutos, Anastasio y sus dos sobrinos menores reaparecieron. Victoriano Basanta traía algo en la mano. Los tres pares de ojos se posaron sobre él. Se acercó hasta el asiento que ocupaba su hermano y le entregó un hatillo con ropa de labriego. Este asintió con la cabeza, como dándole las gracias, y esperó a que volviese junto a su tío para continuar hablando.

Justo le explicó a don Patricio que la gente del pueblo lo estaba buscando para asesinarlo. Las facciones del párroco se tensaron. Su mano se aferró con fuerza, nuevamente, al revólver. Basanta colocó la suya sobre la de don Patricio, impidiendo que la pudiese levantar. Continuó hablando. Le reiteró que nadie le iba a poner una sola mano encima. Que saldría del pueblo caminando por su propio pie y con un salvoconducto debajo del brazo, para que pudiese llegar a Madrid sano y salvo. Y allí podría esconderse.

Justo Basanta extendió los ropajes de labrador sobre la mesa, después de apartar el porrón de vino y los dos vasos de cristal. El miliciano, con voz queda, comenzó a explicarle al cura que debería desprenderse del alzacuellos y la sotana para vestirse como cualquier jornalero de la vega de Mejorada del Campo. Ese disfraz

le permitiría burlar las patrullas de milicianos y ponerse a salvo en Madrid. Pero no sería tan sencillo como lo había pintado Basanta. Para llevar a cabo su plan, necesitaba que el cura también pusiese de su parte. La clave estaba en las manos. Se suponía que don Patricio debía hacerse pasar por un labrador, pero sus manos no tenían ni un solo callo. ¿Cómo era posible que un hombre que trabajaba de sol a sol en la vega cavando tuviese manos de aristócrata?

El miliciano se dirigió a su tío, sonriendo nuevamente. Este trajo un hacha y se la tendió a su sobrino, quien la colocó encima de la mesa, sobre las ropas de labrador. El mayor de los Basanta le dijo a don Patricio que, desde ese mismo instante, y hasta que él, en persona, volviese para buscarlo, estaría cortando leña de sol a sol, hasta que sus manos fuesen lo más parecidas posible a las de un labriego. Entonces, y solo entonces, podría marcharse del pueblo.

Don Patricio miró con desprecio al republicano. Pensó que hacía todo aquello para vejarlo y humillarlo. Era su forma de castigarlo. Original, tenía que admitirlo, pero creía que al final le acabarían disparando por la espalda y tirarían su cadáver en alguna cuneta. El cura no era consciente de que Justo Basanta, al que despreciaba profundamente por su ideología política y su ateísmo confeso, le estaba salvando la vida.

# 5

# El rescate de Isidro Fernández

Antonio Baeza Fernández no tenía edad ni para conducir, ni para beber alcohol, ni para votar, y mucho menos para ir a la guerra. Así que lo único que podía hacer en aquella España del 36 para defender la Segunda República, era inscribirse en un partido de izquierdas. Ni corto ni perezoso, con sus 16 años casi recién estrenados, se afilió al Partido Comunista de España, donde ya militaban sus dos hermanos mayores, Eustaquio y Santiago.

A la mañana siguiente, tras los destrozos de la iglesia, el joven Baeza, después de repartir pasquines del PCE por todo Mejorada del Campo, se dirigió a la Casa del Pueblo con un póster debajo del brazo cuyo lema decía: «Petrogrado venció y tú, Madrid, también vencerás si te levantas como un solo hombre». El cartel, de un metro de largo por cuarenta centímetros de ancho, donde un dibujo representaba la silueta de un hombre vestido con un uniforme militar, quedó fijado en una de las paredes del edificio, gracias a un mejunje a base de harina, trigo y agua que hizo las veces de pegamento.

Baeza, quien miraba orgulloso el mural donde se llamaba a la lucha contra el fascismo, no tardó en darse de bruces con la amarga realidad. Esa España, republicana y de izquierdas, jamás se alzaría como un solo hombre para luchar contra los enemigos de la Segunda República. Aquella república era una hidra de mil cabezas, de mil milicias y de mil partidos que acabaría muriendo por culpa de sus propias luchas internas. Aquel veneno mataría todos los ideales republicanos.

Un hombre afiliado a la Unión General de Trabajadores de Mejorada del Campo comenzó a increparle y a protestar

airadamente, al comprobar cómo la propaganda de su sindicato UGT, colocada unos días antes, compartía fachada con la del PCE, que el joven acababa de pegar. ¿Que por qué había tenido la desfachatez de colocar el cartel al lado del suyo?, preguntaba el hombre mientras advertía, de muy malas maneras, que lo quitase de allí o lo haría él mismo.

Aquella discusión entre el sindicalista y el joven comunista fue subiendo de tono. A pesar de sus 16 años, Baeza se mantuvo firme y no se amilanó ante las bravuconadas del militante de la UGT. La Casa del Pueblo pertenecía al pueblo de Mejorada. Por lo tanto, ningún partido político ni ningún sindicato tenían potestad para decidir qué carteles tenían cabida en las paredes del edificio. Así que dio a elegir al otro: «O los dos o ninguno». El sindicalista no tuvo mucho margen de maniobra. Y transigió. Ambos carteles se acabaron manteniendo en la fachada. Uno al lado del otro. «La UGT, por aquel entonces, tenía mucho nombre, pero a la hora de la verdad no hacía absolutamente nada. Solo les interesaba figurar», diría muchos años después Antonio Baeza.

Pero aquel 21 de julio de 1936, más que satisfecho por aquella pequeña gran victoria —la primera que consiguió durante los casi tres años que duró la guerra civil, y a la que seguirían otras tantas, pero ya en primera línea de combate, defendiendo la bandera republicana—, Baeza echó a correr por las calles de Mejorada. Algo importante se estaba fraguando entre los mozos del pueblo y él, espoleado por su reciente triunfo y por su insultante juventud, se perdió calle arriba, en dirección a una de las dos plazas de la villa.

Los motores de dos viejos camiones, con la caja trasera descubierta, donde varios mozos ya estaban subidos a la espera de partir de un momento a otro, ronroneaban como un gatito medio adormilado. Una densa humareda grisácea, procedente del tubo de escape de uno de los camiones, hacía irrespirable el aire. Antonio Baeza observó a los hombres desde la distancia antes de unirse a ellos. La mayoría iban armados con azadas, hoces, palos y demás utensilios de labranza, que habían convertido en improvisadas armas, pero algunos portaban sus escopetas de caza. El joven se

situó entre Eustaquio y Santiago, sus dos hermanos mayores.

Inmutable, en el centro de un semicírculo formado por un nutrido grupo de hombres y algunas mujeres —Úrsula Daganzo, *la Pasionaria de Mejorada,* entre ellas—, Justo Basanta Ropero, máximo responsable del Comité Revolucionario, ponía al día a sus convecinos de la situación que se estaba viviendo en la región de Madrid en aquellos frenéticos días de julio.

«Los fascistas han intentado hacerse con el control de Madrid mediante una rebelión militar. El general Fanjul, al mando de 1.500 soldados —y 180 falangistas—, se ha hecho fuerte en el interior del Cuartel de la Montaña a la espera de refuerzos provenientes de otras guarniciones. ¡Los nacionales han fracasado! Las milicias populares han conseguido sofocar el motín. ¡Madrid sigue siendo leal a la República!» Justo Basanta, secretario general de las Juventudes Socialistas Unificadas de Mejorada del Campo, era escuchado por los demás casi con veneración. Nadie lo interrumpió.

Alto y de pelo ralo, su figura imponía respeto entre los demás. Jornalero de profesión y padre de cinco hijos, era una persona formada y leída, algo inusual en aquella época. Además, tanto los acontecimientos de mediados de julio del 36 como su militancia en las Juventudes Socialistas, le habían conferido una autoridad incuestionable entre los mozos. Su palabra era ley. Motivo por el cual no hubo ninguna objeción a la hora de escogerlo como presidente del Comité Revolucionario de Mejorada. Nadie mejor que él para guiarlos. Así mismo, y por si cabía alguna duda de su prestigio, fue nombrado teniente de las milicias populares que, en esos momentos, comenzaban a formarse por todo el país. Basanta continuó exponiendo la situación.

«En Alcalá de Henares, el 7.º Batallón de Zapadores-Minadores y la 3.ª Compañía de fusiles del Batallón Ciclista se han sublevado contra la República. Los rebeldes han tomado el Palacio Arzobispal, las oficinas de Correos y Telégrafos, la Plaza de Cervantes y el Ayuntamiento, donde han retenido a Pedro Blas, alcalde de la localidad, y a otros concejales del Frente Popular. [...] El coronel Ildefonso Puigdengolas Ponce de León ha partido del

Ministerio del Ejército con una columna formada por militares, guardias civiles y de asalto. Además, se le han unido milicias populares», resumió de manera escueta.

«¡Muerte a los fascistas! ¡Viva la República!», interrumpió alguien a voz en cuello. Los vivas a la República se repitieron. Basanta esperó a que todas las voces se hubieran apagado para continuar. «Nos uniremos a la columna de Puigdengolas. Además, en Alcalá se encuentra Isidro Fernández, amigo y vecino, realizando el servicio militar. Venceremos a los fascistas y traeremos a Isidro de vuelta a casa.»

Los hombres comenzaron a distribuirse en ambos camiones. «¡Muerte al fascismo!», gritaban, y estallaban en proclamas a favor de la República. Los mozos estaban exultantes. Antonio Baeza hizo amago de subirse a la parte trasera de uno de los vehículos, pero Eustaquio, su hermano mayor, lo detuvo. Tenía 16 años. Ya tendría tiempo de coger las armas, y luchar, si la República así lo precisaba, pero, hasta que llegase ese momento, se quedaría en Mejorada. El joven buscó con la mirada a Santiago, el mediano de los tres hermanos. Era su última oportunidad para subirse a uno de esos dos camiones. Este asintió con la cabeza. No había discusión posible. Ahí terminaban, de momento, las aventuras guerracivilistas de Antonio. Se quedaba a esperar a que sus dos hermanos regresasen.

Guillermo Ortiz, concejal socialista, miró al menor de los tres hermanos mientras, él sí, se subía a uno de los camiones que lo llevarían hasta Alcalá de Henares como voluntario. No quería quedarse atrás mientras sus convecinos iban a defender la República. La lealtad, en aquella España, se demostraba con actos como aquel.

Baeza, puño en alto, despidió a sus hermanos y al resto de los mozos de Mejorada del Campo. A su lado, Tomás Martínez Negro, quien no había reunido el valor suficiente para subirse a uno de los camiones y marchar a Alcalá de Henares, contemplaba la escena con incertidumbre. ¿Aquella decisión de quedarse en el pueblo le acabaría pasando factura? ¿Sería tachado de traidor o de cobarde? Emprendió el camino de regreso a su casa, cabizbajo y

meditabundo, donde lo esperaban María Cruz y sus tres hijos. Había tomado una decisión que iba a comunicarle a su mujer: se uniría al Comité Revolucionario, sí.

Junto a la columna de Puigdengolas, formada por cerca de 4.000 hombres, iban militantes anarcosindicalistas de reconocida combatividad, como Teodoro Mora —dirigente de las Juventudes Libertarias—, Cipriano Mera —militante de la CNT— o David Antona —secretario general de la CNT—, quien describió así el asalto de la ciudad complutense: «A las nueve de la mañana llegamos a las inmediaciones de Alcalá de Henares. [...] El coronel Puigdengolas nos dijo que sería muy difícil tomar la ciudad, porque los fascistas tenían muchas armas y estaban bien atrincherados. Recuerdo que Mora le dijo que, si tardaba mucho tiempo en dar la orden de ataque, lo haríamos nosotros. Me pareció un hombre sin energía ni valor».

La ciudad estaba defendida por 1.360 hombres, pero la sublevación estaba condenada al fracaso, como ocurrió en el Cuartel de la Montaña. Un grupo de oficiales pidió negociar con Puigdengolas para evitar el derramamiento de sangre. Si en una hora no estaban en la columna todos los jefes y oficiales de la guarnición de Alcalá, dejando previamente sus armas en el cuarto de banderas del Batallón Ciclista, bombardearía la ciudad, amenazó el coronel.

Los sublevados se rindieron y entregaron las armas. El saldo fue de once heridos y dos muertos. «Los soldados del Batallón que tenían algún carné de organización marxista fueron incorporados a las milicias y los que no lo tenían a regimientos militares, después de estar en Madrid, donde fueron trasladados en camiones, siendo detenidos la mayor parte de los oficiales», relató años después Ángel Díaz Lombas, soldado del Batallón Ciclista.

Isidro Fernández llegó a Mejorada del Campo, por la tarde de aquel 21 de julio, escoltado por los miembros del comité. Fue recibido con vítores por sus convecinos. Era una victoria, pero solo parcial. Justo Basanta calmó los ánimos rápidamente. La situación era grave. La sublevación había fracasado en Madrid, Barcelona, Valencia, Málaga y Bilbao, pero los golpistas controlaban una

tercera parte del país. Además, el general Mola se había propuesto conquistar Madrid y liquidar la contienda en pocos días. Una columna bajo su mando había partido desde Navarra. Su objetivo era conquistar los puertos de montaña del Alto del León, Guadarrama y Navacerrada. «Es urgentísimo detenerlos», dijo Justo.

También contó que, desde la capital, habían partido vehículos y camiones repletos de milicianos con destino a la Sierra de Madrid. Había que plantar cara a los fascistas. Los mejoreños se unirían a las tropas leales a la República, pero para ello ya no enarbolarían palos, azadas u hoces. Ahora llevarían fusiles de asalto y armas cortas que habían pertenecido a los soldados sublevados en Alcalá de Henares. La guerra también había llegado a Mejorada del Campo, con todas sus consecuencias.

# 6

# El comité

Anastasio Castell apuraba el cigarrillo. El primero de la mañana. Apoyado contra una de las tapias del patio de la finca de la marquesa de Hinojares, soltó una larguísima y espesa bocanada de humo. Estaba absorto en sus propias tribulaciones, que no eran pocas. Reflexionaba, con rostro preocupado, sobre las palabras de José Varo. «Espérate a ver en qué acaba esto de la República y te diré yo de quién es esta casa», advirtió el mayoral antes de que Anastasio, junto con otros mozos del pueblo, lo echase de muy malas maneras del Palacete del Conde para permitir que varias familias se instalasen a vivir allí. Entre ellas, la suya.

Anastasio no era mal hombre. Trabajador como pocos. Su piel, barnizada de un intenso color moreno, era señal inequívoca de que se partía el lomo en la vega de sol a sol. Era pobre de solemnidad. Siempre lo había sido. En su casa no conoció más que estrecheces. Siendo aún muy niño tuvo que ponerse a trabajar. Eran otros tiempos, cuando los críos hacían más falta arando en el campo, al lado de sus padres, que en la escuela entre libros.

De izquierdas, se afilió muy jovencito al Partido Comunista de España, por mediación de su hermano mayor, Antonio. Le gustaba la revolución, mentiría si dijera lo contrario, pero siempre se había tenido por un hombre con la cabeza muy bien amueblada, cabal. A pesar de que apenas sabía leer y escribir, cuando estalló la guerra no dudó ni un segundo en unirse al comité. Era lo que debía hacer. No podía quedarse al margen.

Chasqueó la lengua, apesadumbrado. Aquello acarrearía consecuencias, seguro. ¿Había hecho bien uniéndose al Comité Revolucionario? Felisa Gutiérrez Castell, prima hermana suya, se lo

reprochó en innumerables ocasiones. «Anastasio, tienes un hijo pequeño y te vienen más en camino. ¿Qué se te ha perdido a ti en esta revolución? ¿Qué necesidad tienes de irte a combatir, a ver? ¿No sería mejor que te quedases en casa cuidando de tu familia?» Eso, a estas alturas, importaba poco. Ya era tarde para arrepentimientos y lamentos.

Anastasio no era un ladrón. Nunca, en toda su vida, había cogido nada que no le perteneciese. Lo poco que tenía se lo había ganado con el sudor de su frente. Hasta ese 18 de julio de 1936. ¿Qué le había empujado a entrar por la fuerza en el palacete? Se había cansado de seguir siendo pobre, simplemente. Toda su vida había trabajado para nada. Estaba desesperado por no ver ningún fruto. Por seguir siendo un paria. Y ahora, con una criatura a su cargo, no quería que su hijo creciese conociendo la miseria, como le había ocurrido a él.

El joven observaba con ternura cómo Juan José, de apenas año y medio, daba sus primeros pasos, vacilante, agarrado de la mano de su joven prima, Ángeles Pampliega —quien también se había instalado, junto a sus hermanos, en la finca de la marquesa —. Anastasio Castell volvió a reflexionar sobre los acontecimientos de los últimos días. Era feliz, sí. Por primera vez en su vida podía decir que era feliz. Tomó al crío por las axilas y lo levantó en vilo, girando sobre sí mismo, como si fuesen las aspas de un molino. El niño reía y reía. Su padre lo tenía en un pedestal, era su ojito derecho. Su única ilusión era estar con él. Estando en el frente, muchas veces, se escaparía para ir a verlo a Mejorada. Siempre iban juntos a todos lados.

Carmen Martínez, embarazada de gemelos, miraba con emoción a Anastasio, su marido, y a Juan José, su hijo. Aquellas risas descarnadas le hicieron olvidar sus reticencias y sus miedos a que Anastasio se uniera al Comité Revolucionario, primero; y a que se alistase para combatir contra las tropas fascistas, después. ¿Habría merecido la pena? Solo el tiempo tenía la respuesta para aquella pregunta, pero ahora, en aquel instante, viendo a padre e hijo jugar, lo tenía claro: sí, había merecido la pena.

La mujer, a pesar de su estado de gestación, acarreaba cubos

de agua que vertía en el interior de dos tinajas de barro que había colocado previamente sobre un borrico. Carmen recorría, todos los días, las calles de Mejorada vendiendo agua potable a los vecinos. Aquel trabajo, nada gratificante, le había valido el sobrenombre de la Aguadora.

Anastasio Castell no quería que su mujer se siguiera deslomando. Ya no era necesario que Carmen trabajase, y mucho menos estando embarazada. Él ganaba lo suficiente para poder sostener a la familia. Los milicianos tenían un sueldo de 10 pesetas al día —el equivalente al salario de un obrero especializado— que pagaba, en primera instancia, la organización local, y, si no, el Gobierno. En el otro bando, un combatiente nacional recibía solo 50 céntimos diarios.

El antiguo jornalero besó a su esposa en la frente, se ajustó los correajes y los pertrechos de las cartucheras, se anudó el pañuelo rojo del Partido Comunista alrededor del cuello, se cruzó el fusil en la espalda, agarró la mano de Juan José, y juntos, padre e hijo, abandonaron el Palacete del Conde camino al corazón de Mejorada del Campo.

En cada ciudad y en cada pueblo de la España republicana, miles de jóvenes corrieron a sumarse a los comités revolucionarios. El de Mejorada del Campo contaba con poco más de medio centenar de mujeres y hombres, jóvenes y veteranos. Socialistas, comunistas, anarquistas, sindicalistas, de la UGT o de la CNT. Daba igual, no se hacían distinciones. Había una causa común, derrotar al fascismo. El resto eran dimes y diretes que no tenían cabida en los primeros compases de la guerra que estaba por librarse.

El comité estaba encabezado por los tres hermanos Basanta Ropero, caudillos del pueblo. Bajo su mando operaban los también hermanos Francisco y Úrsula Daganzo —y Cándido, hijo mayor de la Pasionaria de Mejorada—. Los Baeza: Eustaquio —quien llegaría a ser alcalde de Mejorada entre el 79 y el 82 con el PCE— y Santiago —quien combatió en el Jarama y en el Ebro—. Santiago Cebolla Gallego, yerno de Jano Carralero, uno de los terratenientes más importantes del pueblo. Los hermanos Franco del Castillo: José y Mauricio, uno de los miembros más activos del comité.

Francisco Fuertes Santui, quien destrozó la imagen de la Virgen a golpes. Marcelino Adán Huertas, conocido como el Chovo, uno de los chóferes del comité. Los hermanos Farago: Alejandro, *el Trinchera*, y Luis, *el Rata*, amigo íntimo de Justo Basanta, con quien, además de compartir ideología, compartió años en el frente. José Villalba Adán, poeta aficionado. Los hermanos Castell: Antonio y Anastasio. Antonio Adán Adán, guardia de asalto que se mantuvo leal a la República. Cerraban la lista de miembros del comité dos nombres: que a la fuerza me eran familiares. El primero, el que me llevó a escribir este libro. Eladio Pampliega, el quinto nombre de esa famosa acta de implicados en el asesinato de Tomás Martínez Negro, y, por último, Gregorio Pampliega Carrasco, mi abuelo, Moro.

Sobre el papel, los comités revolucionarios se constituyeron para organizar todo lo que antes era competencia del Gobierno central y de las autoridades locales. Se ocupaban de los servicios básicos, así como de dar protección y seguridad a las diferentes localidades. Dispusieron hoteles, casas privadas y locales comerciales para ser utilizados como hospitales de campaña, orfanatos, alojamientos de milicianos o puestos de mando. En Mejorada del Campo, el comité decidió dar un nuevo uso a la iglesia. La habilitaron para que allí durmiesen milicianos y trabajadores ferroviarios que trabajaban en la línea Madrid-Valencia.

Pero eso era sobre el papel. En realidad, los que tenían armas vivían la gran vida. Montaban sus fiestas en la entrada del pueblo. Cogían corderos, o lo que se les antojaba, sin pedir permiso. Y sin pagar, obviamente. En Mejorada aquello llegó a tal extremo que algunos vecinos tuvieron que esconder sus objetos de valor —hasta una gramola— porque los milicianos lo iban requisando todo.

Fue el caso de la familia de Gregorio Gutiérrez Daganzo, quien contaba con cinco años cuando estalló la guerra. Tenían en la vega de Mejorada unas tierras y allí enterraron una olla con todo el dinero que tenían para que los milicianos no se lo robasen. Una vez acabada la guerra, ese dinero, de la República, no valdría para nada. Sería simplemente papel mojado.

Los mozos del pueblo, afiliados a los partidos de izquierdas o a los sindicatos CNT y UGT, se habían convertido, de la noche a la mañana, en milicianos al servicio de la Segunda República. Vestidos, en la mayoría de los casos, con sus ropajes de jornaleros y brazaletes y pañuelos al cuello con los colores de su afiliación política —negro y rojo para los anarcosindicalistas, y rojo para socialistas y comunistas—, recorrían las calles, fusil en ristre, comprobando la identidad de la gente, en busca de quintacolumnistas o, directamente, acosándola por su ideología política.

Félix Gallego Ibáñez, vecino de Mejorada, estuvo amenazado durante años por los republicanos del pueblo. Miembros del comité le repetían que iban a darle el paseo. Todos los días. Durante varios años. Félix tenía tanto miedo a que cumpliesen sus amenazas que durante los inviernos se escondía en la vega para que no lo encontrasen en su casa si lo iban a buscar. Al final, acabó muriendo a causa de una neumonía por el frío que pasaba en el chamizo en el que se escondía.

Aquel 24 de julio de 1936, Anastasio Castell se dirigía a buen paso a la Casa del Pueblo, donde se reunía el comité. Portaba a Juan José en brazos. El pequeño estaba agotado, y buscaba acurrucarse en brazos de su padre. Era temprano y apenas había nadie en las calles.

Mejorada era un pueblo pequeño, casi minúsculo. Más de un centenar de casas, siendo muy generoso. Dos plazas: de la Libertad y de la Independencia, popularmente conocidas como la de arriba y la de abajo. Allí era donde se podía sentir, y palpar, el latido de Mejorada. Dos calles y una avenida vertebraban la villa de norte a sur y de este a oeste. La calle Mariana Pineda, que desembocaba en la plaza de arriba; la calle Galán y García Hernández, que discurría por la plaza de abajo hasta converger con el camino de Velilla de San Antonio, el pueblo inmediatamente posterior a Mejorada; y, por último, la avenida de Pablo Iglesias. Mejorada del Campo siempre fue un pueblo de izquierdas, y eso, lógicamente, se notaba incluso en la nomenclatura de las calles principales.

«Y luchamos un día y otro día / y luchamos sin parar, / hasta

que España sea un fuerte / donde brille la libertad.» Los cánticos ganaban en intensidad según Anastasio y el pequeño Juan José iban acercándose hacia ellos. La camioneta, repleta de mozos, se detuvo justo a su lado, aún con el motor en marcha. Anastasio levantó el puño, imitando a los otros. Sonrió. Los reconoció al instante. Se habían criado juntos.

Francisco Daganzo, ágil, puso un pie en tierra dando un pequeño saltito. Abrazó a Anastasio, se le notaba eufórico. Revolvió el pelo de Juan José, quien dormitaba en brazos de su padre. Castell reparó en los ropajes del otro y se extrañó. ¿Qué hacía vestido así? Francisco, junto con otros mozos, había entrado en la sacristía de la iglesia. Estuvo revolviendo los armarios donde don Patricio guardaba las sotanas y las ropas para oficiar misa. Allí escogió lo que consideró más adecuado y se disfrazó de cura.

El miliciano exhortó a Anastasio a unirse a él y a sus otros compañeros, y a acompañarlos. Iban a ir a un convento de monjas que estaba en Guadalajara. Castell rechazó la oferta: había sido convocado por Justo Basanta. Decepcionado, Francisco Daganzo, puño en alto, se despidió. Anastasio siguió con la mirada la camioneta donde varios mozos, todos armados, iban camino de cometer alguna tropelía.

Las milicias populares, en su mayoría afines al PSOE y al PCE, se habían hecho definitivamente con el control de Guadalajara el 22 de julio, dos días antes. Y aquel 24 de julio tres monjas carmelitas descalzas —Marciana Valtierra Tordesillas (31 años), Jacoba Martínez García (58 años) y Eusebia García y García (25 años)— trataron de huir de su convento, pero fueron reconocidas por un grupo de milicianos que acabaron con la vida de las tres.

Anastasio Castell entró en la Casa del Pueblo. Había media docena de hombres que lo estaban esperando. Era el último en llegar. Justo Basanta torció el gesto al ver a Juan José en sus brazos. ¿No se podría haber quedado con la Aguadora? Para ganar al fascismo debían tomarse las cosas en serio. Movió la cabeza en señal de desaprobación, pero no dijo nada. Continuó hablando. Sobre la mesa, el futuro de don Patricio, el cura del pueblo.

## 7

# El salvoconducto

Ignacia Franco, de 12 años, fue hundiéndose poco a poco en la silla, asustada. Los ojos de la niña, al borde de las lágrimas, estaban fijos en el cuaderno de tareas que tenía frente a ella. Las irregulares letras, escritas con lápiz, comenzaban a convertirse en manchas borrosas. Aun así, permaneció sentada en silencio. Discreta, como le había enseñado Victoriana, su madre. Tragándose sus ganas de salir corriendo de aquella casa de locos.

María Cruz Bermejo, ajena a la angustia que estaba provocando a la niña con sus voces, se movía, alrededor de la mesa de la cocina, haciendo aspavientos con las manos y elevando cada vez más el tono de voz. Ignacia, quien acudía un par de veces por semana a aquella casa para aprender a leer y a escribir, nunca la había visto así de alterada. De hecho, nunca la había escuchado dar una voz más alta que otra. María Cruz siempre se había mostrado afable con ella. La trataba como a una hija más. Siempre, antes de que la niña se sentara a la mesa a estudiar, ya tenía listo un vaso de leche templada con algunas galletas. Por eso, aquella actitud la atemorizaba. La mujer estaba fuera de sí.

Tomás encajaba en silencio todos y cada uno de los reproches que salían por la boca de su mujer. Pequeños dardos afilados que lo iban desgarrando. Por mucho que le costase reconocerlo, no podía negar que a su mujer no le faltaba una pizca de razón. ¿Por qué hacer como si no pasase nada? Estaban en guerra. Era evidente. Mozos armados con fusiles se paseaban por las calles del pueblo como si estuviesen en el salvaje oeste. Auténticos don nadie encumbrados a poco menos que semidioses. Autoridad *de facto* con potestad para cualquier cosa. Libre albedrío elevado a la enésima

potencia.

¿Por qué quedarse en un lugar donde no eran bienvenidos? Mejorada no era su hogar y, desde luego, los mejoranos no eran su gente. ¿No temía que alguno de aquellos que le habían señalado por la calle le diera el paseo? ¡Por el amor de Dios, tenían tres niños pequeños! ¿Qué le pasaba por la cabeza a Tomás? ¿Por qué seguía empeñado en quedarse en aquel pueblucho? ¿No se daba cuenta de que eran peregrinos en tierra de infieles? Por muchos esfuerzos que hiciese jamás lograría que lo aceptasen como a un igual. Porque no lo era. Porque no era uno de ellos. Y ahora, después de todo lo que había pasado en los últimos días, ¡quería unirse al Comité Revolucionario!

María Cruz, derrotada, se derrumbó en una silla de la cocina, frente a Ignacia y a Tomás. Rompió a llorar. Ahogó un profundo lamento con las manos. Tomás se levantó y se acercó a su mujer, quien, en un primer momento, rechazó el consuelo que le ofrecía su marido. El sacristán, consciente de la situación, miró de reojo a Ignacia. La niña, sin necesidad de añadir nada más, asintió. Ruido de sillas arrastrándose. Pasos apresurados. Una puerta que se abre y que se cierra. El matrimonio se quedó completamente solo. Llorando en la cocina.

La mujer, entre sollozos, suplicó a su marido que se marcharan del pueblo. Tenían una oportunidad. Quizás la última que se les presentaba. Podían acompañar a don Patricio hasta Madrid, y, desde allí, viajar a Valladolid, que estaba en manos de los nacionales y, por tanto, a salvo de posibles represalias. Su hogar, su gente, su familia... Tomás, meditabundo, no respondió de inmediato. ¿Qué más necesitaba para convencerlo?

María Cruz trató de atemperar su ánimo. Bebió un sorbo de agua para aclarar la garganta. Buscó con la mirada los ojos huidizos de su marido. Habló despacio, con aplomo. Quería convencerlo, no imponerse. «Jacinto Cebolla Pampliega quería asesinar a don Vicente, el médico del pueblo. Él y otros mozos se lo querían llevar para darle el paseo. Según ellos, el médico se negaba a pagarles el impuesto revolucionario. Dos pesetas y media. ¡Lo querían matar por dos pesetas y media! Ya lo habían agarrado por

los brazos cuando Felisa Gutiérrez Castell, que estaba amamantando a su hija en la plaza, y Teresa, novia de Jacinto, salieron al paso de los milicianos para impedir que lo sacaran del pueblo. Felisa comenzó a gritarles: “Por el amor de Dios, ¿no os da vergüenza? ¡Don Vicente os ha traído al mundo y ahora lo queréis matar!”. Lo dejaron libre. Días después, el médico se marchó del pueblo para salvar su vida», relató con frialdad la mujer tratando de que sus palabras calasen en su marido.

Ironías del destino, meses después de aquel incidente, Felisa enfermó de peritonitis. Mejorada, desde la marcha de don Vicente, no había vuelto a tener médico. La mujer, madre de varios hijos, acabó muriendo en los brazos de Paz, su hermana, porque ningún médico la pudo atender.

¿Por qué no se iban ellos también?, interpelaba María Cruz a su marido, que la miraba en silencio. Era el momento de marcharse de allí. Primero, don Vicente, el médico. Después, don Patricio, el cura. Ninguno de ellos era de Mejorada. Era cuestión de tiempo que él, Tomás Martínez Negro, fuese el siguiente al que fueran a buscar. Si el pueblo reclamaba sangre, sería la suya la primera en correr. ¿Y si no tenía tanta suerte como los otros dos? ¿Y si no había una Felisa o una Teresa que les saliese al paso a los milicianos? ¿De verdad quería quedarse a comprobarlo? Su silencio la exasperaba.

Tomás, finalmente, habló, y lo hizo para poner punto final a aquella discusión. Se quedarían en Mejorada, se acabó. Leonisa y Emiliano, los dos hijos pequeños del matrimonio, se marcharían a Valladolid con sus familiares. María, la mayor, se quedaría con ellos en el pueblo, así ayudaría a María Cruz en las labores del hogar. Él asumiría su destino. Fuese cual fuese.

Miró las manecillas del reloj. Era tarde. No llegaría a tiempo. Le hubiese gustado tanto despedirse de don Patricio. Suspiró deseando buena suerte al párroco. La iba a necesitar.

* * *

Don Patricio Rodríguez trataba de no perder la compostura.

Trataba de mantenerse sereno, pero realmente estaba asustado. Lo delató un pequeño temblor en la pierna derecha. La situación no ayudaba para nada. Media docena de milicianos lo rodeaban, sin darle opción a escapar. Todos con los fusiles listos. Alguno, incluso, con el dedo en el gatillo para despacharlo a la más mínima oportunidad. El cura sopesó sus opciones. No tenía ninguna, lo iban a matar como a un perro.

Uno a uno, fue mirando a aquellos hombres. Quería grabarse en la memoria sus rostros. Los conocía a todos. Anastasio Castell, Santiago Cebolla, Victoriano Basanta, Salvador Basanta, Eladio Pampliega, Mauricio Franco del Castillo. Y, frente a él, Justo Basanta, el caudillo del pueblo, saboreaba un pitillo mientras miraba desafiante al párroco.

Buscó, entre los allí presentes, el rostro de Tomás. El sacristán no estaba. ¿Lo habrían asesinado aquellos salvajes? Lo descartó inmediatamente. De haber sido así habría oído rumores. Las noticias, sobre todo las malas, volaban, y más en pueblos pequeños como este. ¿Habría huido, tal vez? Le hubiese gustado despedirse de él. Darle un último consejo. Huye, no te quedes aquí o lo acabarás pagando con tu vida. No te van a dar cuartel, y si vienen mal dadas irán a por ti.

Justo Basanta se acercó a él. Tomó sus manos, que le temblaban de miedo. Miró las palmas. Satisfecho, asintió complacido. Había funcionado, estaban encallecidas. Tenía, incluso, alguna herida, ampollas reventadas por la fricción con el mango de madera del hacha. Puede que aquellas no fuesen las manos de un jornalero, ni mucho menos, pero, desde luego, ya no eran las de un señoritingo que se había dado la buena vida a costa del trabajo del pueblo. Además, aquellas ropas que vestía disimulaban a las mil maravillas su verdadera naturaleza.

Sacó una carta del bolsillo de su pantalón. Se la tendió al otro, que la leyó en silencio. Era un salvoconducto, con el que podría llegar a Madrid sin mayores problemas. Él, como presidente del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo, respondía por el jornalero Patricio Rodríguez, natural de dicha localidad. Aquella carta era un seguro de vida, y su billete para poder llegar, sano y

salvo, a la embajada de Chile, donde tenía intención de refugiarse durante el resto de la guerra.

El párroco se guardó la carta, con cuidado de no perderla. Entregó su arma, que aún conservaba. Se caló la gorra. Antes de emprender el camino hacia Madrid estrechó la mano de Justo, agradeciéndole que hubiese cumplido su palabra y deseándole suerte. Saludó, con gesto frío, al resto de los milicianos, que le miraban con indiferencia, y comenzó a caminar. La figura del cura fue haciéndose cada vez más pequeña, hasta que desapareció en el horizonte.

# 8

# Moro

Gregorio Pampliega Carrasco se había quedado medio adormilado por culpa del traqueteo del camión. Ni siquiera aquella incómoda postura en la que estaba, encogido y con el codo de otro hombre clavándosele en las costillas, había sido impedimento para que se le cerrasen los ojos según hubo arrancado el motor de aquella camioneta que debía conducirlo hasta la Sierra de Madrid, cerca de Buitrago del Lozoya. Estaba agotado, exhausto. No había sido capaz de conciliar el sueño durante la noche anterior. ¿Y quién habría podido?

¿Era un cobarde? No, simplemente tenía miedo. ¿Para qué negarlo? No se tenía ni por un hombre valiente, ni por un temerario, ni por un loco. Era de izquierdas. Comunista, para más señas. Se afilió muy joven a la UGT. Le gustaba lo que predicaban las izquierdas. Era lo normal entre las familias más pobres de aquella época. Cuando estalló la guerra se posicionó rápidamente. Primero, uniéndose al Comité Revolucionario. Y, después, marchándose a primera línea del frente. Se fue a combatir porque todos los mozos se iban. Nadie se podía quedar atrás. Todos cogieron las armas para defender la República.

Moro, sobrenombre por el que se le conocía en el pueblo, tenía 19 años —cumplidos el 15 de enero— cuando estalló la guerra civil. Como cualquier joven de su edad tenía una vida por delante, un futuro, unos sueños, unos anhelos, unas esperanzas, pero ahora se encontraba en la parte de atrás de un camión, junto con otros mozos, camino de primera línea de combate.

«Porque somos hombres libres / y luchamos por España. / Venceremos al fascismo / aunque venga toda Italia», cantaban los

hombres. Los ánimos, en la parte trasera del camión, eran impetuosos. Los hombres se mostraban exaltados. La adrenalina, por la proximidad de la batalla, comenzaba a correr por las venas de los mejoreños. Además, las últimas victorias por parte de la República —en Cataluña, en Madrid, en la cornisa cantábrica, en Andalucía Oriental o en Castilla la Nueva— infundían un aplomo y una esperanza que, con la cercanía del frente de combate, iría desvaneciéndose como la niebla en una mañana de primavera. Gregorio se unió a los cánticos de sus compañeros.

Junto a él viajaban hombres de toda condición. Obreros, panaderos, lecheros, jornaleros, campesinos, pastores... quienes cambiaron sus utensilios de trabajo por fusiles de asalto. Partieron orgullosos, como cruzados, sin saber que sus nombres no tardarían en ser grabados en lápidas de piedra o en monumentos de granito aún sin erigir. No escogemos el tiempo en el que vivimos, pero elegimos cómo reaccionamos.

Madrid representaba el centro de la resistencia republicana. Para los golpistas la estrategia estaba clara: se decantaron por un avance doble hacia la capital de España. Por un lado, el ejército comandado por el general Mola, por el norte. Por otro lado, las tropas africanas del general Francisco Franco, por el sur. Se habían propuesto conquistar Madrid por la vía rápida, para liquidar la guerra en cuestión de días. Sin embargo, cuando la columna del general golpista Mola llegó a la Sierra de Madrid, fue detenida por un ejército de milicianos y guardias leales a la Segunda República. Los golpistas y los leales al Gobierno de Madrid ocuparon posiciones en la Sierra madrileña. Cavaron trincheras en la dura e inclemente orografía de la Sierra. El frente se estabilizó en los tres puertos de montaña que eran las puertas de la capital de España.

Gregorio jamás, en toda su vida, había cogido un arma de fuego. Ni siquiera para ir a cazar conejos o perdices. ¿Para qué? Él era jornalero. Con 16 años comenzó a trabajar en la vega de Mejorada del Campo. Allí hacía trabajos para unos y para otros. Donde lo contratasen. Hasta que don Antonio Satrústegui y Fernández, marido de doña Laura Figueroa, hija del conde de Romanones —dueño del Palacio del Negralejo—, le ofreció trabajo

de capataz en sus tierras.

El joven Pampliega venía de una familia humilde. Muy humilde. Era el tercero de nueve hermanos. Nunca tuvo la oportunidad de ir a la escuela. Sabía leer y escribir de aquella manera. En su casa había muchas bocas que alimentar, y la prematura muerte de su madre, María Jesús, le obligó, con solo 7 años, a aprender un oficio. Un pastor de Mejorada lo tomó bajo su responsabilidad, convirtiéndole en zagal.

Y, precisamente ejerciendo de pastor, fue como se ganó el sobrenombre de Moro. Su hermano mediano, Eugenio, le bautizó así. Gregorio solía dormir al raso, junto con las ovejas. Una vez regresó a casa, se quitó la boina, que siempre llevaba calada, y su hermano, al verle, le dijo: «¡Pareces un moro!», porque venía negro debido al sol.

Maduró a marchas forzadas, no quedaba otra. Tras la muerte de María Jesús fueron los hermanos mayores quienes se hicieron cargo de los más pequeños. Su padre, Gregorio, alcohólico, se desentendió de su prole, dejando las riendas de la familia a sus tres hijos mayores. Y al estallar la guerra tomaron una decisión. Eugenio, el mediano, se quedaría cuidando de los más pequeños. Mientras que Mariano, mayoral de las caballerizas de la marquesa de Hinojares, y Gregorio, que eran uña y carne, irían a combatir a la Sierra de Madrid.

Aquella guerra trastocaría los planes más inmediatos de Gregorio, que no eran otros que casarse con su novia, Alejandra Pampliega Martínez. Llevaban pocos meses saliendo, siempre a escondidas del padre de ella, Mariano Pampliega. Era un hombre muy estricto para estas cosas, y no acababa de ver con buenos ojos que Gregorio cortejase a su hija. El parentesco entre ambos pretendientes, que eran primos segundos, tampoco ayudaba.

Aquella noche, la última que pasó en Mejorada antes de ser movilizado para defender los puertos de montaña de la Sierra de Madrid, Gregorio estuvo con Alejandra. El joven, temeroso del futuro incierto de aquella relación mientras él estuviese fuera del pueblo, hizo prometer a su novia que le iba a esperar.

Gregorio dejó de cantar. Rebuscó en uno de sus bolsillos. Sacó

una pequeña fotografía, que cabía en la palma de su mano, con un nombre escrito detrás: Alejandra. Sonrió. Ella lo esperaría. Y él volvería. Sí, regresaría del frente y se podrían casar, como siempre habían soñado. Era cuestión de paciencia. Además, aquella guerra no podría durar mucho tiempo.

Las previsiones de la joven pareja no eran acertadas: la guerra se alargaría. Italia y Alemania decidieron intervenir en favor del bando fascista. Benito Mussolini, presidente del Consejo de Ministros Reales de Italia, envió un escuadrón de doce bombarderos Savoia-Marchetti S.81 y dos buques mercantes —uno con doce cazas Fiat C.R.32 y otro con munición, carburante y pilotos—. Por su parte, Adolf Hitler, *Führer* de Alemania, movilizó 30 Junkers JU-52 de transporte de tropas. A este primer envío le siguieron otros, hasta sumar 130 Junkers, encargados de los bombardeos sobre las ciudades republicanas.

La guerra civil dibujaba un panorama de sombras en el futuro más inmediato de la joven pareja.

# 9

# Tras los pasos de Moro

Guardo pocos recuerdos de mi abuelo. Siempre fue un gran desconocido. Imagino que mi edad —yo tenía 14 años cuando falleció— tampoco me ayudó mucho a estrechar lazos con él. Éramos de generaciones diametralmente opuestas. Sin muchos nexos en común. En mi defensa diré que tampoco es que él me lo pusiera fácil. Seco en el trato, algo tosco en sus formas. Distante, a veces. De otra época, podría decirse. No fue un mal abuelo, ni mucho menos. Simplemente era muy suyo.

La primera vez que abordé la figura de mi abuelo con cierta perspectiva fue en la universidad. Cursaba segundo de Periodismo. Había una asignatura, Historia de España, donde me dieron la oportunidad de acercarme a la guerra civil a través del testimonio oral de uno de mis abuelos. Problema: mi abuelo paterno había fallecido cuatro años antes, en el invierno del 97. Solución: me senté con mi padre una tarde de domingo, mientras en la radio sonaba *Carrusel deportivo*, para hablar de él. Y ahí, por primera vez, fui consciente de quién era Gregorio Pampliega Carrasco. Dejó de ser mi abuelo para convertirse en Moro y, por primera vez, me sentí orgulloso de ser su nieto.

Escribir *El quinto nombre* ha sido mi forma de reconciliarme con mi abuelo. De pedirle perdón por no haberme sentado con él a escucharle. Según vamos cumpliendo años y echamos la vista atrás, nos damos cuenta de las oportunidades perdidas. Hemos dejado de darle valor a escuchar en silencio a nuestros mayores. Y, como en mi caso, cuando nos queremos sentar con ellos, nos damos cuenta de que hace años que no están a nuestro lado. Por eso este viaje ha sido tan importante para mí. No solo por bucear en los recuerdos y

poder dibujar, con pequeños trazos, la figura de mi abuelo. Sino porque, además, me ha dado la oportunidad de acercarme a mi padre, otro gran desconocido.

«El abuelo nunca hablaba de la guerra civil... No le gustaba.» Miré de reojo a mi padre, Gregorio Pampliega Pampliega, quien hablaba en voz alta sin apartar los ojos de la carretera A-1, que nos conducía a la Sierra de Madrid. «No quería... Una vez, por ejemplo, me contó que en el frente dormían sentados, espalda con espalda, para poder darse calor por las noches. Y todas las mañanas, al despertar, alguno de sus compañeros había muerto por culpa del frío.» Le dejé hablar mientras tomaba notas en mi cuaderno. El silencio, lo sé por experiencia propia, suele ser una herramienta fundamental para ir descubriendo una historia. «No comía absolutamente nada. Alguna cáscara de patata... Por eso no le gustaba hablar de la guerra. Recordar aquellos años le removía por dentro.»

A pesar de la fecha —13 de julio, pleno verano—, el cielo de Buitrago del Lozoya nos recibió con unas tímidas gotas de lluvia. Aparcamos el coche y buscamos refugio en un bar cercano, El Espolón. Habíamos quedado a media mañana con Juan José Cano Martín, arqueólogo y responsable de la primera ruta de conservación en la Comunidad de Madrid sobre la guerra civil española. «¿Sabes? Es la primera vez que vengo a ver dónde combatió mi padre», afirmó mientras colocaba sobre la mesa dos cafés con leche. Cuando le pregunté el motivo, simplemente se encogió de hombros.

Miré a mi padre y sonreí. Mi abuelo me había regalado la posibilidad de pasar más tiempo con él. De conocerle más, de escucharle más. Durante años, muchos, estuve enfadado con él. No entendía por qué después de cerrar, cada tarde, el negocio familiar no venía directamente a casa para estar junto a sus tres hijos. Necesitaba respuestas. No quería, como me había ocurrido con mi abuelo, dejar pasar la oportunidad de acercarme a mi padre.

Cinco días antes de nuestro viaje a Buitrago del Lozoya mi padre cumplió 65 años. Le ofrecí que me acompañase. Aceptó de buen grado. Me pareció un regalo original seguir, los dos juntos,

los pasos de Moro hasta la Sierra. La elección de esta localidad madrileña no fue baladí. Mi abuelo, durante tres años, estuvo destinado en la 26.ª Brigada Mixta, donde llegó a alcanzar el rango de cabo. «Nunca le pregunté si disparó o si mató. Me daba no sé qué… Me lo puedo imaginar. Siempre me decía que él disparaba para el frente, sin apuntar. Disparaba como disparaban todos, y los de enfrente [el bando nacional], lo mismo. ¡Cualquiera se negaba a hacerlo!», seguía recordando en un arranque de nostalgia.

Aquella historia que me acababa de deslizar sibilinamente mi padre me hizo revisar mis anotaciones. ¿Dónde había leído algo parecido? Finalmente lo encontré: Luciano González Sánchez, vecino de Mejorada, se encontraba realizando el servicio militar obligatorio, la famosa mili, cuando estalló la guerra civil. Luciano cayó en la zona nacional. Sin posibilidad de regresar a su casa, se vio obligado a unirse a las tropas rebeldes. Movilizado junto con miles de jóvenes, fue enviado a la Sierra de Madrid a combatir. «Disparaba hacia el otro lado, hacia las trincheras de los republicanos, porque era imposible que allí hubiese nadie de Mejorada», confesaría, muchos años después, Luciano a su gran amigo Marcelino Adán Huertas, *el Chovo*, uno de los muchos mejoreños que estaban defendiendo la Sierra del ataque fascista.

Dos vecinos, dos amigos, intentando matarse el uno al otro. Obedeciendo órdenes de sus superiores. Sin saber, por desconocimiento absoluto, que el otro, su mejor amigo, se encontraba en la trinchera contraria. Odiándose porque, de lo contrario, corrían el riesgo de ser fusilados por traidores. La absurdidad de la guerra en su máximo esplendor.

El Chovo, quien tendrá un papel destacado en el asesinato de Tomás Martínez Negro como chófer del comité, era amigo de mi abuelo. Con 19 años recién cumplidos —nació un 17 de julio de 1917— se fue a Somosierra, a combatir contra las tropas fascistas que amenazaban con caer sobre la capital de España. El joven, como muchos otros mozos de Mejorada, había dejado en el pueblo a su novia, Andrea Serrano Sánchez. Angustiada por la falta de información —a los soldados republicanos les concedían permisos de tanto en cuanto—, decidió seguir los pasos de su prometido

hasta la primera línea de combate. Allí, en la serranía madrileña, la joven pareja alquiló una modesta habitación en Villavieja del Lozoya, a menos de ocho kilómetros de distancia de Buitrago, a una mujer que acabaría huyendo al barrio del Pilar por culpa de los bombardeos nacionales.

Andrea, encerrada en la habitación día y noche, se pasaba las horas esperando el regreso de Marcelino, con la incertidumbre de que un día no volviese jamás. Así pasaron meses y meses, hasta que decidieron formalizar su unión y se casaron en medio de aquella guerra fratricida que se encontraba a menos de ocho kilómetros de distancia. El Chovo, como la mayoría de los soldados, no tenía dinero. Lo que ganaba lo gastaba rápidamente pagando el alquiler de la habitación y manteniendo a Andrea, para que nunca le faltase de nada. El día de su boda se encontró con un dilema. Sin dinero no podía comprarse un traje decente. Por lo tanto, o anulaba la boda o tendría que casarse vestido con el uniforme militar. Marcelino estaba desesperado. No sabía qué hacer. Hasta que apareció Moro con un traje y una corbata y se los prestó para que su amigo pudiera casarse.

«Recuerdo a Marcelino —me dijo mi padre—. Era uno de los mejores amigos del abuelo. Solía irme con ellos de chatos por Mejorada. Recordaban cosas de cuando eran jóvenes, pero jamás, a ninguno de los dos, los escuché hablar de la guerra civil. Ni tan siquiera de la historia del traje...» Rebuscó en su cartera y puso sobre la mesa una fotografía diminuta. Cabía en la palma de mi mano. Eran mis abuelos, Alejandra y Gregorio. La foto no me era ajena. La había visto en multitud de ocasiones. De hecho, una Navidad, mi madre hizo una ampliación para ponerla en el salón de casa. Era la única fotografía que mi padre conservaba de mis abuelos. La trataba como una reliquia. Normal, por otra parte. A pesar de todo, el paso del tiempo había hecho mella en ella. En la parte inferior, le faltaba un pedacito en forma de triángulo, desde donde nacía una grieta que amenazaba con romper en dos aquel tesoro.

«En otoño de 1937, mi padre seguía destinado en Buitrago. Durante un permiso, aprovechó para bajar hasta Mejorada, a más

de 80 kilómetros de distancia. Quería dar una sorpresa a mi madre, pero la sorpresa se la llevó él. Alejandra se había ido al cine, a la Gran Vía de Madrid, a ver una película junto a dos de sus hermanas, Merce y Juana, mujer de Antonio Adán Adán, guardia de asalto y miembro del comité de Mejorada. Tu abuelo, ni corto ni perezoso, tomó un autobús de línea hasta Madrid... Sabía exactamente dónde se encontraba Alejandra. Se personó allí, habló con el encargado del cine y, como Gregorio iba vestido con el uniforme militar, aquel hombre se puso enteramente a su disposición. El encargado, conchabado con mi padre, paró la proyección. Encendió las luces de la sala y llamó a Alejandra. Mi madre, asustada, se levantó de su butaca y acompañó al hombre al exterior. Y allí, en la entrada de aquel cine de Gran Vía, estaba tu abuelo. Con su uniforme militar, su bigotillo y una enorme sonrisa. Esta fotografía fue tomada en el estudio fotográfico de J. Segura aquel día que los dos pasearon por el centro de Madrid, ajenos a la guerra que se libraba a su alrededor.»

Pocas veces han conseguido dejarme sin palabras, pero mi padre lo consiguió con aquella historia. Yo escuchaba con atención, emocionado, mirando aquella fotografía que él siempre lleva en su cartera. Imaginando a mis dos abuelos, cogidos de la mano, paseando por Madrid. «Mis padres se casaron el 24 de agosto de 1938, en plena guerra civil. Como se habían casado durante la República, como muchos otros, al finalizar la guerra su matrimonio fue declarado no válido. Los obligaron a casarse de nuevo, por la iglesia, cuando ya eran padres de mi hermano mayor, Gregorio, quien falleció siendo aún un niño por una enfermedad derivaba de la miseria que azotó España en los años de posguerra.»

Mi padre conoció muchas de estas historias de boca de mi abuelo, en su lecho de muerte. Se quedaba por las noches en su casa a dormir, pegado al cabecero de su cama. No quería que su padre falleciese solo. Y en una de aquellas interminables noches en vela, mi abuelo se sinceró, a modo de confesión, con su hijo. «Tenía miedo, como muchos otros —le contó—. Todos los años, unos días antes del 14 de abril, día de la proclamación de la

Segunda República, se personaban en casa dos agentes de la Guardia Civil y se lo llevaban varios días. Yo tendría 4 o 5 años. Cuando regresaba a casa siempre le preguntaba dónde había ido. Y él siempre me respondía lo mismo, que venía de hacer unos ejercicios espirituales que impartían unos frailes en un convento. ¡Obviamente, era mentira! No supe la verdad hasta unos días antes de que mi padre falleciese.»

Juan José Cano Martín interrumpió nuestra conversación. Nos saludamos efusivamente. Nosotros dos nos habíamos conocido meses antes, a través de un amigo en común, Rafa González, periodista, que nos puso en contacto rápidamente cuando se enteró de en qué andaba metido. Juanjo, aquella mañana de julio, se iba a convertir en nuestro particular cicerone. A través de su mano experta íbamos a recorrer las trincheras y los búnkeres que aún se conservan de la guerra civil, en lo que se conoce, popularmente, como frente del agua, y que fue, a la sazón, una batalla decisiva en la contienda española. «Fue la primera gran batalla de la guerra civil —nos dijo Juanjo—. Quien controlase el agua de Madrid ganaba la capital de España. Por eso, republicanos y nacionales chocaron en la Sierra. Había que controlar las presas. Finalmente, los frentes se estabilizaron y pasó a ser una guerra de trincheras. Nada que ver con la batalla del Jarama, por ejemplo.»

Mi padre y yo íbamos a recorrer, de la mano de Juanjo, las mismas trincheras que dieron cobijo a Gregorio Pampliega Carrasco durante tres años. Ochenta años después… ahí estábamos nosotros dos. Padre e hijo, tras los pasos de Moro.

# 10

# El frente del agua

Pedro Rodrigo (11 años) encabezaba la marcha. Tras él, caminando en silencio, lo seguían Ricardo (9 años) y Víctor (7 años), sus dos hermanos pequeños. Los tres jóvenes pastorcillos —al mando de su rebaño de cabras— habían recorrido aquellos cerros infinidad de veces. Serían capaces de encontrar el camino de regreso a Buitrago del Lozoya con los ojos vendados. Aunque, en las últimas semanas, la orografía había cambiado mucho por culpa de la guerra. Donde antes había arbustos, ahora los soldados habían levantado un nido de ametralladora. El antiguo camino de piedras, donde transitaban los pastores de la zona con su ganado, se había convertido en profundas trincheras de la altura de un hombre que protegían a soldados de uno y otro bando. Aun así, los tres hermanos caminaban despreocupadamente por la primera línea de combate del frente del agua.

A su derecha, soldados republicanos, parapetados en sus fosos de tiradores y protegidos de los Mauser nacionales (fusiles de cerrojo de fabricación alemana) por una montaña de sacos terreros, asomaban la cabeza, en contadas ocasiones, para controlar que el enemigo, situado a escasos 500 metros de distancia, no les sorprendiese en un renuncio; y, a la izquierda, Pedro y sus hermanos tenían las trincheras de los nacionales, ocupadas por soldados, en su mayoría de reemplazo, junto con voluntarios requetés y falangistas, de la 11.ª Bandera de Castilla.

Los leales a la República eran fáciles de distinguir, no solo por la bandera tricolor —roja, amarilla y morada— que ondeaba en las trincheras, sino por sus ropajes de civiles. Todavía quedaban unos meses para que el Gobierno creara el Ejército Popular de la

República, con sus brigadas mixtas. Así que los primeros en llegar a Buitrago fueron campesinos, camareros, obreros de la construcción… una amalgama de hombres y mujeres que, fusil en ristre y sin dudarlo, acudieron a la Sierra para detener el avance de las tropas del general Emilio Mola. Esas milicias apenas contaban con soldados profesionales o con guardias de asalto, pero aun así lograron detener el avance de las columnas nacionales, dejándolos a las puertas de Madrid.

Lo que debió haber sido una batalla relámpago, una victoria fácil para el bando nacional, se acabó convirtiendo durante tres años en una guerra de trincheras donde los frentes apenas se movían un solo metro. Esporádicamente, sobre todo en las primeras semanas de contienda, albergó combates y bombardeos más encarnizados. El objetivo de las tropas nacionales era llegar hasta la localidad de Alcobendas y, desde allí, a Madrid, y para ello debían arrasar con las defensas republicanas. Pero poco a poco el frente se fue enfriando, convirtiéndose en una guerra de trincheras donde soldados de uno y otro bando se citaban por las noches, a espaldas de sus mandos, para fumar juntos. «¡Rojillo, no tires y vamos a fumar!», gritaban los soldados nacionales a sus teóricos enemigos. Las fábricas del papel con el que se liaban los pitillos estaban en Alicante y, por lo tanto, habían caído del lado republicano, mientras que el tabaco procedía de Canarias, en manos de los nacionales… por lo que los soldados no tenían más remedio que quedar en tierra de nadie a cambiarse el género si querían fumar.

Además, la cercanía entre ambas líneas ofrecía imágenes esperpénticas. Una de las más singulares había tenido lugar meses atrás, con los tres hermanos —los pequeños Pedro, Ricardo y Víctor— como testigos. Un sonido, apenas audible, llegó hasta las trincheras republicanas. ¿Era una canción? Pudiera ser. ¿Quizás un grito de auxilio? También. Los tres hermanos, junto con varios de los milicianos republicanos que defendían el parapeto, se asomaron lo máximo que pudieron hasta los límites de las trincheras, sin poner su vida en peligro. Ahí estaba otra vez. Sí, era una canción. «Mañana bajo a Buitrago a tomar un café», gritó finalmente

alguien, desde el lado nacional. Desde el lado republicano, un miliciano sacó medio cuerpo fuera de la trinchera y, colocando la mano muy pegada a la boca, entonó una jota aragonesa. El maño quedó así, con medio cuerpo fuera, esperando la respuesta. Del otro lado le respondieron con otra tonada. Entonces, el soldado, con cara de satisfacción, dijo a sus compañeros de trinchera: «Esta noche si escucháis algún ruido no disparéis. Es mi hermano, que se pasa con nosotros», y todos lo felicitaron.

Sonó un disparo aislado, a lo lejos, seguido por varias descargas más de fusilería, que sacaron de su ensimismamiento a los tres hermanos. El frente llevaba semanas estabilizado. Las líneas no se movían ni un metro, pero, aun así, no convenía relajarse. Pedro miró a sus hermanos, estos asintieron y, ni cortos ni perezosos, comenzaron a golpear a las cabras, que estaban más rezagadas, en los cuartos traseros. Tenían que aligerar el paso, si no querían verse en medio de una refriega entre nacionales y republicanos, como ya les pasó en otra ocasión, ganándose, como es normal, el rapapolvo de su padre.

Aquel día, las tropas fascistas iniciaron un bombardeo sobre posiciones republicanas donde perdió la vida Alberto Gutiérrez Castell, hermano de Felisa y primo de Anastasio Castell. El mejoreño estaba resguardado en su trinchera, ajeno al bombardeo. Había días en que caían más de 300 bombas por todo el frente del agua. Por experiencia propia, sabía que con no asomar la cabeza no tendría mayores problemas. Era improbable que la artillería nacional, que disparaba prácticamente a ciegas, acertase de lleno en el interior de una trinchera. Mientras caían proyectiles a su alrededor, Alberto, apoyado contra los sacos terreros, escribía una carta para la madre de uno de sus compañeros. Era uno de los pocos que sabían leer y escribir en su batallón, por lo que, habitualmente, a cambio de algún cigarrillo, redactaba cartas a familiares de otros soldados. Pero aquel día los artilleros nacionales sí que acertaron. Un proyectil le segó la vida, matándolo en el acto. Ironías de la vida, el soldado para quien escribía la carta se salvó porque, minutos antes, había abandonado el refugio para ir a orinar. Aquel joven miliciano para quien

Alberto estaba escribiendo la carta, movido por un sentimiento de culpa atroz, semanas después del incidente y aprovechando un permiso, se personaría en Mejorada del Campo y buscaría a Gervasia, esposa de Alberto, para presentarle sus respetos y comunicarle el fallecimiento de su marido.

Los tres hermanos cruzaron las trincheras republicanas. Caminaban deprisa —casi corriendo— con la cabeza lo más pegada a los hombros posible para no ofrecer un blanco fácil a los tiradores nacionales, lo habían hecho cientos de veces, pero eso no quitaba para que el corazón se les acelerase cuando se metían dentro de las trincheras; eso eran palabras mayores. Saludaron a los soldados que estaban allí parapetados, alguno de los cuales sacaba, con timidez, su fusil fuera de la trinchera, apuntando hacia las líneas enemigas por si acaso. A los milicianos no les llamó la atención ver a los críos correteando por allí, al contrario. Los conocían: eran los hijos de Víctor Rodrigo Horcajo, alcalde republicano de Buitrago del Lozoya, y de Juana del Pozo Sanz, miembro de las Juventudes Socialistas desde 1934. Además, Victorina (20 años), la hermana mayor, estaba destinada en el hospital de campaña de Buitrago como enfermera —aunque después sería trasladada a Hoyo de Manzanares (Madrid) y a Guadalajara—; y Félix, el mayor de los ocho hermanos Rodrigo, se había alistado con las tropas del general Enrique Líster para defender Madrid de los fascistas. Por eso los tres niños no levantaban sospechas como posibles informadores.

Antes de encaminarse hacia su casa, en Buitrago, y donde les estaría esperando Víctor con la correa preparada por haber vuelto a desobedecerle, decidieron hacer una pequeña parada en la Peña del Alemán, uno de los frentes más calientes de toda la Sierra. Durante el verano y el otoño de 1936, los nacionales, en varias ocasiones, trataron de tomar la peña, pero siempre con idéntico resultado: una derrota estrepitosa. Hasta que, finalmente, cansados de perder soldados, decidieron cancelar la ofensiva. A los hermanos Rodrigo les encantaba dejarse caer por la zona de tanto en cuanto para saludar a los republicanos que estaban allí encaramados, a pesar del peligro más que evidente que corrían

asomando la nariz. En la Peña del Alemán los republicanos habían excavado varias trincheras en zigzag, donde los milicianos debían ir siempre agachados, si no querían ser alcanzados por una bala nacional. Los tres críos, después de poner a las cabras a buen recaudo, recorrían aquellas trincheras gateando, mientras escuchaban algún disparo esporádico rozándoles la coronilla.

Realmente, aquella loma, situada a 1.080 metros sobre el nivel del mar y rodeada de montañas que superaban los 2.000 metros de altitud, se llamaba Cabeza Velayos, pero los republicanos, que convirtieron aquel cerro en la punta de lanza de la defensa de la Sierra, la rebautizaron como Peña del Alemán porque allí estaba apostado Max Salomon Schwartz. Nacido en Metz —capital histórica de la Lorena— cuando esta localidad francesa aún pertenecía al Imperio alemán, y criado en el seno de una familia judía, tras combatir en la Primera Guerra Mundial —durante la cual alcanzó el grado de oficial— se trasladó a Madrid, donde comenzó a trabajar para Allgemeine Elektricitäts--Gesellschaft, conocida popularmente como AEG., vendiendo aspiradoras.

Con el estallido de la guerra civil, Max se enroló en las milicias populares que se dirigían a la Sierra. Una vez en Buitrago, participó activamente en la defensa de las posiciones republicanas, donde se ganó el respeto de todos sus compañeros y también los elogios del poeta cubano Pablo de la Torriente Brau, quien dedicó unas líneas al miliciano en su libro *Cartas y crónicas de España*: «Nosotros llegamos al parapeto al anochecer. Aquel sitio era el que había recibido un nuevo nombre en la geografía del lugar. Se llamaba la “Peña del Alemán” en honor de un compañero comunista alemán, que el 4 de agosto se había batido allí como un héroe por defender la posición. Al alemán, los milicianos, con su dificultad para recordar un nombre extranjero, lo recordaban solo con el recuerdo».

El 5 de noviembre de 1936, Max resultó herido de gravedad. Los vecinos de Buitrago, al ver su estado, llegaron a decir: «Han bajado muerto al alemán». Fue trasladado de urgencia a Madrid, donde, intervenido con éxito, salvó la vida. En una carta, el

miliciano describió todas las heridas que tenía en su cuerpo: «Sufrí añadiéndolas a un tiro antiguo por el pecho derecho, otro por el izquierdo, otro por la ingle y unas cien heridas por metralla en escroto, muslos…». Meses después, ya recuperado de sus heridas, volvería al frente.

Aquella calurosa mañana, Carmina, una joven miliciana, salió de la tronera de tirador con el fusil cruzado en la espalda. No se sorprendió de ver allí a los tres hermanos Rodrigo. No era la primera vez que los mocosos se dejaban caer por allí. Carmina rebuscó en sus bolsillos hasta encontrar varias chocolatinas que tendió a los críos, quienes solían dejarse caer por aquella posición republicana para ver a Max y a sus compañeros con más asiduidad de la que sería recomendable. Esa mañana, en aquel cerro, también se encontraba Rosario Sánchez Mora, más conocida como la Dinamitera. La joven —tenía 17 años cuando se incorporó a las Milicias Obreras del Quinto Regimiento— se quitó una insignia con la bandera de la República y se la tendió a Víctor, el pequeño de los tres hermanos, quien la aceptó de muy buen grado y la prendió en su camisa, luciéndola con orgullo.

Rosario, semanas después de su incorporación a filas, había sido requerida por la sección de dinamiteros para la fabricación de bombas caseras. Allí, manipulando dinamita, perdió la mano al estallarle un cartucho. Herida de gravedad, fue operada en el hospital de sangre de Cruz Roja, en La Cabrera, donde logró salvar la vida. Este hecho, trágico, convertiría en inmortal el nombre de Rosario, *la Dinamitera*, gracias al poeta Miguel Hernández, quien le dedicaría unos versos:

*Era tu mano derecha,*
*capaz de fundir leones,*
*la flor de las municiones*
*y el anhelo de la mecha,*
*Rosario, buena cosecha,*
*alta como un campanario,*
*sembrabas al adversario*
*de dinamita furiosa,*

*y era tu mano una rosa*
*enfurecida, Rosario.*

Tras pasar la tarde junto a Max y sus compañeros en lo alto de la peña, los tres hermanos Rodrigo regresaron al pueblo porque tenían obligaciones que cumplir y, además, ya era demasiado tarde como para seguir dando pingos por los montes de la Sierra. A lo lejos, como si de una aparición se tratase, divisaron Buitrago del Lozoya. Rápidamente, localizaron su casa. Era fácil: un bombardeo nacional había derruido una de las paredes y, además, el techo de la vivienda parecía un queso gruyer. La metralla de los obuses y las balas de las ametralladoras de los aviones no habían dejado ni una teja sana.

Los críos, después de guardar las cabras en el corral, se digirieron a la casa. Iban caminando con toda la parsimonia del mundo. No tenían ninguna prisa por llegar y escuchar los gritos de su padre. Pedro, el mayor, fue el primero en cruzar la puerta y se encontró de frente con don Félix Pedrosa, párroco de Buitrago, que hacía semanas que se refugiaba en su casa junto con sus dos hermanas. Don Félix estaba sentado a la mesa, hablando sin parar. A su lado, con gesto intranquilo, Víctor Rodrigo, su padre. El hombre no reparó en que sus tres hijos pequeños habían regresado, ni tampoco prestaba atención a la historia del cura sobre por qué había incendiado la iglesia del pueblo antes de que llegasen los milicianos: «Y le dije a Gregorio, el sereno del pueblo, que no entrase en la iglesia, que ya me había llevado yo todo lo que tenía valor...».

Víctor había sido nombrado alcalde de Buitrago recientemente. El anterior regidor había huido pocos días después del inicio de la guerra civil. Desde Madrid, el Gobierno había enviado un telegrama nombrándolo nuevo alcalde de la localidad. Siempre fue un hombre comprometido con la República, por lo que no dudó en aceptar el cargo con orgullo. Aunque no tardó mucho en darse cuenta de que no todos tenían el mismo compromiso que él.

Varios milicianos habían acudido a su casa aquella misma

mañana para fusilarle por dar cobijo a los fascistas del pueblo. Escondía, además de al párroco y a sus hermanas, a varios vecinos sospechosos de simpatizar con las derechas. Víctor se salvó gracias a la intervención del capitán Francisco Galán, hermano de Fermín Galán, fusilado en 1930 por proclamar la República en los últimos meses del reinado de Alfonso XIII. El capitán aseguró a los milicianos que aquellos hombres que estaban en casa del alcalde «estaban detenidos, no escondidos». Días después, todos serían trasladados a Madrid y distribuidos en varias embajadas donde se refugiarían durante el transcurso de la guerra.

Las atrocidades, y los ajustes de cuentas, de uno y otro bando, empezaban a estar a la orden del día. Los rebeldes, a su paso por la ciudad de Badajoz, dejaron un saldo de más de 2.000 personas asesinadas, incluidos civiles inocentes. Sus cuerpos permanecieron durante días en las calles para atemorizar a la población. Mientras, en el lado republicano, los asesinatos solían ser obra de elementos incontrolables, que iban casa por casa buscando a sospechosos de simpatizar con las derechas o simplemente se debían a animadversiones personales.

Aquella noche los tres pequeños Rodrigo no fueron castigados por haber llegado tarde a casa. Su padre, Víctor, estaba demasiado preocupado por cómo acabaría para él, y para los suyos, toda aquella locura. «Nuestro padre acabó pasando por diferentes cárceles franquistas durante cinco años; mientras nuestra madre también estuvo presa en las cárceles de Torrelaguna y Ventas, y condenada a año y medio de destierro en Griñón», confesaría casi ochenta años después el mayor de los hermanos Rodrigo, Pedro.

* * *

Los mejoreños, con los hermanos Basanta a la cabeza, comenzaban a acostumbrarse a la vida sedentaria en el frente. Trataban de mantenerse con vida, que no era poco, dadas las circunstancias. Las penurias eran muchas, desde luego, pero nada que ver con las de otras batallas, como la del Jarama, Teruel o el Ebro, que fueron palabras mayores. Sobrellevaban las penalidades como

buenamente podían. Los inviernos se convirtieron en su peor enemigo, con temperaturas por debajo de los 10 ºC. Al igual que los piojos, que campaban a sus anchas en cabezas, mantas, capotes y ropajes, comiéndose vivos a los milicianos. Resistían como podían. Además, de tanto en cuanto, obtenían algún permiso para poder bajar hasta Mejorada del Campo para ver a la familia.

Pero no todos gozaban de esos deseados permisos. Por ese motivo, era frecuente la presencia de las familias en Buitrago del Lozoya. Carmen, *la Aguadora* y su hijo pequeño, Juan José, acompañaron a otras esposas hasta Somosierra. Hacía semanas que no tenían noticias de Anastasio, y la muerte de Alberto Gutiérrez les había inquietado. Recorrieron los 80 kilómetros que separaban el pequeño pueblo madrileño de la Sierra. Carmen, embarazada de mellizos —y con un crío de apenas 2 años a su cargo—, había alquilado una plaza en una de las carretas que subían hasta Buitrago para poder ver a Anastasio, ya que no había ningún otro transporte —que no fuese militar— autorizado a llegar hasta la Sierra.

Anastasio estalló de júbilo cuando vio a su mujer y a su hijo mayor en Buitrago. Corrió a abrazar al pequeño Juan José y lo elevó hasta el cielo. Allí permanecieron todos juntos varios días, en una de las casas que el Ejército republicano había habilitado para las familias de los milicianos. Por primera vez en semanas Anastasio Castell dejó de pensar en la muerte y pensó en todos los motivos que tenía para seguir viviendo. Aquella noche cerró los ojos y por fin consiguió conciliar el sueño, abrazado a su mujer y a su hijo mayor.

Los que no tuvieron la suerte de pasar unos días con su familia se conformaban con la visita de fotógrafos y corresponsales extranjeros, quienes acudían a primera línea de combate para retratarlos y dejar por escrito sus impresiones sobre el transcurso de la batalla en el frente del agua. Aquellos guiris de la guerra —entre los que estaban Hemingway, John Dos Passos, Robert Capa o Gerda Taro— eran la atracción de la mayoría de los soldados, que, aburridos y desanimados, convertían cada visita en una algarabía.

En una de aquellas instantáneas, realizadas en primera línea

de combate, quedaría inmortalizado para siempre el grupo de mejoreños que habían acudido a defender la Sierra de Madrid del avance fascista. «¡Viva la República!», gritó uno de los soldados, seguido por el resto, que se resistían a posar. El grupo —formado por media docena de soldados— finalmente se colocó en formación. Justo Basanta, en un extremo, y Moro, con el puño en alto, en el otro, daban fe del compromiso de los mozos.



Justo Basanta es el segundo por la izquierda de la fila superior, con la gorra de teniente (dos estrellas), y Gregorio Pampliega, el primero de la derecha en la misma fila, puño en alto y ametralladora al hombro.

# 11

# Dos coches negros

Era una mañana de otoño cálida, casi primaveral. Una suave brisa batía el polvo de las calles. Un perro solitario trataba de espantar las moscas con el rabo, mientras intentaba conciliar el sueño. El pueblo estaba tranquilo, más de lo habitual. No había un alma por las calles. Ni siquiera chiquillos corriendo de acá para allá. No podía achacarse al miedo de las madres a posibles bombardeos por parte de la aviación fascista, ya que aún quedaban meses para que los aviones sobrevolasen Mejorada del Campo camino de las trincheras republicanas en el frente del Jarama. Tanto silencio acongojaba, y más en una localidad que siempre había presumido de estar llenar de vida, pero la guerra, poco a poco, había ido apagando el ánimo de los mejoreños.

Los hombres, en su mayoría, se habían marchado a la Sierra a combatir contra las tropas del general Mola. Las dos tabernas con las que contaba el pueblo apenas recibían clientela. Los vasos de vidrio para los chatos de vino languidecían en las barras de los bares, a la espera de tiempos mejores. Los hombres que habían decidido quedarse se encontraban en la vega, trabajando en los cultivos de sol a sol, o pertenecían al Comité Revolucionario. Estos, supuestamente, eran los encargados de formar controles en todas las entradas y salidas del pueblo para verificar quién entraba y quién salía, pero la realidad distaba muchísimo de sus verdaderas obligaciones.

Los miembros del comité se habían granjeado una muy mala fama por las fiestas que montaban a la entrada del pueblo. Parecía importarles poco que el resto de los mozos estuviesen en la Sierra madrileña jugándose el pellejo mientras ellos disfrutaban de la

buena vida en la retaguardia. Tras la marcha de Justo Basanta, los que habían quedado en Mejorada se dedicaban al robo y a la intimidación de todos los vecinos. Don Ramón, por ejemplo, tendero de toda la vida, estaba cansado de tener que forcejear con los supuestos garantes de la seguridad de la villa. Cada dos por tres entraban en su tienda de comestibles y salían con las manos llenas, lógicamente sin pagar una sola peseta. Cuando reunía el valor suficiente para hacerles frente, le amenazaban con denunciarlo por quintacolumnista y darle el paseo. Su palabra era ley, y en Mejorada imperaba el silencio.

El miedo y la desesperación dieron paso al ingenio. Gregoria, tía de Ángeles Pampliega, compró un cordero —ya degollado— a unos pastores. Antes de llegar a Mejorada lo disfrazó con las ropas de un bebé y lo metió en un carrito, para evitar que los milicianos, que estaban montando guardia en la entrada, lo viesen. Si alguno se acercaba a comprobarlo, la buena mujer le advertía: «Tenga usted cuidado porque el niño está enfermo de fiebres tifoideas». Así consiguió burlarlos.

Paz Gutiérrez Castell se limpió las manos llenas de sal y agua en el mandil. Abrió las ventanas de la cocina de par en par, con la esperanza de que esa brisa que batía las calles del pueblo entrase en la casa, aun a riesgo de que se llenasen de polvo los pocos muebles que tenía. Entre fogones, el calor era asfixiante. La mujer estaba atareada preparando un guiso de bacalao, que tanto gustaba en casa. Tenía el pescado sumergido en agua, tratando de desalarlo. Había acudido a primera hora de la mañana a la tienda de don Ramón. El tendero, mientras atendía a otras clientas, había señalado dos sacos enormes llenos de sal para que Paz escogiese ella misma las mejores piezas de pescado. O cola o aletas. Tras una breve discusión sobre el precio, que se resolvió con una pequeña victoria por parte de la mujer, clienta habitual de la tienda de ultramarinos, ella finalmente optó por llevarse cola a un precio más económico del habitual, siempre bajo promesa de volver con un platito para que don Ramón probase el guiso.

Sentada a la mesa de la cocina, Ángeles Pampliega, con una destreza sorprendente para sus 9 años, se afanaba en pelar las

patatas que su madre iba a utilizar para cocinar. Sobre la repisa de la cocina, la radio. Sonaba una radionovela. Muy de vez en cuando, un parte de guerra interrumpía la voz cavernosa del narrador. A la niña le fascinaban las historias que sintonizaban en la radio. Las escuchaba embobada mientras su madre, elevando el tono de voz, le reclamaba atención para que no se llevase un dedo con el afilado cuchillo.

La afición por el teatro le venía de su padre, Antonio Pampliega, actor de segunda categoría. Antonio iba por los pueblos limítrofes a Mejorada representando obras de teatro y comedias varias. Era su forma de ganarse unas pesetas. El problema es que esas perras jamás llegaban al bolsillo de Paz, su esposa. El comediante acarreaba una fama de bebedor y vividor que superaba, con creces, a la de actor. Así que en casa de Ángeles siempre estaban a la cuarta pregunta y dependiendo de la caridad de las hermanas de Paz, quienes contribuían a la economía familiar con hortalizas del huerto o lo que necesitase la buena mujer. En esos tiempos de estrecheces, donde comían tres bocas podían perfectamente comer seis.

Bien entrada ya la guerra, y cuando la República necesitaba más hombres en los frentes porque la contienda comenzaba a declinarse del lado de los golpistas, Antonio Pampliega realizó, para asombro de todos, la actuación de su vida. Durante una de las levas forzosas se hizo el sordomudo durante un reconocimiento médico que tenía el fin de comprobar si era apto para el servicio militar. El médico habló en voz alta en varias ocasiones a Antonio, quien fingió no oírlo y no entender absolutamente nada de lo que le decía. Así que un soldado que se encontraba en la sala disparó su arma a escasos centímetros de la cara de Antonio, quien, sorprendentemente, ni se inmutó. Y así, con una actuación digna de un gran actor, consiguió librarse de ir a combatir para seguir disfrutando de la buena vida.

Un ruido rasgó el silencio de aquella mañana. Paz apagó la radio, ganándose el reproche de su hija, quien, ajena a todo, continuaba liada con las patatas. La mujer asomó la cabeza por una ventana de la cocina a tiempo de ver cómo dos coches negros

entraban en la plaza del pueblo y se detenían justo delante de la puerta de su casa. Temerosa, miró fugazmente hacia Ángeles antes de salir a recibir a aquellos desconocidos. ¿Qué querrían a estas horas de la mañana? A Paz no le eran ajenas las historias de milicianos que irrumpían en casas particulares en busca de mujeres y niñas para saciar sus apetitos sexuales y también para robar, todo sea dicho.

Una de las historias más afamadas, por ser también de las más atroces, implicaba a un vecino de la cercana localidad de Arganda del Rey (Madrid) que respondía al nombre de Valentín Ballesteros. Al estallar la guerra, este hombre, viudo y padre de cuatro hijos, se convirtió en un importante cabecilla republicano. Al mando de un grupo de milicianos, decidió asaltar la vivienda de Jacinta Sanz, una mujer viuda y acaudalada. Los hombres de Ballesteros hicieron auténticas tropelías con ella y con una de sus hijas, que vivía también en la casa.

Después de violarlas a las dos de manera salvaje, decidieron seguir divirtiéndose con ellas. Mientras varios milicianos las agarraban por los brazos, otros comenzaron a quemarles los pechos y, para finalizar la tortura, las raparon a ambas. Valentín acabaría siendo fusilado en Aranjuez después de la guerra. Rafael, su hijo mayor y leal a las tropas nacionales, montaría guardia en la puerta de la celda donde su padre estaba detenido. No cabe mayor desprecio a un padre que ese.

Recordando la historia de Jacinta Sanz y su hija, Paz tomó un cuchillo de la repisa de la cocina y se lo escondió en el mandil antes de salir al encuentro de los hombres. Antes de que se abriesen las puertas, pudo leer claramente, con letras blancas bien grandes y pintadas en uno de los laterales de los coches, el nombre de uno de los dos sindicatos más importantes de izquierdas, afín a la República.

Cuatro hombres descendieron del interior de los vehículos. Uno de ellos, el más próximo a Paz, y quien conducía el primero de los dos vehículos, se ajustó la cartuchera que tenía prendida en el cinturón del pantalón. Otros dos, que escoltaban a un tercero con las manos esposadas, se colgaron los fusiles sobre los hombros, en

actitud distendida. El que parecía el jefe saludó cortésmente, dándose cuenta de la desconfianza que habían levantado irrumpiendo de aquella manera en el pueblo. Tras presentarse —eran del Comité Revolucionario de Campo Real (Madrid)—, pidieron a Paz agua fresca. Estaban sedientos por culpa del intenso calor.

La mujer, dando una fuerte voz, llamó a Ángeles. La chiquilla no pudo disimular su sorpresa al ver a aquellos cuatro hombres delante de la puerta de su casa. Sus ojos de niña se fueron directamente a las manos del esposado. Era la primera vez que veía a un hombre detenido. Su cara de asombro lo decía todo. Su madre, después de darle una voz para que dejara de mirar las musarañas, le pidió que trajera una jarra de agua y varios vasos para aquellos hombres. La niña desapareció, como alma que lleva el diablo, en el interior de la casa.

Santiago Redondo, como se llamaba el que estaba más próximo a Paz, le explicó que llevaban a tres detenidos —Julián Martínez Bernabé (54 años), industrial; Desiderio León Martínez (27 años), labrador, y Antonino Vicente Velasco (67 años), secretario del Ayuntamiento—, acusados de simpatizar con las derechas, a Madrid. A una checa, para que allí un juez les tomase declaración.

Paz, de soslayo, miró al joven escoltado por los otros dos, que le agarraban de los antebrazos como si aquel infeliz fuese a huir. Le habían dado una paliza terrible, y ni siquiera habían tratado de ocultarlo. Tenía la cara completamente desfigurada, un ojo morado y el labio partido. Disimuladamente, Paz observó el segundo coche. Dos milicianos ocupaban los asientos delanteros. El que estaba sentado en el del copiloto apuntaba con su pistola a los dos detenidos que se encontraban en los asientos traseros. No pudo verles bien la cara, pero si a Desiderio le había golpeado con aquella saña, los otros dos no estarían en mejores condiciones.

El miliciano que parecía llevar la voz cantante del grupo, tenía incontinencia verbal. ¿Quizás comenzaba a impacientarse por la tardanza de la niña en traer la jarra de agua? Comentó que se habían perdido y que, tras un larguísimo rodeo, habían acabado

llegando a Mejorada del Campo. Le pidió a Paz, por favor, que les indicase el camino correcto hacia Torrejón de Ardoz. Paz, tras sopesar las palabras de aquel individuo, llegó a la rápida conclusión de que mentía. Si realmente se dirigían a Madrid, como así le había asegurado, el camino más corto era a través de la Yesería de Cuenca, por San Fernando de Henares. O, quizás, si se optaba por recorrer más trecho, por Vicálvaro, pero Torrejón estaba en la dirección contraria. No había lugar a dudas: aquellos tres hombres no llegarían jamás a la checa. Paz prefirió callar y señaló con el dedo hacia la calle de Galán y García Hernández.

Ángeles apareció por la puerta. Ofreció agua primero a Santiago, quien aceptó gustoso. Luego llegó el turno de Ambrosio Morera y de Justino Escobar, los otros dos milicianos que habían salido del primer coche. La niña llenó el vaso por cuarta vez para ofrecérsela al detenido, quien también había pedido beber agua, ya que estaba sediento. Antes de que Desiderio pudiese coger el vaso, Santiago Redondo golpeó la mano de la niña. El vaso salió despedido, estrellándose contra el suelo, haciéndose añicos.

Paz recriminó la actitud al miliciano. Se acercó corriendo hasta su hija, quien miraba de hito en hito al hombre que la había golpeado, sin comprender qué mal había hecho. La mujer reprochó a Santiago sus malas formas con Ángeles. «La niña no tiene culpa de nada», la defendió. El otro, muy gallardo, se estiró el pantalón hacia arriba y, de muy malas maneras, advirtió que a esta gente no se le diera de beber, que eran presos y no se merecían absolutamente nada.

La mujer zanjó el asunto sin más discusión. Tomó, de las manos de Ángeles, los otros dos vasos de cristal, los llenó de agua y se los tendió a Silvino Cortés y a Benigno Redondo, los otros dos milicianos que esperaban pacientemente en el segundo coche negro. Miró, ahora sí, hacia los detenidos, quienes saludaron con un leve gesto de cabeza. También habían sido golpeados, aunque en menor medida. Los soldados devolvieron los vasos, ya vacíos, agradeciendo la cortesía de la mujer. Paz no ofreció agua a aquellos dos hombres presos. ¿Para qué? ¿De qué serviría? Lo único que quería era que aquellos cinco hombres se marchasen lo

antes posible del pueblo y que las dejasen en paz.

Santiago Redondo se subió al coche. Arrancó el motor y antes de cerrar la puerta miró desafiante a la mujer, que seguía esperando allí plantada, en la entrada de su casa, consolando a su hija. Los coches enfilaron hacia la carretera de Torrejón, dejando una espesa polvareda detrás de ellos.

Madre e hija entraron en la casa. Encendieron la radio. Ahora sonaba otra radionovela. Ángeles volvió a sus quehaceres. Cogió el afilado cuchillo y continuó pelando patatas para la comida. Paz sumergió las manos en el agua donde tenía el pescado. Una vez desalado, comenzó a desmigarlo. No podía quitarse de la cabeza aquellos dos coches negros, las malas formas y la chulería de Santiago Redondo. Entonces oyó, a lo lejos, una fuerte descarga que la sacó de su ensimismamiento. Sacó la cabeza por la ventana de la cocina y vio a los pájaros volar muy alto. Tenía razón, aquellos tres infelices no iban a llegar nunca a Madrid.

# 12

# El falangista

Salvador Alonso Martínez avanzaba con muchísimo sigilo. Le iba la vida en ello. Un solo paso en falso y ahí, en medio de aquel olivar, acabaría su desesperada huida. Oculto y a resguardo de miradas indiscretas, decidió detenerse para recuperar el resuello que comenzaba a faltarle. Llevaba toda la noche caminando, puede que más. Había perdido la noción del tiempo. Aquella huida tan precipitada le había impedido coger su reloj de pulsera.

Notó un intenso dolor. Los pies le ardían. No estaba acostumbrado a aquellas caminatas. Siempre iba en coche a todos lados. Imaginó, al mirarse los zapatos —que le iban muy justos—, que tendría los pies destrozados y llenos de ampollas sangrantes. Descartó descalzarse, aunque con ello aliviase el terrible dolor que le recorría el cuerpo entero. Temía no poder volver a ponérselos, y aún los iba a necesitar. Le quedaban muchos kilómetros por delante hasta llegar a Madrid. La camisa, una de las mejores que tenía en el armario, estaba completamente empapada en sudor, inservible ya. La boca era una amalgama de saliva rancia que se acumulaba entre ambos carrillos.

Se apoyó en el tronco de un olivo para no desfallecer por agotamiento, doblado sobre sus rodillas. El sudor de la frente caía en esa tierra seca de finales de septiembre. Respiraba profundamente, con dificultad, tratando de llenarse los pulmones de un aire que le escaseaba. A lo lejos escuchó con nitidez una descarga de fusilería. Abrió mucho los ojos. Notó como las piernas le flojeaban y cayó derrotado al suelo. Agarró con furia los terrones de tierra que tenía alrededor rompiéndolos, convirtiéndolos en polvo. El falangista rompió a llorar.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Tres disparos aislados. Tres tiros de gracia. Uno por cada uno de sus convecinos. Antonino Vicente Velasco, Julián Martínez Bernabé y Desiderio León Martínez. Aquellos desgraciados, bajo el pretexto de la libertad y de la República, los habían asesinado a sangre fría. Habían tenido la desfachatez de entrar en sus casas, de sacarlos a la calle a empujones como si fuesen perros, de arrestarlos y, finalmente, de fusilarlos en medio de la nada. Sin juicio previo. Sin más motivación que las diferencias políticas. Porque sí, porque en esa España de finales del 36, quien tuviese un arma podía hacer lo que buenamente quisiese. En un lado o en otro, lo mismo daba.

Durante toda la guerra civil, cerca de 50.000 civiles fueron ejecutados en la zona republicana. Algunos, como los asesinados en Paracuellos del Jarama, fueron víctimas de decisiones basadas en el peligro potencial que representaban. Otros fueron ejecutados por quintacolumnistas. Otros fueron víctimas de las explosiones de ira que se producían cuando llegaban noticias de la represión que estaba teniendo lugar en la zona nacional.

Salvador había tenido más suerte. Mucha más, en vista de los acontecimientos recientes que acababan de sufrir sus tres convecinos. Un amigo, simpatizante de la República, pudo avisarle a tiempo. Le advirtió de que los miembros del Comité Revolucionario de Campo Real andaban buscando, casa por casa, a los falangistas y a los facciosos del pueblo para darles el paseo. Y su nombre, al igual que el de los tres fusilados, estaba en la lista.

Por un instante pensó en quedarse y hacerles frente. ¿Por qué tenía que huir de su casa? ¿Por qué abandonar a su familia por culpa de aquellos fanáticos? Él no había hecho absolutamente nada malo a nadie. ¡Nunca! Sí, era falangista. ¿Y? Durante años habían convivido todos juntos, de manera pacífica, en el pueblo. Los republicanos no estaban entre sus amistades, lógicamente. Aquella chusma no le aportaba nada, pero de ahí a ir a buscarlo por la noche para fusilarlo había un trecho.

Era consciente de que quedarse era sinónimo de muerte, y la intuición, una vez más, no le falló. Así que, prácticamente con lo puesto, saltó por una de las ventanas traseras de su casa. Sin

despedirse de nadie. Echó a correr hasta un pinar cercano. Y, desde allí, caminando sin parar durante toda la noche, y sin dejar de mirar hacia atrás, había llegado hasta aquel olivar. Había recorrido los 20 kilómetros que separan Campo Real y Mejorada del Campo caminando prácticamente a ciegas. Lo que en condiciones normales no le hubiese llevado más de cuatro horas, lo había completado en más de doce. Aún debían faltar muchos kilómetros para llegar a Madrid, donde algún amigo podría darle cobijo durante unos días o, quizás, podría conseguir refugiarse en alguna embajada.

Salvador Alonso Martínez trató de incorporarse, pero no pudo. Estaba agotado. Se echó sobre el duro suelo, clavándose en las costillas las piedras de terracota. Y allí se quedó, solo, dándole vueltas a la idea de que la muerte no tardaría en darle alcance.

* * *

Situado a escasos 25 kilómetros de la ciudad de Madrid, el pueblo de Mejorada contaba con una población que rondaba el millar de habitantes. Eminentemente agrícola, durante los primeros años de la Segunda República adquirió cierta fama por sus viñas. Era el primer productor de vino de la región. Además de sus afamados viñedos, y de un mar verde formado por millares de olivos, Mejorada del Campo tenía una de las vegas más cotizadas de la región. Sus tierras, regadas por los ríos Henares, procedente de Alcalá de Henares, y Jarama, que bajaba por San Fernando, abastecían de agua a toda la huerta mejoreña. Los agricultores, en los primeros años de la República, crearon una gran colectividad para sacar más rendimiento a la tierra. La localidad se convirtió en una potencia agrícola. En tan solo dos años, la producción se multiplicó, sobre todo en secano (cereales, cebada, trigo, garbanzos…), pero también plantaban patata, tomate, maíz, remolacha…

En aquella España republicana de mediados de los años treinta, Mejorada del Campo no dejaba de ser un villorrio más. Uno de los muchos que regaban la geografía española por aquel entonces. No tenía absolutamente nada que lo convirtiese en un

pueblo singular. No tenía unas termas romanas, ni unas ruinas mozárabes, ni una iglesia románica, ni siquiera una triste atalaya a medio derruir por el paso del tiempo, recuerdo imborrable de la Reconquista. Nada. Cero. Mejorada no era un pueblo singular, pero a Jano Carralero —conocido popularmente como Tío Jano— le encantaba vivir en él.

Por las tardes, cuando el sol ya no mordía la piel y comenzaba a estar bajo, le gustaba pasear entre los miles de olivos que salpicaban sus fértiles tierras de cultivo. Jano, simpatizante declarado de las derechas, a las que había votado en las últimas elecciones, era uno de los terratenientes más afamados y acaudalados de todo Mejorada del Campo. Al fallecer sus padres heredó una importante fortuna, pero no despilfarró ni una sola peseta, al contrario. Se dedicó a invertir con cabeza, en tierras de cultivo y en ganado, hasta convertirse en uno de los hombres más ricos de toda la región. Aquella riqueza levantó envidias entre sus convecinos, lógicamente; y más en una España rebosante de cainitas. El estallido de la guerra civil no hizo más que acrecentar ese odio hacia el terrateniente.

Él sabía, mejor que nadie, que varios miembros del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo hubiesen disfrutado dándole el paseo. Llevándole a las afueras del pueblo, hasta un olivar cercano, para descerrajarle dos tiros en el pecho y dejarlo allí tirado para que fuese pasto de las alimañas. Pero si eso aún no había ocurrido no era por la benevolencia de los milicianos, ni mucho menos. El motivo era otro. El terrateniente contaba con un seguro de vida. Su yerno, Santiago Cebolla Gallego, casado con su hija Marciala, era miembro del comité, y, por lo tanto, eso le convertía en prácticamente intocable.

La tarde comenzaba a morir. Jano apuró el paso. No era recomendable andar solo, y desprotegido, por aquel olivar una vez caía la noche, por muy suegro que fuera de un miembro del comité. Cualquiera, y más sus enemigos declarados, podrían afirmar que estaban cazando liebres cuando, con tan mala fortuna, habían disparado de manera accidental al bueno del Tío Jano. Por la noche todos los gatos eran pardos.

Antes de encaminarse hacia Mejorada oyó un lamento que llamó su atención. Bien podría ser un perro malherido, pero decidió acercarse a echar un vistazo. Al pie de un olivo, topó con un hombre que, hecho un ovillo, lloraba con amargura. Parecía agonizar. Jano se acercó lentamente hacia él, para que no desconfiara de sus intenciones.

Salvador trató de ponerse en pie y huir, pero, torpemente, cayó con estrépito al suelo. Y, aun así, se arrastró una docena de metros, tratando de escapar de aquel hombre desconocido, pero todo fue en vano. No tuvo éxito. El terrateniente, mostrándole las manos desnudas y con actitud conciliadora, volvió a acercarse hasta él. Le aseguró que su intención distaba mucho de hacerle cualquier mal. No debía temer absolutamente nada. No lo denunciaría a los miembros del comité del pueblo. Debía tranquilizarse y relatarle su historia.

Y así lo hizo. Sin olvidar detalle alguno, Salvador se sinceró con aquel hombre que se había ofrecido a ayudarlo. Le contó su afiliación a Falange, su huida desde Campo Real la noche anterior, los disparos cercanos que habían acabado con la vida de sus tres vecinos, su intención de llegar a Madrid para esconderse en casa de algún conocido. Jano negó con la cabeza, tratando de disuadirle. Posiblemente, los miembros del comité, a esta hora, lo estarían buscando para terminar lo que habían empezado. Además, en su estado no llegaría muy lejos. De ahí a Madrid debería sortear una docena de controles y patrullas de milicianos. Sería prácticamente un milagro si lograba llegar a la capital.

El terrateniente se levantó. Miró a su alrededor en busca de miradas indiscretas. Preguntó al falangista si podía levantarse. Este asintió con la cabeza. Con muchísimo esfuerzo consiguieron llegar caminando hasta Peña Rubia. Allí Jano tenía un pequeño cobertizo donde guardaba aperos de labranza. Instó a Salvador a que se escondiese dentro y que, por nada del mundo, saliese. Él, con relativa frecuencia, lo visitaría para darle provisiones. Había descartado esconderlo en su casa de Mejorada del Campo. Si alguien lo descubría sería el fin para ambos, y no podía poner en peligro la vida de toda su familia por aquel hombre que, al fin y al

cabo, era un completo desconocido. Lamentó que Mejorada no contase con ningún médico, tras la huida de don Vicente, para poder curarle las heridas de los pies, pero ya se las arreglarían ellos solos como pudiesen.

Jano Carralero cumplió su palabra. Durante tres largos años alimentó y escondió a aquel desconocido falangista, salvándole así la vida. Salvador había contraído una deuda que debería saldar con creces llegado el momento.

# 13

# El Coleta

Eladio Pampliega González se bebió su chato de vino de un trago y, con el vaso ya vacío, golpeó airado la barra de madera de la taberna. El alcohol empezaba a subírsele a la cabeza y a calentarle la boca. Estaba cansado de tanta palabrería. Lo que había que hacer era cargarse a todos los fascistas de un plumazo. Sin medias tintas. Pagarles con la misma moneda y dejarse ya de tanta hostia. Había que entrar en las cárceles, ponerlos a todos contra una tapia… «y ¡pum!, ¡pum!, ¡pum!», dijo apuntando con el dedo a los hombres que le escuchaban con atención y quienes, a un gesto suyo con la cabeza, volvieron a llenarle el vaso. «Muerto el perro… se acabó la rabia», zanjó el asunto antes de volver a echarse el contenido al coleto.

Las noticias que llegaban a la zona republicana, sobre la represión de los golpistas en los territorios bajo su control —4.265 asesinados en Galicia; 17.195 en Castilla la Vieja y León; y 3.280 en Navarra—, hervían la sangre a los milicianos, que, como Eladio, no entendían la tibieza del Gobierno republicano a la hora de aplicar la misma vara de medir contra los fascistas que estaban detenidos en las cárceles de Madrid o Barcelona, por ejemplo. Él era partidario del ojo por ojo.

La conversación, convertida desde hacía un buen rato en soliloquio, continuó subiendo de tono hasta conseguir silenciar al resto de los parroquianos, quienes miraban a Eladio con atención. La culpa, siempre según él, la tenían los socialistas, con su diplomacia de los cojones y sus conversaciones de paz con Francia, que no servían absolutamente para nada. Él, que se tenía por un hombre de acción —acababa de regresar después de combatir

varios meses en el frente del agua—, abogaba por acabar con los traidores a la República, con todos. Empezando por los socialistas, que eran los peores.

Al final de la barra se escuchó un carraspeo. Eladio calló un momento. Todas las miradas se dirigieron hacia el otro extremo del mostrador. Tomás Adán Gallego, reconocido escritor de obras de teatro y militante confeso del Partido Socialista, rebuscó en sus bolsillos y dejó una moneda al tabernero. Caminó con paso firme hasta la puerta y, antes de salir, se detuvo delante de Eladio, a quien increpó a un palmo de su cara: «Si me tiene que matar alguien, serán los míos, ¿me oyes? Los socialistas, no tú». Lo miró desafiante durante un instante. Esperó respuesta, pero no la hubo. Tras dar las buenas tardes, algunas voces tímidas le respondieron y se marchó de la taberna dejando tras de sí un silencio atronador.

Durante unos minutos que se hicieron eternos, nadie se atrevió a romper aquel silencio que pesaba. Todos miraban hacia el miliciano esperando una respuesta a la altura de su mala fama. «Eladio era un sanguinario», comentarían años después quienes le habían tratado en alguna ocasión, pero aquel día no ocurrió absolutamente nada. Ni siquiera amagó con echar mano a la pistola. Dejó que el otro saliese por la puerta tan tranquilo, a pesar del agravio. La animadversión entre Eladio y Tomás venía de años atrás, y con el estallido de la guerra civil se había ido acrecentando, pero nunca había pasado a mayores. Hasta aquel encontronazo en la taberna. Eladio era una persona demasiado revolucionaria y con muy pocas luces. Trataba de imponer sus ideas a la fuerza porque era incapaz de defenderlas con palabras.

Fue uno de los primeros en unirse al Comité Revolucionario de Mejorada del Campo. Le iba como anillo al dedo. Por sus ideas y por su chulería. Era de esos que se pavoneaban por el pueblo, presumiendo. «Debía medir 1,70 de estatura. Siempre muy bien vestido, como un señorito, pero trabajar no iba con él. Le gustaba más bien poco», decían los que le conocían bien. No tenía ni oficio conocido ni beneficio alguno. Su hermana, Juana, le había acogido en la vivienda familiar. A sus 29 años —nació el 14 de enero de 1907—, se había visto obligado a compartir casa con sus diez

sobrinos —cinco varones y cinco hembras—, su hermana y su cuñado. Los dos sobrinos mayores, Gregorio y Eduardo, se alistaron en las filas republicanas, como él.

Pero volvamos con Eladio. Su sueño era ser torero —de esta afición por la tauromaquia le sobreviene el mote del Coleta, como se le conocía en el pueblo— y practicaba el estoque en el patio delantero de la casa, donde su hermana guardaba los cántaros con agua y él no hacía más que romperlos. Nunca llegó a triunfar, lógicamente. Toreó en la plaza de toros de Tetuán de las Victorias —distrito de Madrid—. Cuando salió el morlaco no se atrevió a salir del burladero a darle unos pases. Se quedó escondido, demostrando que era un *cagao*. Y ahí acabó su sueño de ser torero.

Después del momento de tensión que se había vivido en la taberna, Eladio retomó la conversación, dejando pasar la humillación pública que le acababa de hacer Tomás Adán delante del resto de los parroquianos. El miliciano continuó con la misma cantinela: acabar con todos los fascistas detenidos, buscar a los quintacolumnistas y depurar a todos los traidores a la República. Elevó nuevamente el tono de voz para que todos le escuchasen, dirigiéndose a los hombres que le acompañaban y poniéndolos de ejemplo a seguir. Eran de Campo Real, dijo, y en la carretera que va hacia Torrejón de Ardoz habían fusilado a tres fascistas de su pueblo. Los cinco desconocidos alzaron el pecho, orgullosos de su magnífica hazaña, pavoneándose de haber acabado con tres desgraciados que no merecían otra cosa que la muerte. «¿Por qué nosotros no hacemos lo mismo? ¿Por qué no fusilamos a los fascistas de este pueblo?», preguntó Eladio masticando mucho las palabras, por culpa del vino peleón.

Las dos preguntas quedaron flotando en el aire, sin encontrar respuesta entre los presentes. Puede que por temor a alzar demasiado la voz, pero la realidad fue que nadie tuvo el valor de dar ningún nombre, aunque a todos se les pasaron por la cabeza los mismos. Jano Carralero, Anastasio Ropero, Nicolás Gallego, Saturnino Adán... Eran simpatizantes de los partidos de derechas. Nunca habían ocultado sus inclinaciones políticas. Hubiese sido tan sencillo como ir a buscarlos a su casa en ese preciso momento,

sacarlos a la calle y darles el paseo, como habían hecho los de Campo Real con sus paisanos. Nadie iba a dar una voz más alta que otra, nadie iba a afearles haberles pegado un tiro a unos malditos fascistas. Entonces, ¿por qué no lo hacían? ¿Por qué no iban a buscarlos? Eladio pensó en Justo Basanta, en Santiago Gallego… Y, en ese mismo momento, sus bravuconadas desaparecieron. El valor que le había infundido aquel brebaje que le había servido el tabernero se desvaneció. Pero la pregunta seguía en el aire: ¿a quién matar para dar ejemplo?

Eladio creyó encontrar la respuesta mientras daba vueltas a los posos del vino rancio en el fondo del vaso de cristal. El nombre surgió como por arte de magia, por ciencia infusa. ¿Cómo no habría caído antes? Lo tenía delante de las mismísimas narices y no había sido capaz de pronunciarlo. Tomás Martínez Negro. ¡El sacristán! ¡Claro! ¿Cómo había sido tan torpe? Sería él, sí. El cabeza de turco, el sacrificado para la causa republicana. A fin de cuentas, era un extranjero. Ni este era su pueblo, ni esta era su gente. Nadie lo iba a echar de menos.

Tomás, desde que llegó a Mejorada, jamás se interesó por la política. Se sospechaba que pudiese simpatizar con los partidos de derechas, pero jamás dejó entrever sus simpatías por un partido u otro. Se mantenía siempre al margen de las conversaciones que versasen sobre la política nacional. Él estaba centrado en sus clases de música y en su familia. Su mujer, María Cruz, y sus tres hijos. Nunca se metió con nadie del pueblo. Era una excelente persona, pero esto no fue óbice para que los miembros del comité la tomasen con él.

Todos los días, sin excepción, Tomás acudía a ver a los miembros del comité del pueblo. Buscaba confraternizar con ellos, ser aceptado, ser uno más… pero siempre rechazaban su ayuda. Nunca tenían nada que él pudiese hacer, porque lo consideraban un extraño… De hecho, su animadversión hacia él llegó a tal extremo que, en la plaza del pueblo, los del comité hacían corrillo —cuando lo cogían por banda—, y metían al sacristán en el centro, como si fuese un toro. El Coleta sacaba el capote y le daba pases de pecho de un lado a otro. Todos se reían del pobre hombre, todo

eran «¡olé, olé y más olé!». Y más risas. Tomás no podía negarse a participar en aquel disparate de corrida de toros, porque sabía lo que significaba ponerse a malas con aquella gente. Al final de la faena, Eladio sacaba el estoque y entraba a matar, simulando la ejecución del sacristán.

Esta vez, el Coleta estaba a punto de entrar a matar de nuevo, pero en esta ocasión no iba a haber risas de por medio. Aquello ya no era un juego.

# 14

# La detención

Dio una larguísima chupada al pitillo. La brasa le iluminó el rostro pétreo. Anastasio Castell, intranquilo, se pasó la mano por la incipiente barba que asomaba por el mentón. ¿De verdad iba a ser capaz de hacerlo? ¿Iba a tener valor, llegado el momento, de apretar el gatillo? Una cosa era disparar en un frente de combate, contra los fascistas, defendiendo la República, parapetado en una trinchera, sin saber contra quién estaba apuntando —y sin importarle, tampoco—. Además, la guerra era así, tenía normas tácitas. O republicanos o nacionales. O tú o yo. Así de sencillo, no había más. Pero otra cosa muy distinta era entrar en la casa de un hombre desarmado, sacarlo de la cama en plena noche, ponerlo delante de una tapia y pegarle dos tiros a bocajarro, asesinándolo a sangre fría. Sin ningún miramiento. ¿Sin remordimientos? Llegado el momento, no estaba seguro de si para lo segundo iba a tener el suficiente cuajo.

En su momento, envalentonado por el vino barato de la taberna, y llevado por las bravuconadas de Eladio Pampliega, quien era un embaucador nato, no le pareció tan mala idea. Había que cargarse a alguien del pueblo, y, puesto a elegir, mejor que fuese alguien de fuera. ¿Quién iba a echarle cuentas a un maldito sacristán? ¡Y menos si era de Valladolid! Anastasio acababa de llegar del frente, donde había visto morir a muchísimos camaradas por culpa de esos miserables facciosos, entre ellos su primo Alberto Gutiérrez Castell. Ya iba siendo hora de ajustar cuentas con ellos. Así que, ni corto ni perezoso, secundó los delirios del Coleta. Se iban a llevar por delante a ese mierdas del sacristán. Pero ahora, a altas horas de la madrugada, y sereno, la cosa cambiaba y ya no le

pareció tan buena idea. Él no era un asesino.

Dejó el cigarrillo sobre la cómoda, con la brasa apuntando hacia el suelo, para evitar que el mueble sufriese desperfecto alguno. Se puso el anillo de casado. Por la noche, para dormir, siempre se lo quitaba. Era una manía tonta que había adquirido con los años. Carmen, su mujer, en más de una ocasión, se lo había reprochado, pero él seguía haciendo lo mismo. Se ciñó los correajes del uniforme, miró la pistola que todas las noches dejaba sobre el tocador, justo al lado de unos pendientes que le regaló a Carmen en un cumpleaños o en un aniversario —o algo así—, lo había olvidado. Cogió la pistola, sopesándola.

Soltó un largo suspiro. Ya era tarde, no se podía echar para atrás. Conocía al Coleta. No iba a cambiar de idea de buenas a primeras. No era un hombre con el que se pudiese hablar las cosas pacíficamente o hacerle entrar en razón. ¿Por qué siempre tenía que estar en medio de todo? ¿Tan difícil hubiera sido decir: «¡NO!», y marcharse a casa con su mujer y su hijo? En fin… Se guardó el arma en la funda que tenía prendida en el cinturón, después de comprobar que estaba cargada y lista para ser disparada.

Se volvió hacia la cama. Carmen dormía profundamente. Dudó un instante si acercarse para darle un beso, pero lo descartó inmediatamente. No era una buena idea. Si su mujer se despertaba, tendría que responder a unas preguntas que no estaba preparado para responder. Se quedó observándola, en silencio. Era preciosa. Allí, solo en Buitrago, en medio de aquella maldita guerra, la había echado tantísimo de menos por las noches, sin poder abrazarla… Cerró la puerta del dormitorio con sumo cuidado para evitar ruidos innecesarios. Se acercó hasta el dormitorio de Juan José. La puerta estaba entreabierta. El crío también dormía plácidamente, con una respiración suave y constante. Sonrió. Envidiaba poder dormir así, sin ningún tipo de preocupación. Desvió la mirada, avergonzado por lo que iba a hacer. Aquel hombre también tenía mujer e hijos. «En fin… la guerra», se dijo tratando de infundirse valor para seguir adelante.

Anastasio se encaminó hasta la puerta de acceso de la casa.

Cogió el rifle, que estaba apoyado contra la pared, se lo colgó del hombro y salió a la fría noche de otoño, donde ya le estaba esperando Santiago Cebolla Gallego.

* * *

Estaba aterido de frío. Se acercó las manos a la boca y soltó todo el aire caliente que guardaba en sus pulmones, tratando de entrar en calor. Eladio Pampliega miró su reloj de pulsera. Achinó los ojos para ver la hora, ayudado por la luz de una luna que llevaba tres días menguando. Llegaban tarde, para variar. ¿Tan difícil era ser puntual por una vez en sus vidas? «Siempre igual», pensó maldiciendo en voz baja. Rebuscó en los bolsillos del uniforme un cigarrillo que echarse a la boca mientras esperaba.

Estaba nervioso y fumar le ayudaba a disimularlo. Finalmente, encontró una cajetilla medio arrugada en el bolsillo de la camisa, pero estaba vacía. La lanzó al suelo, con rabia. «Los muy idiotas... —siguió mascullando entre dientes— ¿se habrán rajado?» Si algo le tocaba los cojones eran los cobardes, no podía con ellos. Ese engreído de Castell nunca le cayó bien. Pavoneándose por el pueblo como si fuese alguien importante. Escupió al suelo después de maldecirle. Era mucho de boquilla, pero a la hora de la verdad, cuando había que echarle huevos al asunto, no se presentaba. Y el otro, tres cuartos de lo mismo. Pues si pensaban que iba a dejarlo pasar, ¡iban *arreglaos*!

Uno de los milicianos, apoyado contra una de las tapias de una casa cercana, murmuró algo que Eladio no llegó a comprender, ni falta que hacía. El que estaba a su lado rio la gracia de manera escandalosa. «¡Callarse de una vez, cojones! Vais a despertar a todo el maldito pueblo», ordenó un tercero, el que llevaba la voz cantante del grupo de cinco forasteros. Se hizo un silencio sepulcral entre los hombres que, a esa hora de la madrugada, esperaban la llegada de los otros dos.

Eladio volvió a mirar su reloj, negando con la cabeza, desesperado. Comenzaba a perder la paciencia. El miliciano que acababa de mandar callar a sus hombres se acercó con paso

decidido al mejoreño. Le susurró al oído, asegurándose de que solo lo escuchase él: «¿Y bien? ¿Van a venir o qué? No nos vamos a tirar toda la noche esperando a esos dos maricones, ¿oyes?», zanjó tendiéndole un cigarrillo a Eladio, quien aceptó de buena gana. Se humedeció los labios y dio una larga chupada a la boquilla del cigarrillo mientras el otro le ofrecía lumbre, protegiéndola con la mano para que el viento no la apagase.

Ambas miradas se encontraron antes de que la cerilla se extinguiese. Eladio pidió esperar unos minutos más. Vendrían, estaba convencido de ello. Nunca le habían fallado, eran de fiar. El otro asintió antes de darle la espalda. Aquellos hombres no se andaban con hostias, y Eladio lo sabía. Era gente curtida en dar el paseo. Matarifes profesionales de gatillo fácil.

Uno de los milicianos chistó tres veces, para llamar la atención del resto. Hizo un gesto con la cabeza, apuntando hacia la calle que venía desde la casa de la marquesa de Hinojares. A lo lejos, las luces de dos linternas oscilaban entre las fachadas blancas de las casas y el polvoriento suelo del pueblo, anunciando la llegada de dos personas. Santiago Cebolla y Anastasio Castell se encontraron de frente con los milicianos. Se extrañaron por no ver a nadie más del pueblo, pero no le echaron más cuentas. Los saludos se limitaron a un ligero movimiento de cabeza, nada más. Nadie dijo una sola palabra sobre el retraso. No era ni momento ni lugar para reproches. Había cosas que hacer.

Pampliega comandaba la marcha. Portaba, en su mano derecha, su fusil. Estaba impaciente. Llevaba tiempo barruntando la idea de meterle una bala al sacristán entre ceja y ceja. Iba a disfrutar de ese momento. Tras él, marchaban los demás milicianos. Castell aligeró el paso hasta rebasarlos y ponerse a la altura del mejoreño. Quería aclarar una serie de puntos antes de continuar con aquel disparate. ¿Estaban los Basanta enterados de lo que iban a hacer? En Mejorada no se movía ni una mosca sin que alguno de los hermanos lo supiese. Y, desde luego, sospechó Castell, ir a buscar a un hombre a su casa en medio de la noche no era una cosa que hubiesen pasado por alto.

Eladio le miró con inquina, a modo de respuesta. Aquello era

cosa suya, no de los Basanta. Anastasio Castell asintió, dándose por enterado. Aflojó el paso, siendo superado por los milicianos. Santiago Gallego alcanzó a su camarada. No hizo falta preguntar nada. La respuesta la tenía dibujada el otro en la cara. Aparte de aquellos ocho hombres —los cinco de Campo Real y ellos tres—, nadie más, en todo el pueblo, sabía una palabra de lo que iba a ocurrir aquella noche en Mejorada del Campo.

* * *

Tomás Martínez Negro se despertó de súbito, asustado. ¿Qué eran esos golpes? Miró a su mujer. María Cruz Bermejo, a su lado, dormía ajena a aquellos ruidos. ¿Lo habría soñado? No, imposible. Él nunca había tenido pesadillas. Cogió el reloj de su mesilla. La oscuridad le impedía distinguir con nitidez las dos manecillas. Entonces miró hacia la ventana. Aún era de noche. Debían de faltar horas para que amaneciese. Permaneció un rato recostado en la cama, esperando. Nada, silencio. Se dio por vencido. Habría sido en alguna otra casa cercana, trató de convencerse sin acabar de creerse sus propias palabras. Se volvió a echar sobre la almohada, demasiado mullida para su gusto, y cerró los ojos.

¡Toc! ¡Toc! ¡Toc! Tres golpes secos, fuertes, rítmicos y amenazadores, en mitad de la noche, que no presagiaban nada bueno. Dio un brinco en la cama, asustado, despertando a su esposa, que se quejó por las horas. María Cruz balbució unas palabras ininteligibles antes de volverse a dormir. Tomás, en calzoncillos, salió de la cama, con cuidado para no volver a despertar a su mujer. Cogió sus pantalones, que reposaban sobre el galán de noche, a los pies de la cama. Se vistió rápidamente, tratando de hacer el menor ruido posible. De puntillas, caminó hasta la ventana que daba a la calle. Corrió el visillo.

No, no lo había soñado. Estaban llamando a su puerta en mitad de la noche. Abajo, en la calle, ocho hombres vestidos con uniformes militares y fusil al hombro esperaban inquietos a que abriera la puerta de la casa, mientras iluminaban el suelo con sus linternas. El corazón del sacristán iba a descabalgar. Estaba claro

que no venían a por sal. Miró a su mujer, quien, ajena a todo, seguía durmiendo. Pensó en María, su hija mayor —16 años—, quien dormía en la habitación contigua a la suya. Por fortuna, sus otros dos hijos pequeños del matrimonio, Leonisa y Emiliano, se habían marchado a vivir a Valladolid con sus abuelos hacía semanas. ¿Qué opciones tenía de poder escapar?

¡Toc! ¡Toc! ¡Toc! Uno de los milicianos, ayudado con la culata del rifle, golpeó de nuevo, pero con mucha más vehemencia, la puerta de madera de la casa, a pique de echarla abajo. Se encendieron varias luces en las casas cercanas por culpa de aquel escándalo. Otro de los hombres dio varios pasos hacia atrás, miró a las ventanas del piso superior, desde donde, tras el visillo, Tomás los vigilaba, y gritó a voz en cuello su nombre, instándole a que saliese a la calle de manera pacífica y sin resistirse. Le daban cinco minutos, ni uno más ni uno menos, o entrarían a buscarlo por las bravas.

No tardó ni un segundo en reconocer al hombre que estaba parado delante de su casa gritando su nombre. Eladio Pampliega González. El Coleta. El mismo miserable que le daba capotazos en la plaza del pueblo cada vez que se acercaba a preguntar en qué podía ayudar a los miembros del comité. ¿Cómo había sido tan estúpido? Debería haber hecho caso a su esposa cuando, por activa y por pasiva, le pidió que abandonasen Mejorada para evitar males mayores. Él, vehemente como era, se negó. Y ahora, frente a su casa, ocho hombres habían venido a darle muerte.

La puerta del dormitorio se abrió bruscamente. María entró dando un fuerte portazo, que por poco no sacó la puerta de sus bisagras. Se precipitó a los brazos de su padre, dando auténticos alaridos de terror mientras lloraba a lágrima viva. La adolescente lo abrazaba sin despegarse de él ni un centímetro, temerosa de que se lo llevasen. María Cruz, quien se había despertado por culpa de todo aquel chillerío, contemplaba la escena espantada. Miró a Tomás, quien, de pie, al lado de la ventana y abrazando a su hija, asintió con la cabeza un par de veces. No hacían falta palabras, estaba todo dicho. Era octubre y había llegado la tan temida noche que los dos habían estado esperando desde el 18 de julio.

La mujer, descorazonada, se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar. Entre lágrimas suplicó a su marido que huyese, que tratase de salir por la puerta de atrás, la que daba al patio, que saltase la tapia y corriese a buscar refugio en casa de algún vecino o amigo. ¿Amigo? ¿Qué amigo? Nadie iba a jugarse el pellejo por él. Nadie. Estaba solo. ¿Huir? Sí, podría ser una opción, pero lo acabarían atrapando y matando como a un perro, como a esos tres infelices de Campo Real. ¿Y qué pasaría con ellas dos? No iba a permitir que aquellos desgraciados entrasen en la casa y, con el pretexto de buscarlo a él, las violasen o las matasen.

María Cruz, aún en camisón, con paso tambaleante, se acercó hasta su marido y su hija. Los tres se fundieron en un larguísimo abrazo, el último que se darían. En la guerra los ingenuos acaban siendo devorados por la realidad trágica de los acontecimientos. Tomás separó a las dos mujeres, que seguían llorando abrazadas. Se quitó el anillo de casado y se lo colocó a su mujer en la palma de la mano. Después, cogió la camisa limpia y planchada que su mujer había dejado en el galán de noche el día anterior, y salió del dormitorio. Terminándose de abotonar, abrió la puerta de la casa.

Las linternas lo cegaron. Se protegió los ojos con el antebrazo. Varias sombras se movieron a su alrededor. Escuchaba voces, alguna de ellas familiar, pero sin conseguir distinguir ningún rostro. Le gritaban dándole órdenes. Él, atemorizado por las circunstancias, no lograba comprender nada de nada. Escuchaba a su mujer y a su hija gritar. Trató de girarse hacia ellas. Y, en ese momento, sintió un fuerte golpe en el bajo vientre. Uno de los milicianos le acababa de dar un culetazo con su arma. Cayó de rodillas a los pies de uno de los soldados. El hombre se agachó hasta situar su cara a la altura de la del sacristán. Olía a vino rancio. Mientras se dolía del golpe, logró escuchar: «Te vas a cagar, fascista de los cojones. Y después nos vamos a follar a tu mujer».

* * *

Justo Basanta no daba crédito. ¿Quién demonios aporreaba la puerta de su casa a estas horas de la madrugada? ¿Tan difícil era

que le dejasen dormir, aunque solo fuese durante unas pocas horas? Acababa de llegar de Buitrago, donde había estado destinado los últimos meses. Era el primer permiso que le daban en semanas. Estaba agotado y lo único que quería era poder dormir en una cama, junto a Jacinta, su mujer. Le dolía todo el cuerpo, en especial los riñones, de dormir sobre los durísimos sacos terreros de las trincheras, echado en su capote —en el suelo—, apoyando la espalda contra un árbol o contra un compañero, o donde pillase… cualquier sitio era bueno para echar una cabezada.

Jacinta le dio un codazo en las costillas para que abriese la puerta de una vez. ¿Qué era eso de aporrear la puerta de las casas de la gente decente a esas horas de la noche? ¿No podían ir a buscar a otro?, se quejó la mujer dándose la vuelta en la cama, mientras seguía despotricando debajo de la almohada. ¿No se daban cuenta de que iban a despertar a los críos? Finalmente, Justo se levantó de la cama con desgana, maldiciendo a Dios, a la Virgen y a todos los santos. Ya podía ser importante, para levantarle a esas horas…

Arrodillada delante de la puerta, rota de dolor, María Cruz Bermejo, abrazada a su hija, gritaba palabras deslavazadas, mientras seguía golpeando, ya sin fuerzas, una puerta que se acababa de abrir. La mujer lloriqueaba mientras sorbía los mocos que le colgaban como velas de la nariz. Justo se arrodilló a su lado, asió a la mujer por el brazo para que lo mirase a los ojos. «¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?», preguntó alarmado al verla en aquellas condiciones. «Se lo han llevado, se lo han llevado. Los milicianos se lo han llevado para matarlo», dijo al fin.

* * *

La tenue luz de una farola, de las pocas que había en el pueblo, iluminaba la escena. Delante de la tapia de la Parroquia Natividad de Nuestra Señora, Tomás se tambaleaba como un pelele delante del improvisado pelotón de fusilamiento. Era incapaz de tenerse en pie, el miedo le doblaba las rodillas. Lloraba amargamente, en silencio, porque no quería dar la satisfacción a aquellos

desalmados de romperse y suplicar por su vida. Los milicianos, indiferentes a la angustia del reo, situados a media docena de metros escasos, alguno incluso apurando un pitillo, esperaban pacientemente, apoyados sobre sus fusiles, la orden de abrir fuego para poder irse a dormir.

Las calles estaban completamente desiertas. Mejorada del Campo dormía ajena a lo que estaba a punto de suceder. Puede que algún vecino, oculto tras los visillos de su ventana, contemplase aquella dantesca escena. De ser así, lo que es seguro es que ninguno reunió el valor suficiente para salir a la calle y detener aquella tropelía. El mal triunfa porque los hombres buenos no hacen nada.

Tomás sintió un regusto metálico mezclado con la saliva. Sangre. La boca le ardía. Le habían roto el labio de un puñetazo. No habían tenido suficiente sacándolo de su cama, sino que también se habían tenido que ensañar con él. Escupió con rabia, a los pies del Coleta, quien lo miraba desafiante, con satisfacción. El motivo real del asesinato del sacristán eran los celos. Tan sencillo como eso. No había revanchismo político, ni tan siquiera inquinas personales. No, era todo por una cuestión de faldas. La mujer de Tomás, María Cruz, era muy guapa, y varios mozos del pueblo la pretendían, pero para eso a él lo tenían que matar.

* * *

Los pasos firmes de Justo Basanta reverberaban por las calles desiertas del pueblo. Iba a la carrera, con la mano derecha ceñida a la cartuchera para evitar que la pistola cayese al suelo y se disparase accidentalmente. Sudoroso, con el corazón en un puño, al límite de sus fuerzas. Le comenzaron a faltar el aliento y a flojear las piernas, pero la vida de un hombre dependía de él. Tenía que llegar a tiempo para evitar que lo asesinaran a sangre fría, en el corazón del pueblo. Tenía que llegar...

Distinguió a lo lejos las siluetas de los milicianos, recortadas por la luz de la farola, y, frente a ellos, Tomás Martínez Negro, delante de la tapia de la iglesia, esperando a ser fusilado. Justo

Basanta comenzó a gritar, pero su voz se ahogaba en la garganta por culpa de la carrera. Los hombres levantaron los fusiles apuntando directamente hacia el sacristán, quien cayó de rodillas. El presidente del comité desenfundó su arma y disparó un tiro al aire para que reparasen en él.

Exhausto, consiguió llegar a tiempo, impidiendo la ejecución. Se colocó entre los milicianos y Tomás. Pistola en mano, apuntó contra los republicanos, amenazante. «Esta noche aquí no va a morir ni Dios, ¿queda claro? Este hombre será juzgado en Madrid, donde decidirán qué hacer con él», afirmó mandando callar a varios de los milicianos, quienes comenzaron a protestar asegurando que el sacristán era un faccioso que merecía la muerte. «¿De quién demonios ha sido la idea de darle muerte a este desgraciado en medio del pueblo? ¿Os habéis vuelto locos o qué? ¡Las cosas no se hacen así, cojones!»

Basanta miró desafiante al Coleta, quien tenía la pistola desenfundada y amartillada para darle el tiro de gracia al sacristán. «En Madrid sabrán qué hacer con él. ¿Me he explicado con la suficiente claridad?», preguntó por segunda vez mientras apuntaba con su arma a todos y cada uno de los miembros del pelotón de fusilamiento, quienes comenzaron a bajar sus rifles. Estaba decidido: Tomás sería juzgado en una checa, en Madrid.

* * *

Florencio Alarcón comenzaba a estar harto de todo aquello. Harto y aburrido. ¿Cuánto tiempo llevaba custodiando al sacristán? Miró su reloj. Faltaba menos de una hora para que comenzase a amanecer. «¡Pues qué bien!», lamentó su mala fortuna. ¿Por qué, entre todos los miembros del comité, Justo Basanta lo había tenido que escoger precisamente a él? Por más que le diese vueltas no lo entendía. ¿Era algún tipo de castigo?, reflexionó para sí mismo mientras, de reojo, vigilaba a Tomás, quien, acurrucado en una esquina, muy cerca del altar mayor de la iglesia, trataba de conciliar el sueño que le habían robado aquella madrugada.

Se había unido al Comité Revolucionario de Mejorada del

Campo, desde el principio, por sus convicciones políticas. Comulgaba con las izquierdas. Era rojo, claro, como casi todos los del pueblo, pero sin pasarse. Era de los que querían acabar con las diferencias sociales, luchar contra el fascismo, contra Franco y todo eso. No entendía qué demonios hacía allí sentado, haciendo de carcelero de aquel pobre diablo.

No se tenía ni por un sanguinario ni por un pistolero de gatillo fácil. Era un *mandao*, sí, pero con conciencia. Y no estaba de acuerdo con aquel atropello. ¿Qué mal habría podido hacer aquel hombre? Llevaba varios años en el pueblo, sin dar una voz más alta que otra. ¿Que era de derechas? Pues como tantos otros... ¿y qué? Volvió a mirar su reloj. Iban para cuatro horas de custodia, y en todo ese tiempo Tomás no le había dirigido la palabra ni en una sola ocasión. Varias veces había rechazado, con la cabeza y con una tímida sonrisa, el agua que el republicano le ofreció. Florencio miró al sacristán y chasqueó la lengua, lamentándose. «Mejor hubiese sido que te hubiesen fusilado, alma de Dios», concluyó sopesando en lo que aún tenía el otro por delante.

*Checas*: una palabra de seis letras capaz de helar la sangre. Auténticos centros de tortura. Solo en Madrid, durante la guerra, se establecieron 345. El PSOE, y otros grupúsculos socialistas afines, llegaron a controlar 92 de estos centros de detención en Madrid y en Barcelona. La UGT, por su parte, gestionaba seis solo en la capital de España. Se calcula que cerca de 17.000 personas pasaron por una... y nunca más volvieron a ver la luz del sol. Influenciadas por el NKVD ruso —Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos — y asesoradas por el general soviético Alexander Orlov, se hicieron trágicamente famosas en la zona republicana por la amputación de dedos, la colocación de astillas de madera —o metálicas— bajo las uñas o la simulación de fusilamientos.

También eran conocidas, y temidas, por otros métodos de tortura con nombres más rimbombantes, como *la banderilla* —una inyección infectada de agua con heces—, *la carbonera* —se extendía, en el suelo de una habitación, polvo de carbón y se arrojaba allí al preso completamente desnudo después de haberlo duchado para que la piel se impregnase del polvo, provocando una

terrible picazón— y, por último, *el collar eléctrico* —se colocaba alrededor del cuello del preso un collar conectado a un cable a través del que se le suministraban descargas eléctricas.

«Mejor estar muerto», admitió Florencio Alarcón sin poder evitar que un escalofrío le recorriese el cuerpo de solo pensar el sufrimiento que aún tenía por delante el bueno del sacristán para, con toda seguridad, acabar muerto de todas formas.

Una de las dos hojas de la puerta de la iglesia se abrió lentamente, dejando entrar los primeros rayos del sol de aquella mañana del 5 de octubre de 1936. Justo Basanta, escoltado por Eladio Pampliega, Santiago Cebolla y Anastasio Castell, entró en el templo con paso firme y decidido. Tomás Martínez Negro los miró desde su rincón con desdén. Sabía perfectamente a qué venían. No necesitó ninguna orden, ni tampoco un nuevo golpe. Apoyándose contra el muro del templo, y con un esfuerzo sobrehumano, se levantó del suelo en el que había estado tirado durante las últimas cuatro horas. Le dolía todo el cuerpo. Sintió un latigazo en el bajo vientre, aún le dolía el culetazo que le habían dado aquellos desgraciados.

El sol bañó el rostro magullado del sacristán. Tomás agradeció aquella tímida luz después de una noche de tinieblas. Dos coches, con el motor en marcha, esperaban delante de la parroquia. En el primero, de color negro, los cinco milicianos de Campo Real. En el segundo, esperaba sentado al volante Marcelino Adán Huertas, *el Chovo*. Justo Basanta y Santiago Cebolla tomaron asiento al lado del conductor. Tomás se sentó en medio, custodiado por Eladio Pampliega, *el Coleta*, y por Anastasio Castell.

Florencio Alarcón, en silencio, observó cómo ambos coches salían del pueblo por la carretera que iba hacia Madrid. Se dio la vuelta y caminó con desánimo hacia su casa. Aquella fue la última vez que vio con vida a Tomás Martínez Negro.

## 15

# El cadáver

La mujer se persignó hasta en tres ocasiones delante del cuerpo sin vida de Tomás Martínez Negro mientras, en voz muy baja, como un susurro prácticamente inaudible, repetía cual mantra: «Por el amor de Dios, por el amor de Dios... ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!». A sus pies yacía el cadáver del sacristán de Mejorada del Campo, abandonado por sus asesinos, como si fuera basura, con dos tiros. Uno en el pecho, muy cerca del corazón, y otro, el de gracia, a quemarropa, en plena cara. La bala entró por el ojo, prácticamente desfigurándolo. Aun así, la mujer no tuvo ninguna duda en reconocer a quién pertenecía el cuerpo.

Aquel no era el primer cadáver que veía en su vida, ni mucho menos. Antiguamente, sobre todo en los pueblos pequeños, se tenía por costumbre velar al fallecido en las casas. Siendo niña, sentada en la esquina de una habitación, observaba en silencio —y con más curiosidad que respeto— cómo su madre y sus tías lavaban y preparaban los cuerpos sin vida de sus familiares más cercanos. Abuelos, tíos, primos, sobrinos y hermanos. Cuando tuvo más edad, le llegó a ella el turno de ayudar con las labores. Pero una cosa era morirse de viejo, con el cuerpo demacrado por el paso del tiempo, o por los estragos de alguna enfermedad, y otra muy distinta era algo como aquello. No solo asesinar a sangre fría, sino ensañarse con el pobre hombre, que no había hecho ningún mal a nadie.

El sacristán estaba tirado cerca del margen de la carretera, próximo a un olivar conocido popularmente como la Yesería de Cuenca, en el término municipal de San Fernando de Henares. La mujer, que regresaba a casa después de pasar todo el día en

Madrid, e iba acompañada por su marido y por una tercera persona, se quitó su mantilla y cubrió el rostro de Tomás, al que conocía perfectamente de haberse cruzado con él, con su mujer y sus hijos en el pueblo. En el olivar donde lo mataron se pudo ver, durante un tiempo, la sangre derramada por el sacristán a modo de epitafio.

* * *

Victoriano Basanta Ropero irrumpió en la parroquia de Mejorada del Campo de manera escandalosa, dando un fuerte golpe en la puerta de madera que daba acceso a la iglesia. Ni se le pasó por la cabeza hacer una genuflexión ante la imagen de la Virgen —era ateo y comunista convencido—, y aunque hubiese querido hacerlo por respeto, tampoco habría podido. Los republicanos, con Úrsula Daganzo a la cabeza, habían convertido a la Virgen en poco más que astillas antes de prenderle fuego aquel lejano 20 de julio. El miliciano, fusil al hombro, se encaminó hacia el altar mayor, donde el cuerpo de Tomás descansaba, cubierto con una sábana blanca que comenzaba a tiznarse de un color rojizo oscuro un tanto lúgubre.

Sus pasos, firmes y decididos, reverberaban en un templo que estaba sumido en el más absoluto de los silencios. Estaba nervioso, intranquilo. No podía —o no quería, mejor dicho— creerse los rumores que circulaban por el pueblo con respecto a lo sucedido en la Yesería de Cuenca. ¿Le habían dejado al margen de todo aquello mientras estaba en Madrid? ¡Imposible! El miliciano se arrodilló al lado del cadáver, dejando el fusil en el suelo. Retiró el lienzo para descubrir el rostro desfigurado del sacristán. Comenzó a blasfemar en voz alta, cagándose en el Altísimo.

Los rumores eran ciertos. Al final, se les había puesto en los cojones darle el paseo al maldito sacristán. ¿Cómo habían tenido tan pocas luces? ¿No había un sitio mejor que la Yesería de Cuenca, justo al lado de Mejorada? ¿No habría sido mejor llevarlo a una checa, en Madrid, y que allí se ocupasen de él? ¿Qué pensaban, que nadie iba a encontrar el cadáver? Ni para eso

servían. ¿A ninguno se le ocurrió enterrar el cuerpo en una zanja? Desaparecía gente a diario. ¿Quién iba a echarle cuentas a aquel hombre? Nadie pensaría que habían sido ellos sus asesinos. Todos creerían que Tomás había sido fusilado en una de las muchas sacas de presos que salían de las checas o de las cárceles republicanas.

Volvió a cubrir el cadáver con la misma sábana sucia y, tras recoger su fusil del suelo, caminó cabizbajo y pensativo hacia la salida de la iglesia. Le seguía dando vueltas a la cabeza. Esto iba a traer consecuencias. Asesinar a un hombre a sangre fría no iba a quedar impune, eso seguro. Estaban en guerra, sí. Pero aquel asesinato no tenía justificación alguna. Aquello era una fechoría. En la puerta del templo se encontró de bruces con María Cruz, la viuda, y la miró a los ojos. Iba a decir algo, pero, avergonzado, salió a la calle con las manos en los bolsillos. Enfiló hacia las cuatro esquinas y de ahí se fue a su casa.

* * *

María Cruz Bermejo permaneció sentada al lado del cadáver de su marido, a los pies del altar mayor de la iglesia, la misma donde meses antes él había ejercido de sacristán junto a don Patricio. La mujer, temerosa de Dios, se cubrió el cabello con una mantilla negra, la misma que usaba para acompañar a la Virgen en las procesiones, siempre en primera fila. Ella era la más beata de todas las mujeres del pueblo. ¡Y a mucha honra! Entre los dedos sostenía un rosario, al que iba pasando las cuentas con una cadencia armónica, mientras bisbiseaba una oración por el alma inmortal de Tomás.

De fuerte carácter, era la antítesis de su esposo. Llevaba las riendas de su casa como si de un cantón militar se tratase. Tenía a los niños más firmes que una vela, ni a resoplar se atrevían los chiquillos sin el permiso de la madre. De puertas para fuera, su temperamento no le granjeó demasiadas simpatías en Mejorada. Seca en el trato y recia en las formas, tras los años que llevaba viviendo en el pueblo, sus amistades eran más bien escasas, por no decir prácticamente nulas. Se podían contar con los dedos de una

mano. «Buenos días. Buenas tardes. Qué calor hace. Parece que va a llover.» Y poco más.

Cuando regresaba a casa, rehuía los corrillos que las vecinas formaban en las plazas del pueblo para cuchichear y cotillear sobre unos y otros. Era algo que no iba con ella. Nunca le había gustado hablar sobre los demás a sus espaldas. Aunque, claro, era consciente de que aquellas lenguas viperinas la despellejaban al verla pasar con sus hijos o enhebrada del brazo de su marido. La tenían por una señorona que se creía mejor que ellos porque su marido era el maestro de música y los suyos, vulgares labriegos.

Ahora, mirándolo con cierta perspectiva, se arrepintió de haber sido tan distante, hermética. Siempre había sido muy de su casa. De su familia. Así se lo había inculcado su madre. Una mujer muy de la época. Estricta. Ruda. Castellanoleonesa —de Valladolid, para más señas—. Quizás, de haberse integrado en uno aquellos corrillos, de haber hecho amistad con sus vecinas, ahora María Cruz no estaría velando el cadáver de su marido.

La luz de una veintena de velas, que iluminaban el templo, proyectaba la silueta de la mujer contra una pared cercana, ofreciendo una estampa fantasmagórica. Estaba completamente sola. María, su hija mayor, se había quedado a dormir en casa de una vecina. Aquel no era sitio para ella, por muy madura y responsable que pudiera ser. No quería que aquel fuese el último recuerdo que guardase de su padre.

Alguna vecina, con la boca chica, obviamente, se había ofrecido a acompañarla, más por compromiso que por iniciativa propia, durante la noche del velorio, pero ella había rehusado, con muy buenas palabras y poniendo una sonrisa de circunstancias. Ya era demasiado tarde para hacerse las afligidas. Salvaron al médico y al cura… pero abandonaron a Tomás. Y eso jamás se lo perdonaría a ninguna de ellas. Además, quería estar sola. Necesitaba estar a solas con su marido. Era su última noche juntos. No iba a permitir que también le robasen eso.

María Cruz acarició el pelo recio de su marido, apelmazado por la sangre. Retiró, con extremada delicadeza, como si temiese despertarlo, la sábana que cubría el cadáver. Poco a poco. Con

escrupulosidad. Casi con miedo… Los mozos que habían traído el cuerpo desde la Yesería de Cuenca y lo habían colocado en el interior de la iglesia le habían advertido del estado en el que se encontraba. «No retire el lienzo, señora. Es mejor que no lo vea en este estado.»

Era su marido. ¡Suyo! Y ellos, ¡miserables!, se lo habían robado. Ahogó un grito de rabia al ver el rostro desfigurado por el disparo a bocajarro. «Pero ¿qué te han hecho, amor mío? ¿Qué te han hecho?», se lamentaba sollozando, echada sobre el cuerpo sin vida de Tomás. En voz baja, susurrándole al oído, hablaba con él. Con una mano le agarraba del pelo con rabia, con la otra le apretaba la mano, buscando a tientas el anillo de bodas que ella guardaba en su bolsillo. «Ten, querida, mi anillo, porque me van a matar.» Las palabras de Tomás resonaban en su cabeza. Él sabía, cuando se lo llevaron, que nunca más se iban a volver a ver. Por eso se lo había dado.

La piel del sacristán iba perdiendo el aspecto de los vivos, tornándose maliciosamente ocre, del mismo color de los cirios que iluminaban la iglesia y que lloraban minúsculas gotas de cera ante el dolor ajeno. El párpado se había teñido de un delicado gris violáceo. Ella lo cerró. Los labios estaban secos y sellados con sangre reseca. Se acercó y lo besó. Tocó su mejilla fría. Miró a su marido. Desearía haber podido alargar ese momento.

María Cruz comenzó a llorar. Tras limpiarse las lágrimas y llena de ira, se juró, por lo más sangrado, que el asesinato de su marido no quedaría impune, que los responsables pagarían por ello.

# Parte II

# LAS HERIDAS DE UNA GUERRA

# 1

# Lazos de sangre

No me gustan nada los cementerios. Imagino que es por deformación profesional. Me traen recuerdos que prefiero mantener guardados en un cuarto oscuro de mi mente. He visto muchas cosas en mi vida que preferiría poder olvidar, pero es imposible. Por eso, a los fantasmas conviene mantenerlos encerrados bajo llave, para que no puedan escapar jamás.

En cambio, a mi padre, los cementerios le encantan. Sospecho que es por la quietud y el silencio que se respira en ellos. Son lugares, a fin de cuentas, propicios para la reflexión y el recogimiento, donde poder ordenar los pensamientos que se aturullan en la cabeza sin injerencias externas. Al final, todos necesitamos huir de los problemas mundanos que nos atormentan en el mundo de los vivos, y los cementerios, por lo menos a él, siempre le han dado algo de paz.

Cuando mi padre me citó en el cementerio municipal de Mejorada del Campo, no me sorprendió en absoluto, más bien todo lo contrario. Sonreí, cómplice. Me gustaba el desafío que me planteaba. *El quinto nombre* no dejaba de ser un libro sobre un asesinato cometido en mi pueblo hacía casi noventa años, pero también era un viaje a mis raíces. Muchas veces olvidadas consciente o inconscientemente, por omisión o por apatía.

Como he dicho, no soy muy de cementerios, pero el de mi pueblo, que es muchísimo más manejable que el de la Almudena, me lo conozco al dedillo, o por lo menos sé ubicar, que ya es bastante, la tumba 161, la de mis abuelos. «Suelo venir una vez al mes, porque les echo de menos. Me hubiese gustado que conociesen a mis nietos… y me hubiese encantado que mi madre os

hubiese conocido a vosotros, mis hijos», dijo, a modo de saludo, mi padre, besándose los dedos de la mano antes de acariciar la sepultura donde descansan Alejandra y Gregorio, mis abuelos. «De vez en cuando me gusta dejarles un ramo de flores», comentó, ofreciéndome el brazo para que enhebrara el mío.

Tengo 40 años y jamás, en toda mi vida, mi padre se había apoyado en mí para caminar. En aquel momento, paseando por aquel camino custodiado por enormes cipreses, testigos de tantas y tantas lágrimas, me di cuenta de su fragilidad. El cáncer que había padecido había hecho mella en él. Había ido perdiendo, sin que yo me diera cuenta, esa vitalidad que siempre le caracterizó, y por primera vez fui consciente de que un día, espero que muy lejano, sería yo quien tuviese que visitar este mismo cementerio para dejarle flores a él.

Íbamos caminando muy despacio, en silencio. Me fijé en los profundos surcos de su cara, en su pelo cano, en su andar encorvado y lento. No pude sino chasquear la lengua maldiciendo todo el tiempo que habíamos perdido sin sentarnos a hablar. Su enfermedad, pero sobre todo el nacimiento de Ariana, mi hija, habían tendido unos puentes entre nosotros que antes creía imposibles. Además, escribir este libro le había motivado sobremanera y me iba contando pequeñas anécdotas sobre mis abuelos que me iban a servir para darle un poco de color a la historia de Moro y Alejandra.

«Tu abuelo, estando preso, se tatuó, vete a saber cómo, el nombre de mi hermano mayor —fallecido siendo un niño— en el brazo. Nunca llegó a contármelo porque le traía malos recuerdos hablar de él», afirmó emocionándose, en un arranque de sinceridad que hasta ese momento no había compartido conmigo. No me quiero ni imaginar lo que debió ser para él recibir la noticia de mi secuestro en Siria. Es algo sobre lo que no hablamos en casa. ¿Para qué? Bastante culpable me sentí —y me siento— como para seguir hurgando en la herida. Recuerdo que cuando publiqué *En la oscuridad*, donde narré mi secuestro, él se leyó solamente el prólogo y lo dejó en la mesilla de noche, y ahí sigue. ¿Para qué? En aquellos meses de locura, en los que iba de entrevista en entrevista

promocionando el libro, mi madre me confesó que mi padre siempre le hacía la misma pregunta: «¿Por qué Antonio nunca habla de mí? ¿Por qué nunca me menciona en las entrevistas?».

En honor a la verdad, he de decir que siempre he tenido más afinidad con mi madre, desde que era niño. Al fin y al cabo, una madre siempre será una madre, y eso es insustituible. Ella siempre estaba ahí, conmigo y mis hermanos haciendo los deberes, preocupada por el colegio, corriendo de un lado para otro con las extraescolares... ¿Y mi padre? Trabajando. Durante años, muchos, nos veíamos fugazmente los domingos a la hora de comer y poco más. Por lo tanto, no era de extrañar que mi madre —junto con mi hermana Alejandra— fuera mi pilar durante el secuestro y me focalizase en ella, buscando mi faro en aquella inmensa oscuridad.

Ahora, con la confesión que mi padre me había hecho sobre el tatuaje que tenía mi abuelo en el brazo, entendía claramente la alegoría. A un padre siempre le dolerá un hijo, siempre. Por muy mal que lo haya hecho. Y al contrario igual. Me había atrevido a reprochar a mi padre que no hubiese estado a mi lado cuando no era verdad. Estuvo a mi lado ayudándome a empaquetar mis cosas después de mi última ruptura sentimental. Siempre acudía a mis llamadas... Y nunca, nunca, nunca, me lo había echado en cara. Pero yo, con toda mi soberbia y mi superioridad moral, me atrevía a juzgarlo. Ahora, pensándolo fríamente, solo espero ser tan buen padre con Ariana como él ha sido conmigo, aunque hayan hecho falta cuarenta años para que me dé cuenta.

Le agarré fuerte del brazo mientras continuábamos recorriendo el pasillo central del cementerio en dirección a la salida. Mi padre, que cuando le das carrete no calla, seguía contándome anécdotas sobre la guerra civil y mis abuelos. «Moro estuvo preso en la cárcel de Carabanchel al finalizar el conflicto. Tu abuela lo visitaba cada dos o tres días para llevarle comida. Cuando iba, la guardia mora la obligaba —como al resto de las mujeres— a colocarse en la acera donde más pegaba el sol y le prohibían sentarse. A aquellas que no obedecían les pegaban culatazos con los rifles. Eso, sin contar los insultos que recibían por el mero hecho de ser las mujeres, novias o madres de los presos

republicanos. En algunas ocasiones, me contó mi madre, los propios soldados encargados del penal se quedaban la comida... Pero mi madre jamás le dijo nada a mi padre. Porque si este se enteraba le prohibiría ir a verle», sentenció guardando silencio.

Conozco a mi padre. Sabía que algo le hacía runrún en la cabeza, pero no se atrevía a compartirlo conmigo. «Papá, ¿qué pasa?», pregunté, dándole pie a que se explayase. Carraspeó y con ese hilo de voz que le ha dejado la radioterapia acabó confesándome que el capítulo donde hablo de mi abuelo no le había gustado. «Yo no recuerdo a mi padre como tú lo describes en el libro, no era para nada seco, ni frío, ni distante. Ni mucho menos. Os quería muchísimo a ti y a tu hermano [mi hermana Alejandra nacería a los pocos meses de haber fallecido mi abuelo]. Siempre me preguntaba por vosotros, siempre», respondió vaciándose.

Sinceramente, no me sorprendió en absoluto su respuesta. De hecho, me la esperaba. Sabía, cuando le envié por WhatsApp aquel extracto del capítulo, que me iba a encontrar con algo así. Traté de explicarle que nuestras percepciones eran diferentes, nada más. Eso no quería decir que mi abuelo fuese mala persona o que no nos quisiese. «Ya... pero era mi padre, y me duele leer cosas así de él», sentenció dando por zanjado el asunto. Días después de mandarle a mi padre el capítulo hice lo propio con mi hermano, Goyo. «Sí, el recuerdo que tengo del abuelo es el mismo que el tuyo», respondió escuetamente. Menos mal... no era solo una percepción mía.

Nos detuvimos ante una tumba. Justo Basanta Ropero, Victoriano Basanta Ropero, fallecidos el 28 de abril de 1939. Allí estaban los hermanos Basanta, delante de mí. «Estuve buscando a los mejoreños que aparecen en el libro que estás escribiendo», sonrió mi padre. «Un poco más allá, encontré la tumba de Santiago Cebolla, quien estuvo en la cárcel por el crimen del sacristán, pero ni rastro de Anastasio Castell ni de Eladio Pampliega, lo siento», se disculpó.

Revisé mis notas. Fui hasta la primera entrevista que hice a Juan José Castell, hijo mayor de Anastasio, el niño de sus ojos, en un bar de Rivas-Vaciamadrid, muy cerca de su casa. «Nos trajimos

los restos de mi padre tiempo después de que lo fusilaran. Teníamos amistad con el enterrador de Alcalá de Henares, quien nos dijo dónde estaba su fosa. Ahora está en el cementerio de Mejorada, entrando a la derecha en la fila pegada a la pared, de los primeros», leí en voz alta. Seguimos las indicaciones a pies juntillas, pero no fuimos capaces de dar con los restos de Anastasio.

Eladio Pampliega, *el Coleta*, seguía siendo el gran misterio de esta historia. Después de buscar en el juzgado de paz del pueblo, conseguí encontrar su acta de nacimiento, fechada el 14 de enero de 1907, pero su certificado de defunción no consta en los registros, lo cual solo significa que no falleció en Mejorada. Algo que ya contemplaba, teniendo en cuenta que, después de la guerra, puso tierra de por medio y huyó, para no correr la misma suerte que Justo, Victoriano y Anastasio. Decidimos dar un par de vueltas más por el cementerio por si alguna de las tumbas que no son más que un túmulo de tierra, señalizadas con una cruz de hierro colocada de cualquier forma, pudiese ser suya. Pero allí, estaba claro, Eladio no estaba enterrado. ¿Qué habrá sido de él?

«Sabes que tu libro no va a gustar en el pueblo, ¿verdad? Remover el pasado, y más si es un tema tan espinoso como este, levantará revuelo. A nadie le gusta saber que un antepasado suyo estuvo involucrado en un crimen tan escabroso como el del sacristán. Que no te sorprenda si hay quien deja de saludarte por la calle», se sinceró mi padre, mientras continuábamos nuestro paseo dominical hacia la plaza de España —antigua plaza de la Libertad (en tiempos de la República).

Tenía razón: no era una historia que me fuese a granjear muchas simpatías. Durante nueve décadas nadie quiso hablar de lo ocurrido a Tomás, el sacristán. Aquello se enterró. En cambio, Justo Basanta, cabecilla del comité, tiene una calle en Mejorada, al lado del actual cuartel de la Guardia Civil. Entiendo que se honre la memoria de los héroes, pero ¿qué pasa con Tomás? ¿No merece un reconocimiento público? Han pasado casi noventa años de su asesinato. Quizás va siendo hora de que el pueblo le pida perdón por haber consentido aquel crimen.

Cuando comencé a recopilar información para este libro, me sorprendió que los más mayores, gente que rondaba los 80 años largos, supieran a la perfección lo que había ocurrido en Mejorada. Algunos fueron incluso testigos y otros escucharon la historia por boca de sus padres —ya fallecidos—, porque no eran más que críos cuando ocurrieron los hechos. Pero todos, sin excepción, hablaban maravillas de Tomás y de su esposa, María Cruz. Entonces, ¿por qué este crimen ha permanecido en silencio tanto tiempo? ¿Por qué nadie ha querido hacer justicia con la memoria de Tomás?

Mi padre es un voraz lector de prensa. No hay día que no ojee, al menos, tres diarios de tendencias políticas diferentes y uno deportivo. Pero nunca le he visto leer un libro. Misterios de mi padre. Cuando le envié la primera parte del manuscrito no tenía muchas esperanzas en que lo fuese a leer, pero, nuevamente, me sorprendió para bien. «No todos los días alguien escribe sobre mi pueblo… Además, me parece interesante, porque mucha de la gente que mencionas en el libro la he conocido… Pero ninguno de ellos, ni siquiera mi padre, me habló nunca de lo que cuentas, jamás. De hecho, me estoy enterando por ti.»

Hay una frase, que no es mía —y no recuerdo a quién se la he robado—, pero que me gusta mucho porque define esta realidad a la perfección. «Nuestros abuelos no nos hablaron de una guerra que vivieron mientras nosotros no paramos de hablar de una guerra que no sufrimos.» Quizás, solo quizás, deberíamos reflexionar y preguntarnos el porqué.

Soy consciente de las reacciones que puede suscitar *El quinto nombre* en el pueblo, pero, entonces, ¿es mejor callar y guardar silencio? Si algo me ha enseñado mi profesión ha sido a buscar siempre la verdad, aunque sea incómoda. A Tomás lo asesinaron, de eso no hay ninguna duda. Y, aunque me ha sido imposible entrevistar a los implicados por razones obvias, los testimonios que he recopilado durante todos estos años apuntan en la misma dirección. «Pueden ser testimonios interesados, ¿no lo has pensado? Hay viejas rencillas que, hoy en día, aún siguen latentes en el pueblo», me desafió nuevamente mi padre, haciendo de abogado del diablo.

Cierto, no le falta razón. Me encontré con vecinos que la primera pregunta que me hacían, antes de sentarse a hablar conmigo, era: «¿Con quién has hablado?». Y si no les gustaba mi respuesta me despachaban con una sonrisa o me pedían que mantuviese sus nombres en el anonimato. Pero, por fortuna, existen archivos donde se puede bucear. Saqué el atestado redactado por la Guardia Civil de Mejorada del Campo con respecto al asesinato de Tomás Martínez Negro y le leí un fragmento en voz alta a mi padre: «Los miembros del comité de este pueblo llamados Anastasio Castell, Justo Basanta, Eladio Pampliega, Florencio Alarcón, Victoriano Basanta y Teodoro Tragacete, procedieron a la detención de su convecino Tomás Martínez Negro, sacristán de la localidad al que sacaron de la iglesia donde se hallaba detenido llevándolo en un automóvil con dirección desconocida, el cual apareció muerto en el término municipal de San Fernando, y que los citados Anastasio, que fue el primero en disparar, y Eladio, que le dio el tiro de gracia».

«Sí, leí el acta que me enviaste... —respondió dubitativo mi padre, sopesando sus próximas palabras—. Obviamente, era una declaración interesada redactada por la Guardia Civil... Después de la guerra... Que tenía como objetivo señalar a los mejoreños como autores materiales del asesinato. Por lo tanto, no deberías tomarla tan a la ligera como prueba irrefutable. ¿Cuántos republicanos fueron fusilados sin juicio previo o sin prueba alguna? No olvides el contexto en el que se están desarrollando los acontecimientos que narras... Además, ¿qué me dices de la declaración de Victoriano Basanta exculpándose de su participación en el asesinato del sacristán?» Mi padre se refería a este párrafo que habla de una declaración del pequeño de los Basanta ante Serafín Saiz Martín, cabo de la Guardia Civil de Vizcaya, destinado en Mejorada del Campo, sobre lo ocurrido aquel 5 de octubre de 1936: «El día de la muerte de Tomás Martínez estuvo en Madrid a por unas piezas para un coche y que él de lo que se ocupaba era del servicio de control cuando le tocaba haciendo guardia con una escopeta; que se enteró que había un muerto en la iglesia, fue a verle, le quitó el saco y se marchó a continuación, no habiendo

tomado parte en el hecho ni sabiendo quiénes eran los autores».

Sinceramente, no supe qué contestar. Hasta ese momento, tenía claro que todas las pruebas que había reunido apuntaban a los cinco de Mejorada como autores del asesinato de Tomás Martínez Negro. Julio Carrontino Serrano declaró que «Tomás fue asesinado por dos individuos de su pueblo, uno de ellos el nieto del alcalde de su pueblo». Ese alcalde al que menciona fue Carlos Castell Galiano, regidor de Mejorada en dos periodos (1890-1895 y 1905-1909) y abuelo de Anastasio Castell. Y sobre el segundo pistolero no cabe ninguna duda: «Un tal Eladio Pampliega fue el que le dio el tiro de gracia en la Yesería de Cuenca», declaró el 5 de abril de 1939 Ramón Fernández Navia.

Ahora comenzaba a dudar de mis propias teorías. ¿Y si me estaba equivocando y no habían tenido nada que ver? ¿Y si no eran más que simples cabezas de turco y todas las pruebas estaban manipuladas? Imposible. Puede que las pruebas hubiesen sido tergiversadas por la Guardia Civil, pero después de decenas de entrevistas que me habían ayudado a reconstruir los días previos al asesinato de Tomás, no tenía ninguna duda de que habían sido ellos. Ahora tenía un reto mayor por delante: demostrarlo. Tenía que encontrar una prueba demoledora que los inculpase...

«Por cierto, ¿cómo supo la Guardia Civil quiénes estaban detrás del asesinato del sacristán?», preguntó mi padre, que seguía cuestionando todas mis teorías en relación a los presuntos culpables. «Los delató Dionisio Barral», afirmé con rotundidad. Se hizo el silencio entre los dos. Mi padre me miró con severidad. «Esa acusación es muy grave. Lo sabes, ¿verdad? No puedes ir por ahí afirmando que fulanito fue denunciando a sus convecinos una vez acabada la guerra.»

Sabía que este sería uno de los puntos más espinosos dentro del relato. ¿Debía poner el nombre y apellido de la persona que estaba detrás de la denuncia o, por el contrario, debía omitirlo y usar solo las iniciales? Mientras iba reconstruyendo la historia, el nombre de Dionisio Barral siempre acababa encima de la mesa, al igual que el de Eladio Pampliega —como presunto autor material del asesinato del sacristán—. Durante todas o casi todas las

conversaciones que mantuve para tejer este libro, los entrevistados respondieron sin ningún género de dudas que fue Barral quien los denunció.

Cuando, por fin, me senté a escribir, volví a tener el mismo dilema moral. ¿Con nombre y apellidos, con iniciales o, definitivamente, lo omito completamente del relato? La respuesta me la sirvió en bandeja Pepe Osorio, el vecino de Mejorada que había tratado de investigar la muerte de Tomás Martínez Negro antes que yo. Mientras charlábamos, café mediante, una fría mañana de febrero, Pepe me dijo: «Las generaciones venideras tienen derecho a saber qué ocurrió». El derecho a saber qué ocurrió, cómo ocurrió, por qué ocurrió y quiénes fueron los responsables debería primar. Si no me había temblado el pulso a la hora de señalar —y de escribir— a Eladio Pampliega como uno de los ejecutores de Tomás, ¿por qué debería ser más condescendiente con Dionisio Barral? A fin de cuentas, fue él quien los mandó al cadalso, aunque no tenía ni un solo documento que lo certificase, solo testimonios orales.

Como periodista me debo a la verdad o, por lo menos, así debería ser. He denunciado a Bachar Al Assad —dictador sirio— por crímenes de guerra, he publicado artículos sacando a la luz los bombardeos ucranianos sobre zonas civiles de la cuenca del Donbass —lo que me costó que me deportaran del país en 2017—, viajé hasta Qale-e-naw —Afganistán— para demostrar que las tropas españolas no estaban en misión de paz, como afirmaba el Gobierno de Rodríguez Zapatero —por cierto, el artículo se quedó guardado, para siempre, en el cajón de la redacción del periódico con el que colaboraba en 2011—. ¿Y ahora dudaba en publicar un nombre? No, no debía haber dudas al respecto.

Y, además, se lo debía a Juan José Castell: «Dionisio Barral denunció a mi padre; a él, y al resto de los mejoreños, acusándolos del crimen del sacristán. Siempre le pesó lo que hizo. Durante años estuvo pendiente de mí. Cuando necesitaba ir al médico él corría con las facturas, sin conocerme de nada. ¿Por qué lo hacía si no éramos familia? Imagino que los remordimientos lo reconcomían».

Nuestro paseo llegaba a su fin. En la plaza de España nos

estaba esperando María, mi mujer, con Ariana, que correteaba despreocupadamente de allá para acá. Mi padre, a quien se le cae la baba con su nieta pequeña, la tomó en brazos. Ariana y Yago, sus dos nietos, han sido una de sus mayores motivaciones cada vez que tenía una sesión de radio o de quimio. «Quiero ver crecer a mis nietos», repetía cual mantra cada vez que tenía que acudir al hospital o le preguntaba cómo afrontaba su enfermedad.

Nos sentamos en una de las terracitas que hay en la plaza a disfrutar del buen tiempo. La camarera colocó en la mesa tres cervezas —una sin alcohol para mi padre— y brindamos por muchos días más como aquel. Miré a mi padre y no pude dejar de acordarme de Juan José, quien perdió al suyo cuando solo tenía 4 años, ni de los tres hijos de Tomás Martínez Negro, quienes tampoco pudieron disfrutar del suyo. Y yo, que durante cuarenta años lo había tenido a mi lado, hasta ahora no lo había sabido valorar. ¡Valiente imbécil!

# 2

# La ley del silencio

En 1936, la guerra civil continúa con su dramático desarrollo. La ciudad de Madrid, objetivo prioritario de los golpistas, había resistido con heroicidad las acometidas de las tropas nacionales en su empeño en tomarla a sangre y fuego. Dolores Ibárruri, *la Pasionaria*, desde su púlpito enardeció a los defensores de la ciudad con proclamas fervorosas antes de que marcharan a combatir: «¡Más vale ser viudas de héroes que mujeres de cobardes!». Miles de soldados, hombres y mujeres, bajo las pancartas que engalanaban la ciudad, y donde se podía leer «No pasarán» y «Madrid será la tumba del fascismo», se batieron el cobre resistiendo, a duras penas, contra las ofensivas lanzadas por el Ejército fascista durante 17 interminables días.

La defensa de Madrid se convirtió en todo un símbolo para los republicanos, pero el coste de esta victoria moral fue extremadamente elevado. Desde el 19 de noviembre, la capital de España fue bombardeada sin descanso por la artillería y la aviación. En las dos semanas que duró el asedio, solo el barrio de Salamanca logró salir prácticamente indemne de los ataques, el resto quedó seriamente dañado. Las consecuencias fueron desastrosas: más de 2.000 civiles perecieron bajo las 40 toneladas de bombas lanzadas por los golpistas, y cerca de 20.000 combatientes —incluidos prisioneros fusilados— se dejaron la vida en la batalla por Madrid.

Aun así, los republicanos lo celebraron como un triunfo. Habían sido capaces, por primera vez en lo que iba de contienda, de detener las columnas enemigas, ocasionándoles un enorme desgaste y acabando con el sueño de Mola y de Franco de poner

punto final a la guerra civil conquistando la capital de España por la vía rápida.

Por su parte, los nacionales ya solo tenían una única opción para hacerse con la ciudad, y consistía en envolverla y aislarla cortando comunicaciones, agua, electricidad y abastecimientos. En consecuencia, lanzaron tres ofensivas importantes en torno a Madrid. Por el norte, las tropas del general Mola, que se desplazaron para cortar las comunicaciones con Barcelona por el este. Por el sur, el general José Enrique Valera debería haber tomado la carretera de Valencia para unirse a las tropas de Mola. Y, por último, el general Franco mantuvo, en Ciudad Universitaria, la presión con sus columnas para tratar de desgastar la moral y los recursos de los republicanos que seguían bajo asedio.

* * *

Habían pasado casi tres meses desde que Tomás Martínez Negro fuese asesinado de dos disparos y abandonado al pie de la carretera por miembros del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo, en la Yesería de Cuenca. El crimen, como era lógico, causó gran consternación e inquietud entre los vecinos del pueblo. ¿Se habría abierto la veda para dar caza a los simpatizantes de las derechas? ¿Quién sería el siguiente en recibir el tan temido paseo? La preocupación resultaba palpable, y no era para menos. Cuando se han traspasado ciertos límites, y más en un contexto como el que se estaba viviendo en España, ya no hay vuelta atrás.

Era la primera vez que la guerra civil golpeaba de una forma tan terrible la localidad. El miedo se instaló en el corazón de muchos mejoreños, que comenzaron a ver a los miembros del comité como a unos pistoleros desalmados capaces de cualquier barbaridad. Como solía ocurrir en los pueblos pequeños —y Mejorada era uno de ellos—, el asuntó acabó convirtiéndose en un tema completamente tabú, por el bien de todos los implicados. Nadie, nunca más, volvió a hablar o a preguntar sobre lo sucedido. Era como si jamás hubiese ocurrido.

El asesinato del sacristán se convirtió en poco más que un mal

recuerdo para todos los habitantes de la localidad, en una especie de fantasma que sobrevolaba la conciencia de muchos vecinos, quienes trataban de descargar culpas señalándolo a él como responsable de su propia muerte. «Tomás se había buscado aquel final. Él, y solo él, era el único culpable de lo que le había pasado. Debería haberse marchado del pueblo a tiempo, camino de Valladolid o de Madrid, como hizo don Patricio, el cura. ¿A cuento de qué se había quedado? Todos sabían que, antes o después, le iban a matar», era el mantra que repetían los vecinos del pueblo tratando de exculparse por lo ocurrido.

Mientras los culpables paseaban libremente por el pueblo, orgullosos de sus fechorías y jactándose de lo que habían hecho, María Cruz y María, la hija mayor del matrimonio, seguían viviendo en el pueblo, atemorizadas y prácticamente escondidas en su casa. Salían a la calle lo mínimo, por temor a encontrarse de frente con los asesinos de Tomás. Huían de las miradas reprobadoras de las vecinas, que las hacían sentirse culpables por haber traído la desgracia al pueblo. Semanas después del asesinato del sacristán recibieron una visita un tanto incómoda. Ambas, madre e hija, acabaron con las cabezas rapadas al cero, y, tras varias amenazas de muerte, se dio el asunto por zanjado.

Guillermo Ortiz, alcalde de Mejorada (1938-1939), en sus memorias, recogió un fragmento del breve discurso que dio a sus convecinos cuando fue elegido, a mano alzada, como nuevo regidor de esta pequeña localidad madrileña: «Camaradas, ahora escuchadme bien, porque os voy a decir unas palabras y quisiera que os quedarais con ellas muy bien en la cabeza. Pues bien, camaradas, desde hoy para atrás, de lo que haya pasado en el Ayuntamiento y en el pueblo no quiero tener ninguna responsabilidad, pero desde hoy en adelante seré yo el único responsable». Fue una manera muy elegante de lavarse las manos. Lo hecho, hecho está, punto. No había voluntad, por parte de nadie, ni siquiera del nuevo alcalde, de buscar justicia.

En Mejorada se llegó a un acuerdo tácito. En público, ni los hombres que acudían a las tabernas, una vez caída la tarde, o mientras estaban labrando en la era; ni las mujeres, que salían a la

puerta de las casas a hablar entre ellas en corrillos, nunca se volvió a mentar aquel escabroso asunto. Todos, sin excepción, conocían, ya fuera por amistad o por lazos familiares, a los cinco hombres que iban en el vehículo que se llevó a Tomás camino de una checa en Madrid. Muchos, por las habladurías que corrían por el pueblo, sabían —o podían intuir— quiénes habían sido los asesinos, pero en Mejorada, durante toda la guerra civil, imperó la ley del silencio.

Además, como era lógico, se dieron por buenas las declaraciones de varios de los implicados en el asesinato, donde se descargaban la culpa del crimen del sacristán. «Tomás Martínez iba con tres o cuatro desconocidos, y [...] él y sus compañeros no tomaron parte en el asesinato», declaró Anastasio Castell. Mientras, por su parte, Justo Basanta reafirmó el testimonio de su compañero. «Tomás iba en el coche de los desconocidos y ese coche iba detrás. [...] Oyeron un disparo y se pararon a ver que el Tomás estaba muerto.»

Desde ese momento, la versión que con más fuerza corría entre los mentideros de Mejorada era que los responsables del crimen fueron unos mozos que habían venido desde Mota del Marqués (Valladolid), pueblo natal del sacristán, para darle el paseo. Y la segunda, aunque menos extendida, implicaba a varios milicianos de Ciudad Real, los mismos que fusilaron a tres hombres en Torrejón de Ardoz. Sea como fuere, lo cierto es que en todas ellas se descargaba la responsabilidad de los miembros del comité, quienes acompañaban al sacristán en un segundo coche, sin poder impedir el crimen cuando bajaron a Tomás en la Yesería de Cuenca y le descerrajaron los dos tiros. El relato, lógicamente, se acabó dando por bueno y nadie más volvió a mencionar lo ocurrido; aunque en Mejorada todos sabían la verdad.

# 3

# Los dos espías

Pablo de la Torriente Brau notaba cómo el cañón del revólver se le clavaba entre las costillas. El escritor cubano miró con gesto despectivo al miembro del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo, quien no paraba de gritarle, a un palmo del rostro, que se cuadrara o le descerrajaba dos tiros allí mismo y sanseacabó. «¿Es que no me has oído o qué, joder? ¡Cuádrate o te meto una bala en la barriga, hostias!», ordenó exaltado presionando aún más el cañón del arma y con la cara desencajada de ira.

Después de todos los avatares que había vivido en la guerra civil española, ¿iba a encontrar la muerte en un pueblucho recóndito de la España republicana? No estaba por la labor, ni mucho menos. Él no era de los que se amedrentaban tan fácilmente. «¡Óigame bien! Ni me voy a cuadrar ante usted ni le voy a dar mi arma, ¿entendido? Quién se ha creído usted que es para gritarme así», le replicó el escritor a aquel campesino semianalfabeto que, arma en ristre, le amenazaba con darle el paseo de buenas a primeras. «Soy comisario de guerra de la República y usted me debe un respeto, ¿me oye?», le gritó dándole la espalda, menospreciándole y a sabiendas de que se arriesgaba a recibir un tiro por detrás, porque aquella gente de pueblo no se andaba con medias tintas.

La guerra civil fue un escaparate ideal para todos los periodistas y escritores del mundo que buscaban fama, fortuna y gloria. De la Torriente Brau fue uno de ellos. Desembarcó en España como corresponsal de la revista norteamericana *New Masses* y del periódico mexicano *El Machete*, perteneciente al órgano del Partido Comunista mexicano. Después de un fugaz paso por

Barcelona se centró en Madrid, donde cubrió, con entusiastas —y partidistas— crónicas y reportajes, los bombardeos fascistas sobre la capital. «No han vacilado ante el bombardeo e incendio de Madrid durante la noche, para rehuir el combate con nuestra aviación, mucho más valerosa y efectiva que la suya. Y han cañoneado ya lo mejor de Madrid. Hay barrios enteros poco menos que inservibles. [...] Han matado... más mujeres, viejos y niños que combatientes.»

Finalmente, sus ideales comunistas pudieron más que su faceta como periodista, y el 11 de noviembre de 1936 fue nombrado comisario de guerra y miembro del Estado Mayor del 109.º batallón de la 7.ª División. Al respecto, escribió en una carta: «Mi cargo de Comisario de Guerra con El Campesino, acaso sea un error desde el punto de vista periodístico, puesto que tengo que permanecer alejado de Madrid más tiempo del que debiera, pero... comprenderás que en estos momentos había que abandonar toda posición que no fuera la más estrictamente revolucionaria de acuerdo a las angustias y necesidades del momento».

La maquinaria bélica de la República necesitaba seguir sumando nueva carne de cañón para combatir contra las tropas fascistas del general Franco, sobre todo después de la sangría que significó para el bando republicano la defensa de Madrid. Su rol como comisario de guerra le llevó a peregrinar por diferentes pueblos de la geografía madrileña con la firme intención de conseguir hombres que se sumasen a la causa republicana. Campesinos, albañiles, carpinteros, labradores, barberos... daba igual su ocupación. Lo más importante era que fuesen capaces de empuñar un arma y que estuviesen por la labor de morir por sus ideales, pero esto ya era más complicado. «Un día en un pueblo, y otro en otro, hemos ido reuniendo los hombres necesarios, para completar dos batallones», dejó por escrito el cubano en una de sus últimas cartas, antes de morir de un certero disparo en Majadahonda el 19 de diciembre.

Días antes, el 2 de diciembre, Torriente, acompañado por dos oficiales y por un jovencísimo Miguel Hernández —«Un muchacho considerado como uno de los mejores poetas españoles, que estaba

en el cuerpo de Zapadores»—, llegó a Mejorada del Campo, donde había pactado con el Comité Revolucionario local la celebración de un mitin que tenía como finalidad seguir sumando adeptos a la República y llevarse algunos hombres a los frentes de combate que, en ese momento, estaban latentes en el norte de Madrid. Era la tercera vez que el cubano visitaba el pueblo.

La primera vez consiguió que un campesino gallego, José Mugallo, quien había huido de su tierra por miedo a posibles represalias por parte de los golpistas, se alistase en el Ejército republicano. Mugallo llevaba viviendo y trabajando en Mejorada, como temporero, desde el inicio de la guerra civil. Consciente de que regresar a su casa era firmar su sentencia de muerte, fue el único del pueblo que decidió irse con el cubano. En la siguiente visita, Torriente se llevó a un mozo de unos 13 años —de Asturias, sin padres, y que iba a la aventura, hambriento y con frío— para que le hiciese de enlace. Y esto casi le cuesta la vida a él y a los tres hombres que lo acompañaban. «Los campesinos de Mejorada porfiaban que el muchachito era un espía y que quién sabe quién era yo», escribió en su última carta.

En aquel escenario guerracivilista las suspicacias estaban a la orden del día y, más si cabe, después de que el general Emilio Mola, en una conversación con corresponsales extranjeros, afirmase que en la capital había «una quinta columna formada por los simpatizantes del bando nacional que vivían en el Madrid republicano y que, llegado el momento, ayudarían a conquistar la ciudad».

«Tendríamos que matarte aquí mismo, por faccioso», le espetó a Torriente otro miembro del comité que, rifle en mano, le amenazaba sin ningún tipo de miramiento con pegarle cuatro tiros a las afueras del pueblo, mientras un numeroso grupo de mozos, todos con armas de fuego, rodeaban a los cuatro hombres, mientras comenzaba a caer la noche en el exterior de la Casa del Pueblo, donde se había celebrado el mitin. Ni sus credenciales como comisarios políticos, ni su palabra como adeptos a la República, ni sus visitas anteriores a Mejorada, servían como garantía de que aquellos hombres no fuesen espías. «¡Ya nos estáis dando vuestras

armas o se arma la de Dios es Cristo!», amenazó otro miembro del comité tratando de desarmar a Pablo de la Torriente, quien, en un acto reflejo, forcejeó con él, con tan mala suerte que le golpeó con su propia arma en el rostro. «Nos salvamos de ser ametrallados allí, precisamente por ser pequeño el espacio y mantener nosotros la decisión de conservar las armas.»

Junto al escritor y periodista cubano estaba Miguel Hernández, siempre leal a su buen amigo, a quien había conocido semanas antes, el 25 de noviembre, en Alcalá de Henares. «Pablo me ofreció hacerme comisario y le habló en ese sentido a Valentín González, *el Campesino*, que le quería entrañablemente...», recordó el poeta oriolano tiempo después de aquel encuentro. Por aquel entonces, Hernández acababa de publicar —en enero de 1936— su poemario *El rayo que no cesa*, lo que había supuesto su consagración poética. Se encontraba bajo las órdenes de Valentín González. Torriente y Hernández, ambos intelectuales, no tardaron en congeniar, fraguando una fuerte amistad que Hernández plasmó en un poema tras la muerte del latinoamericano:

*Pablo de la Torriente,*
*has quedado en España*
*y en mi alma caído:*
*nunca se pondrá el sol sobre tu frente,*
*heredará tu altura la montaña*
*y tu valor el toro del bramido.*

Los gritos, amenazas e insultos entre los dos grupos se convirtieron en una constante durante buena parte de la noche. Los mejoreños no se amilanaban en su idea de dar muerte a aquellos cuatro quintacolumnistas; mientras que Torriente y los suyos se habían hecho fuertes, armas mediante, en el piso superior de la Casa del Pueblo, a sabiendas de que si flojeaban en su defensa los iban a sacar con los pies por delante, porque nadie les iba a dar cuartel, y menos a estas alturas de la historia.

«Dos o tres intentaron desalojar la escalera para dispararnos desde la puerta, y estuvimos encañonados por escopeteros

enfurecidos; pero valiéndome de nuevas violencias la gente volvía atrás a gesticular y chillar», narró Torriente en su última carta, del 13 de diciembre. La tensión iba en aumento. Algunos miembros del comité de Mejorada trataban de poner paz en aquella trifulca sin sentido, pero otros, como el hombre al que Pablo de la Torriente Brau había golpeado en el rostro con el arma, querían que la sangre corriese aquella noche. El miliciano, parapetado en la escalera, gritó, poseído, con toda su alma para cerciorarse de que el cubano pudiese escucharle y oyese su amenaza: «¡Los cinco tiros no te los quita nadie, *desgraciao*!».

Finalmente, al cabo de varias horas de amenazas e insultos entre unos y otros, en los que no se llegó a disparar ni un solo tiro, apareció en escena Policarpo Cendón, oficial al mando de la 2.ª Compañía de la 1.ª Brigada Mixta de Choque, y amigo personal de Pablo de la Torriente, para poner fin a aquel disparate. «Cuando salíamos nos encontramos que nos habían ponchado la goma. La gente estaba retirada en la sombra. Algunos hasta bayoneta tenían puesta. [...] Pocas veces la he visto más fea. Desde aquella vez he dicho que no voy a tales trabajos si no es debidamente acompañado.»

Aquel 2 de diciembre, el escritor cubano estuvo a punto de dejarse el pellejo en Mejorada del Campo, pero la muerte no le sería esquiva por mucho más tiempo. En la localidad madrileña de Majadahonda, combatiendo contra la columna del general Mola, una ráfaga de ametralladora consiguió lo que los mejoreños estuvieron a un tris de lograr. «Volví a verle, pero estaba muerto. Un cadáver de dos días, con la barba crecida, caído sobre una loma, el pecho atravesado por una ráfaga de plomo. Pablo es uno de los muertos más serenos que he visto, parecía que no le hubiera pasado nada», recordaría, tiempo después, su amigo Miguel Hernández sobre su cuerpo sin vida.

# 4

# La guerra

Juliana de la Fuente, medio adormilada aún, pues no debían de ser más de las tres de la madrugada, estaba plantada en medio de la calle, sin moverse ni tan siquiera un ápice de donde se había soltado de la mano de su madre. La niña, de tan solo 5 años, miraba atónita a su alrededor, sin entender absolutamente nada. «¿Por qué corre todo el mundo?», se preguntaba asustada, mientras veía cómo sus vecinos iban de un lado para otro, como pollos sin cabeza, tratando de sortearla para no llevársela por delante. «¡Juliana! ¿Se puede saber qué demonios haces ahí parada como un pasmarote? ¡Vamos, chiquilla, espabila, que nos tenemos que ir!», la regañó Agustina, su madre, quien la miraba enojada desde el otro lado de la calle, mientras sostenía en brazos a Marcelo, su hermano pequeño, prácticamente recién nacido.

La niña corrió hasta donde se encontraba su madre y se aferró fuertemente a su mano, por miedo a volver a soltarse. Echó un rápido vistazo alrededor de Agustina y comenzó a contar en voz baja. Uno, dos, tres, cuatro... ¡Siete! Sus siete hermanos estaban pegados a las faldas de su madre, como siempre. Las campanas de la iglesia comenzaron a tañer con rabia. «Pero ¿qué pasa?», se volvió a preguntar Juliana. Las escenas eran caóticas. La gente pasaba a su lado como alma que lleva el diablo. Los niños sollozaban en brazos de sus padres. Una mujer, muy anciana y vestida completamente de negro, lloraba de impotencia mientras dos de sus hijos la instaban a que abandonase su casa. «Ya volverá, madre. No se preocupe. La casa estará aquí cuando todo haya pasado. Pero nos tiene que acompañar», trataban de convencerla ofreciéndole los brazos, fuertes y firmes, para que la mujer

caminase junto a ellos.

«¡A las cuevas, a las cuevas!», gritó alguien que pasó corriendo al lado de la niña. Juliana notó cómo su madre, en ese momento, le tiraba de la mano con más fuerza, llevándola, prácticamente, en volandas. «Mamá, me haces daño», protestó la chiquilla tratando de desasirse de la mano de Agustina. «No seas cría, Juliana», zanjó el asunto la buena mujer apretando el paso y sin tiempo que perder en chiquilladas.

Una estela mortecina surcó el cielo de Mejorada del Campo, iluminando débilmente las siluetas de quienes huían a aquellas intempestivas horas de la noche. Agustina se detuvo, al igual que muchos de sus vecinos, y miró al cielo, embelesada por aquel resplandor. Juliana, por fin, después de innumerables esfuerzos, consiguió soltarse de la mano de su madre, se adelantó unos pocos pasos y, al igual que el resto, miró embobada hacia el cielo.

¡Boom! La noche se hizo día. La bengala preñó la oscuridad de una intensa luz. Y cundió el pánico. «¡Los nacionales! ¡Los nacionales!», gritó alguien a su alrededor. «¡Vienen los aviones!», añadió otro. Juliana no tuvo tiempo de vislumbrar los escuadrones de Junkers Ju-52 alemanes que se dirigían hacia el Jarama para bombardear posiciones republicanas, porque su madre volvió a tirar de ella con fuerza. A pique estuvo Agustina de sacarle el brazo a su hija.

Uno, dos, tres, cuatro... Contaba en voz alta Juliana, como si de un juego se tratase, saltando de peldaño en peldaño, hasta llegar al último. Corrió, adelantando a alguno de sus hermanos, hasta que encontró un colchón libre entre dos enormes tinajas de vino y se lanzó sobre él. Se cubrió con una manta que su madre, previamente, había tenido a bien colocar, acurrucándose cerca de la pared. Agustina fue la última en entrar en aquella cueva, que se encontraba en el Corral de los Pastores, justo debajo de la iglesia, y que, en las últimas semanas, por culpa de la cercanía del frente del Jarama, se había convertido en un improvisado refugio antiaéreo cada vez que los aviones nacionales sobrevolaban el pueblo.

Agustina, antes de sentarse al final de la cueva, fue arropando a todos y cada uno de sus hijos, quienes compartían colchón, a

pesar de las protestas de varios de ellos. Algunos, como Juliana, estaban ya prácticamente dormidos de puro agotamiento. No eran horas para que estuviesen despiertos. La mujer encontró acomodo entre una enorme tinaja de barro y la pared desnuda, se sacó el pecho y calmó la sed del pequeño Marcelo, quien reclamaba a su madre atención y alimento a partes iguales.

Estaba derrengada. Trató de cerrar los ojos y echar una cabezada, pero con el ir y venir de familias, los susurros, los llantos... fue imposible. Frente a ella, se sentaron un matrimonio —Pepe y María— y sus cinco hijos —Benita, Luque, Carmen, Vicenta y Pepe—, que habían huido del barrio de Usera (Madrid) durante la ofensiva lanzada por los nacionales para conquistar la capital de España. Ahora se encontraban escondidos, en una antigua cueva que se usaba de bodega, en un pueblo a unos 20 kilómetros de Madrid, donde pensaron que la guerra nunca los alcanzaría. Pero, obviamente, estaban equivocados.

Tímidas velas tintineaban aquí y allá, llenando aquel angosto lugar con algo de luz. Agustina echó un rápido vistazo alrededor: no habría menos de 250 personas escondidas en la cueva. Todas apretujadas, unas contra otras, esperando a que los aviones descargasen las bombas sobre el pueblo. Dio gracias a Dios de poder contar con aquellos refugios que, aunque bastante precarios, los mantenían, de momento, a salvo de los bombardeos nacionales. El pueblo estaba lleno de refugios como este. Bajo la iglesia, en la plaza de la Libertad, en la avenida de Pablo Iglesias o en la calle de Joaquín Costa. Antiguas cuevas o bodegas que los vecinos se habían afanado en convertir, a marchas forzadas, en refugios donde poder esconderse de la aviación fascista.

De pronto, la cueva enmudeció, los susurros desaparecieron, las madres amortiguaron los llantos de los más pequeños contra sus pechos, como si aquel tímido llanto fuese un imán para las bombas. El zumbido de los motores de los aviones alemanes se coló en el interior de la cueva. Agustina abrazó con fuerza al pequeño Marcelo, quien la miraba con los ojos muy abiertos. Miró al techo, de donde comenzaba a desprenderse un polvillo arenoso. Los tenían encima de sus cabezas.

* * *

«¡Míralos, ya están aquí!», exclamó fascinada Ángeles Pampliega mientras señalaba con la mano al cielo de Mejorada, que seguía iluminado por el fulgor de una bengala que poco a poco comenzaba a morir. La cría estaba emocionada. «Uno, dos y tres... Uno, dos y tres... Siempre vienen en múltiplos de tres. ¡Siempre! No falla», se decía a sí misma, en voz baja, reafirmando sus propios pensamientos. «Esta vez sí. Esta vez nos bombardean el pueblo, seguro. ¿Tú qué crees?», preguntó sin dejar de mirar las panzas plateadas de los bombarderos alemanes.

«Yo lo único que creo es que tengo hambre», zanjó la conversación Lorenza Izquierdo Daganzo, hija pequeña de Úrsula, *la Pasionaria de Mejorada*, cansada de las teorías y elucubraciones de la otra. ¿No podía comportarse con un poquito más de madurez? Lorenza, de 12 años, tenía un agujero en el estómago que rugía con muchísima más fuerza que los motores de los Junkers. El hambre era lo único que realmente le preocupaba. Las bombas... «Pues quizás si cayese una en el pueblo... mejor para todos... Así dejaríamos de tener hambre», se dijo.

Las dos muchachas, envalentonadas por su corta edad, en vez de refugiarse en alguna de las muchas cuevas que había repartidas por todo el pueblo, que es lo que habían hecho la mayoría de sus vecinos empujados por el sentido común, salieron corriendo hacia un talud que estaba situado prácticamente a las afueras de Mejorada del Campo, y desde donde tenían una vista privilegiada del Cristo de Rivas y de las trincheras republicanas, objetivo último de los bombarderos alemanes.

Ángeles rebuscó en sus bolsillos. Sacó un poco de pan y queso y se lo ofreció a Lorenza, quien la miró con desconfianza. «¿De dónde lo has sacado? —preguntó mientras devoraba la comida a dos carrillos—. No lo habrás robado, ¿verdad?», insistió metiéndose el último pedazo en la boca antes de saber la procedencia real de aquel queso. «¡No lo he robado, listilla! Me lo han dado los soldados rusos», se indignó Ángeles. «¿Los rusos?

¿Así, por las buenas? No me lo creo», la increpó la otra, que seguía muerta de hambre.

«Hace unos días, mi hermano Bernardino y yo fuimos a pedir a los rusos algo para que mi madre pudiese hacernos una sopa. "¿A cambio de qué?", nos preguntaron. "¿Qué queréis que hagamos?", dudé yo, sin fiarme del todo de ellos. Tuvimos que limpiar todas las ollas de la comida. Mi hermano, que es muy pequeño, se metió dentro de las ollas y de las cazuelas; mientras yo iba y venía del río con agua limpia... Por eso nos dieron pan y un queso de bola», narró una orgullosa Ángeles, quien sacó un poco más de queso del bolsillo y se lo tendió a su amiga, que lo tomó de buena gana y lo saboreó como si se tratase de un manjar de dioses.

Al igual que en otras partes de la geografía española, la presencia de brigadistas internacionales en Mejorada del Campo fue algo habitual, sobre todo dada la cercanía del frente del Jarama. El 8 de noviembre de 1936 llegaron a Madrid las primeras Brigadas Internacionales, formadas por antifascistas italianos, alemanes, británicos, polacos y franceses. Voluntarios de todo el mundo llegaban a España para luchar al lado de la República. Unos estaban sin empleo, otros eran aventureros y quizás hubo quien buscaba emociones fuertes, pero la motivación de los voluntarios no podía ponerse en duda. Veían en el fascismo una amenaza internacional y las brigadas les ofrecían la mejor vía para combatirlo. España era para ellos el campo de batalla en el que se decidía el futuro.

Pepe Pérez Adán era apenas un chiquillo, pero acudía con bastante frecuencia a La Casa Grande, donde estaban acuartelados los brigadistas que combatían en el Jarama. Bailaba y cantaba para ellos, y siempre se traía a casa latas de carme mechada. Con eso podía sobrevivir toda la familia. Además, debido a las penurias que pasaban los críos del pueblo, los brigadistas hacían colectas. Compraban zapatos y ropas para todos los niños. Aunque el trato con los mejoreños era correcto, y la convivencia llevadera, también hubo pequeños roces. Un miliciano ruso entró en un corral y sacrificó a un cochino para comérselo. El animal pertenecía a José, un triste obrero que lo estaba cebando para la matanza. Aquel

soldado no le dio absolutamente nada por el animal. Y José y su familia acabaron pasando hambre aquella primavera.

El hambre, junto con los bombardeos nacionales, era una de las pocas constantes en la guerra civil. Familias venidas de todos los rincones de la ciudad de Madrid acababan en la pequeña tienda de ultramarinos propiedad de Joaquín Barral intercambiando sus joyas por algo de comida. Traían, incluso, sus cuberterías de plata; cualquier cosa de valor era aceptada como moneda de cambio. La gente venía desesperada y hambrienta. Y, precisamente, esa desesperación por conseguir algo de comida provocaba gravísimos incidentes que, finalmente, nadie se atrevía a denunciar ni a castigar. Isabel Pérez Adán, quien vivía pegada a la iglesia, en la casa familiar, fue testigo de uno de esos episodios que se pasaron por alto. «Venían, sobre todo, mujeres a cambiar las pocas cosas de valor que tenían en sus casas. Los soldados que dormían en la iglesia hacían con ellas lo que les daba la gana. "No le hagas nada a mi hermana. Házmelo a mí, ella es virgen", oí una vez suplicar a una mejoreña. Los gritos se escuchaban perfectamente, pero nadie del comité acudió en ayuda de aquellas dos mujeres. Yo era muy pequeña y todavía no sabía qué significaba la palabra *virgen*», contaría Isabel muchos años después.

Pero el hambre no solo angustiaba a los que venían de fuera. Entre los mejoreños también comenzaba a hacer estragos. Gregorio Gutiérrez Daganzo tenía 6 años recién cumplidos (nació el 21 de enero de 1931), pero ya sabía lo que era desmayarse por culpa del hambre. Al chiquillo las tripas lo castigaban día sí y día también. «En casa solo comíamos maíz. Yo tenía muchísima hambre. Así que iba a casa del señor Caledonio y robaba la comida que echaba a sus perros. Aquel hombre les ponía las sobras que él y su familia ya no iban a usar... y yo se las quitaba a los animales. Cuando acabó la guerra, ese hombre denunció a mi padre por rojo...»

«No creo que nos bombardeen», dijo finalmente Lorenza en el talud, retomando la conversación con Ángeles. «¿Y eso? ¿Por qué estás tan segura?», preguntó sin dejar de mirar al cielo, esperando la llegada de los cazas republicanos. La niña tiritaba de frío, pero tenía ganas de ver un buen combate aéreo. La última vez, los

republicanos derribaron un bombardero nacional. «En el pueblo dicen que uno de los pilotos nacionales tiene aquí una novia, una tal Pilar. Y por eso nunca nos tiran bombas», compartió el cotilleo con su amiga. «Pues una vez sí que nos bombardearon... Cuando cayó una bomba en el depósito de agua. ¿No te acuerdas?», preguntó Ángeles mientras la otra se encogió de hombros. «Sí, hombre... Que al lado había montañas de basura que se usaban para abonar el campo. Y había allí un hombre que comenzó a correr por todo el pueblo gritando que le habían herido... Llegó a la plaza del pueblo voceando: "¡Me estoy muriendo!". Y la gente se empezó a reír de él hasta que alguien trató de calmarlo. "Tranquilo, solo tienes mierda. No te han dado"», relató Ángeles sin poder contener la risa recordando aquella anécdota.

«¿Tienes más queso?», preguntó Lorenza haciendo caso omiso al chascarrillo. Ángeles rebuscó en sus bolsillos. Sacó el último trozo. Lo partió en dos. Y se lo tendió a su amiga.

Aquella noche no hubo combate aéreo y ningún caza republicano apareció en el cielo del Jarama. Los Junkers comenzaron a planear sobre las trincheras republicanas. Primero ametrallaron las posiciones y después dejaron caer bombas de unos diez kilos cada una. Las explosiones iluminaron el horizonte. Ángeles y Lorenza salieron escopetadas hacia el frente de combate. Iban a recoger la metralla para jugar con ella. Estaba al rojo vivo, pero las muchachas tenían muchísimo frío después de estar horas esperando los bombardeos. Así que se acercaban a las trincheras republicanas para calentarse las manos con aquellos pedazos de acero, y los soldados rusos les gritaban: «¡Chicas, iros de aquí, que os van a pegar un tiro!».

Pero nunca pasó nada. Básicamente, porque Bernardino, el hermano menor de Ángeles, se sabía al dedillo todos los recovecos y todas las trincheras de uno y otro bando, ya que cada pocos días cruzaba por ahí para ir a Madrid a cambiar alimentos por objetos de valor. El hambre agudiza el ingenio, siempre.

# 5

# La huida

Ignacia Franco miraba por la ventana de la cocina, embobada. Trataba de hacer memoria. ¿Cuándo fue la última vez que estuvo en esa casa? ¿Fue antes de que lo asesinaran? Habían pasado cerca de ocho meses desde entonces, pero a la niña le pareció toda una eternidad. Desvió la mirada hacia la silla, ahora vacía, que solía ocupar el antiguo sacristán de Mejorada del Campo. Era como si pudiese verlo allí sentado, con su perenne sonrisa y su buen humor. Tomás, siempre afable y cariñoso con ella, trataba de enseñarle a leer y a escribir, mientras María Cruz, antes de que ella pudiese dar siquiera las buenas tardes, ya le había puesto delante un vaso de leche templada con galletas. Echaba de menos aquellas tardes de verano.

Melancólica, reflexionaba mirando al infinito. La guerra lo había echado todo a perder. ¡Todo! ¿Por qué lo habían tenido que asesinar? ¿Por qué? ¿Qué mal había hecho aquel pobre hombre? Victoriana, su madre, cuando se enteró de la fatídica noticia por una vecina de toda la vida, despachó las insistentes preguntas de su hija con un simple y escueto: «Son cosas de mayores. Tú, hija mía, ver, oír y callar, y sanseacabó». Así era como se ponía antiguamente punto final a las conversaciones entre padres e hijos. Después de aquella coletilla, ya no había discusión posible. Y lo peor de todo es que aquella respuesta categórica valía para absolutamente todo.

«Te agradezco que hayas venido a vernos, Victoriana —dijo con voz ronca y temblorosa María Cruz Bermejo, prácticamente al borde de las lágrimas—. María está encerrada en su habitación, no le apetece ver a nadie. Debes disculparla. Hace semanas que no

quiere salir de allí. Yo trato de insistirle, para que le dé el sol. Al final… no deja de ser una chiquilla que ha sufrido mucho estos últimos meses.» Ignacia miró con enorme pena a la viuda de Tomás. La niña, en un rincón de la cocina y con la cabeza gacha, no se atrevía a mirar a su madre, avergonzada. «Últimamente, ya no viene mucha gente a vernos —se sinceró María Cruz, quien continuaba mirando al suelo, posiblemente para que no la viesen llorar—. Los del pueblo no nos quieren aquí», afirmó, ahora sí, sin poder reprimir las lágrimas.

Victoriana se levantó, renqueante, de la silla, arrastrándola por el suelo, se acercó hasta donde estaba María Cruz y la abrazó. «¡Qué tonterías dices, mujer! —dijo tratando de consolarla—. ¿No ves que nosotras hemos venido a veros? —añadió—. Y por María no te preocupes. Ya se le pasará. Son chiquilladas, es normal. Dale tiempo.» Ignacia, delante del vaso de leche tibia, que aún no había tocado, contemplaba aquella escena. Le sorprendió ver a su madre allí, arrodillada, tratando de confortar a aquella mujer que lloraba desconsoladamente. Su madre no se prodigaba mucho en abrazos, besos o caricias. «Sabes de sobra que podéis contar con nosotras, siempre. No hace falta que te lo repita, ¿verdad? —preguntó, obligando a que María Cruz la mirase a los ojos. La otra asintió, más por insistencia de la otra que por iniciativa propia—. ¡Bien! Y ahora… vamos a ver la comida que os hemos traído.»

La niña seguía mirando, apenada, a la viuda, mientras esta se secaba las lágrimas con un pañuelo y trataba de recuperar la compostura perdida durante unos minutos. Nada quedaba ya de esa mujer recia y fría como un témpano que había conocido. Su carácter autoritario era cosa del pasado. Ahora no era más que una muñeca rota, o, mejor dicho, una muñeca que entre todos se habían encargado de romper. La muchacha no pudo evitar mirarle el pelo, rapado prácticamente al cero, señal inequívoca del castigo al que seguía siendo sometida. Escarnio público en aquella España guerracivilista. Los del comité no habían tenido bastante con asesinar a su marido. Vejándola de aquella manera la terminaban de humillar, marcándola. Nadie se acercaría a ella, ni a su hija. Eran apestadas en un pueblo que no las quería allí. Ignacia y María

Cruz cruzaron la mirada durante unos segundos. La mujer del sacristán sonrió llevándose la mano a la cabeza, de manera disimulada, antes de desviar la mirada.

Sobre la mesa de la cocina había un pedazo de tocino, tomates recién cogidos de la vega, cebolletas, patatas —aún con algo de barro—, manzanas, una jarra de leche de cabra y algo de pan que comenzaba a acartonarse. Victoriana fue sacando, diligentemente, de la talega todo lo que había llevado para que María Cruz y su hija mayor, María, pudiesen ir tirando en los próximos días. No era tanto como le hubiese gustado, pero la cosa empezaba a estar achuchada, incluso para ellos. Por ejemplo, la carne era un bien escaso —y muy costoso— que ni siquiera ella podía permitirse. Pero aquella comida era más que suficiente.

Tras la muerte de Tomás, la mujer se había visto obligada a ir vendiendo, poco a poco, los objetos de valor que tenía en la casa para comprar comida, hasta que ya no quedó absolutamente nada más que vender. Se vio en la necesidad de deshacerse, incluso, de los instrumentos musicales de su difunto marido para comprar pan, mantequilla y carne. ¿Para qué los quería seguir conservando? No tenía sentido. Nadie más los volvería a tocar nunca. Con sentimentalismos no se llega a ningún lado, y menos si se tiene hambre, pero aún se resistía a vender su alianza de boda y la de su marido. Era lo único que seguía conservando de él. Ya podía estar muriéndose de hambre que, por sus tres hijos, no lo iba a empeñar bajo ningún concepto.

Ver a su pequeña María pasar hambre era un castigo diario para aquella mujer temerosa de Dios. Durante noches y más noches, pasaban horas dándole vueltas al plato de sopa con la cuchara en busca de algún triste fideo perdido o algo de enjundia que poder llevarse a la boca, más allá de ese caldo aguado con sabor a lágrimas saladas. María Cruz, con todo lo devota y beata que era, llegó a plantearse, sabedora de la atracción que sentían algunos hombres del pueblo por ella, ofrecer su cuerpo para sacarse algunas perras con las que poder comprar comida.

Cuando creía haberse llenado del suficiente valor, se encaminaba hacia alguna de las dos tabernas que había en

Mejorada o a la Casa del Pueblo, donde sabía que los milicianos no se andarían con remilgos a la hora de aflojar la faltriquera, pero a la hora de la verdad se acababa arrepintiendo y terminaba en el cementerio, a las afueras del pueblo. Allí, sobre la tumba de Tomás, lloraba desconsoladamente pidiéndole perdón por haberse siquiera planteado aquella locura. Pero tenía que entenderlo. Estaba desesperada.

María Cruz podía pasarse horas echada sobre la sepultura de su marido. Castigándose, una y otra vez, por lo que había pensado hacer. La culpa la reconcomía por dentro, y fue consumiéndola poco a poco hasta dejarla prácticamente en los huesos. Solo de pensar que alguno de los hombres que estaban detrás del asesinato de Tomás pudiera tocarle un centímetro de piel, le hervía la sangre. Aquello sería mancillar el recuerdo de su marido. No, no estaba dispuesta. Se lo habían robado prácticamente todo, pero aún conservaba un mínimo de dignidad, y, por mucha hambre que pasasen, prefería quitárselo de la boca para que, al menos, María pudiese acallar las tripas. Antes de yacer con cualquiera de esos desgraciados del comité se dejaría violar por todos los brigadistas internacionales que había en Mejorada del Campo.

Hacía unas semanas, Victoriana, sabedora de la desesperación de aquellas dos mujeres, se había presentado de buena mañana cargando con una antigua máquina de coser que pesaba un quintal y que había pertenecido a su familia. Victoriana le prestó aquella máquina porque María Cruz era muy buena costurera. Era una forma de que pudiese ganar algo de dinero, de manera honrada, para ir tirando. Tiempo después, María Cruz, en señal de agradecimiento, le acabó regalando una toalla bordada por ella misma.

«Nunca podré agradecerte todo lo que has hecho por mi hija y por mí, Victoriana», aseveró la viuda aquel día en la cocina, de nuevo al borde de las lágrimas, pero esta vez eran de emoción. «No me tienes que agradecer absolutamente nada, María Cruz. Bastante daño te hemos hecho ya los del pueblo como para que encima nos tengas que dar las gracias. ¡Estaría bueno, por Dios! Es lo mínimo que puedo hacer por ti.»

Victoriana, antes de continuar hablando, miró con severidad a Ignacia, quien hasta ese momento se había limitado a escuchar la conversación en silencio. La niña se levantó de la silla, se despidió de María Cruz, agradeciéndole el vaso de leche, y salió a la plaza, dejando a las dos mujeres solas, en la intimidad que les ofrecía la cocina de la casa. Lo que se iba a hablar allí ni ella podía escucharlo. «¿Sigues con tu idea de huir del pueblo?», preguntó Victoriana sin andarse por las ramas. «Sí», se limitó a responder la otra. «Eres consciente de que si los del comité os descubren os matarán, ¿verdad?», insistió Victoriana, quien necesitaba que la otra fuese consciente de los riesgos a los que se estaba enfrentando. Si María Cruz y su hija eran sorprendidas huyendo en plena madrugada las acusarían, sin lugar a dudas, de ser espías de los nacionales. Y de ahí al paredón había un paso. «Pero esos *desgraciaos* antes de daros el paseo… os harán cosas horribles», añadió esperando la respuesta de la otra.

«¿Hay algo peor que vivir con miedo? —respondió María Cruz pasándose, de nuevo, la mano por la cabeza rapada al cero—. Cada noche, antes de irme a dormir, le pido a Dios que proteja a mi hija. Me da igual lo que me hagan a mí, pero a ella… Desde que asesinaron a Tomás tengo miedo de que se presenten de madrugada y nos hagan algo… Ya sabes a lo que me refiero… Que me rapen la cabeza no es más que una tontería comparado con lo que pueden llegar a hacernos. Tú tienes una hija un poco más pequeña que María. ¿No harías cualquier cosa con tal de protegerla? Victoriana, me ayudarás, ¿verdad?»

La mujer se recostó en la silla de madera de la cocina. Sopesaba, en silencio, las palabras de María Cruz. Los dedos tamborileaban sobre la mesa mientras miraba a la mujer que tenía frente a ella. Su cabeza rapada, sus ojeras —que delataban las largas noches de insomnio—, el miedo reflejado en los ojos, la extrema delgadez. Se levantó con parsimonia, sin decir palabra. Abrió la puerta de la casa y antes de salir se giró. «Estaros preparadas. En un par de noches vendrán a buscaros.» Cerró la puerta dejando a María Cruz con la boca llena de preguntas que, obviamente, no iban a encontrar respuesta alguna.

* * *

«Daos prisa, por amor de Dios», susurró Aquilino mientras miraba, hecho un manojo de nervios, hacia las ventanas de las casas colindantes, buscando alguna luz o una mirada indiscreta entre los visillos. Nada. El pueblo seguía a oscuras, durmiendo y totalmente ajeno a lo que estaba ocurriendo. Suspiró, seguía sin tenerlas todas consigo. El motor del endeble camión, aparcado delante de la puerta de la casa, protestaba como una vieja malhumorada. Había preferido dejarlo arrancado para evitar despertar a los vecinos al darle de nuevo al contacto. No era la primera vez que le había fallado y prefería curarse en salud. Más que nada, porque le iba la vida en ello.

«¡Vamos, por favor...!», insistió por segunda vez maldiciendo la hora en la que se había prestado para aquella empresa que, a buen seguro, si salía mal, le iba a costar la vida a él y muy probablemente a toda su familia. ¿Cómo se había dejado liar de aquella manera por Victoriana? Sí, claro que conocía a Tomás y a María Cruz. Sí, por supuesto que había sentido el asesinato del sacristán, al que tenía en muy alta estima. Pero de ahí a presentarse en su casa, en plena madrugada, para llevarse lejos de Mejorada a su mujer y a su hija mayor, había un trecho.

Las dos mujeres, por fin, aparecieron en el umbral de la puerta. Iban cargando con varios bártulos. «No pretenderán meter todo eso en el camión, ¿verdad?», se preguntó Aquilino viendo las dos maletas que cargaban cada una de ellas. «¡Maldita Victoriana! Es la última vez que me dejo liar por esa endiablada mujer —protestó—. Dónde demonios pensáis que vais, ¿eh? ¿De vacaciones?», dijo enfurruñado mientras señalaba las dos maletas que cargaba María Cruz Bermejo. «Son nuestras cosas. Lo único que tenemos», se defendió la mujer aferrándose al asa, sin intención de soltarla, mientras miraba el camión que se bamboleaba frente a la puerta de la casa, esperándolas para partir. Aquilino la tomó de la mano, de manera cortés, y mirándola a los ojos, trató de convencerla. «Lo importante sois vosotras. Lo

demás… son recuerdos, sí. Pero la vida es más importante. Por favor…», suplicó el hombre, temeroso de que les sorprendiese una patrulla del comité y ahí acabase su huida.

María Cruz, tras un pequeño forcejeo, finalmente cedió. Hizo un gesto a María para que también dejase las dos maletas en el interior de la casa. Se iban sin nada, pero, pensó para sí misma, al menos se iban de aquel maldito pueblo que solo les había dado disgustos. ¿En qué hora habían decidido abandonar su Valladolid natal para acabar en aquel pueblucho de mala muerte? Cerró la puerta de la casa con llave, como si tuviese intención de volver en algún momento al lugar donde había sido feliz junto a Tomás. Se encaminó a la parte trasera del camión. Aquilino las acomodó a ambas, a pesar de que el espacio era muy limitado. «Ni un solo ruido, por favor. Nos estamos jugando la vida», advirtió con severidad el hombre. Colocó varias cajas más de fruta y verdura para ocultarlas en los más que previsibles controles que tendría que sortear de ahí a la estación de tren.

Cerró la puerta de la cabina y soltó un larguísimo suspiro. Maldijo una vez más a Victoriana por haberlo metido en aquel lío. Se santiguó a pesar de ser ateo, quitó el freno de mano, metió la marcha y comenzó a recorrer las estrechas calles de Mejorada del Campo en dirección a Velilla de San Antonio, el pueblo más cercano, y de ahí a Arganda del Rey, a la estación de tren.

A la salida del pueblo, un hombre protegido con un grueso capote y fusil al hombro le dio el alto. El miliciano, que aún estaba medio adormilado, miró con severidad a Aquilino por haberle perturbado el sueño, y lo deslumbró con su linterna. Le pidió la documentación. Revisó el carné del sindicato al que pertenecía. «¿Se puede saber a dónde vas a estas horas?», se interesó el soldado, a quien le olía el aliento a alcohol. Aquilino sopesó rápidamente sus posibilidades de escapar si algo salía mal. Se fijó en el par de soldados, también del comité, que continuaban durmiendo a pierna suelta, pegados a un fuego que comenzaba a extinguirse. No muy lejos de ellos, un coche negro, aparcado. «A Arganda, a dejar mercancía», mintió tras comprobar que tratar de escapar era una utopía.

Ambos se conocían de toda la vida, los dos eran del pueblo. ¿Por qué sospechar de él?, pensó el miliciano. ¿Había motivos? Lo escrutó, apuntándolo con la linterna cegadora. Asomó la cabeza a la parte trasera del camión. Nada sospechoso: fruta y verdura. Finalmente chasqueó la lengua y, haciendo un gesto afirmativo con la cabeza, le ordenó continuar la marcha, deseándole un feliz viaje. Aquilino fue incapaz siquiera de responder. Soltó un sonido gutural, algo parecido a un mugido de vaca. Tenía una bola en la garganta que le impedía articular palabra.

Él, un mero agricultor de la vega de Mejorada del Campo, engañando a un miliciano armado. Transportando, de manera ilegal, a una viuda y a su hija, por la noche. Saltándose controles de los republicanos, camino de Arganda... Si se lo cuentan no se lo cree. «¡Maldita Victoriana!»

* * *

«Jamás podremos darte las gracias, Aquilino», se sinceró María Cruz tomando las manos del labrador entre las suyas. Las notó encallecidas y ásperas: era un hombre de procedencia humilde. ¿Por qué se había puesto en peligro por ellas? «Nos has salvado la vida a mi hija y a mí. No olvidaremos lo que has hecho por nosotras», afirmó la mujer, quien tuvo la tentación de abrazarle en medio de aquel andén lleno de soldados republicanos que marchaban a la capital de España en busca de destino, pero se contuvo. Se conformó con mirarle a los ojos, para expresarle nuevamente su gratitud.

«No me debéis nada», se limitó a responder el hombre. Trató de acortar lo máximo posible aquella despedida que comenzaba a incomodarle. Señaló el tren, que esperaba en el andén. «Recordad, tenéis que hacer transbordo en Madrid para poder llegar a Valladolid. Tenéis todos vuestros documentos, ¿verdad? Sin ellos no podréis cruzar al lado nacional», dijo bajando mucho la voz por temor a que alguno de los soldados le escuchase. María Cruz, después de mirar en su pequeño bolso, afirmó con la cabeza.

Aquilino estrechó la mano de ambas, madre e hija, les deseó

un buen viaje y desapareció, perdiéndose entre la maraña de soldados que comenzaban a abarrotar el andén. El jefe de estación de Arganda del Rey tocó varias veces el silbato a modo de llamada para los viajeros. María Cruz y su hija se acomodaron en un vagón compartido con otros viajeros, en su mayoría milicianos. La mujer apoyó la cabeza en la ventanilla, mientras la chiquilla se recostaba sobre ella.

Notó un fuerte empujón. El tren comenzó a moverse, traqueteando. La estación fue quedándose atrás, al igual que Aquilino, quien las observaba desde la distancia. El sol nacía por el este. Dejaban atrás Mejorada del Campo, y también a los asesinos de Tomás, pero María Cruz no descansaría hasta que se hiciese justicia. Se lo había prometido a él, al amor de su vida, y era mujer de palabra.

# 6

# La madrina de guerra

> Desde aquí, en el parapeto yo medito y pienso en ti, dudando el que tú lo hagas, acordándote de mí. Yo tengo gran esperanza e ilusión de ser feliz unido a una gran mujer que me endulce mi vivir. Y con esta fe yo lucho, creído de conseguir con mi buena voluntad eso que es deseo de mí. Mientras tanto, sufriendo de esta gran guerra el martirio, se despide quien te aprecia hasta la tuya.
>
> Virgilio Roncero,
> 25 de mayo de 1937. Frente de Navalperal (Ávila)

María Díaz López releyó infinidad de veces la carta que envió Virgilio desde Ávila, hasta prácticamente memorizar cada palabra escrita por aquel hombre, antes de dejarse caer sobre la mullida cama de su habitación. La mujer suspiró, cerrando los ojos, imaginándose una vida al lado de aquel fascinante desconocido. Pero ¿acaso se estaba empezando a enamorar de él? Reflexionó sobre aquella tonta pregunta mientras ojeaba el resto de las cartas que había ido recibiendo regularmente desde el pasado invierno, y que había guardado con auténtico celo.

Había ocultado la existencia de aquellas cartas durante meses. No quería compartirlas con nadie. ¿Por miedo? Quizás más por vergüenza. ¿Qué pensaría la gente —o su familia misma— sobre eso de cartearse con un completo desconocido? Pero aquellos sentimientos escritos con tinta le pellizcaban el corazón como nunca nadie lo había hecho.

> Cuando te escribí solo me importó un deseo de conocerte en la creencia de tus virtudes como son sensibilidad, ternura y gran

corazón. Y una vez reunidas estas cosas me consideraría unido a ti espiritualmente para después hacerlo carnal. [...] Si de todo esto que te digo no haces caso, no olvides que este hombre no sabes lo que te quiere. Hasta que vista tu indiferencia te abandone, perdonándote como tú no lo haces;

tuyo,

Virgilio,
20 de mayo de 1937

María releyó otra de las cartas escritas por Virgilio que ella guardaba secretamente en su habitación.

¿Cómo era posible enamorarse de una persona a la que jamás había visto en toda su vida y de la que nada sabía, salvo por aquellas misivas que le enviaba desde el frente de guerra? ¡Aquello era una auténtica locura! Sí, pero una locura dulce. Una locura que, en medio de aquella guerra que robaba esperanzas y sueños, a ella la hacía volar muy lejos. Quizás demasiado lejos... Y es que María comenzaba a ilusionarse con aquel amor. Ella fue una mujer muy adelantada a su tiempo. Fue una moderna dentro de la época que le tocó vivir. En aquella España del blanco y negro ella era luz. Su familia —que era republicana— tenía un cine y vivía muy ligada al mundo de la cultura. Eran unos culturetas en aquella España de los años treinta. María, al igual que su hermano mayor Antoliano, se dedicaba al mundo del cine. Tocaba el piano y el bandoneón (similar al acordeón).

De fondo, en su habitación, sonaba la incomparable voz de Édith Piaf cantándole a un legionario desconocido.

El disco de pizarra daba vueltas sobre el gramófono mientras María releía otra de las cartas de aquel desconocido que se hacía llamar Virgilio Roncero:

Camarada María. Salud. [...] Sí, no me conoces (permíteme que te hable de tú, por ser este el lenguaje popular), ya te diré quién soy. Con mis sentimientos solo puedo advertirte hoy que al escribirte solo me guía una fe en ti noble, leal y justa al considerarla una mujer, que se da cuenta, por su edad, de lo que es la vida, estando siempre en mi ánimo enaltecerla y adorarla tanto más cuando vea

en ti (si no un cariño entrañable) por lo menos una consideración de mujer educada. [...] Y acaso hoy el azar sea el que nos hayamos conocido (si no personal, sí en sentimiento) para que nazca un amor que un día colme nuestros deseos, para hacer unidos una vida feliz y plena. [...] Sería mi mayor satisfacción que me conocieras en primer término. [...] Espero verme favorecido, por lo menos, con los medios, que yo hago que es dar cabida a una ilusión hoy, y mañana se convierta en realidad y mande a este que confía que serás la mujer que endulzará mi existencia.

Virgilio Roncero,

2.ª Compañía. 127 Batallón. 32 Brigada.
Estafeta de Campaña n.º 6
María de Alameda (Guadarrama)
a 16 de marzo de 1937

¿Quién era aquel Virgilio Roncero que le escribía con tanta asiduidad desde la primera línea del frente, y qué quería de ella? Llevaba tiempo haciéndose aquellas mismas preguntas, desde el mismo momento en el que recibió la primera de las cartas, meses atrás, sin haber obtenido una respuesta satisfactoria. Lo que comenzó siendo un juego, al menos para ella, se había acabado convirtiendo en una necesidad. Cada semana se abalanzaba sobre el buzón de casa para comprobar si había correspondencia de aquel desconocido. En la calle, asaltaba al cartero para preguntarle si portaba alguna carta para ella de Virgilio...

*Todo el mundo ha de beber*
*de la vida el gran licor.*
*Unos primero el placer*
*y otros primero el dolor.*
*Es mejor pasar el mal*
*primero, que no después*
*y así se ha de disfrutar*
*la vida con gran placer.*
*No dudes, ni desconfíes*
*de hallar la felicidad*

*con solo siempre quererme*
*con cariño y voluntad.*

V. R.

Con cada nueva carta —o postal— que María recibía se iba enamorando un poco más de Virgilio y sentía, en su fuero interno, la imperiosa necesidad de ponerle rostro a aquel hombre que le había robado el corazón y le había prometido, con sus cartas, una vida a su lado. Durante todos esos meses, María continuaba dándole vueltas a cómo —y por qué— aquel extraño había aparecido en su vida. ¿Se habrían conocido en el cine que tenía su familia? ¿Se habrían cruzado sus miradas en alguna de las proyecciones itinerantes que realizaba regularmente con Antoliano por alguno de los pueblos cercanos, como San Fernando, Alcalá, Torrejón o Mejorada? ¿Algún conocido con el que compartía trinchera le habría hablado de ella? Las posibilidades eran infinitas... al igual que sus ganas de verse, de tocarse, de besarse.

María se había convertido, en estos meses, en lo que se conocía popularmente como *madrina de guerra*. Para los jóvenes soldados que estaban destinados en el frente, la madrina era una mujer joven o mayor, casada o soltera, con la que se carteaban con regularidad, con el fin de animarlos. De esta forma, los soldados no se sentían solos. «Las madrinas de guerra eran como una obligación moral, dulce y femenina. ¿Qué más indicado para nosotras que consolar, animar, llevar a los soldados del frente un poco de optimismo y de ilusión? [...] ¡Qué contento se ponía aquel soldadito huérfano, que no encontraba para sus penas más que el aliento en las cartas de su madrina!», recordaría en sus memorias, *¡Cuando los cañones duermen!*, Pilar Santamaría Bonilla, madrina de guerra. A veces, la madrina le enviaba a su *ahijado* una fotografía suya para que la llevara siempre consigo y la enseñara a sus compañeros o, si eran religiosos —sobre todo esto se daba entre los soldados nacionales—, escapularios con la famosa inscripción «detente bala».

La ilusión, finalmente, se acabó imponiendo a la razón, y María Díaz, a mediados de junio de 1937, salió de su casa en dirección al frente de Navalperal (Ávila), donde estaba destinado Virgilio. Ella no podía más con aquella angustia que la consumía por dentro, en interminables noches sin dormir. María no podía —ni quería— seguir plasmando en aquellas cartas los sentimientos que sentía por alguien a quien no conocía. Necesitaba saber si Virgilio era real o solo fruto de su imaginación. Él siempre se mostró reacio a que se vieran. «Por la tuya [carta] veo que te interesa en primer término el conocerme personalmente y a esto te contesto que yo no te conozco, pero no me interesa en el momento», respondió Virgilio en abril ante el empecinamiento de María.

Pero finalmente, debido a la insistencia de ella, las reticencias del soldado acabaron mitigándose. El encuentro entre María y Virgilio acabó produciéndose, y les cambió la vida a ambos. Aquellos dos desconocidos, que llevaban meses carteándose, por fin estaban uno frente al otro... y se enamoraron... y comenzaron a soñar...

*Esta vida es un jardín*
*en donde se siembran flores*
*cuyo aroma es lo sublime*
*con corazón, fe y amores.*
*Y en medio, aunque sin sembrar*
*nacen variedades de abrojos*
*que es interés y egoísmo*
*en duda, desdén y enojos.*
*En ti espero seas la flor*
*que confortes mi esperanza*
*de vivir siempre a tu lado*
*con la virtud de tu alma.*

Inolvidable María. Salud. Recibí la tuya fecha 9, y veo que estás bien y me echas en cara que me escribes tú más a mí que yo a ti. Pues has de saber que te escribo yo más y es porque te quiero más. Te manifiesto que siempre tuve una vida mártir y sacrificada llena

de amarguras y sinsabores [...] pero pienso en ti y confío en vivir mejor. Y si un día faltara, porque muriera en la guerra, acuérdate entonces de mí. Sin más, hasta la tuya, quien no te olvida.

Virgilio Roncero,

12 de julio de 1937

María comenzó a visitar Madrid con regularidad, a espaldas de su familia, quienes no eran conscientes de la historia de amor que estaba viviendo la joven. Ella empezó a preparar su ajuar para casarse con Virgilio cuando él gozase de un permiso o cuando «esta maldita guerra» —como él la calificaba en sus últimas cartas— acabase. Compró sábanas, ropa interior de algodón muy suave, telas de muy buena calidad para ir preparando su futura casa. Fue guardándolo todo —incluido un vestido de novia— en un baúl que tenía en su habitación. Ella era la única que tenía llave de aquel baúl donde también escondía las cartas que Virgilio le escribía desde el frente. Mientras, en su almohada fue metiendo dinero para cuando él volviese de la guerra. Ella pensaba que él la iría a buscar para irse a vivir juntos...

A mi prometida. Como prueba de cariño y amor imperecedero recibe en esta postal un amor que será eterno. Que vivas los años mil, siendo dichosa en extremo. Presentándote mi cariño que tuyo en este momento y por siempre de los siglos será para ti.

Roncero,
15 de noviembre de 1937, Robres (Huesca)

María y Virgilio se vieron una vez más, en Valencia —él estaba destinado en el frente de Aragón—. En ese momento, la relación entre ellos comenzó a enfriarse. ¿Por qué? Es un verdadero misterio, ya que María, enamorada de él, le llegó a dejar 100 pesetas de la época. Los sentimientos que ella profesaba seguían intactos. Continuaba preparando el ajuar con devoción y dedicación, aprovechando cualquier hueco libre para poder escribir a su prometido. Soñando con volver a verle. Pero llegó un

momento en que sus cartas no encontraban respuesta. Virgilio, con una carrera en el Ejército republicano en ciernes, aspiraba a ser nombrado comisario político, y cambió drásticamente el tono con el que se dirigía a María para mostrarse rudo y seco, marcando distancias entre ambos que parecían insalvables.

> Con respecto a escribirte más a menudo, unos días puedo, pero otros días no. Y de ir a Valencia, no sé cuándo será. Estoy muy preocupado con mi cargo, pues no puedo abandonarle, ni debo en estos momentos hacerlo, a ver si se ponen mejor las cosas y cambia esto. [...] Te manifiesto que no me escribas más con estas señas, pues salgo de aquí, sin saber a dónde. Yo te enviaré otra con nuevas señas, así que no me escribas hasta que te ordene. [...] Todo lo que te digo en esta carta es muy útil e importante, léela muchas veces y piénsalo y reflexiónalo.

Esta carta, fechada el 9 de diciembre de 1937, es la última que recibió María Díaz. Virgilio, su prometido, nunca más volvió a ponerse en contacto con ella, pero María continuó esperando... Nunca llegó a casarse, ni a tener pareja. ¡Ni siquiera novio! Estuvo esperando a Virgilio durante el resto de su vida, hasta que falleció en Mejorada del Campo, en casa de su hermano Antoliano. Días después, sus sobrinas abrieron el baúl y descubrieron la historia que había ocultado durante más de setenta años.

* * *

¿Qué fue de Virgilio? Por la fecha de la última carta que envió a María Díaz, se podía sospechar que había muerto en la batalla de Teruel (15 de diciembre del 37-22 de febrero del 38), como tantos otros republicanos. La batalla de Teruel se desarrolló entre fuertes nevadas, a veces a −20 ºC y sobre placas de hielo de diez centímetros de espesor. Con tan gélidas temperaturas, los soldados comenzaron a morir congelados... Aquellos dos meses de combates ininterrumpidos dejaron un saldo de 54.000 republicanos muertos.

Virgilio Romero sobrevivió a Teruel, aunque, en realidad, no hay pruebas fehacientes de que tomase parte en aquella batalla, más allá de que su unidad —la 32.ª Brigada Móvil de Choque

(127.º batallón)— tuviese un papel destacado en aquellos combates, capturando algunos puntos estratégicos de la ciudad, como el cuartel de la Guardia Civil, la iglesia de San Juan, el edificio de Correos y los conventos de Santa Clara y Santa Teresa.

En este momento, su pista desaparece. ¿Por qué no volvió nunca a escribir a María? Eso solo lo saben ellos dos. ¿Trató María de ponerse en contacto con él, a pesar de que Virgilio fue muy taxativo con ella? Posiblemente sí, pero nunca debió de obtener respuesta a sus cartas.

Sin embargo, el nombre de Virgilio vuelve a aparecer en el Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional publicado en Barcelona el 16 de noviembre de 1938:

> Esta misión ha sido cumplida a cambio de grandes sacrificios, con ejemplar conducta, tesón y firme conciencia. Testimonio firme de ello son las bajas habidas en el Comisariado del Ejército de Tierra con sus comisarios fieles al lema en que se convirtieron sus últimas palabras de una de sus figuras más queridas: «Los primeros en avanzar y los últimos en retroceder». Negrín.
>
> Señor...
>
> Relación de comisarios muertos o desaparecidos a consecuencia de hechos de guerra, que son confirmados con la categoría y antigüedad que en la misma se expresa.
>
> Con la antigüedad de enero de 1938.
>
> D. Virgilio Roncero. Muerto en Campaña.

La muerte de Virgilio se fechó el 16 de noviembre de 1938 coincidiendo con el final de la batalla del Ebro. Aquel hombre, que durante meses ilusionó a María Díaz, se dejó la vida defendiendo sus ideales en una guerra que consideraba justa, y, porque pensaba que no sobreviviría, le hizo prometer a su amada: «Y si un día faltara, porque muriera en la guerra, acuérdate entonces de mí».

# 7

# El bidón de gasolina

El primer impulso que tuvo Valentín González, *el Campesino*, fue el de echar mano a la cartuchera, desenfundar su pistola y liarse a tiros con todo dios en medio de la plaza de aquel pueblucho infecto y deprimente de Madrid. Si había algo que realmente detestaba, además de a los fascistas, era que se burlasen de él. Una cosa era que Enrique Líster o Juan *Modesto* Guilloto —militares republicanos, al igual que él— lo tomaran por un cobarde fanfarrón —de buena gana les hubiese ajustado cuentas a aquellos dos desgraciados—, pero otra muy distinta era que unos simples labradores, por muy republicanos que fuesen, se rieran de él en sus mismísimas narices.

El Campesino no se andaba ni con hostias ni con medias tintas. Era un hombre de fuerte carácter, visceral, impulsivo y temperamental. De hecho, era conocido por su brutalidad con los prisioneros nacionales y con sus propios subordinados, a los que no dudaba en torturar si era preciso. No había llegado hasta donde había llegado gracias a su magnanimidad ni a su carácter jovial. Era, por así decirlo, un sanguinario. Uno de los grandes carniceros de la República.

Héroe para unos y mal estratega e incapaz para otros, famosa es la anécdota en la que recibió un plano de situación durante la batalla del Jarama y, sin mirarlo siquiera, lo extendió sobre la mesa, con el dibujo hacia abajo, para que sirviera de mantel. Su figura es una de las más controvertidas en el bando republicano. Aun así, Miguel Hernández, amigo personal del Campesino, tuvo a bien dedicarle unos versos para inmortalizar su figura y alimentar, de esta manera, su desmedido ego:

*Valentín tiene por nombre*
*por boca un golpe de hacha*
*por apellido González*
*y por horizonte España.*
*Aquí, entre los muertos y heridos*
*y alrededor de las balas*
*fieramente se pasea*
*castellanamente habla [...].*
*La cobardía lo esquiva*
*y el valor duerme en su casa.*
*Hombres que seguís a este hombre*
*por laberintos que marchan*
*a páramos de derrota*
*y a viñas de triunfo y palma:*
*que sus cejas de coraje*
*y su frente de arrogancia*
*y su piel de valentía*
*hallen eco en vuestra cara.*

El extremeño se mesó la perilla con indolencia mientras sopesaba, fríamente, cómo debía actuar. Miró a Guillermo Ortiz, alcalde de Mejorada del Campo, quien sonreía con cara de circunstancias mientras se encogía de hombros disculpándose por aquel bochornoso espectáculo. Había coincidido con Ortiz en el frente del agua durante las primeras semanas de la guerra, pero de buena gana le hubiese descerrajado un tiro en la cara para borrar aquella estúpida sonrisa.

El Campesino se sacó el cigarrillo que sostenía entre los labios, miró a la media docena de hombres que tenía frente a él y escupió al suelo. Había ido a Mejorada en busca de voluntarios para combatir a los nacionales en Brunete. Citó a todos los jóvenes en edad de tomar las armas, en la plaza del pueblo, a primera hora de la mañana, pero el alcalde hizo correr la voz y no apareció nadie, salvo unos temporeros. Lo hizo hasta en dos ocasiones, y al final se vio obligado a llevarse a los temporeros gallegos que estaban en Mejorada cuando estalló la guerra civil y vieron, en

aquel reclutamiento forzoso, una oportunidad para tratar de volver a su tierra.

Ortiz y el Campesino guardaron silencio. Era la segunda vez en poco más de un año que Guillermo Ortiz, como alcalde del pueblo, desairaba en público al Campesino. Durante la batalla del Jarama el brutal republicano se había presentado en Mejorada para llevarse víveres al frente de combate y con la firme intención de fusilar a todos los derechistas del pueblo. Guillermo se enfrentó a él, impidiéndoselo y salvando la vida de media docena de convecinos que, de otra manera, habrían acabado delante de la tapia del cementerio.

¿Cómo debía actuar con aquel hombre? El Campesino volvió a palpar su cartuchera mientras apretaba los dientes. En otras circunstancias habría pagado su frustración con Guillermo Ortiz, pero lo necesitaba. En cuestión de días iba a comenzar la ofensiva republicana en la localidad madrileña de Brunete, y si había alguien que pudiese convencer a los mejoreños para que se unieran a la 10.ª Brigada de la 46.ª División, ese era aquel alcalde impertinente. Pero al mismo tiempo no podía permitir que siguieran toreándolo en aquel pueblucho, y ya iban dos veces. No solo estaba en juego la victoria contra los facciosos, sino también su reputación.

Finalmente, el Campesino lo dejó estar. Se tragó su orgullo herido y citó, de nuevo, a todos los mozos del pueblo a la mañana siguiente en aquella misma plaza, y esperaba, por el bien del propio alcalde, que en esta ocasión sí se presentasen.

* * *

Guillermo Ortiz cayó derrengado sobre uno de los butacones que había repartidos en aquella habitación de la Casa del Pueblo, mientras varios miembros del Comité Revolucionario de Mejorada lo miraban expectantes. Se enjugó el sudor que le bañaba la frente. Era una mañana especialmente calurosa. Tenía la boca seca y la lengua pastosa. Pidió un chato de vino, que le trajeron con diligencia. Lo bebió con avidez, consiguiendo templar sus nervios.

Sabía que había puesto su vida en peligro nuevamente desafiando al Campesino. ¿Cuántos hombres que lo hubiesen hecho antes que él lo habían podido contar? La respuesta, si es que la había, tampoco le sirvió de consuelo. Sabía, mejor que nadie, que su vida pendía de un hilo, y que dependía de aquel fanático famoso por su ligereza a la hora de apretar el gatillo.

Lo había percibido en su mirada cargada de odio. Estuvo en un tris de pegarle un tiro en mitad del pueblo a plena luz del día, delante de sus propios convecinos. ¿Quién le aseguraba que mañana tendría la misma suerte que hoy? No era un hombre de acción. Había estado en el frente del agua unos pocos meses, pero se marchó al comprobar que aquel no era su sitio, y ahora, a un centenar de kilómetros escasos de la primera línea de combate, le iban a pegar un tiro por defender a otros.

Anastasio Castell, sentado justo enfrente, se mordía las uñas esperando a que el alcalde comenzase a desembuchar. Se reclinó hacia él, haciéndole un gesto con la cabeza para que empezase a hablar. Ninguno de los allí presentes, entre ellos Eladio Pampliega, Antonio Adán Adán, Victoriano Basanta, Santiago Cebolla o los hermanos Farago, había tenido el suficiente valor para personarse en la plaza para enrolarse en las filas de la 10.ª Brigada e ir a combatir a Brunete.

Una cosa era ser revolucionario de boquilla —pavoneándose día y noche, fusil al hombro, por el pueblo—, y otra muy distinta era meterse de lleno en la primera línea, esquivando a los francotiradores o a la artillería nacional. Vivían muy bien en Mejorada sin necesidad de emociones fuertes. Dejaban la defensa de la República en manos de aquellos que sí estaban por la labor de batirse el cobre de verdad. Ellos, allí sentados, preferían seguir bebiendo vino y viendo los toros desde la barrera.

Por eso, tras mucho debatir en asamblea, habían mandado a Guillermo Ortiz como avanzadilla para tantear el terreno. Ninguno más tuvo el valor suficiente para plantar cara a Valentín González. El alcalde, después de hacerse de rogar, expuso la situación sin medias tintas. «El Campesino vendrá mañana de nuevo.» Se oyeron protestas y alguna idea descabellada que otra, como liarse a tiros

unos contra otros. Algunos, si tenían que salir del pueblo, sería solo con los pies por delante. El alcalde, el más cabal de todos los allí reunidos, planteó de nuevo la solución: «Haremos como hoy. No se presentará nadie más que los temporeros gallegos y santas pascuas».

Así se decidió. Nadie, a la mañana siguiente, se presentaría a levas. El todopoderoso Campesino se quedaría, otra vez, con un palmo de narices. Solo en medio de la plaza. Ridiculizado de nuevo —y con esa ya serían tres las ocasiones— por los mozos del pueblo. Eso sí, Guillermo Ortiz debería volver a dar la cara delante del militar. Le tocaba bailar con la más fea otra vez.

* * *

El sol comenzaba a declinar cuando Isabel Pérez Adán regresaba a casa. Caminaba por las calles semidesiertas del pueblo con una sola idea: llegar a casa, cenar algo frugal y caer rendida sobre la cama hasta la mañana siguiente. Le dolía todo el cuerpo, estaba molida. La chiquilla, hija de Rufino Pérez —uno de los asaltantes a la iglesia Natividad de Nuestra Señora—, se había pasado buena parte del día arrodillada en el río, junto a otras mujeres de Mejorada, dale que te pego a la ropa sucia. Tenía las manos desolladas de tanto frotar. Usaba un jabón que olía a lejía y arrancaba hasta los remordimientos.

En medio del silencio que imperaba en aquella noche de verano, donde las altas temperaturas daban una pequeña tregua a los vecinos, Isabel oyó una fuerte detonación. Se quedó petrificada. Miró al cielo, buscando los aviones nacionales. Hacía meses que no sobrevolaban la localidad, desde que finalizó la batalla del Jarama, pero, aun así, prefirió estar segura por si tenía que echar a correr hacia uno de los refugios.

Una nueva deflagración, está vez más nítida, la hizo volver sobre sus pasos en dirección a una de las calles principales de Mejorada, la que llevaba hasta la iglesia. La chiquilla tuvo el tiempo justo de ver, antes de ganarse el exabrupto de un miliciano, cómo varios miembros del Comité Revolucionario se lanzaban a la

carrera hacia el templo, con sus rifles amartillados y listos para ser usados.

Abría la marcha Anastasio Castell, seguido de Victoriano Basanta y de Eladio Pampliega, quien iba en último lugar, tratando de no quedarse rezagado tras sus dos compañeros de armas. Un ferroviario, que dormía dentro de la iglesia, había robado una pistola, se había vuelto loco y había comenzado a disparar sin ton ni son. Disparó varias veces. Una de las balas decapitó a uno de los angelotes que decoraban el techo del templo, dejando únicamente las alas de la escultura.

La iglesia del pueblo, una vez expulsado don Patricio y asesinado Tomás Martínez Negro, comenzó a usarse para otros menesteres más sacrílegos. Se convirtió en cárcel para los enemigos de la República y también dio cobijo, durante meses, a los trabajadores de la línea de ferrocarril que debía unir Madrid y Valencia en plena guerra civil.

Esa línea férrea, conocida como Vía de Negrín —en honor al jefe del Gobierno republicano, impulsor de su construcción—, tenía como principal objetivo prolongar lo máximo posible la resistencia republicana al cerco franquista sobre la ciudad de Madrid, transportando soldados, cabezas de ganado y toneladas de abastecimientos, armas y vituallas para las tropas republicanas. El trazado, de 91,3 kilómetros, enlazaba la localidad madrileña de Torrejón de Ardoz con Tarancón (Cuenca), donde debía empalmar con la línea a Valencia, batida e interceptada en su primer tramo por el Ejército nacional con el propósito de asfixiar la capital de España. Y Mejorada del Campo era paso obligado para aquella línea.

Una vez alcanzaron la iglesia, los miembros del comité, a quienes se habían unido otros camaradas como Justo Pampliega —hermano de Eladio—, comenzaron a desplegarse tratando de abarcar todos los flancos. El ferroviario, según pudieron comprobar tras asomar la cabeza al interior del templo en varias ocasiones y así valorar la situación, se había hecho fuerte y tenía a varios de sus compañeros como rehenes. Anastasio Castell, junto con otro par de mozos, se subió a la tribuna que solía usar la señora

marquesa para escuchar los sermones del domingo. Era un sitio reservado exclusivamente para ella, para no juntarse con el populacho, y desde donde se tenía una vista panorámica de la iglesia por encontrarse en un punto alto.

Anastasio, sopesando la situación, sacó el cañón del rifle por la balconada, buscando el mejor ángulo de disparo. A su lado, Justo Pampliega, cuerpo a tierra, hizo lo propio. Tenían una sola oportunidad para neutralizar a aquel hombre, quien seguía blandiendo el arma de manera amenazante. Otro grupo de milicianos estaban parapetados detrás de las dos enormes puertas de madera que daban acceso al interior de la iglesia. Avanzar, sin convertir aquello en un baño de sangre, era una empresa harto complicada.

Se intercambiaron insultos y amenazas de muerte entre el ferroviario y varios de los miembros del comité, quienes le instaban a deponer las armas y salir pacíficamente, prometiéndole un trato justo y humano, si no quería dejarse allí la vida. Pero antes siquiera de que le diese tiempo a responder, se escucharon varias descargas de fusilería que reverberaron con estrépito en las paredes del templo.

Un silencio sepulcral se apoderó de la iglesia. Los milicianos que estaban escondidos en la entrada asomaron la cabeza a tiempo de ver cómo el hombre caía al suelo, a plomo. Miraron hacia arriba, de donde procedían los disparos. Castell, escoltado siempre por Justo Pampliega, se irguió en su atalaya con gesto de satisfacción. Corrió el cerrojo de su fusil con un golpe seco, haciendo saltar la vaina de la bala, que cayó al suelo. La boca del cañón aún humeaba.

Los miembros del comité extendieron una sábana en el suelo y entre cuatro hombres, cada uno tomando una de las extremidades del muerto, lo levantaron al vuelo para colocar el cadáver sobre el lienzo, que no tardó en llenarse de sangre. Lo sacaron y lo colocaron en un carrito. Llevaron el cuerpo a las afueras del pueblo. Lo arrojaron a una zanja, trajeron un bidón de gasolina, echaron combustible sobre el cadáver y le prendieron fuego. El ferroviario tenía los bolsillos llenos de balas, que

comenzaron a explotar al contacto con el fuego.

* * *

El Campesino se quitó la gorra de plato con su divisa de oficial, que le cubría la cabeza, protegiéndolo del sol abrasador. Sacó un pañuelo arrugado que guardaba en uno de sus bolsillos y se enjugó el sudor que le bañaba la frente. No se lo podía creer. Contó nuevamente a los hombres que tenía frente a él. Ocho. Los mismos de ayer, todos temporeros gallegos. Miró a Guillermo Ortiz, que permanecía impertérrito a su lado sin atreverse a mirarle, ni siquiera de reojo.

El alcalde, antes de dirigirse a la plaza del pueblo, donde estaban citados todos los mozos en edad de combatir, le contó, muy por encima, que la noche anterior hubo un incidente en el interior de la iglesia, con resultado de muerte, y varios miembros del comité se habían tenido que ausentar del pueblo al tener que personarse en Madrid para dar parte de lo sucedido. Del resto de los jóvenes no dijo absolutamente nada. Simplemente lo obvió.

Estaba claro que de allí el Campesino no iba a sacar absolutamente nada más. Chasqueó los dedos, ordenando a los hombres que formaban delante de él que rompiesen filas y se dirigiesen al camión que les estaba esperando para trasladarlos hasta Brunete. Desairado, se giró sobre sus talones sin despedirse de Guillermo Ortiz, quien se había quedado quieto en el sitio. Valentín González siguió caminando con la cabeza erguida hacia el vehículo. Los mejoreños se habían vuelto a reír de él.

# 8

# Anatomía de una historia

Sentarme a escribir siempre me ha dado una pereza máxima, tengo que reconocerlo. Soy más de trabajo de campo. Me motiva muchísimo más investigar, descubrir, escuchar, analizar, palpar... Pero, como en cualquier libro, llega un momento en que tienes que sentarte frente al ordenador y poner orden al batiburrillo de ideas que tienes garabateadas en el cuaderno —soy más de papel.

La primera duda que me surgió a la hora de ponerme a escribir fue: ¿cómo narro unos hechos de mediados de los años treinta del siglo pasado sin las voces de los protagonistas? Lógicamente, con el material que había ido recopilando en las entrevistas durante esos cuatro años (2018-2022), no sería capaz ni de escribir más de 50 páginas, siendo muy generoso. ¿Entonces? Tenía el primer problema y ni siquiera había empezado a escribir. Menos mal que tenía claro el título del libro.

Sobre mi mesa, como *sancta sanctorum*, tenía *No digas nada*, del periodista Patrick Radden Keefe. Un maravilloso ensayo que trata de desentrañar un asesinato cometido por el IRA en la Irlanda de finales de 1972. Leí la reseña del libro en un periódico e inmediatamente lo compré. De buenas a primeras, creí ver algunas similitudes entre nuestros dos libros: un asesinato, un periodista, una investigación.... Obviamente, era muy pretencioso pensar por mi parte que *El quinto nombre* pudiese llegar a ser una obra de culto como la escrita por Radden, pero sí que podía servirme de ejemplo a seguir a la hora de escribir.

Tras devorar el libro —se lo recomiendo encarecidamente, tengan o no conocimiento sobre el IRA— llegué a la conclusión de que tenía que jugar con la ambigüedad, como hace Patrick Radden

en determinados momentos, y llegar a poner en duda si lo que tiene el lector entre las manos es un ensayo o una novela.

A medida que iba escribiendo —sobre todo en la segunda parte del libro—, *El quinto nombre* empezó a hacérseme bola (espero que no les pase a ustedes lo mismo leyéndolo). No lograba seguir avanzando porque había llegado a un callejón que parecía no tener salida alguna, y comenzaba a estar aburrido por no poder avanzar ni un solo párrafo. No eran pocos los días en los que me sentaba delante del portátil y no era capaz de escribir, completamente bloqueado. No sabía cómo continuar tejiendo un relato que empezaba a deslavazárseme entre las manos, por ser incapaz de darle la puntada definitiva.

Por más que revisaba mis apuntes y los libros que inundaban mi escritorio, seguía en un punto muerto y la obra corría peligro. Sentí envidia de Patrick Radden por no tener fuentes primarias a las que acudir, ni tan siquiera documentación sonora o escrita en la que apoyarme. En mi caso solo había silencio... Me levanté de la mesa de mi despacho furibundo, apagué el ordenador y salí a dar una vuelta, desesperado. A pesar del intenso frío que hacía en Antequera, localidad donde vivo con mi mujer y mi hija, necesitaba salir a la calle, porque sentía que en casa empezaba a asfixiarme. Llevaba semanas agobiado con un proyecto que desde el principio creía que me venía grande y que había entrado definitivamente en barbecho.

Era la primera vez que me había involucrado en la investigación de un *true crime*, que no era mi fuerte. Era ilusionante, desde luego, pero no sabía ni por dónde empezar. Me empapé de libros de historia sobre la guerra civil. Leía todo lo que caía en mis manos que tuviese relación con aquel periodo negro de la historia de España, desde novela hasta ensayo, pasando por todos los artículos que encontré en internet que tuviesen alguna relación —aunque fuese muy lejana— con la historia que estaba escribiendo. Además, en Mejorada preguntaba aquí y allá, con la esperanza de encontrar a alguien que se convirtiese en mi faro entre la oscuridad que envolvía el crimen del sacristán.

Logré escribir la primera parte del libro con relativa facilidad.

Había conseguido tejer el principio de la historia —que tenía más de ochenta años de antigüedad— con mucha ayuda, esfuerzo y algo de suerte, logrando reconstruir los cuatro meses previos a aquel 5 de octubre de 1936, el día del asesinato de Tomás Martínez Negro. Había conseguido, además, averiguar quiénes fueron los autores materiales de la muerte del sacristán, cómo lo habían hecho y, sobre todo —y más importante—, por qué le habían dado el paseo.

¡Ya lo tenía! Fue lo primero que pensé cuando terminé de darle forma a los primeros quince capítulos del libro. La investigación había partido de un correo electrónico —un tanto críptico— y había logrado esclarecer los hechos, llegando incluso a conocer los nombres de los dos autores materiales del asesinato. Para un novato en el mundillo de los sucesos, no estaba nada mal. Además, mis pesquisas me habían llevado a saber qué ocurrió con cuatro de los cinco implicados en el crimen, gracias a los cientos de documentos que había ido recopilando durante los últimos años, apoyados por la treintena de entrevistas realizadas en Mejorada a los pocos testigos que seguían con vida.

Pero —siempre hay un pero— ¿qué diablos había ocurrido entre octubre del 36 y abril del 39, cuando fueron fusilados en Alcalá de Henares tres de los responsables del asesinato? Para esa pregunta no tenía respuesta, y era precisamente lo que me estaba empezando a martirizar. Había logrado desentrañar un crimen ocurrido en mi pueblo en plena guerra civil, pero la historia tenía una laguna de casi tres años porque era incapaz de saber qué habían hecho los implicados en ese periodo de tiempo. Ninguno de mis entrevistados, al narrarme cronológicamente los hechos, había podido esclarecer esa respuesta. Simplemente no lo sabían. Como era lógico, por otra parte.

En un primer momento se me ocurrió llenar ese hueco con historias sobre la guerra civil que había ido subrayando en los libros que estaban colocados en las estanterías de mi despacho, pero rápidamente desistí de aquella idea, por descabellada. Los lectores leen un *true crime* porque necesitan saber hasta el más mínimo detalle del crimen y de la investigación, no de la guerra

civil. Para eso ya tienen libros muchísimo mejor documentados que este y, obviamente, ni soy historiador, ni erudito en la materia, ni vidente. También pensé en dejar aquel hueco en blanco, pero denotaría falta de profesionalidad por mi parte... ¿Entonces? Ni idea, simplemente no sabía cómo continuar con el relato.

Pasaron semanas en las que la desesperación iba en aumento, al igual que la soledad ante las páginas en blanco de un relato que no sabía cómo continuar. Se acercaba la fecha de entrega y desde la editorial querían respuestas que siempre iban acompañadas —por mi parte— de excusas malísimas, he de decir. ¿Cómo resolver el problema de los vacíos en la historia del crimen? Obviamente, no podía inventármelo, porque al final la verdad siempre sale a la luz.

Entonces, ¿cómo resolverlo? Llamé a mi padre, quien se había convertido en ese faro que tanto necesitaba para poder continuar. «Si realmente te es imposible averiguar qué hicieron los implicados en el crimen durante ese periodo de tiempo... ¿por qué no conviertes el libro en una historia coral y explicas qué pasó en Mejorada o con otros mejoreños durante esos años? Sí, no tiene nada que ver con el crimen del sacristán, pero es una manera de resolver esa laguna y también de contar otras historias mínimas con las que puedas seguir avanzando hasta llegar al final de la guerra, que sí que tienes documentado. ¿Qué te parece?», preguntó mi padre con un intenso ruido de fondo. Ese día le tocaba revisión con el oncólogo en el Hospital de La Princesa.

Sentado frente al ordenador, abrí el cuaderno donde tenía todas las entrevistas y empecé a revisar las notas que había ido descartando meses atrás porque no aportaban absolutamente nada a la historia principal. Eran historias de vida, de unas vidas que se iban apagando porque muchos de sus personajes ya rozaban los 90 años. ¿Sería el momento de rescatarlas? Por qué no... Cierto era que me había sido imposible ubicar a los protagonistas principales del libro en el periodo de la historia que necesitaba para terminar de hilar *El quinto nombre*, pero podía convertir a todos esos mejoreños que me habían ayudado en personajes secundarios. Sería un bonito homenaje para todos los que desinteresadamente

se habían sentado a hablar conmigo.

Una de las cosas más curiosas que me encontré cuando comencé a darle forma al libro fue la ilusión con la que me recibían todos los ancianos con los que había quedado para hablar de la guerra civil. Para ellos, sin excepción, mi visita se convertía en una especie de ritual que trataban de cuidar hasta el más mínimo detalle. Había quienes me preparaban café con pastas, quienes se maquillaban para ir a la cafetería al lado de la iglesia, quienes me regalaron un pin de la República... Todos, sin excepción, me recibían de buena gana y se les hacía corta la visita, aunque esta hubiese sido de más de dos horas de duración.

Por primera vez fui consciente de la soledad en la que se encontraban muchos de ellos, solos durante la inmensa mayoría del día y con la televisión como única compañía. Mi visita, aunque esporádica, se convertía para ellos en motivo de alegría —a pesar de que fuese para recordar aquellos años de muerte, hambre y guerra—. Se podían tirar —fácilmente— horas y horas hablando de lo divino y de lo humano, porque eso era lo que necesitaban: ser escuchados. Para muchos de ellos mi presencia, semanal en algunos casos, se convirtió en motivo de alegría. Ahora, pasados unos años, me arrepiento de no haber grabado sus voces... y de tener solo sus palabras escritas en papel.

Todo esto, irremediablemente, me hizo pensar en las veces que no había querido escuchar a mi padre o me tomaba a broma sus historias —sobre todo las de la mili— que repetía hasta la saciedad los domingos en la sobremesa. Mi madre, uno de aquellos domingos, me dijo que ya estaba bien, que a mi padre —que se acababa de levantar de la mesa para irse al dormitorio— todas aquellas chanzas le dolían sobremanera. Ahora que se va apagando poco a poco, me queda un sabor agridulce por no haber cuidado esas cosas tan nimias pero a la vez tan importantes, como haberle prestado la atención que se merecía.

En uno de los innumerables viajes que he hecho en coche a Antequera con mi padre, nos pasamos los casi 600 kilómetros hablando —sobre todo de política—. Recuerdo que en un momento del trayecto él, emocionado, me tocó la mano izquierda para

agradecerme aquel viaje, en el que hablamos como nunca antes lo habíamos hecho. No sé en qué momento la barrera invisible que nos distanciaba se había derribado, pero allí estábamos los dos, hablando sin parar. Por desgracia ha tenido que aparecer un puto cáncer en nuestras vidas para hacernos ver las cosas importantes.

Hace unas semanas, durante un viaje de trabajo a Barcelona, me sorprendí a mí mismo visitando la iglesia de Santa María del Mar —Catedral del Mar, como se la conoce popularmente— para dejar una pequeña vela a los pies de una imagen, después de los consiguientes rezos. La sorpresa no fue por entrar a rezar, ya que lo suelo hacer con asiduidad, sino por el hecho de dejar aquella vela de color rojo. Normalmente es mi padre quien lo suele hacer, siempre.

Durante los 299 días que duró mi secuestro, en casa siempre hubo una vela encendida que no se apagó jamás. Mi padre compró cajas y más cajas, por miedo a quedarse sin aquella luz a la que se aferraban y que les daba esperanza. Ahora era yo quien acudía a aquel faro con la esperanza de que mi padre estuviese el mayor tiempo posible a mi lado y pudiese ver crecer a Ariana.

Puede que *El quinto nombre* no sea más que un quiero y no puedo comparado con *No digas nada* —¿les he dicho ya que lo deben leer sí o sí?—. Puede que no sea más que otro libro sobre la guerra civil o un nuevo *true crime* con un argumento diferente al resto, pero para mí está siendo la manera de pedir perdón a mi padre por no haber estado a la altura, por haberle juzgado como padre, por no haberle entendido, por no haberle dado el cariño que se merecía... Este libro está dedicado a mi abuelo Moro, pero realmente es a mi padre a quien dedico esta historia donde me he dado cuenta de que lo que menos me importa es la trama principal y lo importante es lo que subyace en las historias de vida.

# 9

# La quinta del biberón

A dos meses escasos de cumplir los 18 años, Antonio Baeza fue movilizado —junto con otros 30.000 adolescentes (algunos de los cuales no tenían más de 14 años)—, para luchar en una guerra que comenzaba a estar perdida. El Gobierno de Manuel Azaña, en una maniobra desesperada por revertir la situación, mandó a aquellos muchachos a combatir —y prácticamente a morir— a lugares como Merengue, Baladredo, el frente del Segre, los Pirineos leridanos o la batalla del Ebro. Aquella leva recibió el sobrenombre de la quinta del biberón. Dicen que Federica Montseny —exministra de Sanidad y Asistencia Social (1936-1937)— los bautizó así cuando los vio desfilar delante de ella. «¿17 años? Pero si todavía deben tomar el biberón.»

En la *Gaceta Oficial de la República Española* —que se editaba en Valencia desde noviembre del 36— apareció una nota donde se ordenaba la inmediata incorporación al Ejército republicano de todos los chicos que durante 1938 cumpliesen los 18 años. Se exigía, además, que se presentasen en el Centro de Reclutamiento, Instrucción y Movilización (CRIM) del Ejército Popular de la República situado en su zona territorial y también se pedía que «cada movilizado debería hacer su presentación llevando manta, calzado y cubierto; todo en buen estado».

A Baeza, aquel joven que al principio de la guerra logró colocar en la Casa del Pueblo aquel cartel que decía «Petrogrado venció y tú, Madrid, también vencerás si te levantas como un solo hombre», le tocó ir destinado a la 4.ª Brigada Mixta, 3.er Batallón, 3.ª Compañía. El jefe de la Compañía era Vicente Alcalde Butler, diputado de la República —por el Partido Socialista de Alicante—.

En su brigada cuatro chicos eran de Mejorada del Campo —Baeza, Vicente, Jaro y Pedro Adán—. El resto de los camaradas eran de sitios tan dispares como Alicante, Albacete o Extremadura.

El quinto biberón de Mejorada era Ramón de la Fuente Ortiz, pero él nunca llegó a salir del pueblo. Su madre, Agustina Ortiz Sierra, no estaba dispuesta a que uno de sus hijos muriese en una guerra que no era suya —y eso que la señora se consideraba «muy roja»—. Desesperada, actuó como lo hubiese hecho cualquier otra madre: recurrió al soborno. Y en un país que se moría de hambre —sobre todo en las grandes ciudades— usó aquel bien tan preciado —la comida— para comprar voluntades. Agustina entregó a un sastre, que venía de Madrid y tenía contactos en la oficina de reclutamiento, un jamón con el fin de que Ramón no fuese llamado a filas. El sastre hizo de intermediario. No se sabe con quién habló, pero Ramón se quedó en Mejorada mientras los otros cuatro marcharon a combatir por la República.

Los que no podían comprar su exención —la inmensa mayoría — debieron apechugar con su destino —o con su mala suerte, según se mire—. La preparación militar de estos adolescentes, que iban a ser enviados al frente a combatir contra legionarios, requetés, moros y falangistas que llevaban prácticamente dos años luchando, consistía en clases teóricas en un cuartel de Gran Vía —pasada plaza de España, en un antiguo convento—, en horas y horas de interminables caminatas y maniobras —por la zona de las 40 fanegas (pasado Chamartín)—. Y con eso ya estaban más que listos para ir a la guerra.

*Tú serás un glorioso estandarte*
*que naciste el 14 de abril.*
*Con la sangre de dos hombres vertida,*
*si es preciso morir, moriré.*
*Marcho triunfante, que en este día*
*la tiranía ya se acabó.*
*Marcha alegre por la victoria*
*que amor y gloria nos concedió*
*a este pueblo leal*

*que al fin logró vencer*
*y las cadenas logró romper.*
*Con ímpetu cantad,*
*con ímpetu cantad,*
*gritando viva la libertad,*
*gritando viva la libertad.*
*¡Viva la Republica!*

A los jóvenes del batallón en el que iba Antonio Baeza los hicieron desfilar desde Las Ventas hasta la Gran Vía cantando *A la bandera.* El pueblo de Madrid se echó a la calle para verlos pasar. Los vitoreaban como auténticos héroes. La gente llenaba la calle Alcalá, Manuel Becerra, Gran Vía... Iban camino de las trincheras de la Casa de Campo, donde estaba desplegada la 4.ª Brigada —una de las más veteranas en ese frente de combate—. Eran niños camino de la guerra.

El frente de la ciudad de Madrid llevaba estable desde noviembre del 36. Las escaramuzas eran habituales, pero sin victorias reseñables. El Ejército de Franco mantenía, con esfuerzo, sus posiciones en el Hospital Clínico y en la Casa de Campo, a pesar de las acometidas republicanas. Cerca de 35.000 hombres —entre ambos bandos— combatían en una guerra de trincheras que duraría hasta el 28 de marzo de 1939, prácticamente el final del conflicto. Los sacaron rápidamente del frente para enviarlos a combatir a la carretera de Aranjuez, donde había varias unidades fascistas con intención de tomar las localidades de Seseña y San Martín de la Vega. Querían cercar Madrid, pero la unidad de Baeza consiguió repeler el ataque.

Así comenzaba el peregrinaje del joven Antonio por la geografía española. De frente de combate en frente de combate: de Puente del Arzobispo (Toledo) a Cabeza del Buey y Castilblanco (ambos municipios en Badajoz). Los movían siempre de noche, en camiones de transporte de tropas. Iban con las luces de los vehículos apagadas para evitar que el enemigo los viera —sobre todo los aviones— y les disparara. Aprovechaban las noches de luna llena para ir de una localidad a otra. Llegaron a las dos de la

madrugada a Castilblanco —el pueblo se había levantado contra la Guardia Civil—. Todos salieron a recibirlos. Les dieron agua y pan, ya que los muchachos estaban sedientos y hambrientos. Allí permanecieron un par de horas antes de continuar hacia Herrera del Duque y Peloche.

Unos pocos meses fueron más que suficientes para curtir a Baeza. Nada quedaba ya de aquel adolescente que partió de Mejorada del Campo siguiendo los pasos de sus dos hermanos mayores: Eustaquio y Santiago, también enrolados en el Ejército republicano y que al principio de la guerra lo habían obligado a bajarse del camión que iba al frente. Poco a poco, a sus 18 años recién cumplidos, comenzaba a labrarse un nombre dentro de la 3.ª Compañía del 3.er Batallón de la 4.ª Brigada Mixta. Una noche —de las muchas que pasó en el frente— participó en una incursión en el Cerro de la Atalaya junto con el capitán de la Compañía, el comisario político y seis soldados más. Fueron orillando el cerro que estaba lleno de arbustos de jara, que eran muy pegajosos. Al llegar encontraron un huerto con sandías y melones, pero aún no habían madurado. Tuvieron que hacer un pequeño alto en el camino porque a Baeza se le rompieron las botas durante la caminata. Luis Rodríguez Serrano, un camarada de la Compañía, le dio piel de oveja que usaba para dormir para que se forrara los pies para poder continuar. Una vez llegaron a su objetivo, el capitán dio la orden de asalto, calaron bayonetas y asaltaron las posiciones nacionales. La lucha fue cuerpo a cuerpo, a muerte. Consiguieron hacer un prisionero para que lo interrogasen los mandos republicanos. Nunca más lo volvieron a ver.

Su destreza en el cuerpo a cuerpo —sobre todo con la bayoneta— y su temeridad —no había misión que se le resistiese— le hizo ganarse la confianza de los mandos, que no dudaban en encomendarle misiones prácticamente suicidas. En Peloche tenía la responsabilidad de infiltrarse todas las noches tras las líneas enemigas, sobre todo las noches sin luna. Iba siempre solo. Mientras, otros seis camaradas se disfrazaban con uniformes que habían robado a los nacionales… o que les habían quitado a los muertos. Su misión era sembrar el caos con golpes muy rápidos y

precisos. Baeza siempre iba de avanzadilla para facilitarles el avance hasta el pueblo.

Tras meses de inactividad en el frente de Extremadura, el general franquista Queipo de Llano se dispuso a terminar por la vía rápida la conquista del oeste peninsular y lanzó una feroz ofensiva contra posiciones republicanas. Las tropas nacionales no encontraron, a su paso, mucha resistencia. Los soldados republicanos no estaban ni fogueados en combate ni bien equipados, y al no recibir refuerzos fueron fácilmente superados por las cinco divisiones enviadas por el general nacional, que no tardaron en llegar a la localidad de Campanario. Allí, el mejoreño Pedro Adán, que estaba cansado de la guerra, decidió pasarse a los nacionales y una noche saltó del parapeto hasta que consiguió llegar al otro lado. Ambas trincheras estaban separadas por escasos cien metros. Adán pensó que la marquesa de Hinojares intercedería por él, que le ayudaría, porque su padre era guardés de una de sus fincas en Mejorada. Pero se equivocaba. Estuvo años detenido en un campo de concentración franquista. Al terminar la guerra, cuando el resto de los mejoreños volvió al pueblo, su madre preguntó por él... y los supervivientes no tuvieron más remedio que decir la verdad: que se había *pasao*.

Los nacionales seguían sin hallar resistencia y, una tras otra, iban conquistando las ciudades, los pueblos y las aldeas que encontraban a su paso: Don Benito, Villanueva de la Serena, Castuera... «El enemigo que opuso resistencia a nuestro avance en varios pueblos fue arrollado y deshecho, habiéndose recogido los cadáveres de cuatro oficiales y 147 milicianos rojos y haciéndose más de 200 prisioneros, entre ellos un capitán», se podía leer en la crónica publicada en el diario *Hoy* el 13 de agosto de 1938.

En Peloche, la brigada de Baeza tuvo fuertes combates contra los nacionales. Llegaron a romper las líneas y empezaron a lanzar bombas de mano sobre las posiciones del 4.º Batallón de ametralladoras. Estaban tan cerca los unos de los otros que se acuchillaban con la bayoneta, convirtiendo el combate en una auténtica carnicería. Los nacionales habían intentado más asaltos, pero hasta entonces los republicanos siempre los habían barrido

con las ametralladoras. Después de cuatro días de lucha, los republicanos comenzaron a recoger los cadáveres, que estaban por todos lados, incluidos los nacionales. Era verano y el olor era insoportable. Los amontonaron como buenamente pudieron y les prendieron fuego.

La batalla del Ebro volvió a enfriar el frente de Extremadura hasta el 5 de enero de 1939. Faltaban tres meses para el final de la guerra civil cuando tres cuerpos del Ejército republicano, al mando del general Escobar, lanzaron una fuerte ofensiva contra las tropas comandadas por Queipo de Llano. Los republicanos lograron romper el frente enemigo, ocupando una extensa zona entre Córdoba y Badajoz. El objetivo final era cercar las localidades de Castuera y Cabeza del Buey, y provocar el derrumbe del frente enemigo. Se trataba de una ofensiva —posiblemente de las más ambiciosas— que llegaba cuando la República agonizaba. Empezó el combate en Campanario. Baeza y sus camaradas comenzaron a disparar para atraer al enemigo y así conseguir abrir una brecha en sus líneas. Mientras, los republicanos avanzaban en camiones que tiraban de las piezas de artillería, pero al segundo día comenzó a llover y se quedaron atascados por culpa del barro. Nunca consiguieron llegar a Portugal, que era el objetivo de la Compañía, y la cosa se calmó hasta que acabó la guerra.

El 31 de marzo de 1939, Antonio Baeza se encontraba, como casi siempre, en el frente de combate cuando uno de sus superiores requirió de su presencia. El comandante del batallón le ordenó transmitir a los demás mandos una orden: «Mañana, de madrugada, deben retirarse todos los hombres de los frentes. La guerra se ha terminado». Baeza, estupefacto, miraba a su superior. «Hoy es un día de alegría y de risas. Ojalá cuando lleguemos a casa no se conviertan en lágrimas. ¡Viva la República!» Mientras salía de la tienda a cumplir el encargo, vio como el oficial se vestía con su uniforme de gala. «Es el último día que podré vestir con el uniforme de la República», le dijo.

* * *

Muchos de los hombres estaban emocionados con la idea de poder regresar a sus hogares y ver a sus familias después de varios años de ausencia, pero la vuelta a casa no iba a ser sencilla. De Campanario salieron 20 hombres, tres de ellos de Mejorada. En Herrera del Duque, Baeza lanzó el fusil al río para deshacerse del arma. Los nacionales, tras el fin de la guerra, comenzaron a buscar a los soldados republicanos para ajusticiarlos en caminos, carreteras o sombrados... los estaban buscando para matarlos, así que empezaron a evitar las carreteras y los caminos, e iban por las afueras de los pueblos.

Llegaron a un pueblo desde el que salía un tren con requetés y falangistas. Allí los nacionales asesinaron a ocho de los camaradas que iban con Antonio. El resto consiguieron huir... Siguieron la vía del tren y caminaron con idea de llegar a Ciudad Real, pero se equivocaron y acabaron en Almadén (Castilla-La Mancha). El pueblo estaba lleno de moros y de nacionales. Les robaron absolutamente todo lo que llevaban encima. Vicente, uno de los mejoreños, tenía un anillo, y querían cortarle el dedo para quitárselo, pero un alférez nacional intercedió para evitarlo.

Después de librarse de morir acribillados en Almadén, el grupo —o lo que quedaba de él— continuó con su agónica marcha por la estepa manchega. Se dirigieron a Alcázar de San Juan. Una persona, no se sabe más, los escondió en su casa: «Os vais a quedar aquí —les dijo—, que esto está lleno de soldados de Franco borrachos y solo pegan tiros». Pasaron allí la noche y a la mañana siguiente aquella persona los acompañó —jugándose la vida por ellos— hasta Ciudad Real.

Allí los detuvieron y los metieron en un corral. Había un vigilante que daba doce pasos para un lado y quince para el otro. Los soldados se quitaron las botas y se fueron escapando todos, uno por uno; Baeza fue el último. De haberse quedado, los habrían fusilado por la mañana. En aquellos días la muerte era lo habitual para los republicanos.

La odisea continuaba. De Ciudad Real a Miguelturra, donde también tuvieron la suerte de recibir ayuda. Una mujer que trabajaba en el campo les llenó las cantimploras y les dio pan con

aceite. Allí hicieron noche. Hacía muchísimo frío, por lo que no tuvieron más remedio que dormir todos juntos para tratar de entrar en calor. Al amanecer salieron hacia Alcázar de San Juan. A última hora de la tarde, entraron en la estación por la puerta de atrás y se toparon de frente con el vigilante: «No podéis estar aquí, los legionarios están fusilando a gente», les advirtió enseguida. Aquel hombre les ayudó escondiéndoles en un vagón de un tren que partía hacia Madrid.

Se trataba de un tren de mercancías abarrotado de mujeres y niños... Antonio Baeza y los pocos compañeros que aún seguían con vida pasaron toda la noche de pie porque no tenían sitio ni para sentarse. Por la mañana el tren comenzó a moverse. Tardaron varios días en llegar a Atocha. «No nos teníamos en pie —me contaría Baeza muchos años después—. Estábamos llenos de piojos y sucios e íbamos con la misma ropa con la que salimos del frente.»

Baeza llevaba —al igual que sus otros tres compañeros— más de un año lejos de Mejorada del Campo, y solo pensaba en volver a casa. Pero Vicente y Jaro lograron convencerlo para tomar unos chatos de vino en una taberna de Vallecas. Cogieron el metro y se toparon de frente con unos moros. Tenían por lo menos a 20 detenidos. Los jóvenes mejoreños trataron de escapar, pero comenzaron a gritarles: «¡Paisa, para o te mato!». Los arrestaron a los cuatro y los llevaron detenidos al Estadio Metropolitano, donde jugaba antiguamente el Atlético de Madrid. El campo estaba lleno de soldados y de republicanos detenidos. Los moros eran los encargados de custodiarlos. Habían colocado varias ametralladoras en las tribunas por si alguien intentaba huir.

Pasaron la noche acurrucados en una de las tribunas del estadio. Al despertar, Baeza se dio de bruces con un policía republicano casado con una mejoreña. Tras los saludos iniciales el policía le hizo una advertencia: «Si alguien dice vuestro nombre no os presentéis. Se os llevan para fusilaros».

Todas las mañanas, al despuntar el sol, sacaban un carro lleno de hombres que habían perecido de frío durante la noche. El panorama era dantesco: miles de hombres esperando para ir a morir contra una tapia. Estuvieron detenidos en el estadio hasta

mayo. Finalmente los liberaron y fueron caminando hasta Ventas. Allí, un conductor se apiadó de ellos y los subió a su camión, dejándoles en Torrejón de Ardoz. Y desde allí hasta Mejorada, andando. Unos 10 kilómetros.

Llegaron a Mejorada de madrugada. Sus otros dos camaradas se fueron a sus casas. Cuando Antonio Baeza apareció en la suya, su madre se asustó. Después de tantos meses sin noticias de su hijo pensó que había muerto, como tantos otros jóvenes de la quinta del biberón. Después de darle de comer, la buena mujer le comentó que la Guardia Civil se había personado en más de una ocasión en la casa buscando a su hermano Santiago y a él. Al parecer, según pudo saber, uno del pueblo se había dedicado a denunciar a todos los republicanos. Baeza aquella noche, agotado por el larguísimo viaje, se echó en su camastro —con ropa y todo— y cayó derrotado. A la mañana siguiente se personó en el cuartelillo, donde los guardias le desnudaron, le interrogaron y le hicieron una ficha. Desde entonces, tuvo que personarse todos los días en el cuartel.

# 10

# La denuncia

María Cruz Bermejo se apartó en el último momento, evitando así que un tranvía que bajaba a toda velocidad por la calle Toledo la arrollase. «¿En qué estaría pensando?», se dijo aún sin poder recuperarse del todo del susto que se acababa de llevar. Un viandante, que había presenciado toda la escena desde el otro lado de la calle, se acercó corriendo a preocuparse por su estado. «Se me ha ido el santo al cielo, caballero. Discúlpeme», respondió agradecida. El hombre, tras cerciorarse de que realmente estaba bien, se despidió y continuó su camino, perdiéndose por una de las calles colindantes.

La mujer, aún con el corazón palpitando del susto, continuó subiendo en dirección al Portal de Cofreros, que estaba a menos de un centenar de metros de donde se encontraba, y por donde tenía pensado acceder a la plaza de la Constitución (actual plaza Mayor) de Madrid. Tenía una cita importante. Miró el reloj de pulsera que le regaló en un aniversario Tomás. Llegaba tarde, y nunca le había gustado hacerse esperar.

Caminaba cabizbaja y pensativa, sumida en sus propias tribulaciones. Era la primera vez que visitaba la capital de España desde la muerte de su esposo. La última fue antes de la guerra, hacía muchos años. Tomás aún estaba vivo. Los niños eran muy pequeños y los dejaron en Valladolid, con sus padres. Fueron al cine y a comer un bocadillo de calamares muy cerca de donde ahora se encontraba. Le encantaba pasear por las calles de Madrid cogida del brazo de su marido. María Cruz suspiró apesadumbrada mientras se iba acercando a la plaza de la Constitución. Pasó, sin echarle cuentas, bajo un enorme cartelón blanco que colgaba de

lado a lado de la calle Toledo, donde se podía leer en grandes letras negras: «¡No pasarán! El fascismo quiere conquistar Madrid. Madrid será la tumba del fascismo».

A pesar del coraje y arrojo que insuflaba esa proclama, la realidad era totalmente distinta. En aquella primavera de 1938, en Madrid —y buena parte de la España republicana— la moral y los ánimos eran de abatimiento y derrota. El Ejército franquista se había hecho con la mayor parte del norte de la península ibérica, un paso fundamental para cambiar definitivamente el signo de la guerra. Además, los nacionales avanzaban triunfantes por el frente de Aragón —el 21 de febrero los republicanos abandonaron Teruel después de tres meses de encarnizados combates, dejándose 60.000 muertos por el camino—. Y, para colmo, la República tenía que enfrentarse a una grave crisis económica.

La guerra se alargaba, iba ya por su tercer año. Había tantos cadáveres en ambos bandos, que ya ni se podían contar. Así que la noticia sobre el asesinato de un joven sacristán en un pequeño pueblo a las afueras de Madrid, y el modo en el que se había producido, pasó sin pena ni gloria entre las autoridades republicanas. A fin de cuentas, era un muerto más en medio de la escabechina revanchista de aquella España guerracivilista.

A pesar de ello, María Cruz, testaruda como era, siguió con la firme intención de ver sentados ante un tribunal a todos los responsables del asesinato de su marido. Loca, la llamaron, cuando planteó la cuestión. En medio de aquella encarnizada guerra civil, ¿quién le iba a echar cuentas a la muerte de Tomás, por muy trágica que hubiese sido? Cada día había cientos de asesinatos a sangre fría. ¿Por qué un tribunal republicano habría de centrarse en su caso? ¿Por qué no se quedaba en casa y se dedicaba a sus tres hijos, como debían hacer las mujeres de bien? A María Cruz se la llevaban los demonios cada vez que alguien le espetaba alguna de aquellas frases vacías de sentimiento que más bien sonaban a excusa barata.

La impunidad con la que habían actuado los miembros del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo, junto con la actitud cómplice de las autoridades del pueblo, la estaba matando

en vida. No descansaría hasta que alguien hiciera justicia. Llamaría a todas las puertas, recurriría al mismísimo diablo, si hiciese falta. Pero estaba convencida, y eso pedía en cada una de sus plegarías, de que al final alguien terminaría por escucharla.

Aquella primaveral mañana de 1938, María Cruz Bermejo, con más miedo que vergüenza, y sin estar segura del devenir de los acontecimientos, dejó a sus tres hijos en casa de su padre, don Félix, en su Tordesillas natal, donde llevaba viviendo cerca de un año, desde que consiguió escapar de Mejorada del Campo aquella madrugada de 1937.

En el umbral de la casa, de pie, tiesos como palos de escoba, María, Leonisa y Emiliano, el más pequeño de sus tres hijos, se habían despedido de ella con lágrimas en los ojos. Los críos, temerosos de quedarse huérfanos también de madre, le habían hecho prometer que regresaría al pueblo lo antes posible. A María Cruz, a pesar de su determinación, viéndolos allí de pie, se le rompió el corazón en mil pedazos. ¿Hacía bien yéndose a Madrid? Los dejaba en buenas manos, eso seguro, pero ¿y si le pasaba algo a ella? Seguía habiendo una guerra en gran parte de España y, por lo que escuchaba en la radio, en Madrid los bombardeos eran el pan nuestro de cada día. Le entró miedo de no volver a verlos. Y, por un segundo, se arrepintió de irse.

En la estación de Valladolid, las piernas le temblaron de miedo. Aún estaba a tiempo de darse la vuelta y volver a casa con sus hijos. Nadie se lo iba a reprochar, al contrario. Miró el billete de tercera clase que había adquirido en la taquilla. Era ahora o nunca. No tendría otra oportunidad para hacerle justicia a la memoria de su marido.

Tomó el primer tren de la mañana con destino a Madrid. Tenía por delante un larguísimo trayecto hasta llegar a la capital de España. Se recostó sobre su asiento y trató de adormilarse. Se aferró al pequeño bolsito que llevaba con ella, donde guardaba el poco dinero que tenía para pagar la pensión y el billete de vuelta a Valladolid. El sueño, finalmente, pudo con ella. Tenía por delante 255 kilómetros, hasta llegar a la estación de Ariza (Zaragoza), donde debía apearse y tomar un segundo tren a Madrid.

La guerra civil también había afectado a la red de transportes. Los nacionales controlaban 1.223 kilómetros de vías férreas (un tercio del total); mientras que el Gobierno republicano aún tenía bajo su mando las dos terceras partes. La estación de Ariza se había convertido en uno de los nudos de comunicación más importante dentro de la España franquista. Desde allí salían trenes hacia el norte, noroeste y sur del país, convirtiéndose en una arteria fundamental tanto para el transporte civil —como era el caso—, como para el militar.

Ya en Madrid, María Cruz miró nerviosa su reloj. ¿Dónde estaban? Llevaba un buen rato esperando en el lugar exacto que le habían dicho, justo al lado del castillete de obra que el Gobierno republicano había levantado para proteger de posibles bombardeos la estatua ecuestre de Felipe III. «¿Se habrán arrepentido?», sopesaba mientras miraba en todas direcciones con la esperanza de verlos aparecer.

La mujer vestía un sobrio traje de dos piezas en tono gris y unas medias de color café. Jugueteaba con los dos anillos de casados que tenía en el dedo anular de la mano derecha. El suyo y el de su marido. Se aferraba a ellos, temerosa de que la fuesen a asaltar a plena luz del día. Miraba a su alrededor y solo veía pobreza y desolación. Viudas cargando recién nacidos en brazos a quienes los mocos les colgaban como lamparones, mutilados por las bombas nacionales apoyados en muletas, niños de aspecto raquítico pidiéndole unas monedas sueltas con las que poder comprar algo que llevarse a la boca.

La hiperinflación comenzaba a ahogar la zona republicana, donde el coste de la vida se había multiplicado por tres desde el inicio de la guerra. El Gobierno, presidido por Juan Negrín, se vio en la necesidad de racionar los alimentos a la población civil: 150 gramos diarios de harina, judías, arroz o lentejas. Los fallecimientos por desnutrición de niños y ancianos se duplicaron en 1938. El hambre comenzaba a ser un problema acuciante en la España republicana. Y, para colmo, las tropas nacionales habían iniciado una feroz ofensiva contra Valencia.

Nicolás Gallego y Lázaro Martínez finalmente aparecieron por

los soportales de la plaza de la Constitución. Entraron por el Arco de Cuchilleros caminando acompasados. María Cruz los reconoció desde lejos. Había coincido con ellos en la iglesia de Mejorada del Campo después de la homilía de los domingos. Fueron de los pocos vecinos que se preocuparon tanto por ella como por su hija María después del asesinato de Tomás. Y no dudó en recurrir a ellos una vez más cuando se presentó la oportunidad.

Cuando los dos hombres llegaron a la altura de la viuda del sacristán, la saludaron de manera breve y fría. Se les notaba tensos e incómodos ante aquella situación en la que se habían visto envueltos sin proponérselo. Entendían perfectamente su desesperación a la hora de querer hacer justicia; comprendían su frustración al ver a los asesinos de Tomás paseando libremente por el pueblo; empatizaban, incluso, con su dolor por la pérdida de su marido, a quien tenían en muy alta estima. Pero a ellos les había puesto en un compromiso.

Una cosa era ayudarla para que ella y su hija mayor pudieran salir adelante tras la muerte de su esposo. Lo hacían más por él que por ella, todo sea dicho. Tomás era una bellísima persona: comprometido con los críos del pueblo, a quienes no dudaba en acoger en su propia casa para darles clases; nunca tenía una mala palabra con nadie; siempre dispuesto a ayudar… No se merecía acabar como acabó, pero así son las guerras, al fin y al cabo, injustas. Las buenas personas, como era el caso de Tomás Martínez Negro, siempre se acaban llevando la peor parte. Sintieron su pérdida, desde luego, tanto como ella, pero debía ser consciente de la tesitura en la que los había puesto pidiéndoles que declarasen como testigos de los hechos acaecidos en Mejorada del Campo aquel fatídico mes de octubre de 1936.

Puede que María Cruz y sus tres hijos estuviesen a salvo en Valladolid, en zona nacional, donde nadie iría a buscarla. Pero ellos continuaban viviendo en el pueblo, al igual que los responsables del asesinato de Tomás. Se cruzaban con los miembros del Comité Revolucionario día sí y día también. Si se llegaba a saber que alguno de los dos había declarado en su contra o les acusaban de estar involucrados en el asesinato, correrían la

misma suerte que el sacristán. Ellos, y casi con toda seguridad sus familias, serían ajusticiados en señal de venganza por haberlos delatado. ¿Quién les aseguraba que sus declaraciones no llegarían a manos del presidente del Comité Revolucionario? Justo Basanta era una persona influyente y con contactos. ¿Qué sería de ellos si se enteraban de lo que estaban haciendo? ¿Quién les aseguraba que Eladio Pampliega o Anastasio Castell no les iban a descerrajar un tiro en la cara? En fin... demasiadas preguntas e hipótesis, pero tan solo una verdad absoluta: sus vidas estaban en peligro.

Cuando la viuda de Tomás contactó con ellos, aceptaron. No tuvieron más opción, no se podían negar. ¿Cómo hacerlo? Pero hubiesen preferido que aquella mujer no hubiese vuelto a aparecer en sus vidas. ¿Tanto costaba dejar las cosas como estaban? La guerra, a todas luces, no duraría mucho más. Al final, los nacionales acabarían ganando. Ya habría tiempo entonces para ajustar viejas cuentas. Pero ¿ahora? ¡Por amor de Dios! Aquella mujer había cometido un disparate.

María Cruz, nerviosa, sujetaba fuertemente el asa de su bolso mientras miraba a la mecanógrafa teclear a toda velocidad las respuestas que ella iba facilitando, preguntada por el juez: «Fue detenido por el comité de Mejorada en su casa el 4 de octubre de 1936, donde en un coche que fue a Madrid se lo llevaron para fusilarlo». María Cruz sintió un pellizco cuando tuvo que relatar los acontecimientos que vivió aquella fatídica madrugada. No pudo contener las lágrimas parando de tanto en cuanto en su relato. «El presidente del citado comité dijo a la declarante después de llevárselo en el coche que se iba para no volver más.»

A su lado, tanto Nicolás Gallego como Lázaro Martínez se revolvieron en sus sillas cuando María Cruz señaló directamente a Justo Basanta como cabecilla y máximo responsable de haberse llevado a su marido. Sabían que aquello era prácticamente una condena a muerte.

Ellos no fueron tan expeditivos a la hora de señalar a los responsables directos del asesinato del sacristán. Prefirieron guardarse las espaldas ante posibles represalias: «Según versiones que circulaban a los pocos días de haberse realizado dicho

asesinato, saben que componentes del comité procedieron a la detención del difunto y al día siguiente de detenerle se lo llevaron ignorando la dirección, pero sí se sabe fijamente que fue asesinado en el punto denominado la Yesería de Cuenca».

Mientras la secretaria judicial iba transcribiendo sus declaraciones podían notar, en la nuca, los ojos llenos de ira de María Cruz. De buena gana aquella mujer se hubiese levantado y les hubiese abofeteado después de decirles cuatro cosas a la cara, pero se contuvo. La entendían perfectamente, pero ella debía también entenderlos a ellos. Se estaban jugando la vida y podían llegar hasta ahí. Bastante habían hecho certificando que fueron los miembros del comité de Mejorada quienes se llevaron a Tomás aquella mañana, pero bajo ningún concepto iban a cargarles directamente con el muerto.

A la salida del juzgado no intercambiaron palabra alguna con la viuda del sacristán. No les agradeció haber acudido a declarar. Ella les dio la espalda, decepcionada por su actitud cobarde. Nicolás y Lázaro la vieron marchar calle abajo. Ninguno de los dos dijo palabra alguna en el viaje de regreso a Mejorada del Campo. En su cabeza, una pregunta: ¿lo pagarían con su vida?

# 11

# La República se derrumba

Santiago Baeza caminaba cabizbajo por el arcén, arrastrando sus desgastadas botas por el asfalto de la carretera, que se había convertido en un barrizal. Era poco más que un montón de piel y huesos. Sus ojos hundidos y sus pómulos salientes, en una cara que se asemejaba a una calavera, escondían a un espectro que deambulaba por los márgenes del camino. El fusil, colgado sobre su hombro derecho, le obligaba a caminar encorvado. Sus pies estaban al borde de la congelación y, para colmo, lloviznaba, lo que hacía más pesada, si cabe aún, la marcha hasta la frontera con Francia. Poco, por no decir nada, quedaba de aquel mozo que se unió al Comité Revolucionario de Mejorada del Campo en los primeros compases de la guerra civil.

Sorteaba como podía la nieve manchada de barro e inmundicias acumuladas en los márgenes de la carretera por las ruedas de camiones cargados hasta los topes de refugiados, de coches particulares o de carretas tiradas por caballos al borde de la extenuación. El mejoreño fijó su mirada en las maletas y otros enseres que iban quedando atrás, abandonadas por todos aquellos que, como él, huían del régimen de Franco. ¿Qué contendrían? ¿Qué habría sido de sus dueños? Prefirió no pensar en ello y continuó caminando con enorme desaliento. Fue sorteando coches sin gasolina, bultos, ropa, juguetes y muertos que se iban amontonando en los márgenes de aquella siniestra carretera, como si se tratasen de las baldosas amarillas que guiaban a Dorothy en *El maravilloso mago de Oz*.

Herbert Matthews, corresponsal del diario *The New York Times*, publicó, el 5 de febrero, una crónica sobre aquella caravana

de desventurados que se dirigían a Francia. «Todas las carreteras secundarias, todos los campos y todas las colinas eran un hormiguero de miles y miles de desventurados caminando hacia la frontera», escribió Matthews. Durante aquellos fatídicos días hubo mujeres que dieron a luz junto a la carretera, recién nacidos que murieron de frío y niños que perecieron pisoteados. Así de siniestra llegó a ser aquella romería hacia el exilio.

Santiago se levantó las solapas de su raído abrigo militar, tratando de protegerse el cuello del aire gélido que azotaba aquella caravana de almas en pena y de parias de la tierra. Miró hacia atrás. Allí, a paso lento y pesado, otros seis mejoreños de aspecto igualmente deplorable trataban de encoger el cuello como si fueran tortugas para que el viento y la lluvia no los castigasen en exceso. Bastantes penurias llevaban ya encima como para que ahora las inclemencias del tiempo acabasen venciéndolos. Aquellos siete hombres, derrotados, formaban parte de las decenas de miles de españoles que huían a la vecina Francia. Eran los perdedores de una guerra que estaba a punto de morir. Se veían expulsados a la fuerza del país que los había visto nacer.

Baeza, todo un comandante del Ejército republicano —había combatido en el Jarama, en el Ebro, en el Cerro de la Muela (Teruel), en la defensa de Barcelona…—, estaba derrotado, hundido, humillado y forzado al exilio. Era el vivo ejemplo de una República que se disolvía como un terrón de azúcar en una cucharilla de café. Sus ilusiones, sueños y aspiraciones habían muerto, al igual que su esperanza por conseguir la victoria en una guerra en la que había visto morir a centenares de camaradas. Ahora, camino del paso fronterizo francés, donde le despojarían de su dignidad, recapacitaba sobre cómo habían llegado hasta este punto. Entre sus tormentos, tenía una sola certeza: no sabía cuándo iba a volver a pisar su país.

Santiago cruzó a Francia con lo puesto y se lo quitaron absolutamente todo. Los guardias fronterizos parecían aves de rapiña abalanzándose a por su fusil, a por su pistola, revisando los bolsillos de su abrigo apolillado para ver si encontraban algo de valor… Después lo metieron en un campo de concentración, junto

con miles de españoles más. Siempre estuvo acompañado de los otros seis mejoreños. Trataron de no separarse nunca para hacer piña y poder cuidarse los unos a los otros.

Los republicanos no solo habían perdido la guerra —aunque aún quedaban meses de lucha—, sino que, además, eran humillados por los franceses, quienes el 12 de noviembre de 1938 aprobaron un decreto para encerrar a cualquier extranjero indeseable. Enrique Líster, general republicano, en sus memorias recuerda la humillación a la que se vieron sometidos muchos de sus hombres: «Era terriblemente doloroso e injusto que combatientes curtidos en tres años de continuo pelear tuvieran que entregar sus armas para ser conducidos a campos de concentración».

Los franceses comenzaron a ubicar a los republicanos —440.000 hombres— en improvisados campos de internamiento en zonas cercanas a la frontera con España, como Gurs, Argelès-sur-Mer, Saint-Cyprien, Barcarès, Rivesaltes, Vernet d'Ariège, Septfonds... Las condiciones de vida eran extremas. En muchos de esos campos, los prisioneros dormían a la intemperie —en pleno invierno— sin poder encontrar cobijo ni en barracones ni en tiendas de campaña. Los guardias franceses apenas daban alimentos a los republicanos, y nunca les ofrecieron agua potable o ropa de abrigo. Más de 15.000 españoles murieron en las primeras semanas por culpa del frío o de enfermedades varias. Miles de soldados que venían de combatir en la defensa de Cataluña fallecieron a causa de sus heridas por falta de asistencia médica. «Cuando el viento soplaba muy fuerte la arena se acumulaba en las paredes. Por la mañana, todos estábamos cubiertos de varios centímetros de arena. [...] Al principio no había baño. Era desesperante. Bebíamos agua bombeada de la orilla del mar; aunque luego encontraron soluciones, como cisternas. Mis hermanos y hermanas tuvimos la suerte de no enfermar», recordaba Antonio de la Fuente en el diario *Libération*.

Santiago se había zurcido en el interior de su abrigo, que fue despreciado por los guardias franceses, un doble fondo donde escondió su documentación y algo de dinero republicano. Con lo

poco que pudieron reunir entre los siete mejoreños, pudieron comprar en el mercado negro que se estableció en el campo alimentos con los que consiguieron aguantar todo el invierno y parte de la primavera. Antes de que los alemanes invadiesen Francia, los franceses fueron a los campos de concentración en busca de republicanos españoles. Buscaban mano de obra barata. Los contrataban como albañiles, carpinteros, fontaneros, agricultores… Santiago fue contratado como jornalero en el campo. Así logró salvar la vida.

Estuvo muchos meses en aquel campo de internamiento. Cuando empezó la Segunda Guerra Mundial comenzó a trabajar para la resistencia francesa contra los nazis, en la zona de Saint-Michel. Tiraba las semillas de patata al río para evitar que los alemanes pudiesen cultivar en las vegas francesas, mermando así sus reservas.

* * *

Mientras Santiago Baeza cruzaba derrotado la frontera con Francia, seguido por otros seis mozos del pueblo, Emilio Gutiérrez languidecía a la sombra de un pinar, devorado por los piojos y medio muerto de hambre. Era la otra cara de la guerra, la de aquellos soldados que no habían podido huir de España y que tenían que seguir luchando contra un Ejército que les superaba en número: diez a siete en artillería, cinco a tres en aviación, dos a uno en infantería… para defender el tercio del territorio nacional que seguía siendo republicano mientras que el presidente de la República, Manuel Azaña, cruzaba la frontera el 6 de febrero para exiliarse en Francia.

Emilio era uno de los zapadores de su unidad. Se encargaba de tender alambradas, abrir trincheras y levantar fortificaciones, siempre en primera línea de combate. Se alistó como voluntario en el Ejército republicano dejando mujer y tres hijos en Mejorada del Campo, su pueblo natal. Estuvo combatiendo en Teruel, en Castellón y por todo el frente de Aragón —incluida la batalla del Ebro, al igual que Baeza—, donde pasó gran parte de la guerra

civil.

Allí, en la muy fértil Tierra Alta (provincia de Tarragona), los republicanos sufrieron la estocada mortal. Durante 113 días, 250.000 hombres se habían matado hasta la extenuación en poco más de 500 kilómetros cuadrados. Del 25 de julio al 16 de noviembre, 13.250 hombres, españoles y extranjeros (6.100 franquistas y 7.150 republicanos), se dejaron la vida en la batalla que decantó, definitivamente, el signo de la guerra española. La República perdió el grueso de su Ejército, en un último esfuerzo desesperado —que acabó resultando fatal—, para tratar de contener a las tropas nacionales. Los republicanos nunca se recuperarían de aquel desastre.

Tras la caída de Barcelona, solo quedaban las ciudades de Valencia y Madrid para poner punto final a la contienda. La victoria total de los nacionales era cuestión de meses o quizás semanas… aun así, la guerra dejó miles de viudas más en cada lado. Pero no todas las mujeres de la República estaban dispuestas a llorar a sus maridos muertos.

Gregoria Daganzo, acompañada de su cuñada Gervasia, esposa de Alberto Gutiérrez —fallecido por el bombardeo de su trinchera en el frente del agua, mientras escribía una carta para un camarada—, se marchó a buscar a Emilio, su marido, para traerlo a casa sano y salvo. Durante semanas, las dos mujeres, con una ligera noción de dónde se encontraba Emilio, gracias a la escasa correspondencia que enviaba a Mejorada, fueron aldea por aldea, pueblo por pueblo, preguntando por él y por su unidad, hasta que lo encontraron.

Dormitaba bajo un pinar junto con el resto de sus camaradas. Estaba extenuado y muerto de hambre. Gregoria y Gervasia compraron comida en una de las aldeas cercanas. Estuvieron varios días con él. Cuando recuperó algo de fuerzas creyeron oportuno revelarle que su hermano Alberto había muerto en el frente. Ambas mujeres pensaron que, después de aquella terrible noticia, Emilio las acompañaría hasta Mejorada del Campo. Ya habían perdido a uno… ¿por qué arriesgarse a perder a otro hombre más? Además, la guerra estaba perdida.

Pero Emilio se quedó. El final de la guerra le sorprendió en Valencia. Allí, junto con lo que quedaba de su brigada, regresó a Madrid en tren. En Cuenca, el convoy fue detenido por los nacionales, quienes obligaron a todos los republicanos a bajar de los vagones. Los fueron poniendo uno a uno en diferentes filas. Escogieron a uno de ellos, el cocinero, que comenzó a resistirse cuando trataron de robarle las pocas pertenencias de valor que aún tenía encima. Uno de los nacionales desenfundó su pistola y le pegó un tiro allí mismo, delante del resto de sus compañeros, quienes solo pudieron desviar la mirada y morderse la rabia. Cuando el tren llegó a Madrid, en el andén la mujer del cocinero preguntaba por su marido. Se hizo el silencio entre los compañeros. Nadie se atrevió a decirle a aquella mujer que lo habían asesinado.

Emilio llegó a Mejorada ese mismo día y encontró a su familia en la plaza del pueblo, tomando la fresca. Venía infestado de piojos, que se podían coger a puñados. Gregoria lo bañó hasta que consiguió matarlos a todos.

# 12

## A la caza de los rojos

Moro rebuscó entre las escasas pertenencias que los hombres de su batallón tenían desparramadas por la trinchera. Quería una radio. Necesitaba comprobar una cosa. Algo, en aquella mañana del 1 de abril de 1939, no le daba buena espina. Los fascistas estaban especialmente eufóricos. Coreaban al unísono: «La guerra ha terminado. Hemos ganado la guerra». Aquello no podía ser, imposible. Debía de tratarse de alguna estratagema de los nacionales para intentar tomar sus posiciones. Ningún oficial les había comunicado absolutamente nada. Pero, ahora que lo pensaba fríamente, él era el soldado de mayor graduación —cabo— que había en aquella zanja —no se podía llamar ni siquiera trinchera— donde había pasado los tres últimos años de su vida.

Los Basanta, Justo —capitán— y Victoriano —teniente—, hacía semanas que habían abandonado el frente camino de Mejorada del Campo. En Buitrago ya no quedaba nadie —o casi nadie— del pueblo. Todos se habían marchado con sus familias. ¿Por qué él seguía empeñado en defender algo que estaba totalmente perdido? La caída de la República era inminente, sobre todo después de la estrepitosa derrota en el Ebro y la toma de Cataluña por parte del Ejército franquista. Era cuestión de tiempo que el Gobierno de Manuel Azaña capitulase.

Trató de sintonizar alguna emisora, la que fuera, tanto daba, en la que se pudiese escuchar nítidamente algún parte de guerra. Debido a la situación de Buitrago —en la Sierra de Madrid y rodeado de montañas— no era tarea fácil. Los hombres se arremolinaban sobre el transistor, expectantes. Todos querían saber qué estaba pasando, y sobre todo si la guerra había terminado y

podían volver a casa.

Durante la guerra civil la radio se convirtió en una potente arma de guerra, posiblemente el instrumento de propaganda más importante que tenían a su alcance ambos bandos. La radio tenía ventajas sobre la prensa escrita. La principal era la de poder ser escuchada en territorio enemigo, algo que no solía ocurrir con los diarios o los pasquines, que eran requisados y destruidos por el enemigo. Su peso, durante la guerra, como arma psicológica contribuyó a desmoralizar, contradecir y ridiculizar al contrario.

Por fin, después de muchas intentonas, consiguieron escuchar la voz nítida de un locutor. Habían logrado sintonizar Radio Nacional de España, fundada por el general José Millán-Astray el 19 de enero de 1937. «Cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado», dijo Millán-Astray a través de las ondas.

Gregorio Pampliega cayó de espaldas contra los sacos terreros que hacían de parapeto e impedían que las balas nacionales mandasen al otro barrio a algún republicano que pasase por allí en ese momento. ¿La guerra había terminado? Habían perdido. ¡Habían perdido la guerra! Y se había enterado por la radio. ¡Malditos todos los mandos republicanos! ¡Cobardes! Ni cuajo habían tenido para quedarse e informar a la tropa. Habían hecho mutis por el foro antes de que la noticia fuese oficial. Lo sabían. ¡Claro que lo sabían! Y aun así los habían abandonado a su suerte en aquella sierra perdida de la mano de Dios y con los nacionales acechándolos a menos de 50 metros.

¿Y ahora qué?, se preguntaban los hombres mirándolo a él, como soldado de más alta graduación. ¡Un simple cabo al mando de aquel parapeto republicano situado en la zona de Buitrago! ¡Maldita sea su estampa! Se escuchaban ideas descabelladas entre los soldados que aún mantenían las posiciones gubernamentales. Entregarse, brazos en alto, a los nacionales, con la esperanza de que les diesen cuartel; liarse a tiros, hasta que se agotase la munición —llevándose por delante a todos los falangistas y moros posibles— o tratar de llegar a Francia y escapar así de la nueva España de Franco. ¡A Francia, nada menos! Y caminando, claro... O

volver a casa. Era lo más repetido. Ninguno de los allí presentes anhelaba otra cosa más que volver a casa para ver a sus familiares después de tanto tiempo en el frente.

Vitorio Bellón —mulero de Mejorada del Campo y amigo fiel de Moro— le golpeó en la cara varias veces esperando a que volviese en sí. Gregorio abrió mucho los ojos. Sobre él, media docena de soldados esperaban instrucciones. ¿De un cabo? Se levantó, con el uniforme militar manchado del polvillo de la trinchera. Dejó caer su fusil al suelo, se quitó las insignias de cabo y las tiró lo más lejos que pudo. En ese momento, para Gregorio Pampliega, la guerra civil acababa de terminar.

Moro, Vitorio y tres hombres más emprendieron el regreso a sus hogares. Ninguno de ellos tenía la más mínima intención de saltar el parapeto con los brazos en alto para entregarse, como habían hecho otros compañeros del batallón. No esperaban cuartel por parte de los nacionales, y mucho menos si al otro lado había falangistas. Puede que fuesen a misa los domingos a darse sus respectivos golpes en el pecho y repetir la cantinela de «por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa...», pero a la hora de la verdad les encantaba pasar por las armas a los rojos. Luego a confesarse, y aquí paz y después gloria.

Caminaban siempre de noche porque de día se escondían donde podían para evitar que los encontrasen los falangistas, que recorrían los caminos a bordo de camiones militares con la caja trasera descubierta, donde viajaban seis o siete hombres de pie y con los fusiles en ristre, listos para abrir fuego. Buscaban combatientes republicanos en retirada. Gritaban a voz en cuello o con potentes megáfonos: «Entregaos, que la España nacional os perdona a todos». Por eso los cinco hombres solo se movían de noche. Ellos pensaban que era el momento más seguro y que estaba todo despejado. Gregorio y Vitorio se dirigían a Mejorada del Campo. Tenían por delante cerca de 80 kilómetros, campo a través. Evitando carreteras y pueblos.

Llevaban cerca de una semana de marcha, ocultándose en trigales, en cobertizos o en las vaguadas de los ríos. Evitando las poblaciones donde, a buen seguro, se toparían con fascistas ávidos

de cobrarse cinco buenas piezas de caza mayor. Estaban agotados de caminar y los ánimos comenzaban a resentirse. Malcomían espigas de trigo si no había otra cosa con la que saciar el estómago. Lo que pillaban. Si tenían suerte y pasaban por alguna huerta, cogían patatas, tomates, pepinos, cebollas... cualquier cosa comestible. Dormían siempre con un ojo abierto, por si acaso tenían que salir corriendo. Gregorio, cuando le tocaba hacer guardia, sacaba la foto que se hizo con Alejandra en la Gran Vía de Madrid, en el 37, y miraba a su mujer. Ella, y solo ella, era lo que le empujaba a continuar caminando.

Por la zona entre Daganzo y Alcalá de Henares, una noche vieron, a lo lejos, varios camiones que se acercaban con las luces prendidas. Corrieron a esconderse, apartándose del camino principal. ¿Los habrían visto? Ese era su mayor miedo. Los falangistas se detuvieron en la cuneta. Varios de ellos se bajaron y comenzaron a gritar: «El Ejército de Franco os perdona». Gregorio empezó a discutir con Vitorio, que le dijo: «Moro, vamos a entregarnos que no nos van a hacer nada, ya lo has oído».

A Vitorio la marcha comenzaba a pasarle factura, no podía ni con su alma. Creía que, si daba un paso más, desfallecería. Vio la oportunidad perfecta para entregarse, pero Moro se mantuvo firme en su postura. Él de ahí no se movía. No se creía tanta palabrería y buenas formas por parte de los falangistas. «Si nos entregamos nos matan a todos aquí mismo», le respondió a su amigo. Los conocía de sobra. Había combatido contra ellos durante años, y si por algo se caracterizaban no era precisamente por ser condescendientes con los republicanos.

Gregorio convenció finalmente a su paisano, quien seguía albergando sus dudas sobre lo de seguir escondidos, pero no lo logró con los otros tres hombres que los acompañaban y con los que había partido de Buitrago diez días antes. Ellos se levantaron y brazos en alto comenzaron a caminar hacia los camiones de los falangistas. «Nos rendimos! ¡Arriba España!», empezaron a gritar para congraciarse con los nacionales. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, los acribillaron a tiros, dejándolos muertos en la cuneta de la carretera. Los falangistas empezaron a ir en la

dirección de la que venían aquellos hombres, por si había alguien más escondido por allí cerca. Después, se volvieron a subir a los camiones y reemprendieron la marcha en busca de más rojos.

Vitorio y Moro se quedaron dos días más escondidos en el mismo lugar, sin moverse más que para hacer sus necesidades, por si volvían los falangistas a buscarlos. Desde su posición veían perfectamente los cuerpos sin vida de sus tres compañeros. Al principio, trataban de espantar a las alimañas que buscaban la carroña para alimentarse, tirándoles terrones de tierra o pequeñas piedras, hasta que desistieron. Hubiesen querido enterrar los cadáveres, pero eso los hubiera delatado y habría puesto en alerta a las patrullas de falangistas de la zona. Y, estando tan cerca de Mejorada, habría sido uno de esos errores que se pagan con la vida.

Reemprendieron la marcha a la tercera noche. Lo hicieron en silencio. Tenían que estar atentos a cualquier sonido extraño, ya fuesen unas pisadas o el motor de un camión acercándose. Debían estar alerta. Sabían, porque lo habían visto con sus propios ojos, que para ellos no habría salvación en caso de toparse con una patrulla de nacionales. Les darían muerte allí mismo, en la cuneta. Caminaban guardando una distancia prudencial entre uno y otro. Vitorio trató de agradecer a Moro en varias ocasiones que le salvase la vida, pero no le salían las palabras. De no haber sido por él, lo habrían fusilado con los otros tres.

Dos semanas después de haber salido de Buitrago, por fin llegaron a Mejorada del Campo. Gregorio fue directamente a su casa, donde lo estaba esperando Alejandra. La mujer creyó estar viendo a un fantasma, lo creía muerto. Tomó la cara de Moro entre las manos. Tenía una espesa barba, tras varias semanas sin poder afeitarse. Estaba muchísimo más delgado y ojeroso que la última vez que lo había visto, hacía meses... Aun así lo besó.

Alejandra preparó un baño con agua caliente. Moro venía cuajado de piojos. Ella se deshizo del uniforme militar y dejó que su marido durmiera durante varios días, sin molestarlo. Lo miraba desde el marco de la puerta. Lo tenía en casa. ¡Por fin, lo tenía en casa! Prefirió no hablarle sobre lo ocurrido en el pueblo tras

finalizar la guerra civil, ya habría tiempo de ponerlo al día. Ahora tenía que descansar y esconderse, sí. Esconderse para que no se lo llevasen los civiles. Estuvo escondido, sin salir para nada de la casa, varios días. Nadie sabía que había regresado del frente. Le daban por muerto. Incluso su propia familia, pero era mejor así. Querían que, de momento, su regreso permaneciese en secreto. Pero a la semana se presentaron varios guardias civiles en la casa. Alguien lo había denunciado. ¿Cómo lo supieron? Las denuncias estaban a la orden del día en Mejorada del Campo. Los guardias lo detuvieron y se lo llevaron a la cárcel de Vista Alegre (Carabanchel). No tuvo tiempo, ni siquiera, de despedirse de Alejandra.

# 13

# El soplón

Rufino Pérez Maroto estaba cenando boquerones con patatas fritas en compañía de su mujer, Felisa, y de su hija, Isabel, cuando una patrulla de la Guardia Civil se personó en su casa para llevárselo al cuartelillo. Sorprendido por la presencia de los civiles en su casa, aceptó de buen grado acompañarlos. Era la segunda vez que se le requería en el cuartelillo. La anterior, gracias al testimonio favorable de una vecina, salió libre y sin cargo alguno después de ser interrogado. Aquel segundo día se levantó de la mesa con la conciencia tranquila, sabiéndose totalmente inocente. Durante los años que duró la guerra civil, jamás empuñó un arma de fuego, no llegó a alistarse a las tropas republicanas y ni siquiera se sumó al Comité Revolucionario de Mejorada del Campo. Por lo tanto, no temía absolutamente nada. Nunca participó en mítines de un partido u otro. Ni siquiera expresó en público sus ideales políticos, y ¡tiraba más a la derecha! Porque fue educado por su madre, una beata. Creyó que sería un control rutinario, nada más. Instó a su mujer y a su hija a que continuaran cenando, ya que no tardaría mucho en regresar.

No fue consciente de lo que realmente ocurría hasta que no estuvo en las dependencias de la Guardia Civil. Víctor Izquierdo, otro de los implicados en el destrozo de la iglesia Natividad de Nuestra Señora, se había personado a última hora de la tarde, por iniciativa propia, para denunciar a todos los mejoreños que aquel lejano 20 de julio de 1936 tuvieron algo que ver con la destrucción de las imágenes que había en la iglesia del pueblo. Había sido más rápido y listo que todos los demás. Para salvarse él, no dudó en señalar a Felicidad García Camaño, Natividad Sebastián Rueda,

Clara Ayala Álvarez, José Moreno Torres, Mauricio Franco del Castillo, Francisco Fuertes Santui, Úrsula Daganzo Martínez y a él, Rufino Pérez Maroto.

Todo esto lo supo justo después del primer golpe que se llevó en el rostro, cuando uno de los guardias civiles, ávido de sangre, comenzó a ensañarse con él, tratando de sonsacarle, a base de puñetazos, el resto de los nombres de los implicados en el asalto a la iglesia, y de corroborar la versión de Víctor Izquierdo. A pesar de los informes favorables que había dado aquella vecina sobre él, le pegaron y le pegaron y le pegaron… hasta casi matarlo. Tenía la sangre cuajada en los ojos de la paliza que le dieron.

Rufino había perdido la noción del tiempo y la cuenta de las veces que había quedado inconsciente. Un golpe más y creía morir allí mismo, en el cuartelillo. Llegó un momento en que los puñetazos no los veía ni venir. Sabía que eran varios los guardias que le golpeaban, pero después de un rato no sabía quién era el que le interrogaba y quién el que le pegaba… e incluso, si eran la misma persona. El poeta español Marcos Ana, quien también paso por algo parecido, puso palabras para describir aquel salvajismo que estaba sufriendo el bueno de Rufino: «Eran métodos brutales, muy poco refinados, simplemente te apaleaban bárbaramente. Muchos se les quedaban entre las manos, muchos morían. Pero, a fin de cuentas, al tercer golpe, perdías el sentido y se acababa la tortura».

Francisco Franco, el 13 de febrero de 1939, antes de ganar la guerra, promulgó una Ley de Responsabilidades con efectos retroactivos, donde «se consideraba delincuentes a todos los seguidores de la República desde el primero de octubre de 1934». Y, sin lugar a dudas, los sospechosos eran tratados como delincuentes, o incluso peor. Las palizas se sucedían día y noche, en cárceles o en los cuartelillos de la Guardia Civil. Aquella ley dio rienda suelta al sadismo de los vencedores sobre los vencidos.

Después de horas de interrogatorio y de tortura, lo que más le dolía a Rufino Pérez no eran los golpes, pues hacía horas que había dejado de sentir dolor, sino el trato que iba a recibir su familia de ahora en adelante por su culpa. Le preocupaba sobremanera su hija

Isabel. No dejaba de ser una niña de 12 años. Ella no era responsable de las decisiones, equivocadas desde luego, que había tomado su padre a lo largo de todos esos años. La niña no se merecía el ensañamiento que iban a tener con ella de ahora en adelante. Rufino, después de la paliza recibida, sería trasladado a la cárcel de San Antón. Lo condenaron a cuatro años de cárcel por los incidentes de la iglesia.

Dionisio Barral se acercó hasta el cuartelillo de la Guardia Civil, que estaba situado en una esquina de una de las dos plazas del pueblo, desde donde se oían las palizas que daban a los detenidos. Llamó a la puerta, que estaba entreabierta, y al no recibir respuesta por culpa de los gritos que había en el interior, entró. En el cuartel había tres chicas jóvenes. Les habían rapado la cabeza al cero y las estaban obligando a beber aceite de ricino.

Serafín Saiz Martín, cabo de la Comandancia de la Guardia Civil destinado en Mejorada del Campo, se fijó en el hombre que estaba quieto delante de la puerta de acceso al cuartel. Se incorporó, olvidándose de aquellas tres chiquillas que sollozaban, y con paso firme y decidido se plantó delante de Dionisio Barral, quien temblaba. Le encantaba esa sensación de miedo que infundía en los demás, le hacía sentirse poderoso. Dionisio se fijó en las manos del uniformado: tenía los nudillos despellejados y la mano hinchada de los golpes que, horas o días antes, había dado a algún detenido que había tenido la desgracia de caer en sus manos. Tras observar a Dionisio largo rato en silencio, comprobó que era inofensivo y lo invitó a sentarse delante de su escritorio, que estaba lleno de papeles, carpetas y expedientes.

Los españoles pasaron de matarse en los frentes de combate a denunciarse, sin ningún tipo de remordimiento, en los cuartelillos de la Guardia Civil o en los centros de recepción de denuncias. Raro era el pueblo de España donde el odio, la codicia o, simplemente, la sed de venganza no moviese a alguien a denunciar a su convecino ante la Guardia Civil, el jefe local de Falange o, incluso, ante los párrocos, quienes desde sus púlpitos clamaban «la vigilancia constante ante las obras y las pompas de Satanás».

Además, las autoridades exhortaban el deber patriótico de denunciar a los rojos. En muchos lugares de esta nueva España, en los centros de recepción de denuncias se formaban interminables colas de ciudadanos.

Barral giró la cabeza hacia donde estaban las tres muchachas, quienes daban grandes arcadas debido al aceite de ricino que habían ingerido, y volvió a mirar al cabo, esperando que tuviese la consideración de sacarlas a la calle o de meterlas en una celda para poder hablar tranquilos. Sin testigos.

El cabo de la Guardia Civil miraba con curiosidad a Dionisio Barral, quien le rehuía la mirada. De puro nerviosismo, trataba de arrancarse un padrastro del pulgar de la mano derecha. Era la primera vez que el cabo le veía por el cuartelillo. Aunque no hacía falta saber a qué había venido: no era el primero que se acercaba para denunciar a sus convecinos. El uniformado introdujo un folio en la máquina de escribir y carraspeó impaciente. No tenía todo el día. Barral tomó aire, tratando de llenarse de valor, y, sin que le temblase la voz, comenzó a dar los nombres y los apellidos de todos los miembros del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo y de aquellos que se habían marchado al frente a defender la República. Denunció a más de 30 personas que acabarían arrestadas, e incluso alguna de ellas condenada a muerte por luchar a favor de la República.

Barral una vez perdido el miedo y la vergüenza, continuó narrando al cabo de la Guardia Civil lo ocurrido en Mejorada del Campo durante la guerra. Obviamente, no dudó en contar que varios miembros del Comité Revolucionario, ayudados por unos desconocidos, dieron muerte, como si se tratase de un perro, a Tomás Martínez Negro, sacristán y director de la banda de música de la localidad. Dionisio Barral dio el nombre y apellidos de los máximos responsables de aquel asesinato: Anastasio Castell, Justo Basanta, Victoriano Basanta, Florencio Alarcón Adán, Marcelino Adán Huertas, Santiago Cebolla y Eladio Pampliega. La intención de Dionisio era que a los hermanos Basanta y a Castell los fusilasen en medio de la plaza del pueblo, sin juicio previo ni gaitas.

El cabo miraba anonadado a aquel hombre, que había

recuperado el aplomo perdido cuando se presentó en el cuartelillo. Le tuvo que explicar que las cosas no funcionaban así. Ellos no podían fusilar a nadie, y menos en la plaza del pueblo. Al parecer, durante buena parte de la guerra, los hermanos Basanta y Castell le habían estado mandando cartas de amor a su mujer, Luisa Esquivias, y Dionisio Barral, en un ataque de celos, quería vengarse de ellos. Habían convertido a Luisa en su particular madrina de guerra con la que se carteaban con regularidad.

Serafín Saiz le explicó a Barral que sentía mucho el daño que estos tres individuos le habían podido ocasionar a él o a su mujer, pero primero debían detener a todos los miembros del Comité Revolucionario de Mejorada del Campo. Posteriormente, serían transferidos a la prisión de Alcalá de Henares, donde deberían ser juzgados por un tribunal militar franquista, órgano con potestad para fijar una sentencia. Y, en lo referente a los hombres que había señalado y denunciado como los presuntos responsables del asesinato de Tomás Martínez Negro, él no iba a fusilar a nadie en mitad de la plaza. La guerra civil había terminado y en la nueva España de Franco las cosas seguían su cauce. Había que dar ejemplo a las hordas rojas de que un nuevo orden institucional regía la vida de los españoles.

El cabo trató de tranquilizarlo y le prometió que, como máxima autoridad de Mejorada del Campo, se encargaría personalmente de dar caza a todos y cada uno de los nombres que le había facilitado en aquella lista. Le agradecía, además, haber cumplido con su deber patriótico al haber denunciado diligentemente a todos los rojos del pueblo. Dionisio Barral, antes de abandonar el cuartelillo —puede que por su mala conciencia o por simple aprecio—, medió para que los hijos mayores de su vecina Juana Pampliega —hermana de Eladio— fuesen exonerados de toda culpa testificando a su favor. «Dile a los chicos que se presenten en el cuartelillo y que van de mi parte», le diría a Juana, su madre.

Las rencillas estaban a la orden del día, lo que desembocaba, inevitablemente, en denuncias en el cuartelillo, donde se iban sucediendo las visitas de los denunciantes —no solo de Dionisio

Barral— una detrás de otra. Esperanza Marcos, que era de Valladolid y ejercía de profesora en el colegio del pueblo, falangista reconocida, denunció a Luis Mira Farago, amigo íntimo de Justo Basanta, quien acabó pasando tres años en la cárcel. Francisco Fuentes, por su parte, se salvó del paredón porque uno de sus hijos, que era cura, intercedió por él cuando lo condenaron. Acabó conmutando la pena de muerte por varios años de cárcel. Los hermanos Franco del Castillo —José, Mauricio y Feliciano— estuvieron también en prisión, dos años. Mauricio era uno de los miembros más activos del comité. Tras la guerra, regresaron a trabajar a la vega de Mejorada, porque los tres eran jornaleros, y allí es donde los detuvo la Guardia Civil mientras trabajaban. Uno tras otro, los miembros del Comité Revolucionario fueron cayendo en manos de la Guardia Civil. Úrsula Daganzo, *la Pasionaria de Mejorada*, tampoco se libró de la cárcel. La Guardia Civil la detuvo en su casa después de que dos vecinos del pueblo presentaran sendas denuncias contra ella. La primera, de Víctor Izquierdo, y la segunda, de Mariano Daganzo, su hermano. Mariano, falangista confeso, no solo denunció a su hermana, sino que también delató a su madre, Francisca Martínez. Hacía guardia en la puerta de la cárcel donde su madre y su hermana estaban presas, vigilando para que no se escapase ninguna de las dos.

Úrsula estuvo tres años presa y fue condenada a muerte, pero en la cárcel lavaba la ropa a la familia del director, y por eso logró que le conmutasen la pena. Cándido Izquierdo Daganzo —su hijo mayor— también estuvo tres años preso. A él le pegaban con tanta saña que cuando le quitaban la camiseta ensangrentada le sacaban la piel a tiras… Antes de entrar a la cárcel le pegaban en público, para que lo viese todo el pueblo.

Pero para la Guardia Civil de Mejorada del Campo las piezas de caza mayor eran los dos hermanos Basanta, Santiago Cebolla, Marcelino Adán Huertas y Eladio Pampliega… En ellos pondrían todos sus esfuerzos.

# 14

# Las detenciones

A Anastasio Castell aquella maldita casa se le iba a caer encima de un momento a otro. No aguantaba ni un minuto más allí encerrado. Comenzaba a estar más que harto de aquella situación que, desde su punto de vista, era totalmente absurda. Desde que regresó del frente, allá por el mes de febrero, había estado enclaustrado entre esas cuatro paredes con sus cuatro hijos y con su mujer. Escondido como una vulgar alimaña. Sin ver la luz del día más allá de cuando se asomaba a través de las ventanas, sin poner un solo pie en la calle, sin poder siquiera salir al portal de su casa a tomar la fresca. «¡Quiero salir a la calle!», repetía cual mantra, una y otra vez, a Carmen, su mujer, mientras esta daba el pecho a Carmencita, prácticamente recién nacida.

Carmen, *la Aguadora*, siempre en actitud sumisa para impedir que sus cuatro hijos viesen a sus padres discutir, y tratando de evitar un enfrentamiento a voces con su marido, cuyo carácter autoritario y violento era conocido en todo Mejorada, buscaba apaciguar la furia de Anastasio haciendo que entrase en razón, por su bien y por el de toda la familia. «La guerra ha acabado hace apenas cuatro días. Anastasio. Es mejor que te quedes aquí en casa, con nosotros... Espera un poco. No tengas tanta prisa», respondió conciliadora.

Castell, en un esfuerzo titánico, consiguió levantarse de la cama y acercarse hasta la silla donde su mujer, diligentemente, le había colocado una camisa, unos pantalones y un par de zapatos, todo limpio y almidonado. Cada paso que daba suponía para él un mundo. Estando en el frente de Buitrago varios de sus camaradas tuvieron que trasladarlo hasta Mejorada por culpa de un fuerte

reúma que le había afectado a la zona lumbar y que le impedía moverse de la cama, donde había permanecido semanas postrado. Carmen le atendía día y noche, poniéndole paños de agua caliente, haciéndole friegas de alcohol, preparándole las comidas que a él más le gustaban, mientras cuidaba de los cuatro críos ella sola.

Ahora que se encontraba ligeramente mejor, y podía caminar con mucho esfuerzo, sintió la necesidad imperiosa de salir a la calle. La guerra había terminado hacía cuatro días mal contados, como quien dice. Sabía, porque en un pueblo tan pequeño las noticias vuelan, y más las malas, que se estaban produciendo detenciones entre los miembros del Comité Revolucionario y entre los simpatizantes de partidos de izquierdas. Había oído rumores sobre las torturas que estaba llevando a cabo la Guardia Civil en el cuartelillo de la plaza. Le llegaron a ofrecer escapar de Mejorada, huir a Francia junto con otros mejoreños, pero él se negó en rotundo. No quería dejar atrás a su familia, y decidió quedarse en el pueblo.

Anastasio era demasiado arrogante y presuntuoso como para darse cuenta de que su vida realmente estaba en peligro, al igual que la de todos sus camaradas. Aquello no era un juego. El régimen franquista estaba asesinando a sangre fría a miles de republicanos por el mero hecho de ser rojos o por haber tomado las armas. No iban a tener piedad de nadie. En palabras del capitán Gonzalo de Aguilera Munro, oficial de prensa de Franco y de Mola: «Tenemos que matar, matar y matar, ¿sabe usted? Son como animales, ¿sabe? Y no cabe esperar que se libren del virus del bolchevismo. [...] Nuestro programa consiste en exterminar a un tercio de la población masculina en España. Con eso se limpia el país y nos desharemos del proletariado».

Pero ¿quién iba a tener el valor de hacerle algo a él? Durante casi tres años había sido el dueño y señor del pueblo, junto con el resto de los miembros del comité. ¿Quién iba a tener cuajo para ir a denunciarlo a la Guardia Civil por rojo? Además, quedarse en casa escondido como una rata era de cobardes. Él iba a salir a la calle a demostrar que a cojones no le ganaba nadie.

Juan José, su hijo mayor, le estaba ayudando a calzarse los

zapatos mientras Carmen, quien sostenía a la niña pequeña en brazos, que se había quedado medio adormilada después de mamar un largo rato, miraba la escena con absoluta incredulidad. «No salgas a la calle, por favor», suplicó la mujer, desesperada, tratando de hacer entrar a Anastasio en razón.

El excombatiente se metió la camisa por dentro del pantalón. Se ajustó la correa y sonrió maliciosamente, con sarcasmo. «Por qué me tengo que esconder, ¿a ver? ¿He matado a alguien? ¿Acaso he hecho algo?», respondió mientras salía de la habitación, con Juan José cogido de la mano. Allí dejó a su mujer a cargo de las gemelas —Nati y Luisa— y de la bebé, Carmencita, quien se despertó súbitamente cuando su padre y su hermano mayor salieron de la casa. Carmen tenía un pellizco en el pecho, justo en el corazón. Sabía que no era buena idea dejar salir a Anastasio a la calle a plena luz del día, pero qué otra cosa podía hacer.

Padre e hijo caminaban despreocupadamente por las calles de tierra del pueblo. Anastasio fumaba un cigarrillo de liar hecho con picadura de tabaco, el mismo que enviaba a su hijo mayor desde Buitrago a modo de obsequio, lo único que tenía a mano cuando estaba en la guerra para poder regalarle a su hijo. No era el mejor, desde luego, pero era preferible a fumar pelos de pinocha de maíz u hoja de patata troceada y metida en papel de periódico, como había visto hacer a algún compañero de trinchera. Estaba nervioso, por eso fumaba como un carretero.

Saludaba a los parroquianos que se iba encontrando a su paso. Con algunos se detenía a intercambiar cuatro o cinco palabras. A otros —los facciosos— les dedicaba un sencillo movimiento de cabeza. Las caras de los mejoreños eran de escepticismo y de sorpresa. Todos le hacían en Francia, junto con Santiago Baeza y otro par de mozos del pueblo que habían tomado las de Villadiego cuando cayó el Ebro. ¿Qué demonios hacía paseando por el pueblo tan tranquilo? ¿No sabía que lo estaba buscando la Guardia Civil?

Llegaron al cruce de calles conocido como «las cuatro esquinas», Juan José siempre de la mano de su padre. Dos guardias civiles, con los fusiles amartillados y listos para disparar, salieron

de la nada para cortarles el paso. Anastasio miró a su espalda por si había alguna posibilidad de huir, y vio a un tercero que les había estado siguiendo buena parte del camino. Hizo amago de buscar su revólver, pero no lo traía consigo. No había nada más que hacer. Estaba vendido. Uno de los uniformados se acercó, mientras los otros dos le apuntaban con sus armas. Sin ningún tipo de escándalo o súplica, Anastasio ofreció ambas manos para que el guardia le colocase los grilletes. Allí se quedó el niño, solo, en medio de la calle, viendo como la Guardia Civil detenía a su padre. Aquella sería la última vez que lo vería con vida. Tenía 26 años y cuatro hijos, una recién nacida. Cuando asesinaron a su padre él estaba en casa de su abuela paterna, Nati. Sus tías esperaban noticias del enterrador de Alcalá de Henares, buen amigo de la familia Castell, quien contó los detalles del fusilamiento y el lugar donde había sido enterrado Anastasio. Juan José oyó la conversación y entró en *shock*.

* * *

Salvador Alonso Martínez estaba agotado física y emocionalmente. Tenía las facciones extremadamente marcadas, acentuando aún más sus profundas ojeras y una delgadez casi enfermiza. No tenía más de 50 años, pero aparentaba al menos diez más. Esos años de guerra, escondido en aquel granero cochambroso, malcomiendo, sin posibilidad de ver la luz del sol —más allá de la que se colaba por las paredes—, muerto de frío en invierno y torrándose de calor en verano, le habían pasado factura. Se había prometido, al terminar la guerra y recuperar la libertad, que haría todo lo posible por pasar página y olvidar, en la medida de lo posible, aquellos años de infierno, de miedo y de incertidumbre, pero aquella mañana de abril, en su despacho, el pasado, de manera inesperada, volvió a llamar a su puerta.

Sentado frente a él, en actitud sumisa y doliente, Jano Carralero, acompañado por su hija, Marciala, acudió a recordarle que las deudas de honor deben saldarse. Salvador, que era el jefe de Falange en Campo Real, se revolvió inquieto en su asiento al

verle aparecer por su despacho aquella mañana de primavera. Sabía, porque no era estúpido, que esta visita no era de cortesía, ni para interesarse por su estado de salud. En aquellos primeros días del nuevo régimen todo el mundo quería algo de alguien o necesitaba algo de alguien. Así que Salvador se recostó sobre su asiento y escuchó con detenimiento. No podía hacer otra cosa, se lo debía al hombre que le salvó la vida.

La detención de Anastasio Castell, a plena luz del día, había corrido como la pólvora por Mejorada del Campo. Era cuestión de tiempo que la Guardia Civil se personara en casa de Jano preguntando por su yerno, Santiago Cebolla Gallego, para llevárselo detenido. Había sido denunciado en el cuartelillo como uno de los responsables del asesinato de Tomás Martínez Negro. Además, era uno de los miembros más activos del Comité Revolucionario de Mejorada. Por tanto, las posibilidades de que Santiago acabase siendo fusilado eran muy elevadas.

Marciala, hija de Jano, suplicó a su padre que intercediera por su marido. Si alguien podía evitar que aquello acabase en tragedia era únicamente él. Jano siempre se sentiría en deuda con su yerno. Durante la guerra le salvó la vida en varias ocasiones cuando los milicianos republicanos venían al pueblo a dar el paseo a todos los derechistas. Santiago siempre lo protegió. Por eso Jano consiguió sobrevivir a la guerra aunque tenía todas las papeletas para haber acabado fusilado.

Jano, terrateniente, adepto al nuevo régimen y bien relacionado, comenzó a mover Roma con Santiago para buscar una solución que evitase el fusilamiento, y la encontró: Salvador Alonso Martínez. Si alguien podía impedir que su yerno acabase siendo ajusticiado era él. Finalmente consiguió que se librara del paredón, pero no de que acabara en la cárcel. Santiago estuvo muchos años en prisión por el asesinato del sacristán.

Salvador firmó la carta y se la tendió a Jano, a quien le temblaban las manos. La leyó con atención, sin evitar emocionarse. Aquel folio, con membrete y sello oficial, acabó salvando la vida a su yerno. Las deudas de aquellos dos hombres se acababan de saldar para siempre.

* * *

El silencio atronador de la oscuridad precedía a los golpes y a los gritos. En el Año de la Victoria, la noche era sinónimo de miedo. Pocos, muy pocos, dormían a pierna suelta en la España de Franco. Se instauró un Estado de terror en aquellas familias donde uno —o varios— de sus miembros había combatido en las filas republicanas o se había declarado simpatizante de algún partido de izquierdas. Los registros nocturnos y las detenciones de sospechosos se sucedían en aquellas primeras semanas de posguerra.

Por miedo a esas detenciones arbitrarias cientos de miles de españoles, antes de que se oficializase la victoria de Franco, huyeron de España por vía terrestre y marítima. Otros, sin embargo, se volatilizaron, desaparecieron de la faz de la tierra, de la noche a la mañana, sin dejar ni huella. Algunos de ellos permanecieron ocultos durante días, semanas o meses... Otros llegaron a estar emparedados en dobles fondos, agujeros, pasos subterráneos, estrechos pasillos o bodegas durante décadas. Conocidos popularmente como topos, no volvieron a pisar la calle hasta prácticamente el final del régimen franquista. Casi cuarenta años ocultos en sus propias casas.

Nicolás Adán Gallego se despertó sobresaltado, en mitad de la noche, tras oír fuertes golpes en la puerta de su casa. El corazón del hombre se aceleró. Sabía perfectamente quiénes eran y qué habían venido a buscar a aquellas horas de la madrugada. Nicolás, presto, ordenó a Marcelino, su hijo, que anduviera a esconderse en su *topera*, que él se encargaría de lidiar con los civiles y de darles largas. Querían que Marcelino se personase en el Ayuntamiento de Mejorada para tomarle declaración. Nicolás, en un intento de defender a su hijo, trató de interponerse en el camino y los guardias comenzaron a golpearle. Andrea, la mujer de Marcelino, embarazada de gemelos, presenció toda la escena y debido a la tensión del momento acabó abortando.

La Guardia Civil descubrió el escondite donde se ocultaba Marcelino y lo sacaron a rastras de la casa, detenido por el

asesinato del sacristán. Días después, el 14 de abril, un tribunal militar le condenaría a muerte junto a Anastasio Castell y a los dos hermanos Basanta «como autores de un delito de adhesión a la rebelión».

* * *

El día comenzaba a morir. Las últimas luces del atardecer recortaban una figura espigada que permanecía en cuclillas, semioculta cerca de unos matorrales, a las afueras del pueblo. «Justo Basanta no tuvo nada que ver en el asesinato del sacristán, pero tras la detención de Anastasio tenía miedo a que la Guardia Civil fuese también a por él, acusándolo del homicidio», según Justo, su nieto mayor.

Por su cabeza, en aquel momento, no pasaba la idea de morir a manos de los nacionales. Así que no tuvo más remedio que esconder la pistola que le habían dado durante la guerra civil en el puente de hierro que comunicaba las localidades de Mejorada del Campo y San Fernando de Henares —el mismo puente que cruzó Tomás Martínez Negro cuando lo estaban trasladando a Madrid, a una checa a la que nunca llegó.

Justo se limpió las manos, con las que había cavado el agujero, en la pernera de los pantalones y, antes de emprender el camino de regreso al pueblo, pisoteó el hoyo hasta dejarlo lo más plano posible. Nadie encontraría jamás aquel revólver. Un problema menos. Ahora tenía que resolver otro asunto espinoso: ¿dónde esconderse? Jacinta, su mujer y la madre de sus cinco hijos, le había pedido que por favor no regresara a casa, porque la Guardia Civil lo estaba esperando para detenerlo.

Descartada su casa, tuvo que seguir buscando alternativas para poder refugiarse aquella noche antes de escapar a Francia, donde ya lo esperaba su hermano Salvador. El menor de los tres Basanta había conseguido cruzar la frontera semanas antes, pero —al igual que miles de españoles republicanos— acabó en uno de los campos de concentración de los franceses. Finalmente, consiguió salir con vida y se alistó en la resistencia, donde —como otro

mejoreño, Santiago Baeza— combatió contra los nazis durante la Segunda Guerra Mundial.

Pensó, pues, en ir a la casa de su tío Anastasio Ropero, pero negó con la cabeza mientras recorría las calles desiertas del pueblo, escondiéndose de esquina en esquina. Los civiles, a buen seguro, también habrían sopesado aquella opción, y posiblemente le estuviesen esperando allí para detenerle junto a su hermano Victoriano. Las alternativas se le iban agotando. No tenía muchos más parientes en el pueblo, y las personas de confianza las podía contar con los dedos de una mano… No podía fiarse de nadie.

Los hermanos Justo y Victoriano Basanta acabaron escondiéndose en la casa de Gregorio Pampliega, el padre de Moro. Mi bisabuelo les dio cobijo sabedor de que aquellos dos prófugos de la justicia eran amigos de su hijo, del que no tenía noticias desde hacía semanas y quien, con toda probabilidad, estaría muerto o encarcelado…

Pero en un pueblo de mil habitantes escasos es imposible ocultarse de los ojos indiscretos y de las lenguas de serpiente. De madrugada, tres guardias civiles —un sargento y dos números— irrumpieron en la casa en la que estaban escondidos los Basanta para llevárselos detenidos, acusados del asesinato de Tomás Martínez Negro. Los trasladaron a Alcalá de Henares a la espera del juicio.

* * *

Eladio Pampliega se ocultó durante meses en las cuevas que había cerca de Mejorada del Campo, las que usaba la gente durante la guerra civil para esconderse de los bombardeos nacionales sobre el Jarama.

La Guardia Civil se personó en varias ocasiones en la casa de su hermana Juana preguntando por él. Pero ni rastro. Aquella mujer repetía, por activa y por pasiva, que no había vuelto a tener noticias de su hermano desde que desapareció una noche de abril, justo después de terminar la guerra. La amenazaron con llevarla al cuartelillo y sacarle el paradero de Eladio a base de golpes, pero

nada. Ni por esas. Juana se convirtió en una tumba.

Y Eladio, simplemente, desapareció.

## 15

# El fusilamiento

Justo Basanta, apoyado contra una de las frías paredes de la celda en la que estaba recluido junto a otro medio centenar de presos, miraba aquella sucia hoja de papel que sus futuros verdugos habían tenido a bien darle para que pudiese despedirse de su familia. La sostenía con manos temblorosas. Tantas cosas que decir, pero no sabía ni por dónde empezar. Esa sería su última carta... Después, solo habría silencio, ausencia y nostalgia. Las manecillas del reloj de su vida iban a detenerse en seco, y para siempre, aquella tarde del 28 de abril de 1939 junto con otros ocho presos más —entre ellos su hermano Victoriano y Anastasio Castell—. En esa última carta escribió a Jacinta, su mujer, preguntando por los chicos... Además, reiteraba que él no había tenido nada que ver con el asesinato de Tomás Martínez Negro, el sacristán de Mejorada del Campo.

Anastasio Ropero, tío de Justo y de Victoriano, trató de hacer todo lo humanamente posible para salvar la vida a sus dos sobrinos. Don Patricio, el párroco, regresó a Mejorada del Campo una vez acabada la guerra. Tío Maleta, conocedor de la deuda que había contraído con sus sobrinos, sobre todo con Justo, esperó un gesto por su parte, una carta que conmutase la pena de muerte por cadena perpetua, algo habitual en los primeros compases de la dictadura franquista. Sin embargo, el cura respondió con frialdad. «Algo habrán hecho», zanjó el asunto sin dar pie a posibilidad de más súplicas y acabando con todas las esperanzas de los dos condenados a muerte. Al bueno de Anastasio Ropero siempre le quedó el consuelo de que su sobrino menor, Salvador, el pequeño de los tres hermanos, sí logró salvarse del paredón al haber huido a

Francia.

Anastasio Castell y Victoriano Basanta estaban cada uno en una esquina de la celda, sin hablar entre ellos. No consta si alguno de los dos escribió a sus respectivas familias para despedirse de ellas. Posiblemente, en un momento así, las palabras no sean más que un nudo en la garganta que sirve de contención para una cascada de sentimientos que es mejor tener a buen recaudo. Los hombres que con ellos compartían presidio mantenían la calma. Ni gritos, ni lloros, ni lamentos, ni resistencia... Quien presenciase la escena desde fuera sin conocer el destino que esperaba a aquellos infelices, no encontraría atisbo de dramatismo en el rostro de quienes no tardarían en morir.

Por allí pululaba, en busca de almas descarriadas, algún que otro religioso de un convento próximo a la cárcel de Santo Tomás, que ingresaban en las celdas porque se había permitido a los presos arrepentidos pedir clemencia. También, entre los reos, había quienes habían solicitado la presencia de un confesor para arreglar sus problemas de conciencia antes de partir hacia el otro lado...

Los dos mejoreños, sin embargo, ateos convencidos, trataban de dormitar ajenos a aquella escena, pero era imposible conciliar el sueño sabiendo que cada segundo que descontaba el reloj que había en el exterior de la celda era un segundo menos que les quedaba de vida. Pensaban en sus respectivas mujeres y en sus respetivos hijos. ¿Se arrepentirían de algo Anastasio y Victoriano? Eso solo lo sabrían ellos. ¿Tendrían miedo a la muerte? Si así fue, ninguno de los dos dio muestras de ello. ¿Maldijeron su mala suerte? Posiblemente, sobre todo al saber que Florencio Alarcón, acusado también del asesinato del sacristán, había logrado salir indemne a pesar de haber estado condenado al igual que ellos. «Igualmente queda probado que Florencio Alarcón custodió durante cuatro horas en La Iglesia del pueblo a Tomás Martínez Negro lo hizo por orden del comité habiendo sido su conducta anterior intachable. [...] Así mismo, permaneció escondido en su pueblo durante más de un año para evitar ir al frente cuando fue movilizada su quinta. [...] Se absuelve libremente con todos los pronunciamientos favorables a Florencio Alarcón Adán que deberá

ser puesto en libertad tan pronto como esta sentencia sea firmada», puede leerse en un documento fechado el 14 de abril de 1939.

A ellos, sin embargo, no los iba a librar ni Dios de morir fusilados aquella misma tarde a las afueras de Alcalá de Henares. Aquellas eran sus últimas horas con vida. Lo sabían... ¿Qué se le puede pasar por la cabeza a un hombre que sabe que su muerte es inminente? ¿Pensaron en sus hijos? ¿En el sacristán? Cabizbajos, cada uno en la esquina de su celda, vieron su vida pasar delante de ellos. Los malos momentos... y los buenos. Anastasio hubiese querido despedirse de Juan José, su hijo mayor.

No muy lejos de donde estaban ellos, sobre el duro e incómodo suelo de la celda, Marcelino Adán Huertas también esperaba un milagro para librarse del pelotón de fusilamiento. Un milagro que, sorprendentemente, acabaría llegando. «Reclusión Perpetua para ambos procesados, accesorias correspondientes y responsabilidad civil sin determinación de cuantía», puede leerse en el procedimiento número 950 de la Fiscalía del Ejército de Ocupación, fechado en Madrid en abril del 39, Año de la Victoria. Años después, Marcelino consiguió rebajar su pena de reclusión de treinta años a doce, en octubre de 1943. Después de cumplir la pena, fue puesto en libertad.

* * *

La elección de la fecha para la primera ejecución en Alcalá de Henares no había sido baladí. Un mes antes, el 28 de marzo, la legión había entrado en la ciudad al mando del capitán Cristóbal Rubio Gutiérrez. ¿Qué mejor que conmemorar tan señalada fecha con el derramamiento de sangre republicana? Antes del fusilamiento, los mandamases de la plaza organizaron un juicio sumarísimo en el Salón de Plenos del Ayuntamiento, donde los reos condenados sin causa fueron señalados como autores materiales de las muertes injustificadas durante la guerra civil y condenados a muerte.

Debiendo procederse en el día de mañana, a las 16 horas, a la

ejecución de la última pena a nueve condenados que al respaldo se expresan. Sírvase dar las órdenes oportunas para admisión de sus cuerpos en el Cementerio Municipal.

Debiendo concurrir el acto, que tendrá lugar en la Virgen del Val, el Juez Municipal, a fin de formalizar las inscripciones correspondientes en el Juzgado Municipal.

Dios guarde a V. muchos años.

Alcalá de Henares, 27 de abril de 1939
Año de la Victoria
El comandante militar

El lugar elegido para aquella primera ejecución —luego se cambiaría por la tapia del cementerio municipal— era conocido popularmente como la playa de los alemanes, detrás de la ermita de la Virgen del Val, a orillas del río Henares, cerca de la noria que había para regar los trigos y las cebadas de la finca de don Atilano Casado. Los fusilados provenían de cualquier lugar de España. Sin familia, sin conocidos. Todos enterrados a continuación en una fosa común donde nadie podía reclamar al muerto, porque nadie quería arriesgarse a ser descubierto. Después de aquel 28 de abril, hubo fusilamientos casi a diario, ya en el cementerio. Los tiros los oían todos los que querían oírlos.

En aquella primera saca, de nueve hombres, se encontraban: Agustín Anuarve Pardo (39 años), Justo Basanta Ropero (32), Victoriano Basanta Ropero (29), Anastasio Castell Carrasco (26), Leonardo Martínez Mora (48), Manuel Muñoz Murcia (40), Máximo Rabadán García (38), Enrique Badillo Oñoro (26) y Basilio Yebra San Andrés (32). Todos eran alcalaínos, salvo los tres de Mejorada del Campo y Máximo Rabadán, que era un humilde carpintero de Corpa (Madrid) y tenía un hijo de dos meses de edad llamado Miguel. Todos estaban presos en la cárcel de Santo Tomás (Alcalá de Henares) y fueron condenados en Consejo de Guerra Sumarísimo de Urgencia sin diligencias previas.

La hora de aquel primer fusilamiento, las cuatro de la tarde, no fue escogida al azar por los verdugos. Querían que el pueblo fuese testigo de lo que iba a ocurrir a partir de ese momento en Alcalá de Henares. Fue una forma de escarmentar a la población

civil y de sofocar cualquier conato de rebelión. Las siguientes ejecuciones fueron todas al amanecer.

* * *

Los pasos en el corredor reverberaban en el interior de la celda. Los pocos que habían conseguido conciliar el sueño no tardaron en erguirse, mirando hacia la puerta. Algunos contenían el aliento. Otros sentían el restallar del corazón. Ruido de llaves en el interior de la cerradura. Los ojos de los presos, irremediablemente, se centraron en el medio centenar de soldados, con sus fusiles colgando del hombro, que aguardaban en el exterior. Un joven oficial vestido de uniforme dio varios pasos al frente para que todos pudiesen escucharlo nítidamente y, hoja en mano, comenzó a leer los nueve nombres de los que iban a ser fusilados aquella tarde de finales de abril. Basilio Yebra San Andrés. Enrique Badillo. Justo Basanta Ropero...

Los hombres se fueron levantando del suelo uno tras otro, y, sin orden previa, se dirigieron en silencio —sin gritos ni dramas— hacia una puerta que se cerró cuando el último de ellos salió de la celda. El resto de los presos, angustiados ante la escena vivida, regresaron a sus quehaceres, a la espera de que a la mañana siguiente aquel joven oficial sin nombre cantase sus nombres para acompañar a aquellos nueve.

Marcelino Adán sintió un pellizco en el pecho al escuchar el nombre de sus tres camaradas. En un primer momento, sintió el impulso de levantarse para despedirse de ellos, pero se quedó allí sentado, clavado en el suelo, presa del miedo y de una desazón que mordía su estómago. Los observó marcharse desde lejos para acabar desviando la mirada acuosa. ¿Cuánto tardaría él en seguir sus pasos?

Caminando cabizbajos y en silencio por las galerías de la cárcel de Santo Tomás, en dirección al exterior del recinto, comenzaron a escuchar nítidamente el soniquete del himno de Falange que llegaba desde la calle. El *Cara al sol* logró poner la piel de gallina a más de uno de los prisioneros, mientras que otros

tragaban saliva para tratar de afrontar el destino lo más enteros posible. Tres escuadras de falangistas, brazo en alto y con su uniforme reglamentario, formaban marcialmente en la calle Colegios, a la salida de la prisión, esperándolos.

El sol primaveral de aquel viernes de abril —el mercurio de la Estación de Retiro registró 9,8 ºC de máxima y 2 ºC de mínima— no logró caldear los cuerpos destemplados de los republicanos mientras esperaban pacientemente su turno para subir a los camiones que los conducirían hasta la playa de los alemanes, donde iban a ser fusilados. El pueblo de Alcalá se había echado a la calle para vociferar improperios e insultos contra aquellos nueve hombres que iban a morir. Los prisioneros, con las caras desencajadas, levantaron la vista del suelo con la esperanza de ver entre aquella multitud exacerbada a familiares, camaradas o amigos. Anastasio Castell buscó entre la muchedumbre a Carmen, con la esperanza de verla sosteniendo entre los brazos al pequeño Juan José, pero no los encontró, porque estaban en Mejorada del Campo.

* * *

Para Felipe Loeches, un chiquillo de apenas 10 años, una peseta era una auténtica fortuna para remendar los estómagos hambrientos de su familia. Felipe miraba aquella moneda con ansia, como si se tratara de un tesoro, cosa que en gran medida era verdad. Varias veces recibió el encargo de espiar los fusilamientos y, posteriormente, contar todo lo que veía. Junto a él, sus inseparables amigos: Félix, *el Caracol,* Tomás, *el Home* y Pepe. Los cuatro caminaban escondidos entre los trigales y bordeaban las junqueras del río hasta que llegaban al descampado, donde los soldados ya estaban esperando a los presos. Permanecieron allí ciscados de miedo.

Los reos, custodiados por los falangistas, llegaron a la playa de los alemanes, donde un pelotón de soldados, con el mosquetón reglamentario al hombro y el uniforme de gala del ejército, apuraban sus cigarrillos y los miraban con ansia. Un capitán y un

sargento, acompañados por don Manuel Cervantes, el cura de prisiones, ordenaron formar a los hombres. Frente a ellos, los nueve presos republicanos. Antes de abrir fuego, el cura, don Manuel, se acercó hasta ellos para impartir bendiciones y exigirles confesión. Alguno, en el último momento, abrazó la fe. Una vez don Manuel se hubo retirado, la descarga de fusilería hizo que los cuerpos cayesen al suelo como peleles. Los hermanos Basanta murieron abrazados.

Don Manuel, a quien todos en Alcalá conocían como Cervantitos, porque era tan pequeño como un comino, se acercó a los cuerpos con una pistola y les dio el tiro de gracia en sien. La pistolita sonaba, pa pa pa. Durante años, don Manuel Cervantes repitió una y otra vez este siniestro ritual. Después del tiro de gracia, repartía bendiciones sobre los cadáveres de los fusilados. Luego, volvía caminando a su casa, en la plaza Rodríguez Marín esquina Santa Úrsula. Años después, contó que tenía pesadillas en las que caminaba con una pistola en la mano para darles el tiro de gracia a los moribundos y un cuervo aparecía para picotearle en los ojos. Acabó viviendo atormentado.

El joven Felipe Loeches, escondido entre los juncos del río Henares, vio como los soldados cargaron los cadáveres en una pequeña camioneta entoldada para llevárselos a enterrar a una fosa común en el cementerio municipal: «Entraban por una puerta falsa, abierta en la tapia este del cementerio y desde el camión, con palas y azadones, arrastraban los cadáveres y los tiraban a una fosa». Aquel lugar recibió el nombre del Zanjón. «Los fusilamientos de los republicanos se convirtieron en un espectáculo macabro en Alcalá de Henares. Hombres, mujeres y niños acudían al cementerio para presenciarlos a escondidas detrás de las lápidas. Pedro Blas, el primer alcalde socialista de Alcalá, también fue fusilado...», recordaría en sus memorias Fernando Nacarino Moreno.

Tras enterrar los cuerpos, el juez comarcal, Lucas del Campo López, fue el encargado de redactar y firmar las actas de defunción: «A consecuencia de shock traumático por heridas de armas de fuego según resulta del informe facultativo. [...] El cadáver habrá de recibir sepultura en el cementerio de esta

ciudad», puede leerse en las actas de Justo Basanta, Anastasio Castell y Victoriano Basanta. Los cuerpos de los tres hombres fueron exhumados —y trasladados al cementerio de Mejorada del Campo— en los años setenta.

# 16

# El Mella

No podía dormir. ¿Por la almohada —demasiado alta para mi gusto— o por el hilillo de luz que comenzaba a colarse por la rendija de la persiana de la habitación del Parador de Alcalá de Henares? No, nada de eso. La culpa era de mi cabeza. No había parado de darme vueltas durante toda la noche. Llevaba semanas agobiado con el libro. Ya tenía fecha para entregar el manuscrito, pero no tenía final. Básicamente porque no había sido capaz de descubrir qué fue de Eladio Pampliega. Sí, tenía elucubraciones, y muchas —que si se había escondido en una cueva, que si huyó a Francia, que si se ocultó en Madrid...—, pero mi única certeza era que había desaparecido. ¿Qué habría sido de él? Esa misma pregunta llevaba atormentándome varios años, desde el mismo momento en el que acepté el encargo de escribir *El quinto nombre*.

Cuando me involucré en este proyecto, sabía de su dificultad. Partía de un folio con seis nombres, nada más. Tenía que escribir sobre unos hechos que habían ocurrido hacía más de ochenta años, y donde me era prácticamente imposible recurrir a las fuentes primarias, porque la mayoría de los protagonistas habían fallecido. Escribir un *true crime* —tan de moda últimamente— requiere una investigación minuciosa de los hechos, infinidad de entrevistas con los supervivientes o con testigos directos, una extensa documentación sobre la que ir apoyando el relato... Pues bien, yo no contaba con nada de eso: mis testigos directos estaban muertos; nadie había escrito ni una sola línea sobre el asesinato de Tomás Martínez Negro —es como si jamás hubiese ocurrido— y, para colmo, me encontraba sin final. Además, había una dificultad añadida a la hora de recabar datos y hechos concretos para ir

tirando del hilo: Mejorada del Campo seguía siendo un pueblo —a pesar de contar con casi 25.000 vecinos— y ciertos temas —por ignorancia u omisión— continuaban siendo tabú.

Ocho décadas después del asesinato del sacristán, me encontré con una sorprendente reticencia que me asombró casi tanto como lo que fui descubriendo durante mis cuatro años de investigación. «¿Con quién has hablado ya? Ese es un facha. No te creas nada de lo que te dice... Mejorada siempre ha sido de izquierdas, pero ahora ha cambiado, y eso me da rabia, porque hemos olvidado lo que pasó. Todavía tenemos miedo...», me contó una anciana que acababa de cumplir 90 años cuando me senté por primera vez en la cocina de su casa para entrevistarla. Ella fue la primera de una larga serie de fuentes que me exigieron el anonimato para hablar conmigo o que cambiara sus nombres por otros totalmente distintos. «¿Para qué vas a escribir sobre eso? ¡Ha pasado mucho tiempo! A la gente del pueblo no le va a gustar», me soltó a bocajarro una muy buena amiga de mis padres cuando me la encontré en la calle y le conté en qué andaba metido. Con la misma reticencia me encontré cuando fui a la iglesia —la misma donde estuvo encerrado Tomás antes de ser asesinado— para hablar con el actual párroco —Jesús Javier Mora, *Curry*—, a quien conté qué estaba investigando. Solicité su ayuda para acceder al archivo de la iglesia y para que me allanara el terreno con varias personas —muy ancianas— a las que él daba la comunión en sus domicilios por tener problemas de movilidad. Todo fueron buenas palabras —incluso llegó a anotar mi teléfono—, pero jamás se puso en contacto conmigo.

Además, iba a escribir sobre varios apellidos —Pampliega, Cebolla, Castell, Baeza, Ropero, Basanta...— que siguen muy presentes en el pueblo, alguno de ellos, con mucho peso: uno de los Baeza llegó a ser alcalde de Mejorada, por ejemplo, y Justo Basanta tenía una calle en el pueblo.

Frustrado, después de dar vueltas y más vueltas en aquella cama enorme —tamaño *king size*—, me levanté. María, mi mujer, seguía durmiendo profundamente. Me dio pena despertarla tan temprano. Le dejé una nota en un posavasos que había en la

habitación: «Te veo en la cafetería. Te quiero», junto con un corazón mal dibujado, imitando los pósits que me deja ella en la pantalla del portátil antes de irse a trabajar al hospital.

La camarera dejó sobre la mesa un vaso de Cola Cao templado. Le di las gracias y continué repasando mis notas de los últimos años para ver si encontraba una pista que me pudiese llevar hasta Eladio. ¿Por qué seguía insistiendo tanto en aquellos apuntes que no daban más de sí? Los había repasado mil veces. Allí no había absolutamente nada de lo que seguir tirando. Desilusionado, cerré el cuaderno y me dediqué a contemplar la fabulosa cafetería del Parador Nacional de Alcalá de Henares, situada en un antiguo claustro de 1800.

Los folletos —y la información que se puede consultar en internet— resaltan que el parador ocupa lo que fue el colegio-convento dominico de Santo Tomás de los Ángeles; y, además, fue inaugurado en julio de 2009 por José Luis Rodríguez Zapatero y Esperanza Aguirre. «El nuevo parador ocupa un total de 30.000 metros cuadrados, tiene 128 habitaciones, 1.000 metros cuadrados de salas de convenciones y cerca de 9.000 de jardines. [...] Las partes nuevas se funden con las antiguas de forma armoniosa, pues unen el cristal y el acero de las primeras con la piedra y el ladrillo de las segundas», leía en la entrada que tiene el parador en Wikipedia, donde se destacan los importantes premios que ha recibido, además de haber estado expuesto en el MoMA (Museo de Arte Moderno) de Nueva York, dentro de la muestra de arquitectura moderna en España, titulada «On Site».

Haberme alojado en una de las habitaciones del Parador de Alcalá de Henares no fue una decisión baladí ni, obviamente, tiene nada que ver con postureo. La propuesta la lanzó Oriol Alcorta —amigo y editor de Península—, quien, mientras íbamos dando forma a *El quinto nombre*, me propuso la idea: «¿Por qué no pasas una noche con tu mujer en el parador?». Al principio, la invitación me pareció un tanto descabellada y, por qué no admitirlo, hasta macabra. Pero finalmente acabé aceptando. ¿Por qué no? Mi reticencia se debía, básicamente, a que el actual parador nacional se había edificado sobre la misma cárcel franquista de la que

salieron —para ser fusilados— Justo Basanta, Victoriano Basanta y Anastasio Castell aquel lejano viernes 28 de abril de 1939. Obviamente, esta información no la van a encontrar ustedes en Wikipedia, ni en los folletos informativos del parador, donde este asunto turbio y nada glamuroso se despacha con un sencillo «el colegio de Santo Tomás se modificó para cárcel de hombres, empezando a funcionar en mayo de 1852».

No van a encontrar en los 30.000 metros cuadrados del recinto ni una sola placa en recuerdo a los presos republicanos que pasaron por aquí. Además, el mismo presidente del Gobierno que impulsó la Ley de Memoria Histórica inauguró, con la mejor de sus sonrisas, una antigua cárcel donde nadie se dignó a mencionar lo que había sucedió aquí después de la guerra civil. Paradójico, ¿verdad? Por su parte, la dirección del hotel, preguntada sobre este espinoso hecho, aseguraba que «la función del parador se ciñe al ámbito hostelero del mismo». Eso sí, podrán ustedes disfrutar de «la sala de cuidados termales, spa, ubicada en la sacristía».

La vibración del móvil me sacó de mi ensimismamiento. Un escueto whatsapp —«¿Vienes a desayunar?»— seguido de un emoji lanzando un beso era la forma que tenía María de avisarme para que supiese que me estaba esperando en el restaurante del parador.

Daba vueltas y más vueltas a la cucharilla dentro de la taza, tratando de deshacer los últimos grumos del Cola Cao —el segundo de la mañana— que seguían flotando en la superficie de la leche. María, mientras, se preparaba una tostada de pan con aceite y tomate natural con algo de embutido de pavo. «¿No tienes hambre?», me preguntó extrañada. Negué con la cabeza. No soy muy partidario de desayunar —quizás una tostada con mermelada —, pero aquella mañana estaba especialmente desganado. «¿Preocupado?», insistió al verme ausente. Compartí con ella mis dudas sobre el final del libro. No sabía cómo terminarlo. «¿Quizás huyó con Santiago Baeza a Francia?», propuso María, quien siempre leía mis textos para dar el visto bueno definitivo. Había sopesado aquella opción una docena de veces. No tenía el nombre de los otros seis mejoreños que cruzaron la frontera con él. Por

poder… podía ser. «No puedo terminar el libro así, con un final abierto. Con suposiciones… Los lectores van a quedar decepcionados. Yo al menos lo estaría, desde luego.» Traté de explicar a mi mujer aquel sentimiento tan extraño que me embargaba. «¿No tienes nadie más a quien preguntar?» Volví a negar. «Han pasado más de ochenta años. Es imposible que sepas qué fue de Eladio si nadie quiere contártelo. Más no puedes hacer… Y ahora, desayuna.» Y así zanjó un asunto que a mí me traía de cabeza.

* * *

¿Qué saben sobre su pueblo? He de confesar que, en mi caso, entre poco y nada. Nunca me he sentido especialmente vinculado a Mejorada del Campo, la verdad. Estudié siempre fuera —tanto en el colegio como en la universidad—; tengo muy pocos amigos en el pueblo; cuando voy es para ver a mis padres… Pero escribiendo *El quinto nombre* he tenido la posibilidad de descubrir el que ha sido mi pueblo —mi hogar— durante los últimos treinta años, llevándome muy gratas sorpresas. Y una de las mejores me la había preparado mi padre, quien estaba involucrado en este libro tanto o más que yo.

Una vez a la semana, al menos, nos mandábamos mensajes. Yo le preguntaba por algún nombre que iba encontrando en la documentación que tenía y él me respondía con las pesquisas que había ido haciendo por el pueblo. Algunas eran infructuosas, pero otras eran oro puro. «He hablado con el dueño del hostal El Arco. No hay problema en visitar las cuevas. Nosotros os esperamos allí. Sed puntuales.»

Techo abovedado, paredes de ladrillo, 26 tinajas de unos tres metros de alto por un metro de ancho. En una de ellas, alguien escribió con tiza el número 1.648, Y por un momento se me pasó por la cabeza que podía ser el año de construcción de aquella galería, pero inmediatamente lo descarté, porque me pareció una idea descabellada. ¿Era posible que aquel túnel tuviese casi 400 años de antigüedad? Recorrí los 50 pasos del túnel —con varios

recodos— sobre su suelo de tierra —a veces incluso arcilloso— iluminándome con la luz de mi teléfono móvil. Dentro la oscuridad era total, hasta llegar al final. «Antes llegaba hasta la Parroquia Natividad de Nuestra Señora, pero hace años que se cegó», comentó la persona que acompañaba a mi padre y a quien yo nunca había visto antes. «Aquí nos escondíamos cuando venían los aviones fascistas. Cogíamos una manta y pasábamos aquí la noche», sentenció rememorando su infancia.

Antonio Sánchez Pampliega —Mella, como se le conocía en el pueblo— tenía 7 años (nació el 4 de abril de 1929) cuando comenzó la guerra civil. «He conocido el hambre y la guerra —afirmó de manera taxativa haciendo una pequeña pausa dramática para continuar hablando—. Cuando estalló la guerra todo estaba muy revuelto. Teníamos miedo... Mi hermano, Gregorio Sánchez, estuvo con los Basanta en Buitrago.» Antonio hablaba sin parar. En menos de dos minutos ya me había dicho que fue muy amigo de mi abuelo Moro y que quería mucho a mi padre. Le pedí muy amablemente que me continuase contando historias sobre esa Mejorada de la guerra civil mientras nos tomábamos algo en alguna de las terrazas que hay en la plaza de España de Mejorada. Aceptó de muy buen grado. Antes de salir hice varias fotografías con mi teléfono móvil de aquellos túneles sobre los que ya había escrito y que no eran tan diferentes a como me los había imaginado.

«Un día, cuando yo bajaba por la calle Marqués de Hinojares, un motorista me atropelló mientras yo cruzaba por un paso de cebra. Tu padre lo vio todo y, desde su teléfono móvil llamó a la policía local para que me socorriesen. Hasta que vino la ambulancia estuvo a mi lado, cogiéndome de la mano y animándome, para que no me durmiera... Así que cuando me dijo que estabas escribiendo un libro sobre la guerra civil le dije que quería ayudarte», me contó Antonio, consiguiendo emocionar a mi padre.

Ahí empezó un monólogo sobre todo lo que Antonio recordaba de aquellos años, que no era poco. «¿Te han contado que don Patricio, el cura de Mejorada, volvió al pueblo después de la

guerra? Cuando preguntó por los hermanos Basanta la gente le contó lo ocurrido, que habían sido fusilados, y él respondió: "Algo habrán hecho". ¡Los mismos que le salvaron la vida!» Antonio siguió, durante otros veinte minutos más, contándome historietas sobre la guerra civil. La gran mayoría ya las había escuchado antes, pero las iba apuntando igualmente por si podía mezclar las historias. Cuando hizo una pausa para dar un sorbo a su cerveza —debía estar seco de tanto hablar—, encontré la oportunidad perfecta para preguntarle por Eladio Pampliega. «¿El Coleta? —dijo sorprendido—. Era mi tío.»

No. Imposible. No podía ser tan fácil. Llevaba cuatro años siguiendo su rastro y era como si se lo hubiese tragado la tierra. Y ahora, por casualidades del destino, me estaba tomando una cerveza con su sobrino. «¿Cómo que era tu tío?», pregunté un tanto incrédulo. «Eladio era hermano de mi madre, Juana. Durante la guerra vivía con nosotros aquí, en Mejorada. Él fue quien mató al sacristán. Le pegó el tiro de gracia.»

Seré sincero: no supe qué más preguntar a aquel hombre que me miraba atónito. Imagino que debió pensar que era tonto o que me había drogado, porque yo me había quedado callado y lo miraba fijamente. «Tu padre me contó que estabas escribiendo un libro sobre eso, ¿no? Querías saber qué fue de él, ¿verdad?» Afirmé con la cabeza, sin llegar a responder. Y Antonio prosiguió: «Después de la guerra —y tras los fusilamientos de los Basanta y de Castell, y la condena a cadena perpetua a Santiago Cebolla— mi tío huyó de Mejorada y se escondió en Madrid. Nadie sabía dónde estaba. Durante meses, la Guardia Civil interrogó a mi madre preguntándole por él. ¡Pero mi madre jamás delató a su hermano! ¡Nunca! Y te puedo asegurar que en el cuartelillo la amenazaron, pero nunca habló... Pasaron meses, y la cosa pareció tranquilizarse. Mi madre comenzó a ir a Madrid con regularidad, y eso levantó suspicacias. ¿Por qué iba Juana tanto a Madrid? ¿Qué asunto se traía entre manos? La gente del pueblo, que la conocía bastante bien, comenzó a sospechar y a atar cabos. Alguien debió alertar a los civiles, y uno de ellos la siguió hasta el barrio de Usera, en Madrid. Allí se escondía mi tío desde que terminó la guerra,

trabajando los huertos como agricultor. Y una noche, sin que él sospechase absolutamente nada, la Guardia Civil preparó un operativo y acabó deteniéndolo».

Ahí acababa el misterio. No, Eladio nunca cruzó los Pirineos con Baeza, ni se unió a la resistencia francesa para combatir a los nazis, ni acabó en Mauthausen, ni perdió la vida en el Ebro. Ni tantas y tantas posibilidades que durante los cuatro últimos años me habían estado rondando en la cabeza. Idealicé, igual que hizo Javier Cercas en *Soldados de Salamina*, la figura de Eladio Pampliega. Pero él hizo algo tan humano como huir y esconderse. «Eladio tenía mujer —Tomasa— y dos hijos —Pepe y Yayo, que en el momento de la detención vivían con nosotros en Mejorada—. Desde la cárcel nos escribía cartas explicándonos cómo le torturaban —le ponían palillos debajo de las uñas—, cómo le pegaban... Y finalmente le acabaron condenando a muerte por el asesinato del sacristán. En ese momento, Tomasa movió cielo y tierra para conseguir el indulto. Y lo obtuvo. Salvador Alonso, el mismo que salvó a Santiago Cebolla de ser fusilado, firmó un escrito para evitar que Eladio acabase ante un pelotón de fusilamiento. Pero, a cambió, pasó muchísimos años en la cárcel.»

«Estuvo preso en la Cárcel Modelo de Madrid, conocida como cárcel celular. Recuerdo que los presos estaban a un lado de la alambrada y los familiares estábamos al otro lado. Teníamos que hablar a gritos, pero ni nos oíamos ni nos entendíamos. En esas visitas le llevábamos comida para que no muriese de hambre en la cárcel —siguió relatando Mella—. Después de haber cumplido su condena, regresó a Mejorada. Se juntaba con sus antiguos camaradas, tocaba la guitarra y cantaba... En unas fiestas quiso salir a torear una vaquilla, pero la gente de derechas se lo impidió. Él les reprochaba que lo siguiesen tratando como a un delincuente cuando había pagado su deuda. Eso les gritaba, enseñándoles los papeles donde figuraba que había estado preso en la cárcel... Al final, acabó abriendo una frutería en el barrio de Legazpi y dejó de venir a Mejorada.»

Todo principio tiene un final, y yo —por fin— había encontrado el mío. Al fin resolvía el misterio que envolvía la figura

de Eladio Pampliega y podía poner punto final a *El quinto nombre*. Comencé a sentirme un poco huérfano, ahora que sabía la verdad, mientras acompañaba a mi padre —junto con María— hacia el cementerio, después de dejar al Mella en su casa, porque nos pillaba de camino.

*El quinto nombre* —más allá de ser un *true crime*— no habla de vencedores ni vencidos, ni tampoco busca revanchismo, ni hurgar en heridas que aún continúan supurando —aunque se nos llene la boca sobre nuestra modélica Transición—, ni mucho menos es un ensayo de historia de la guerra española, ni otra novelita sobre la guerra civil... Este libro ha sido un viaje hacia mis raíces, una reconciliación con mi padre y con mi abuelo —y puede que hasta conmigo mismo—. Ahora me siento más unido a ellos. Su historia, a la fuerza, es mi historia. Soy quien soy gracias a ellos. No todos los días se tiene la oportunidad de bucear en los recuerdos —por muy dolorosos que sean— de un asesinato, de un apellido, de un pueblo, de una guerra... Miro a Ariana, mi hija, e irremediablemente no dejo de repetirme que si mi abuelo, en aquella huida desesperada desde Buitrago, hubiese seguido a sus tres camaradas, ella no estaría hoy aquí conmigo. Ni ella, ni yo, ni mi padre... Esa decisión nos cambió la vida a todos.

No sé si a mi abuelo le hubiese gustado que escribiese sobre él. Posiblemente no. Durante toda su vida mantuvo en secreto lo ocurrido durante la guerra civil, ya fuera por miedo o por vergüenza. Pero 26 años después de su muerte (febrero de 1997) esa parte de su vida que he podido conocer por boca de su hijo ha dejado de ser un secreto... Este es mi pequeño homenaje a Moro, a quien no pude conocer realmente porque se fue demasiado pronto. Si alguna vez visitan Mejorada del Campo y se pasan por el cementerio viejo en busca de los protagonistas de este libro, pueden dejar un ramo de flores en la tumba 161 y darle recuerdos a él y a Alejandra de mi parte.

# Agradecimientos

A mi querido Ildefonso González, gracias a ese correo electrónico que me enviaste allá por el 2018 *El quinto nombre* es una realidad. No cejes nunca en tu empeño en devolver la dignidad a todos aquellos —hombres y mujeres— que fueron ajusticiados en Alcalá de Henares después de la guerra civil.

Este libro no habría sido posible sin la colaboración de todos los mejoreños que siempre estuvieron dispuestos a echarme una mano durante el periodo de documentación y escritura de *El quinto nombre*: Juan José Castell, Pepe Osorio, Ángeles Pampliega, Gregorio Gutiérrez Daganzo, Juliana de la Fuente Ortiz, Isabel Pérez Adán, Pepe Carralero Franco, Antonio Baeza, Antonio Sánchez Pampliega, Manuel Adán Serrano, Justo Basanta, Encarna Ballesteros Franco, Yolanda Alarcón, Emiliana Cerezo Serrano, Lorenza Izquierdo Daganzo, Pasión Sánchez Pampliega, Sara Ochoa de Alda Gutiérrez, Concepción Díaz, Pilar San Vicente Barrios, Yolanda Adán San Vicente, Carlos Andrés Adán San Vicente, Manuel Adán San Vicente, Toñi Alarcón Izquierdo, Raquel Melero…

A Pedro Rodrigo del Pozo, Víctor Rodrigo del Pozo y Ricardo Rodrigo del Pozo, los tres hermanos de Buitrago del Lozoya que me abrieron las puertas de su casa de par en par y compartieron conmigo sus recuerdos de la guerra civil.

A Juan José Cano Martín, arqueólogo de Reno Arqueología, responsable de la primera ruta sobre la guerra civil en la Comunidad de Madrid, por la clase magistral sobre el frente del agua y por invitarme a recorrer de su mano las trincheras donde combatió mi abuelo durante la guerra.

A mi padre, Gregorio Pampliega Pampliega, por acompañarme de la mano durante este libro que me ha servido

para descubrir lo buen padre que es.

A María, mi mujer, por cuidar de nuestra familia en mis largas ausencias, y por formar conmigo un equipo insuperable.

A Rosario Gómez, mi editora, por estar siempre al pie del cañón a mi lado.

Y, por supuesto, a Tomás Martínez Negro, quien tuvo que morir para que yo pudiese escribir su historia. Ojalá este libro sirva para hacer justicia a su memoria.

*El quinto nombre. El viaje a un pasado incómodo*
Antonio Pampliega


Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2023

ISBN: 978-84-1100-207-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta